

R. P. H. PETITOT. O. P.

SANTA TERESITA DE LISIEUX UN RENACIMIENTO ESPIRITUAL

*«Non mireris quia dixi tibi:
Oportet vos nasci denuo.»*
Joan. cap. iii.

TRADUCIDA EN CONFORMIDAD CON LA ÚLTIMA EDICIÓN FRANCESA



www.traditio-op.org

TRADITIO SPIRITUALIS SACRI ORDINIS PRÆDICATORUM

CARMELITAS DESCALZOS
; ; TARRAGONA : :

RAFAEL CASULLERAS
CLARÍS, 15. — BARCELONA

"Sainte Thérèse de Lisieux: une renaissance spirituelle", R.P. Hyacinthe Petitot O.P., 1925.



www.traditio-op.org

TRADITIO SPIRITUALIS SACRI ORDINIS PRÆDICATORUM

PERMISO DE LA ORDEN

NIHIL OBSTAT

El Censor,

FR. ANICETO DE LA SAGRADA FAMILIA,
C. D.

Barcelona, 15 de marzo de 1928.

IMPRIMASE

FR. ROMUALDO DE SANTA CATALINA,
Provincial.

PERMISO DEL ORDINARIO

NIHIL OBSTAT

El Censor,

DR. SEBASTIÁN PUIG PUIG,
Canónigo.

Barcelona, 21 de marzo de 1928.

IMPRIMASE

† José,
Obispo de Barcelona,

Por mandato de su Excia. Ilma.
DR. FRANCISCO M.^a ORTEGA DE LA LORENA,
Canciller-Secretario.



www.traditio-op.org

TRADITIO SPIRITUALIS SACRI ORDINIS PRÆDICATORUM

PREFACIO

La doctrina de Santa Teresita del Niño Jesús se impone desde hoy al examen de todas las almas que están atentas a las evoluciones y progresos de la vida espiritual en la Iglesia Católica. Sería necesario haber leído muy a la ligera la autobiografía titulada *Historia de un Alma*, y sólo haber concedido una distraída curiosidad al universal culto testimoniado a la Santa por el pueblo cristiano, para creer que sólo se trata de un popular entusiasmo, imaginario, sentimental, ficticio y pasajero.

La universal y profunda influencia ejercida por Santa Teresita del Niño Jesús supera a cuanto se hubiera podido imaginar. Hace algunos años, el Cardenal Dougherty, arzobispo de Filadelfia, viniendo en peregrinación a Lisieux y pasando por China, Japón, Shanghai y Tokio creyó adivinar la existencia de la Santa; a sus primeras palabras los misioneros le presentaron la biografía traducida al chino y al japonés. Los peregrinos que aislados o en grupos acuden a Lisieux ascienden a muchos miles. Muchísimas almas, siguiendo el ejemplo de Santa Teresita, se convierten a una nueva vida de humildad, de amor a Dios y al prójimo.

Para quien examina seria e imparcialmente el origen y desarrollo del culto otorgado a la pequeña Teresa desde la publicación de la *Historia de un Alma* (1898) resulta evidente que las fáciles e insubstanciales explicaciones dadas por espíritus ligeros son absolutamente insuficientes para aclarar

este caso. «Es un entusiasmo pasajero», exclaman, y lo afirman más categóricamente cuanto más desconocen el asunto. Ni el hermoso semblante de la Santa que suponen embellecido, ni el pretendido reclamo hecho alrededor de su nombre, ni la devoción interesada y casi idolátrica de las almas que piden a la Santita temporales favores, son suficientes para que nos demos cuenta de la veneración que de todas las latitudes se le ha otorgado.

El tan conocido retrato de la Santa, que desde el primer momento atrae la atención y simpatía, y que inauguró la conquista de tantas almas, entre ellas la de Marie-Edmée de la Tour d'Auvergne, noble señorita a la cual no gustaban «las casas en donde uno se enerva permaneciendo en perpetua holganza» se refería a los conventos; si el retrato contribuye como hemos visto a obrar conversiones es porque hay en él reflejadas a un mismo tiempo, una paz infinita y una singular penetración. «Algunas veces, declara una de las religiosas que mejor la conocieron, me costaba esfuerzo sostener su mirada, era tan penetrante y profunda que sentía yo que leía en el interior de mi alma.» Sin duda alguna, las almas de buena voluntad que por vez primera contemplan el semblante de Santa Teresita, no reflexionan tanto, pero no deja de impresionarles, quizá sin darse cuenta de ello, la dulce influencia que emana de aquella fisonomía tan sencilla en apariencia, pero tan compleja si se la profundiza.

Demasiado se ha discutido la autenticidad del célebre retrato colocado en el frontispicio de la *Historia de un Alma*. Los testigos imparciales y sensatos que conocieron a la Santa, no dudan en afirmar que es el más parecido al original, y sin comparación, mucho mejor que todos los reputados como tales. Bien conocido es de todos la insuficiencia de la fotografía para dar la exacta expresión a las fisonomías movibles e impresionables. Cuantas veces, al pedir a una

persona amiga su fotografía, se excusa con el pretexto de que no tiene ninguna. Cuando deseamos poseer un buen retrato de nuestro padre o madre, hemos de elegir de entre varios dos o tres de los que consideramos mejores, y con ellos, encargar a un pintor de fama nos reproduzca la querida imagen con exactitud de expresión y gesto. Los personajes y hombres célebres que han querido dejar su efígie a la posteridad, se han tenido que sujetar a la «pose» delante un artista de talento, sólo los retratos pintados de mano maestra tienen la verdadera expresión de las fisonomías delicadas y profundas. La divina Providencia dispuso que una hermana de la Santa fuese a la par fotógrafa y excelente pintora. Se necesitaba conocer muy íntimamente a Teresita, y haber descifrado el misterioso significado de su angelical sonrisa para conseguir reproducirla con fidelidad: el retrato hoy tan clásico de Santa Teresita del Niño Jesús, es el *único* que satisface por completo a los que han estudiado el semblante de la Santa, a los que han examinado minuciosamente otras reproducciones, entre ellas, el bonito cuadro de Roybet. No nos hubiéramos entretenido en tratar este asunto, si no creyéramos deber eliminar ya ciertas leyendas que se han creado, las cuales, por su naturaleza, tienden a sembrar desfavorables opiniones.

¿Qué no hemos oído decir por ejemplo a causa de la pretendida y ruidosa publicidad hecha a su nombre? Personas ajenas a la religión, absorbidas por sus negocios que se han visto como impulsadas a contemplar las diversas imágenes, grabados, estatuas, libros, revistas han podido al fin extrañarse y hasta impacientes exclamar: «¡Qué incomparable reclamo el de las Carmelitas de Lisieux primero, y el de la Iglesia Católica después para conseguir tal popularidad!» Esto podría no pasar de ser una simple exclamación dicha en un momento de mal humor. Mas hay un grupo de increí-

dulos hostiles a la religión y a todo lo que procede del espíritu, que pretenden persuadir a los cándidos lectores de sus libros y artículos, que las monjas, los frailes, los curas, las autoridades eclesiásticas pueden a su antojo y siempre que se les presente ocasión propicia, lanzar y fabricar Santos y Santas: así Voltaire y más recientemente Anatole France, sostenían y afirmaban que los frailes habían logrado imponer al público a Juana de Arco. Los lectores que no se toman la pena de ir a verificar los documentos y las declaraciones, convencidos y fascinados por el talento literario del autor, aceptan como obra maestra de la más sutil fisiología, el más burdo amasijo de falsas interpretaciones.

La escuela naturalista, por medio de la pluma de escritores de alguna fama, no ha dejado de aplicar este método de interpretación, pretendida crítica, a Santa Teresita del Niño Jesús y de la Santa Faz. Se nos permitirá citar casi textualmente una página escrita en este sentido e inspirada por este sistemático espíritu. Son los curas que han logrado modelar a Santa Teresita según la gran figura de la Santa del mismo nombre, afirman.

«Santa Teresita del Niño Jesús, es la más burda y pueril copia de santa Teresa de Jesús: mas no basta querer para conseguir ser una gran mística; la docilidad no fué suficiente para que las manos de sus astutos directores lograsen convertir una novicia dotada de algún talento en una flor insigne de los jardines hagiográficos. Los superiores del Carmen de Lisieux, un gran vicario, un Jesuíta, dirigieron a su antojo a la joven religiosa; la hicieron meditar sobre los *Fundamentos de la Vida espiritual* del P. Surin, aprendió de memoria los *Ejercicios Espirituales* de San Juan de la Cruz, añadieron a eso las obras místicas de Santa Teresa como lecturas cotidianas..... Desgraciadamente, Sor Teresita murió prematuramente y no pudo beneficiarse mucho

de los especiales cuidados de que fué objeto. Después de algunos meses de resignada y apacible agonía, exhaló su último suspiro. ¿Quedaría olvidada, desaparecería por completo? Al igual que los superiores de Santa Teresa de Jesús, los superiores del Carmen de Lisieux habían mandado a la pequeña Teresita del Niño Jesús escribiese su vida; fué en 1894. Pero este pequeño libro aun suponiendo que no sea apócrifo, ¿qué valor tiene? Es una imitación, una copia de los más conocidos pensamientos de la santa Avilesa, y es precisamente esta mediocre copia que hace sospechar que no es la joven carmelita la autora del libro, o que cuando menos, su pluma fué muy guiada y el texto muy modificado; pero hay más! añaden, las autoridades eclesiásticas querían a todo trance una Santa..... e hicieron aparecer los milagros; y puesto que existían éstos, fué preciso exhumar los restos de la sierva de Dios. Desde entonces el asunto estuvo encarrilado: se hicieron imprimir postales, imágenes, etcétera, e incluso libros: los versos, la prosa, los retratos se contaban por millones de ejemplares y en diferentes tipos y modelos. ¿El fin de todo esto? Había dos: 1.º Hacer de la pequeña Teresa Martin una segunda Teresa de Avila, una gran mística; pero en eso fracasaron. 2.º Improvisar una santa moderna, que fuese para la diócesis de Bayeux y Lisieux un buen negocio; hasta el presente éxito completo.» (1)

Que el piadoso lector nos perdone el haber citado algo expurgada y resumida la interpretación inspirada por la escuela naturalista. La hipótesis que la autobiografía o *Historia de un Alma* es «un apócrifo», «un plagio», se desvanece al más ligero examen.

Bien sabido es hoy en día, y añadiremos algún detalle

(1) Como se verá en los capítulos siguientes, esto es sólo un cúmulo de inexactitudes y errores.

más sobre las circunstancias que mediaron en la empresa y redacción del libro (ver. cap. IV). Muy distinta es la obra de Santa Teresita del Niño Jesús de las de Santa Teresa de Avila. ¿A qué, pues, el calificar aquélla de servil imitación?

Tocante a la imputación de excesiva, sin igual e inaudita publicidad organizada alrededor de Sor Teresita, si se examina atentamente su origen, si se siguen paso a paso sus desarrollos y progresos, resulta por demás evidente que ésta ha sido exigida por la piedad de los fieles, y que, hablando con propiedad, es *un resultado* y no *una causa antecedente*: las varias ediciones, publicaciones, imágenes, etc., han sido editadas, imprimidas y publicadas a medida que de ellas había demandas, no eran conocidas del público a manera de los editores, esto es, por medio de la prensa, catálogos, anuncios destinados a llamar la atención; sólo estaban insertadas en las cartas contestando a los encargos y necesidades de los fieles. Cuando se examina minuciosamente esta propagación del culto a Santa Teresita, se ve con toda claridad que nunca ha tenido ésta las características de la publicidad ni del reclamo. El Carmen de Lisieux, desde hace 25 años, está constantemente acosado por las solicitudes de toda la cristiandad: he aquí un testimonio capaz de convencer a todo hombre de corazón recto: «Se nos ha reprochado el haber hecho imprimir catálogos u hojas dando precios de las diversas publicaciones pretendiendo ver en ello un carácter de reclamo comercial; esas hojas nos eran indispensables, ¿cómo íbamos a contestar por escrito a todas y cada una de las solicitudes que recibimos pidiéndonos detalles, precios, etc.?» El pueblo cristiano, desde la aparición de la *Historia de un Alma*, se mostró entusiasta de Santa Teresita y este movimiento, es el que ha provocado y exigido toda la publicidad del culto tributado a la Beata y a la Santa.

El origen de la veneración y gloria adquiridos por la

Santita, data, pues, de la publicación de su autobiografía titulada: *Historia de un Alma, escrita por ella misma*. El libro editado por la imprenta Saint Paul, apareció en Octubre de 1898; las cartas de admiración y entusiasmo no tardaron en llegar; eran al principio en un promedio de cinco diarias, luego fueron cincuenta, más tarde doscientas, cuatrocientas y así sucesivamente. Antes de la guerra de 1914, cuando Sor Teresita no estaba aún beatificada, ya se habían editado en los quince primeros años cerca de doscientos mil ejemplares en lengua francesa; más tarde ha sido traducida, algunas veces sin permiso de las Carmelitas de Lisieux, a más de treinta idiomas extranjeros.

Las pobres religiosas del hasta entonces ignorado pequeño Carmelo de Lisieux, hubieran sido incapaces de emprender una «ficticia propaganda» como han pretendido clasificar este éxito bibliográfico. Es la obra misma, por su contenido, por su valor real que ha suscitado como ya hemos dicho, «el entusiasmo del pueblo cristiano» como tampoco la beatificación y canonización de Sor Teresita que han impuesto este culto, lo han en verdad autorizado; pero ya la pequeña Teresa había sido verdaderamente beatificada y canonizada por la voz del pueblo; aquí una vez más la Iglesia ha seguido el general impulso, pero no ha sido Ella quien lo promovió. «Habrá aún santos canonizados por Roma escribió Renán en sus *Estudios de la Historia religiosa*, pero no los habrá ya canonizados por el pueblo.» Santa Teresita del Niño Jesús ha desmentido plenamente esta pseudo-científica profecía.

Mas, ¿por qué, pues, la *Historia de un Alma* despertó desde su aparición esta especie de culto? Muchos de los competentes admiradores de la Santita podrían explicarlo en estos o parecidos términos: «Cuando vino este libro a nuestras manos, allá por el año 1900, si lo leímos y releímos, si

copiamos párrafos enteros, en particular los que trataban de la humildad, amor a Dios y al prójimo, no fué porque la obra fuera objeto de un pretendido reclamo que ignorábamos, ni tampoco atraídos por la graciosa y profunda fisonomía de la Santa, circunstancia que para nosotros revestía muy secundario interés, ni sugestionados por los favores y milagros concedidos por la Santa, también para nosotros desconocidos; si colocamos en aquella época la autobiografía entre nuestros libros preferidos y de lectura cotidiana, si meditamos atentamente los últimos capítulos sin sospechar que tres de éstos habían sido posteriormente agregados a los ocho primitivos, fué sólo a causa del valor esencial, intrínseco y original de la obra.» Tal es, con ligeras variantes, el testimonio que nos podrían dar los primeros admiradores de Santa Teresita del Niño Jesús.

La mejor explicación que podremos dar del éxito de la autobiografía, es citar las palabras del testigo más competente en la materia, el que mejor conoció a la Santa, el que siguió día por día y paso a paso el progreso de su influencia y de su fama: «Leyendo la *Historia de un Alma*, se tiene la plena convicción de que se conoce por completo el alma de Santa Teresita del Niño Jesús: esta alma se aparece como un hermosísimo modelo de *heroica santidad*, y Dios, poniendo de por medio su gracia, es como ha llegado este libro a divulgarse tanto; he aquí según mi opinión el único secreto de este ruidoso éxito.» Imposible expresar mejor y en pocas palabras la esencial o principal causa de la gloria adquirida en tan poco tiempo por la Santita de Lisieux. Santa Teresita, por una vida de pruebas, lecturas y estudios personales ha *creado*, digámoslo así, *un hermosísimo y nuevo modelo de santidad heroica*; el Soberano Pontífice el Papa Pío XI la declaró en una solemne audiencia concedida a los peregrinos de la diócesis de Bayeux: *Omen novum*.

Surgió una luz brillante y dulce, se produjo una revelación, apareció un libro inspirado, y todas las almas sencillas y sinceras, enamoradas de ideal y de virtud se precipitaron a esa llama, a esa nueva revelación; sucedió algo más asombroso; almas ciegas, hostiles, esclavas de sus desordenados sentidos, han encontrado, al parecer, al azar ese libro, y en él, la luz y la gracia de la conversión. Según opinión de competentes autoridades, la *Historia de un Alma* es, y seguirá siendo el instrumento por excelencia de acción de Sor Teresita. Verdaderamente, este libro oculta una gracia misteriosa que jamás poseerá ninguna biografía o estudio de la Santa; esa es la única razón de su sobrenatural eficacia: se descubre un bello y atractivo ejemplo de heroica santidad. *Omen novum*. Esas son las únicas causas verdad de esta difusión y popularidad, todo lo que se separe de estas explicaciones, a nuestro juicio, resultará falso, ficticio o secundario. Ahora bien, las verdaderas y profundas causas de una influencia espiritual, son siempre inmanentes.

No es suficiente afirmar que el modelo de santidad creado por Santa Teresita del Niño Jesús es *nuevo y heroico*, es menester en lo posible exponer las cualidades particulares por las que se constituye como tal.

El modelo de santidad presentado por Santa Teresita de Lisieux es *nuevo*, primero, por sus cualidades negativas; ordinariamente los caracteres más significativos de la espiritualidad de un santo, los que pasan más inadvertidos son los que llamaremos caracteres negativos; no se les aprecia y descubre sino después de haber estudiado atentamente su vida y haberla comparado a la de otros santos antiguos y contemporáneos; sólo por el estudio comparativo de las biografías de los santos llegamos a precisar con toda claridad los caracteres negativos de su espiritualidad: estos caracteres son importantes; nos indican el *porqué* un alma santa

ha abandonado ciertas prácticas o métodos en uso aun en su época, pero mal adaptadas a las circunstancias: nos revelan, cómo esta alma inspirada, reaccionó sobre su época y renovó la vida espiritual.

Los principales caracteres negativos de la vida espiritual de Sor Teresita son cuatro: 1.ª ausencia de ascética violenta, de mortificaciones excepcionales y de supererogación; 2.ª ausencia de método discursivo o riguroso en la meditación y oración; 3.ª ausencia de fenómenos místicos extraordinarios, visiones, éxtasis, etc., y 4.ª ausencia de múltiples obras exteriores.

Estos caracteres negativos, explicarán el porqué la espiritualidad de Santa Teresita, su modelo o programa de santidad, es muy propio para los actuales tiempos: bien es verdad que no nos manifiestan con toda claridad hasta qué punto su vida fué heroica y santa.

Estudiando la *Suma* de santo Tomás de Aquino, meditando la filosofía pascaliana, analizando en los artículos y monografías de las vidas de los santos, hemos reconocido siempre que la vida heroica y la santidad suponen esencialmente virtudes contrarias o complementarias.

En efecto, no se admira la *excelencia* de una virtud en un santo sin encontrar la *excelencia* de la virtud complementaria y son precisamente estas virtudes opuestas y equilibradas que constituyen toda la economía de la santidad: son los héroes y los santos del cristianismo los que han sabido armoniosamente entrelazar en una síntesis las virtudes contrarias o complementarias.

Llamamos, ya lo explicaremos más detalladamente volviendo al mismo asunto, *antinomia positiva* a la oposición de virtudes aparentemente incompatibles, pero que en efecto se consolidan y concuerdan en un principio superior; por ejemplo, y volviendo al caso de Santa Teresita, encon-

tramos en su vida interior o espiritual *tres antinomias positivas*: 1.º la simplicidad infantil unida a la reflexiva prudencia de la vejez; 2.º la más humilde pequeñez junto a la más magnánima grandeza; 3.º la alegría más profunda bajo el peso de las pruebas morales más dolorosas. Los principios superiores que operan la síntesis de estas antinomias son los dones del Espíritu Santo y en particular los dones de *Sabiduría* y *Fortaleza* y, por último, el don del Espíritu mismo: la *Caridad*. La Caridad es, en verdad, la clave de todo el edificio espiritual.

Expuesto y así concretado en un resumen didáctico, nuestro estudio presenta un aspecto sistemático y severo. «He aquí un teólogo, se pensará, que viene a complicar lo que tan acertadamente Santa Teresita había simplificado; ¿es verdaderamente esto el Camino de Infancia espiritual?» Desde las primeras páginas la lectura de este libro disipará esta legítima inquietud. Los cuatro caracteres negativos, las tres antinomias positivas de la espiritualidad de Santa Teresita del Niño Jesús son bastante sencillas y de una comprensión relativamente fácil; además, si se tiene que evitar el complicar las cosas, también se tiene que procurar no simplificar en demasía: la sencillez de los hijos de Dios no es puerilidad, sino suprema sabiduría, y, por lo tanto, advertiremos: «Si queréis comprender el espíritu de Santa Teresita, su heroica santidad, no olvidéis un solo instante que su infantil ingenuidad está indisolublemente unida a una soberana prudencia, y su humilde pequeñez a una magnánima grandeza; y por último, que su graciosa y apacible sonrisa encubre los sangrientos sacrificios aceptados por amor de Dios y de las almas.»

Al final de la Homilía que el Soberano Pontífice pronunció con motivo de la fiesta de canonización, declaró: «Si se propaga esa voz de la infancia espiritual, fácilmente se adivina

con qué facilidad se llevará a cabo el programa que nos impusimos desde el principio de nuestro pontificado; *la reforma de la sociedad humana.*» (1) Y el mismo Pío XI dirigiéndose a los peregrinos de Bayeux, volviendo sobre el mismo pensamiento y entreviendo ya la influencia que ejercería Santa Teresita, les anunciaba «*una renovación más profunda en toda la vida católica*».

El espíritu de la Santa bien comprendido, sus ejemplos de virtud, las gracias que alcanza para sus discípulos, han inaugurado ya «esta reforma, esta renovación de la vida católica». Inútil es quererlo ocultar, todos necesitamos una conversión interior, todos tenemos necesidad de renovar y vigorizar nuestra vida espiritual por medio de una mortificación y oración más adaptable a las condiciones y costumbres de nuestra época; necesitamos una fe más viva en la influencia de la vida contemplativa; tenemos necesidad de comprender mejor los dones del Espíritu Santo, y sobre todo, nos apremia la necesidad de acudir más a ellos. Todos, fieles, sacerdotes, religiosos, comunidades, institutos, órdenes monásticas tienen necesidad de reformar y renovar su vida espiritual. Podemos repetir con su Santidad Pío XI que, si la espiritualidad de Santa Teresita se propaga, la reforma de la sociedad humana, la renovación de la vida católica estarán muy facilitadas.

En aquel tiempo, Jesús, lleno de gozo en el Espíritu Santo, *exultavit spiritu sancto*, dió gracias al Padre, al Señor del cielo y de la tierra porque había escondido los misterios de su doctrina a los sabios y entendidos de este mundo y las había revelado a los párvulos, *et revelasti ea parvulis*. Nunca se verificó mejor la palabra del Evangelio que en Santa

(1) Homilía de Su Santidad Pío XI (p. 578). Apéndice a *Historia de un Alma*.

Teresita. No nos extrañemos, pues, y sobre todo no nos sublevemos, si un alma sencilla, pura e inspirada viene a enseñarnos, a manifestarnos toda una revelación de santidad.

«Mucho deseo su beatificación, dijo su hermana mayor en el proceso de canonización, porque verán las gentes lo que ella quería que vieran, eso es, que debe tenerse plena confianza en la misericordia de Dios que es infinita, y que la santidad es accesible a todas las almas. Mucho más diría sobre ese particular, pero no sé cómo explicarlo.»

Muchas almas sencillas y piadosas instintivamente adivinan el valor real del genial mensaje de Santa Teresita; presienten que su doctrina, haciendo accesible la santidad a toda clase de almas, es de las más oportunas; sospechan que hay otras verdades actuales o futuras, pero no aciertan a explicarlas. ¿No sería, pues, de desear que los sabios, los psicólogos, historiadores, filósofos y teólogos vinieran a beber a la fuente de agua viva abierta y revelada por la Santita a fin de que nos explicasen y aclarasen lo que sin llegar a comprender presentimos? Pero para llegar a comprender a Santa Teresita del Niño Jesús, es menester procurarse un alma pura y sencilla; hay que renovarse y renacer a una vida sobrenatural.

Nicodemus, reconociendo de buena fe la trascendente influencia del apostolado y doctrina de Jesús, fué a consultarle de noche:

«Maestro — le dijo, — sabemos que has venido de parte de Dios, pues sólo tú puedes operar las maravillas que ejecutas.» A lo que respondió Jesús: «En verdad te digo, el que no renace de nuevo no verá el reino de los cielos.»

Pero, para renacer, es primero menester morir; morir a una vida pasada, renunciar a muchas cosas; Nicodemus, demasiado apegado a sus prejuicios, doctrinas y antiguas tra-

diciones, afectó no comprender, y preguntó: «¿Es menester entrar de nuevo en el seno materno y volver a nacer?» Jesús repitió su afirmación con insistencia, e interpretándola, respondió: «En verdad, en verdad te digo si alguno no renace *por el agua y por el Espíritu Santo* no puede entrar en el reino de Dios; lo que nace de la carne es carnal, lo que nace del espíritu es espiritual, no te extrañe, pues, que te diga, todos tenéis que renacer. El Espíritu sopla donde le place, y tú oyes su voz, mas no sabes distinguir de dónde viene ni a dónde te conduce; es así que todo hombre es llamado a renacer del Espíritu.»

El renacimiento, la infancia espiritual, no es un renacimiento, una infancia natural; el interpretar literalmente estas expresiones resulta absurdo; hay que renacer a otra doctrina que la de los rabinos, a los que Pascal, en la noche de su conversión llamaba filósofos y sabios: hay que nacer de nuevo por los *Dones del Espíritu Santo*, prescindiendo de toda pretensión científica, de todo racionalismo y crítica demasiado naturalista; es menester renacer por el agua, purificándose de sus faltas, de sus concupiscencias, de su orgullo y de todas sus manchas. El renacimiento espiritual, el que engendra a los puros, a los apóstoles, mártires y santos, es una realidad que bien merece ser atentamente estudiada; invitamos, pues, a toda persona sensata a hacer con nosotros ese estudio, tomando por maestra y objeto de estudio a una joven e inspirada santa. Aprendamos de ella en qué sentido nos es necesario renacer, qué debemos practicar para convertirnos en párvulos, «*Oportet vos nasci denuo.*»

PRIMERA PARTE

VIDA ASCÉTICA Y MÍSTICA

LOS CUATRO CARACTERES NEGATIVOS

CAPÍTULO PRIMERO

PRIMER CARÁCTER NEGATIVO DEL ESPIRITU DE SANTA TERESITA: AUSENCIA DE MORTIFICACIONES VIOLENTAS Y NO PRESCRITAS POR LA REGLA.

I. — ASCETISMO ANTIGUO O ASCETISMO DE GRANDEZA

Los Padres del desierto y los cenobitas, hicieron consistir la penitencia, la mortificación y casi toda la vida ascética en la práctica absoluta del silencio, de la clausura, del trabajo manual y en los continuos ayunos a pan y agua. Hasta el siglo XIII, estas observancias constituyeron esencialmente el modelo del ascetismo. San Bernardo, que murió a mediados del siglo XII, si bien, como él mismo declara, había sido en su juventud mortificado en exceso, no usó la disciplina ni las mortificaciones sangrientas; en ninguna de sus biografías escritas por sus discípulos y admiradores se hace mención de ello; el monje cisterciense se mortificó guardando un silencio riguroso, no interrumpido por ninguna recreación ordinaria, absteniéndose de carnes, pescados, vino, leche y pan blanco; privándose del descanso, san Bernardo ayunaba la mayor parte del año, no tomando nada hasta las dos de la tarde; sólo dormía cuatro o cinco horas en un dormitorio común, no levantaba los ojos del

suelo hasta el punto de no saber si el techo de una sala era abovedado o plano, si había en la capilla dos o tres ventanales. La mortificación de san Bernardo es típica, y puede considerarse como el modelo del ascetismo antiguo, esto es antes de que aparecieran las Órdenes modernas o mendicantes.

La fundación de los Padres Predicadores a principios del siglo XIII, es una data decisiva en la evolución del ascetismo monástico. Al lanzar santo Domingo a sus hijos hacia los pueblos y ciudades para que predicaran la palabra de Dios, al dedicarse al profundo estudio del dogma, todo el orden de la ascética religiosa debió ser sensiblemente modificado: predicadores, profesores de sacra doctrina, misioneros, los dominicos no podían ya guardar el silencio absoluto, ni la clausura como los Padres del desierto, los Cartujos y los Cistercienses; sus fatigas apostólicas exigían una alimentación más nutritiva que una libra de pan, algunas legumbres y por bebida un poco de agua. Mas los primeros Dominicos, enérgicos apóstoles, elocuentes predicadores, dotados de un ardiente temperamento, muy fervientes y celosos, sintieron tanto o más que los Cistercienses la necesidad de la mortificación de un severo ascetismo. No pudiendo, pues, mortificarse según lo habían predicado hasta entonces los religiosos, observando el silencio continuo, el ayuno y el retiro, fervientes y entusiastas por otra parte, recurrieron a la maceración y disciplina; ¿no había escrito san Pablo *«Castigo corpus meum et in servitutem redigo»*. Castigo mi cuerpo y lo reduzco a servidumbre? Jesús, ¿no fué azotado? La disciplina cotidiana fué adoptada por santo Domingo y sus hijos.

No eran, en verdad, una invención «los azotes», eran un castigo impuesto por el código romano a ciertos criminales o delincuentes graves; las primeras reglas monásticas be-

nedictinas habían conservado la flagelación como pena impuesta a faltas de alguna importancia: san Pedro Damiano comenzó a introducir su uso en los monasterios y entre los canónigos regulares: santo Domingo, canónigo regular, no hizo por su parte, innovación, sino propagándolo más y reglamentando en cierto modo el uso cotidiano de la disciplina. El hermano Juan de Navarra declara que el santo tomaba la disciplina cada noche, y a menudo hacía dársela por los hermanos; la disciplina consistía en tres cadenas de hierro reunidas y sujetas por un puño; santo Domingo se disciplinaba hasta derramar sangre, a eso añadía multitud de genuflexiones, inclinaciones, postraciones y, por último, vestía un cilicio, especie de camisola hecha de un paño áspero y rugoso. Beceda, religiosa de la Santa Cruz, declara que se procuraba colas de buey para confeccionar esta clase de cilicios.

San Francisco de Asís, muy al contrario de santo Domingo, no vió con muy buenos ojos la introducción del uso de las disciplinas y cilicios. En uno de los primeros capítulos generales de la naciente y ya nutrida Orden, sabiendo que sus hijos utilizaban como instrumento de penitencia los cilicios, las disciplinas y otros objetos por el estilo, los mandó recoger, formando con ellos una fogata. San Francisco, de acuerdo en esto con sus primeros compañeros, juzgaba que la pobreza absoluta, individual y colectiva junto con la vida eremítica formaban un conjunto de bastante penitencia, y desconfiaba de los medios violentos de mortificación.

Pero el impulso estaba dado. Ciertas penitencias llenaban tan perfectamente las necesidades y deseos de aquella época que hubiera sido en vano tratar de eliminarlas; la flagelación estaba adoptada por todas las órdenes religiosas desde la mitad del siglo XIII. En 1260, el padre

Rainieri, dominico italiano, instituyó incluso cofradías de flagelantes; eso demuestra hasta qué punto era en aquel entonces apreciado este género de mortificaciones. Todas las santas y beatas dominicas, sin excepción, predicaron la disciplina, las genuflexiones, postraciones y otros medios de mortificación física de que santo Domingo había dado ejemplo; y como uno de tantos citaremos el caso de la beata Bienvenida Bojani, muerta a fin del siglo XIII. Leemos en las lecciones del breviario que «Castigaba su cuerpo con postraciones penosas y multiplicadas genuflexiones, vestía cilicio y ciñó a su cintura una cadena de hierro, la cual se incrustó tan profundamente en sus carnes, que fué precisa la intervención de un cirujano para quitársela; se privaba del vino, de la carne, del descanso y cuando estaba rendida de fatiga acostábase en el duro suelo con una piedra por almohada; tres veces cada noche azotábase con una cadena de hierro». La beata Colombe también llevaba un áspero cilicio, cadenas y se acostaba en el suelo o sobre una tabla; ensangrentaba sus carnes, tres veces cada noche, con una disciplina de hierro. Santa Catalina de Sena, en el siglo XIV, obraba de idéntica manera, todas imitaron, copiaron fielmente el modelo ascético de santidad creado por santo Domingo.

Entre lo que leemos en nuestro breviario sobre la vida de los santos referente al método de mortificación por ellos empleado y la vida de Santa Teresita del Niño Jesús, la diferencia es grande.

Antes de examinar en qué consiste precisamente el ascetismo de nuestra Sor Teresita, debemos notar que desde el siglo XIII hasta el siglo XIX y hasta nuestros días, las maceraciones sangrientas, las penitencias excepcionales, aunque algo y progresivamente abandonadas, habían siempre continuado practicándose en los monasterios fervorosos.

Los primeros Carmelitas Descalzos, en la segunda mitad del siglo XVI, eran, a juicio de Santa Teresa, excesivamente mortificados. La disciplina tomada en común fué de regla; siempre, religiosos y religiosas Carmelitas Descalzos, como veremos dentro de poco, han sido muy inclinados a las mortificaciones físicas, regulares y de supererogación.

No hace todavía un siglo, el padre Lacordaire, al restablecer en Francia a los Padres Predicadores o Dominicos, volvieron a su pasado apogeo las penitencias de las que santo Domingo había dado tan admirable ejemplo; había añadido además algunas prácticas personales a la tradición dominicana. En el capítulo XIV de la *Vida del P. Lacordaire*, escrita por el padre Chocarne, se hace mención de cómo el restaurador de los Padres Predicadores practicó la penitencia. «Toda su mística, escribe su biógrafo, consistía en este sencillo principio: sufrir, sufrir por justicia, sufrir por expiación, sufrir por amor, sufrir como demostración; toda su manera de proceder radicaba en esto: procedimientos de obras más que de palabras (1). El padre Lacordaire tuvo discípulos que imitaron sus ejemplos y medios de mortificación. Este rigurosísimo método ascético, no obstante, contribuyó a la formación de ejemplares religiosos de eminente mérito.

(1) El P. Lacordaire, escribe el P. Chocarne, no había recibido el don de una contemplación tranquila y silenciosa a los pies de Jesucristo, pero recibió el de probar su amor con actos sublimes y generosos; las acciones de gracias después de la Misa eran cortas, pero con mucha frecuencia experimentaba los más vivos transportes de amor a Dios que iba a calmar en alguna celda de sus religiosos... Se desnudaba las espaldas y era menester, de grado o por fuerza, azotarlo cruelmente... Era un verdadero martirio... Pero poco a poco se acostumbraron a ello los religiosos, lo que aprovechó el Padre para exigir más y más y hacerse tratar según sus deseos; tenían que darle fuertes cachetes, escupirle al rostro, hablarle como a un esclavo... Véase CHOCARNE, *Le P. H. D. Lacordaire*, cap. XIV, p. 395.

II. — EL ASCETISMO DE SANTA TERESITA O ASCETISMO DE PEQUEÑEZ

En materia ascética, conviene tener muy en cuenta el temperamento y las necesidades individuales. Santa Teresita del Niño Jesús repetía a menudo: «Hay muchas moradas en su mansión de mi Padre.» Admitida en el Carmen en 1888, fué testigo de la gran estima de que gozaban las mortificaciones corporales. El Carmen de Lisieux fué fundado en 1838, la verdadera fundadora, la Madre Genoveva de Santa Teresa, religiosa ejemplar, muy ponderada y muy sobrenatural, y a quien sólo podría algo censurársele el ser demasiado indulgente, no se inclinaba mucho a las mortificaciones de supererogación. Sólo experimentaba atractivo por la obediencia y declaraba que en cuanto a las penitencias «no siento inclinación, sino a las prescritas por la regla y de uso en el convento».

La superiora que la sucedió, cuyo prestigio imperioso, no tardó en substituirse a la dulce acción de la fundadora, fué de muy diferente criterio. Nacida allá por el año 1830, la Madre María Gonzaga era alta, distinguida, generosa, dotada de un temperamento ardiente y apasionado y de una salud a toda prueba; desde los primeros años de su vida religiosa, sintió en ciertos momentos grandísimo atractivo por las violentas penitencias; seis años después de su entrada en el Carmen de Lisieux, fué elegida subpriora, y tuvo también que ocuparse del noviciado; en los principios, consultó a la Madre Genoveva sobre el género de mortificaciones que debía permitir a las novicias.

«Tenga mucho cuidado, respondió la fundadora, pues sin una gran prudencia y discernimiento eso es vanidad y nutre el

amor propio; enseñe a sus hijas a romper su voluntad, a practicar la caridad, y a cumplir toda la regla con perfección, ahí está la verdadera, la buena penitencia siempre agradable a Dios.»

Estos consejos, nacidos de una experimentada sabiduría inspirada por Dios, no fueron seguidos sino a medias y se llegó a verdaderos excesos de mortificación. En la vida de la Madre Genoveva se lee un párrafo muy significativo y de una capital importancia para la comprensión del espíritu de Santa Teresita.

«Las ortigas crecían en completa libertad en el jardín, para que pudieran ser empleadas en las disciplinas de supererogación de la Comunidad: fué viendo por sí misma el resultado de estas penitencias en la santificación de las almas, que Sor Teresita del Niño Jesús se decidió a buscar un medio más rápido y seguro para elevarse a la santidad.»

Notemos bien que no fué a la ligera y sin haberlo meditado mucho, observado y experimentado en sí misma estas mortificaciones, que Santa Teresita renunció a ellas, y dedujo la consecuencia de que no eran adecuadas para ella, ni para las almas que siguieran el «Camino de infancia espiritual». Poco tiempo después de su toma de hábito, leyendo en la vida de los Santos las grandes y extraordinarias penitencias que muchos de ellos se habían impuesto, admirando lo generoso y grande de tales actos, se sintió impulsada a imitarlos: «El deseo de penitencia, escribe, me fué también otorgado», mas enfermó a causa de haber soportado durante demasiado tiempo una pequeña cruz de hierro con puntas, las cuales penetraron en su carne.

«Esto no me hubiera sucedido por tan poca cosa, decía, si Dios no hubiera querido hacerme comprender que las mace-

raciones de los Santos no eran para mí, ni para las almas pequeñas, que seguirán el mismo camino de infancia espiritual.» (*Historia de una Alma*, cap. XII, p. 234). (1)

Cuanto más adelantó en edad y perfección, más se confirmó en ella la opinión de que las *maceraciones de los santos*, las disciplinas de hierro, las cadenillas con puntas, los cilicios de cerdas y, en general, toda clase de penitencias demasiado dolorosas y rebuscadas debían ser excluidas de su «Caminito de infancia espiritual».

«La vi desde su juventud, afirma la Madre Inés de Jesús, entregarse a la mortificación, con el fin de vencer los sentidos; pero siempre con más simplicidad, moderación y medida, cuanto más se acercaba al fin de su vida... Me confesó, que en los comienzos de su vida religiosa, había creído obrar bien, para imitar a los Santos, ingeniándose en volver los alimentos insípidos. «Hace ya tiempo que dejé de hacerlo, me dijo; cuando la comida me gusta, doy gracias a Dios, y cuando es mala, entonces es cuando acepto la mortificación: este sacrificio no buscado por mí, me parece más seguro y santificador.»

Tales declaraciones nos demuestran claramente que Santa Teresita buscó desde un principio su camino a la manera de un explorador: tanteando, ensayando diferentes caminos, hasta que, por fin, volvió al gran camino del Evangelio, a la simplicidad de los hijos de Dios: «*Manducate quæ apponuntur vobis*; comed lo que os sirvan.» San Francisco de Asís, cuyo espíritu tiene muchos puntos análogos al de Santa Teresita, también adoptó esta regla para sí y para sus hijos; añadamos a eso, que nuestra Santita aceptaba y comía toda clase de manjares con tanta indiferencia, que

(1) En todas las citaciones nos referimos a las traducciones castellanas de los Padres Carmelitas de Tarragona. (Nota del Traductor.)

sus vecinas de mesa jamás pudieron averiguar lo que era más de su agrado; ya insistiremos sobre este particular; lo que debemos demostrar ahora es lo que constituye el primer carácter negativo de su Camino de infancia espiritual, la ausencia de mortificaciones extraordinarias.

Opinaba la Santa, después de serias reflexiones, que los autores de ciertas vidas de santos insisten demasiado sobre el punto de las excepcionales penitencias, como si ellas formaran parte integrante de toda santidad.

«Esto perturba a las almas, asegura; muchas se imaginan que para agradar a Dios, es de absoluta necesidad entregarse por completo a prácticas exageradas de mortificación... y entonces, el demonio las engaña y hace caer en ilusiones peligrosas.»

En el libro de oro del espíritu y santidad dominicana, el beato Enrique Suso ocupa el lugar del tipo místico que practicó toda clase de mortificaciones; se privó del agua hasta el punto de que su lengua se agrietó; se tendía sobre una puerta guarnecida de clavos, se grabó las iniciales de Jesús sobre el corazón, etc... Veamos ahora lo que Santa Teresita opinaba de este género de ascetismo. Guiada por su sobrenatural sentido hacia todo lo que tiene el sello o carácter de excelso, leyó la vida del beato Suso, y expuso su parecer a la Madre Inés de Jesús, en estos términos:

«Hay en la vida del beato Suso un pasaje que me ha llamado poderosamente la atención; es el que trata de las penitencias corporales; las hay espantosas, tanto, que arruinaron su salud; un ángel se le apareció, y ordenándole suspenderlas, añadió: «Hasta aquí, sólo has combatido como soldado, ahora te voy armar caballero», y le hizo comprender la superioridad del combate espiritual sobre las maceraciones de la carne. Pues

bien Madre mía, comprendo que Dios no quiso que fuera simple soldado, y desde un principio me armó caballero; he luchado contra mí, en el dominio espiritual, por la abnegación y los pequeños sacrificios ignorados, y en este oscuro combate, en que la naturaleza no toma parte alguna, he encontrado la humildad y la paz.»

Cuanto más avanzó en edad y sabiduría, más se confirmó por sus lecturas, observaciones y reflexiones en la desconfianza hacia el ascetismo violento o de sangre. En los últimos años de su vida, esta convicción llegó a ser tan absoluta, que creyó un deber dirigir a la Madre Inés de Jesús esta suprema recomendación: «Hay que desconfiar, créame, madre mía, no entre jamás por este camino, no es el de las almas pequeñas como las nuestras.»

Santa Teresita no dejó de indicar claramente las razones de esta desconfianza. «Me decía, cuenta su hermana, que el demonio engaña muy a menudo a ciertas almas generosas, pero imprudentes, empujándolas hacia los excesos de mortificación, los cuales perjudican su salud y les impiden cumplir sus deberes; también veía en ello el peligro de complacerse a sí misma.» En los temperamentos ardientes, o en los caracteres demasiado personales inclinados a salirse del camino común y a buscar la singularidad en las cosas extraordinarias, las penitencias especiales o fuera de la regla, nutren el amor propio y el orgullo. Estas almas, faltas de equilibrio, se imaginan obrar maravillas, cuando, en verdad lo que hacen es alejarse del buen camino; se desvían más y más y descarrian a las almas que atraen en pos de sí; con todo se las verá mostrarse muy severas para con el prójimo, acusándole de tibieza y relajamiento, celoso de ejercer alguna influencia, envidioso de toda autoridad. A menos, pues, de una vocación especial, de gracias comprobadas a ser posible por varios directores autorizados,

doctos y prudentes (1), las mortificaciones excepcionales, disciplinas de sangre, cadenillas y otras prácticas dolorosas no señaladas por la regla, deben ser absolutamente prohibidas, particularmente en nuestros tiempos, en que las naturalezas son débiles.

El ascetismo de Santa Teresita del Niño Jesús, su programa de santidad, es contrario a las penitencias de supererogación, a las mortificaciones muy dolorosas; pero no se introduce en la economía de la vida ascética y mística una útil reforma, sino se substituye con ventaja lo que se excluye. El mérito particular de la Santita, que caracteriza su manera de ser, es el de colocar a plena luz aquella verdad: que la mortificación ejercitada en las cosas pequeñas, incluso en las más insignificantes, resulta más humillante y no menos mortificante que la practicada con grandes e ingeniosos dolores físicos voluntarios. Se ha dicho con exactitud y penetración en el proceso de canonización: «Dios se muestra tan poderoso en la creación de lo infinitamente pequeño, como en lo de lo infinitamente grande, y me parece que Sor Teresita ha justamente demostrado su fuerza en la multiplicidad de actos pequeños, y si se nos permite decir, casi microscópicos.» Esta observación no podrá ser mejor comprendida que interpretándola por la célebre teoría de los dos infinitos de Pascal.

«Hay dos infinitos, escribe, que se encuentran en todo y cuyo conocimiento proporciona al espíritu grandes maravillas: el uno es de grandeza, el otro de pequeñez... Los filósofos han pretendido más bien llegar al infinito de pequeñez... Como nosotros por encima de las cosas pequeñas, nos creemos más

(1) Decimos *varios directores* porque creemos que si un alma llevada de grandes deseos de violentas mortificaciones, elige y consulta con un solo director y éste comparte en este punto su manera de ser y ver las cosas, esta alma corre el riesgo de no ser debidamente desilusionada. En otro orden, ese fué el error de Mme. Guyot y de Fénelon.

capaces de poseerlas, y, sin embargo, no es menester menos capacidad para llegar hasta la nada, que para llegar hasta el todo. Lo uno depende de lo otro, y el uno conduce al otro; estos extremos se tocan, se reúnen a fuerza de separarse y se encuentran en Dios, y sólo en Dios.»

Esta teoría, eminentemente pascaliana, sobre los dos infinitos, se aplica perfectamente a nuestro caso, puesto que hay dos infinitos, el uno de grandeza y el otro de pequeñez que se reúnen en Dios, existen para el hombre dos caminos de perfección, el uno lo alcanza llevando a cabo grandes cosas, y el otro por el fiel cumplimiento de los más pequeños deberes: estas dos vías o caminos, si bien en un principio, divergentes, no tardan en reunirse y confundirse en el límite, en una misma santidad. Estando situados a igual distancia de los dos infinitos, los grandes deberes nos sobrepujan y dominamos a los pequeños; éstos nos parecen con frecuencia cantidad despreciable, y nos persuadimos que sin gran esfuerzo llegaremos a desempeñarlos, pero en verdad, no es menester menos capacidad para llegar a la perfección por la práctica de las cosas pequeñas, que por la de las grandes.

Sin duda el camino de perfección que alcanza la santidad por el fiel cumplimiento de los más mínimos deberes, no era desconocido, y se sabía que conducía a la más sobrenatural grandeza; ¿no está escrito en el Evangelio *«Qui fidelis est in minimo et in majori fidelis est. El que es fiel en lo pequeño lo es en lo grande?»* ¡Cuántos santos han seguido este camino! Mas el gran mérito y lo propio de Santa Teresita, su providencial misión, es el de haber mejor discernido, como nunca lo había sido, esta santidad de pequeñez demasiado desdeñada, y que alcanza a la santidad de grandeza.

Estudiando la vida de la Santa de Lisieux, se advierte con sorpresa que había sido visiblemente predestinada por

la Divina Providencia para practicar con toda perfección, y revelarnos la primordial importancia del consejo evangélico; ser fiel hasta en los más mínimos detalles: *fidelis in minimo*. En la edad en la cual los niños están orgullosos y satisfechos de crecer, Santa Teresita lamentaba no permanecer pequeña; tenía la intuición de la belleza, fuerza y méritos escondidos en la pequeñez; ¡apreciar la pequeñez es sin embargo, tan difícil!; así escribió Pascal: «El infinito de grandeza es mucho más visible, se nos entra por los ojos, hiere nuestra imaginación, es más *sensacional*; en cambio, el infinito de pequeñez nos pasa inadvertido, no nos asombra, y no lo notamos hasta el momento en que nos lo señalan, y entonces admiramos su poder. Es estudiando los infinitamente pequeños que se ha renovado en nuestros días la ciencia y se ha descubierto con terror que, cuanto más pequeños, más temibles.

A las grandes penitencias excepcionales e intermitentes que, como ya hemos dicho, Santa Teresita excluye de su Caminito de pequeñez de infancia espiritual, ha substituído la práctica continua de la mortificación llevada a lo infinito en las más pequeñas ocasiones.

III. CÓMO EL ASCETISMO DE PEQUEÑEZ CORRIGIÓ LAS TENDENCIAS DEFECTUOSAS DE TERESITA EN SU NIÑEZ Y EN SU JUVENTUD

A la edad de tres años se dió a Teresita un rosario construído exprofeso para contar los actos de virtud. «Lo más curioso, escribió su madre, es ver a la pequeña meter cien veces la mano en su bolsillo para correr una cuenta, cada vez que hace un sacrificio. (1) La niña llamaba a estos actos de virtud *prácticas*. No negamos nuestra admiración a esta

(1) *Historia de un Alma*, cap. I, p. 14.

precocidad en la mortificación, puesto que no titubeamos en concedérsela a Mozart en la suya por la armonía musical. El genio característico de Santa Teresita del Niño Jesús se encuentra ya en este amor, en este culto de los pequeños sacrificios; si se sospechara qué penetrante conocimiento y, sobre todo, qué dominio de sí mismo nos traería este género de mortificación, lo estimaríamos mucho más. La Santita del «caminito», es en verdad muy sincera cuando escribe: «Creo me encontraba en las mismas disposiciones que hoy, teniendo ya un gran dominio sobre todas mis acciones; había tomado la costumbre de no quejarme cuando cogían algo que me pertenecía y de no excusarme jamás, aunque me acusaran injustamente.» (1) Callar cuando basta pronunciar una palabra para justificarse, ¡qué dominio sobre sí misma supone en una niña, carácter naturalmente altivo, resuelto, que encierra ya tendencias a degenerar en imperioso y dominador!

En una circunstancia, Teresita se mostró muy personal, no hubiera besado el suelo ni por una fortuna, «es, escribié su madre, de una terquedad casi invencible. Cuando dice que no, nada la hace ceder, antes pasaría todo el día y la noche entera encerrada en el sótano, que decir que sí.» (2)

«Tenía un carácter difícil, asegura ella más tarde. Considerándola a la ligera y juzgándola sólo por lo exterior, era una niña muy linda cuyo gracioso semblante, iluminado por grandes ojos garzos, estaba rodeado de una aureola de rubios bucles; mas, sabido es que estos niños rubios, estos caracteres dulces, angelicales, incapaces al parecer de la más ligera falta, cuando son mal criados, mimados, adulados y pervertidos por malos ejemplos, se convierten en susceptibles y apasionados. Santa Teresita no cesó de pensar

(1) *Historia de un Alma*, cap. I, p. 17.

(2) *Historia de un Alma*, cap. I, p. 13.

y afirmar que una defectuosa educación hubiera podido conducirla a su ruina. «La corrupción de lo mejor es lo peor», decían los antiguos. La Santa, célebre hoy en el mundo entero por sus heroicas virtudes, sin sus ejemplares padres y sin la gracia de Dios, hubiera podido condenarse y ser motivo de perdición para otras almas. «¡Oh, hermanitas mías! exclama, si no me hubieran educado bien, en vez de ver lo que veis, que triste espectáculo hubiereis contemplado!»

Uno de los rasgos característicos y casi podemos decir dominante de Teresita niña, fué una excepcional necesidad de amar; amar con pasión, con ternura. «Como me parecía que Paulina estaba muy lejos, todo el santo día no pensaba más que en ella. Cuando apenas empezaba a hablar y me preguntaba mi madre: ¿en qué piensas? invariablemente le respondía: en Paulina.» (1) Una mañana, Teresita logró salirse de su camita y se fué a acostar con su hermana Celina; la muchacha que la buscaba para vestirla, la descubre por fin junto a su hermana. «Déjame, Luisa, dice la pequeña, no ve usted que nos pasa como a las gallinitas blancas, no podemos separarnos.» (2)

Tales demostraciones de cariño son en la infancia por demás graciosas y atraen la sonrisa a los labios, pero ¡cómo se vuelven peligrosas en la adolescencia! ya veremos cómo la Santa combatirá, vigilante, esa tendencia a los afectuosos apegos.

La coquetería femenina, si bien pronta y severamente reprimida existía también en estado intuitivo y latente en la pequeñuela.

«En una ocasión teníamos que ir a casa de unos amigos que vivían en el campo. Mamá dijo a María que me pusiera

(1) *Historia de un Alma*, cap. I, p. 12.

(2) *Historia de un Alma*, cap. I, p. 14.

mi mejor vestidito, recomendándole no me dejara los brazos al aire. No repliqué ni una palabra, y hasta demostré la indiferencia que deben tener los niños a esa edad; pero pensé interiormente que hubiera estado mucho más linda con mis bracitos desnudos.» (1)

Muchos cristianos, detractores inconscientes del mérito de Santa Teresita del Niño Jesús, persistirán en creer que nació santa y que, por lo tanto, no tuvo que luchar; cumplamos nosotros con nuestro deber y hagamos todo lo posible para desengañarlos. Tenía trece años, cuando, a causa de una enfermedad, tuvieron que sacarla del pensionado y confiarla a una señora para que se encargara de perfeccionar su educación y de la cual recibía, nos dice, excelentes lecciones.

«En aquella sala amueblada a la antigua, llena de libros y cuadernos, asistía yo con frecuencia a numerosas visitas. A pesar de que la madre de mi institutriz era la que de ordinario sostenía la conversación, apenas estudiaba yo en aquellos días. Con la nariz sobre el libro, oía cuanto decían, y aun lo que me hubiera valido más no oír. Una señora se extasiaba contemplando mis cabellos, otra preguntaba al marcharse quien era aquella joven tan linda; y estas palabras, tanto más halagüeñas para mí cuando no las pronunciaban en mi presencia, me dejaban una impresión de placer que me demostraba claramente hasta qué punto llegaba mi amor propio.» (2)

Hasta en vísperas de entrar en el Carmen, cuando contaba catorce años, la joven tuvo que vigilar y reprimir su espontáneo, agradecido y afectuoso natural. En este punto no fué peor dotada que Santa Teresa y Santa Magdalena; ella amó a Jesús tanto como ellas, pero sin la educación y la gracia hubiera podido ser débil. «Oh, tiempo era de que Jesús me substrajera del emponzoñado hálito del mundo,

■ (1) *Historia de un Alma*, cap. I, pp. 13 y 14.

(2) *Historia de un Alma*, cap. IV, p. 68.

pues siento que muy fácilmente mi corazón se hubiera dejado aprisionar por los lazos del afecto; y en donde otros han perecido, también hubiera perecido yo; no somos de mejor condición unos que otros.»

¿Cómo esta alma tan pródigamente dotada, pero no libre de la culpa de origen, pudo alcanzar la Santidad? La Santa misma nos dice y repite que lo debió en primer lugar a una esmeradísima y atenta educación primera.

Recalquemos que esta educación la preparó a la fidelidad en los pequeños detalles, como ya lo hemos señalado.

Los procedimientos o métodos de educación han variado con el tiempo. Los hijos de las más nobles familias, incluso el mismo Delfín en el siglo XVII, eran duramente tratados; con frecuencia se les castigaba con la palmeta y el látigo. La madre de Teresita, dotada de inteligencia superior y de extraordinaria energía, educó a sus hijas de muy diversa manera; ejercía sobre ellas constante y severa vigilancia, no exenta de ternura sin límites: No dejaba «ninguna falta sin reprimenda». A la muerte de la señora Martin, Paulina, la segundogénita, diez años mayor que Teresita, y que había heredado la dulzura, entereza y método de educación de su madre, crió a su hermanita en el exacto cumplimiento de sus más mínimos deberes.

«Me pregunto, escribió la Santa dirigiéndose a la que fue su *madrecita*, como pudo educarme con tanto cariño, pero sin mimarme, pues *no me toleraba la menor imperfección*. Jamás me reprendía sin justo motivo, pero tampoco, y de ello estaba yo bien convencida, cambiaba de resolución.» (1)

El señor Martin, el padre, la bondad misma, que sentía hacia Teresita una delicada ternura poco frecuente en los hombres, sostenía y apoyaba con toda su autoridad esta

(1) *Historia de un Alma*, cap. II, p. 31.

vigilancia en la educación de su pequeña. «Cuando una doméstica formulaba alguna acusación contra Teresita, se daba *a priori* la razón a la muchacha y la *reinecita* tenía que pedir perdón, algunas veces sin razón, pero querían enseñarle la sumisión a los mayores.» También la acostumbraron a pedir permiso para todo. «Cuando mi padre la invitaba a salir de paseo, invariablemente respondía, voy a pedir permiso a Paulina; si se lo negaba, algunas veces lloraba a causa de mi padre que hubiera deseado salir con ella, pero obedecía sin resistir.» Esta atenta y constante educación, que no se relajaba ni un momento y que imponía obediencia, sumisión y respeto a la autoridad en los más pequeños detalles, es la buena, e infinitamente superior y preferible que la del antiguo método de castigos violentos e intermitentes.

El principio de la rigurosa observancia en los pequeños deberes, del perfeccionamiento por los pequeños sacrificios que recibió Teresita de su madre y hermanas, no tardó en apropiárselo. Algunos meses antes de su primera Comunión, recibió de su hermana Paulina, en el Carmen sor Inés de Jesús, un pequeño cuaderno en el que principió a anotar sus pequeños actos de virtud. En tres meses llegó a contar 818 sacrificios, o sea un promedio de 30 al día. Más tarde, Sor Teresita opinaba que tales procedimientos numéricos de las *prácticas* convienen más a la niñez que a la juventud y edad madura. Mas lo que siempre conservó, y que sin duda tendremos nosotros mucho que modificar en nuestras preconcebidas y desdeñosas opiniones sobre este punto, es, el de la gran utilidad y capital importancia del método que nos mortifica constantemente en las pequeñas cosas.

«¡Oh! exclamará, cuán pocas son las religiosas perfectas que hacen las cosas lo mejor que pueden y que no digan así: No estoy obligada a hacer tal cosa; después de todo no es gran

mal hablar aquí, contentarse con tal cosa... ¡Qué raras son las que lo hacen todo del mejor modo posible!» (1)

La constante mortificación y reserva de Teresita en el pensionado, produjeron ya una impresión de grandeza. «Tocante al fiel cumplimiento del reglamento, declara una de sus maestras, se mostró Teresita verdaderamente heroica: En ciertas escaleras de nuestro pensionado, muy difíciles de ser vigiladas, las alumnas aprovechándose de esta circunstancia cometían muchas travesuras; Teresita permanecía recogida y *minuciosamente fiel*.» Ser minuciosamente fiel hasta lo infinito en las pequeñas ocasiones; ¡qué magnanimidad! Una de las condiscípulas mayores (2) y más serias de Teresita, le preguntó un día si había faltado al silencio. «Me respondió que jamás había faltado; fingí no darle crédito a fin de impacientarla un poco, y mostrándose muy afligida me dijo: «María, yo no miento jamás.» Así, pues, ni falta en el silencio ni en la sinceridad.»

Si Teresita no fué dichosa en el colegio, no debe achacarse a la educación que recibía de las Benedictinas, ésta no fué en manera alguna defectuosa; antes al contrario, abnegada y afectuosa, pero Teresita temía «el roce con las alumnas disipadas que no querían observar el reglamento.» (3) Desde la edad de trece años, la joven comprendía ya mucho mejor de lo que nosotros podamos comprender, la hermosura y la grandeza de la fidelidad al reglamento, incluso en sus

(1) *Vida de Santa Teresita* por el P. Francisco Javier, cap. XXI, p. 477.

(2) Más tarde religiosa Benedictina con el nombre de Sor San Juan Evangelista, declaró en el proceso de Beatificación. — N. T.

(3) No hay que interpretar mal este punto. Sin duda alguna Teresita no estuvo jamás tan a gusto como en su casa rodeada de su ejemplar familia; las Benedictinas eran muy afectuosas. ¡Qué tierno espectáculo, qué cuadro tan conmovedor, si con la imaginación reconstituimos lo que ella misma nos relata: «Cada noche, la primera maestra venía con su pequeña linterna y, apartando suavemente las cortinas de mi cama, depositaba un tierno beso en mi frente; me testimonió tanta bondad, que una de las noches le dije: ¡Oh Madre, os amo mucho!...» (*Híst. de un Alma*, cap. IV, p. 58.)

más insignificantes prescripciones. «Era su mortificación en aquella época, se nos dice, sin interrupción ninguna, y practicada en las *pequeñeces*.» En vísperas de entrar en el Carmen de Lisieux, cuando acababa de cumplir quince años, su entrada fué retardada tres meses. Obtenida, por fin, la tan deseada autorización conquistada con tantas luchas, y como dice ella, en su peculiar lenguaje, «con la punta de la espada», siendo ya suya la victoria, tuvo un momento de tentación, el de dormirse en sus laureles durante algunas semanas; pero su conciencia le reveló lo peligroso de su cobardía y reaccionó inmediatamente.

«Primeramente, me vino al pensamiento llevar una vida más holgada y menos regulada que de costumbre, pero Dios me dió a entender que debía sacar más utilidad del tiempo que me ofrecía, por lo cual resolví entregarme más que nunca a una vida seria y mortificada. Al decir mortificada, no entiendo que hiciera las penitencias de los Santos. Estaba muy lejos de asemejarme a las hermosas almas que practican desde la infancia todo género de mortificaciones; las mías consistían únicamente en quebrantar mi voluntad, en retener una palabra de réplica, en hacer en torno mío insignificantes servicios, sin encarecerlos, y otras mil cosillas por el estilo. Con la práctica de estas *pequeñeces* me preparaba a desposarme con Jesús; no me es posible decir hasta qué punto hizo aumentar este retraso mi resignación a la voluntad de Dios, mi humildad y demás virtudes.» (1)

Cuánta verdad encierra todo eso, y que bien lo expresa Santa Teresita; como de intuición emplea las más justas expresiones, incluso desde el punto de vista filosófico y doctrinal. Sí; es la práctica de estas *pequeñeces* que la hicieron *crecer*; sus mortificaciones, que no éran las penitencias de los santos, pero si una infinidad de sacrificios a menudo imperceptibles, la hicieron emprender «una carrera a pasos agigantados».

(1) *Historia de un Alma*, cap. VI, pp. 115 y 116.

IV. EL ASCETISMO DE PEQUEÑEZ PRACTICADO POR SOR TERESITA EN EL CARMEN DE LISIEUX

A los quince años y tres meses, Teresita traspasó la puerta de la clausura del Carmen de Lisieux. ¿Cómo se conducirá la joven, ayer todavía pensionista que no faltaba jamás al silencio, y cuya alma sufría viendo faltar desdeñosamente al reglamento? Bien pudiéramos advertir a las religiosas del convento de Lisieux y decirles: Tened cuidado, ha ingresado en la comunidad una joven, casi una niña que os sorprenderá a causa de su infatigable y escrupulosa observancia de vuestras Constituciones. Verdaderamente, Sor Teresita adivinó como por instinto los puntos esenciales de la Regla del Carmen. Se aplicó en primer lugar a no faltar jamás a la ley del silencio. El silencio fué y será siempre uno de los primeros y esenciales puntos o fundamentos de toda vida ascética, y sin el que no puede existir una verdadera y profunda vida interior; Santa Teresita del Niño Jesús comprendió con tanta perfección, como comprenderlo pudo cualquier fundador de una Orden, toda su soberana eficacia. Tendría que sorprendernos, o mejor dicho, confundirnos la gran estima, el verdadero culto que Santa Teresita profesó al silencio religioso. He aquí un párrafo de una de las declaraciones presentadas en el *Proceso de canonización* y que merecería se escribiera en letras de oro en el frontispicio de todo estudio sobre la vida ascética y mística de la Santa.

«Su gran medio fué el silencio; lo aprendió de la Santísima Virgen cuyo ejemplo la llenaba de admiración, principalmente cuando prefirió callar y ser tenida incluso por sospechosa antes que excusarse ante su casto esposo San José, revelándole el augusto misterio de la Encarnación... Como María, gustaba

a Teresita guardar todas las cosas en su corazón, lo mismo sus alegrías que sus dolores. Esta reserva fué su fuerza, el punto de partida de su perfección, el sello que al exterior la distinguía por su gran equilibrio moral.»

Desde los primeros días de su entrada en el Carmen, la hermana mayor de Teresa fué la encargada de enseñarle a recitar el Oficio, es decir, le indicaba el orden de los salmos, las antífonas, etc., etc.; al cabo de tres semanas, con mucha caridad, pero con decisión, despidió a su hermana diciéndole: «Se lo agradezco, hermana María del Sacramento, hoy lo he encontrado bien todo; tendría mucho gusto en permanecer a su lado, pero es menester que me prive de ello, pues no estamos ya en los Buissonnets.» ¿No encierra esta actitud una lección capaz de hacer meditar y reflexionar a una religiosa antigua? ¿Qué a lo serio tomó nuestra Teresita la vida religiosa! Al primer toque de la campana interrumpía su escritura dejando por terminar la palabra comenzada. Conservo una esquila, nos dice su hermana mayor, que termina así: «Estoy obligada a dejaros las nueve d....» Un día, viéndome después de la hora concluir de anotar un precioso consejo, me dijo: «Más hubiera valido perder esto, que cometer una irregularidad. ¡Si conociera lo que es!» En las más fervorosas comunidades, algunas hermanas, en ciertos casos excepcionales prolongan algo el tiempo de locutorio, cambiando algunas palabras o comunicándose alguna impresión. También algunas veces la Madre Superiora puede dulcificar algo el rigor monástico para dar parte a las religiosas, que encuentra en los claustros, de algo que acaban de comunicarle. En el locutorio, cuando el reloj de arena señalaba el límite del tiempo concedido a las visitas, Sor Teresita del Niño Jesús era la primera en levantarse y marchar directa y modestamente a su celda.

«Parecía vivir fuera de lo temporal y terreno; no demostraba ningún interés por las noticias y conversaciones, excepto cuando la regla o la caridad se lo imponían como deber; las reuniones la dejaban indiferente, pasaba sin detenerse y con los ojos bajos en actitud de religioso recogimiento que la distinguía.»

Esta actitud de recogimiento, esta voluntaria y absoluta fidelidad a la regla no era, como se hubiera podido sospechar, un pasajero fervor de neófita: la constancia de la joven postulante no se desmintió ni relajó un solo momento. «Jamás una laguna, ni un instante de disipación, ni de cobardía.» Grande fué la impresión que esto produjo a las más observantes religiosas; imponía esta heroica fidelidad junto a tan sublime sencillez: «Era yo en aquella época Maestra de novicias, desde su entrada, la Sierva de Dios sorprendió a la comunidad por su compostura en la que había impresa una especie de majestad que no era de presumir en una niña de quince años.» Quizá se creerá que esta apreciación sea un tanto exagerada; veamos, pues, lo que declaró la Madre Inés de Jesús, la *madrecita* de Teresita; ella misma estaba como extrañada de la inesperada actitud de la postulante.

«Viendo con que ardor trabajaba yo para que se la admitiese, habían dicho: ¡Qué imprudencia hacer entrar en el Carmen a una joven, casi niña aún! ¡Qué fantasía tiene Sor Inés de Jesús! ¡Sólo tendrá decepciones! Mas, las hermanas cuya mayor parte tan sólo esperaban encontrar a «una niña» corriente y vulgar, se sintieron como poseídas de respeto ante su presencia. Había en toda su persona algo tan digno, tan resuelto y al mismo tiempo tan modesto, que incluso a mí me sorprendió.»

Volvamos otra vez a nuestra capital observación: ¿Qué fué lo que produjo en las religiosas más antiguas, a las más fervorosas esta impresión de grandeza en Sor Tere-

sita del Niño Jesús? Fué como en la mayor parte de las santas y beatas del siglo XIII y en las de fechas más remotas, la práctica de extraordinarias penitencias? De ninguna manera; más bien, y sin darse cuenta de ello siquiera, fué la minuciosa observancia, el seguir al pie de la letra todas las prescripciones y costumbres; la constante vigilancia que no dejaba escapar la más pequeña ocasión de sacrificio. Una vez más, esta santidad de pequeñez, por un notable contraste, proporciona pronto una dulce y sorprendente majestad. Hasta el jardinero del convento, sin vacilaciones, reconocía bajo los tupidos velos a la Hermanita; por su andar acompasado, por su recogimiento, por su paso igual siempre y sin precipitaciones; en fin, era el andar de una Santa.

Sin embargo, ni las religiosas que vivían cerca de Sor Teresita, ni las que con menos simpatía la observaron atentamente con el fin de descubrir en ella alguna flaqueza, como tampoco las que más la admiraron y quisieron, llegaron a conocer toda su virtud, no supieron hasta qué ínfimos detalles llegó su abnegación. ¡Cuán acabada es su perfección! Son sus sacrificios tan incontables como las arenas del mar. Solamente en su lecho de muerte, Santa Teresita revelará a sus novicias y a sus propias hermanas las extensas y lejanas ramificaciones de su perfección. Los más corpulentos árboles extienden hacia las entrañas de la tierra sus innumerables y tenues raíces: así Santa Teresita; las raíces de su santidad se hunden en la humildad y en la abnegación más profundas. Confesará al fin que lo que más la hizo sufrir físicamente fué el frío. «Lo he padecido hasta desfallecer.» Pues, la Maestra de Novicias que había vivido meses con ella observándola, estudiándola y recibiendo sus confidencias, aseguró en el proceso de Canonización que jamás supo que Santa Teresita, del Niño Jesús padeciera de frío. ¿Cómo pudo quedar oculta esta prueba, este verdadero

Martirio? En primer lugar, la Santa tenía como principio el no confiar inútilmente sus dolores. Su hermana mayor relató. «Jamás la oí quejarse de frío,» y luego y sobre todo, poseía Teresita un gran valor junto a una gran delicadeza en el sacrificio. Enseñó a sus novicias a no tiritar, a no andar por los helados corredores encogidas y encorvadas como suelen hacer las personas frioleras, a no frotarse las manos. Las celdas y los corredores no se calentaban nunca. Claro está que Sor Teresita enseñaba sólo lo practicado por ella, su Camino, y esto explica cómo pudo pasar inadvertida su gran sensibilidad al frío.

Por estos constantes sacrificios ocultos a los ojos de los mortales y sólo conocidos de Dios, vivía la Santa fuera de este mundo, y su alma acumulaba extraordinaria energía. Advirtiéndole que una de sus hermanas, cada vez que estaba a punto de impacientarse, iba a buscar alguna consolación cabe la Madre Priora, le dijo: «Procediendo así, *hiere su alma*, le quita su fuerza..... hay que *elevarse por encima* de lo que se dice o se hace a nuestro alrededor. Deberíamos vivir en el convento como si sólo tuviéramos que pasar dos días.» ¡Qué justo y profundo pensamiento! Al abrir nuestro corazón por niñerías, al desahogarnos, *lo herimos*, lo hacemos sangrar y perdemos fuerzas. Hay ciertamente abscesos que deben abrirse, operaciones que se imponen, pero sólo deben practicarse en los casos graves y urgentes. Es también muy cierto que guardando sólo para nosotros nuestros pequeños sacrificios, practicándolos delante de Dios y de los santos, nos *elevamos sobre* la tierra, vivimos con la cabeza y el alma en los cielos.

El relatar los sacrificios y las mortificaciones de toda clase que Santa Teresita del Niño Jesús se impuso durante los nueve años de su vida religiosa, sería una tarea que podría durar indefinidamente y, por decirlo así, hasta la eter-

nidad. Espiguemos al azar en este campo del sacrificio labrado por Santa Teresita, las espigas menos conocidas del público, las que han pasado más inadvertidas, y la gavilla que recogeremos en algunos instantes, nos dará una idea de la abundancia de la cosecha. Así comprenderemos mejor en qué consiste la santidad de pequeñez y cómo conduce a la santidad de grandeza.

En el Carmen no deben mirarse los grabados profanos, los ojos de Sor Teresita se posaron por casualidad en las páginas de un periódico de modas, y los miró. Se acusó de esta imperfección como de una falta. No secó el pegajoso mango de un cuchillo, y esta mortificación costó mucho a su sensibilidad delicada en extremo. No se enjugaba el rostro cuando hacía un calor sofocante, a no ser cuando podía llamar la atención de las hermanas el malestar que experimentaba. No cruzaba jamás las piernas ni los pies. Tomaba los más detestables medicamentos, saboreándolos gota a gota. Se privó de leer una carta en la que se elogiaba una de sus poesías. Pasaba adrede por delante de ciertas celdas con el objeto de que se la molestara y tener ocasión de prestar algún pequeño e incómodo servicio. Dejaba a las hermanas su turno de dirección cuando su madrecita era Priora. En el refectorio, cuando ayudaba a la hermana Inés de Jesús, no le dirigía una palabra fuera de las necesarias para el servicio. «¡Oh Madre mía, exclamará más tarde, cuánto sufrí entonces! No podía abrirle mi corazón y creía que ya no me conocía.» Al principio de su vida religiosa, Teresita gustaba de los utensilios graciosos, primorosos y elegantes; pues mortificó su gusto eligiendo los más feos. Cuanto más usado y remendado estaba su sayal, más satisfecha estaba. Sus alpargatas o sandalias estaban tan zurcidas, que no se distinguía ya el primitivo tejido. La hermana mayor de la Santa quería conservarlas como reliquias;

pero una hermana lega que la ayudaba le dijo: «No vais a conservar esta porquería,» y las tiró al fuego. ¡Irreparable pérdida! ¡Qué insigne testimonio de amor a la pobreza! ¡Cómo san Francisco de Asís hubiera comprendido y amado a Sor Teresita! Cuando un plato resultaba insípido, mal condimentado, recocado, se decía en la cocina: «Nadie querrá esto, hay que servirse lo a Sor Teresita -del Niño Jesús.» Nunca, ni cuando estaba extenuada por el cansancio pedía se la dispensara de algo. Tan pronto como la temperatura se dulcificaba un poco, apagaba el braserillo que el doctor le impusiera durante su última enfermedad. «Si, sin habérseme ordenado, hubiera yo hecho lo que acabo de hacer, dijo a una novicia que había colocado los pies encima del braserillo, habría creído cometer una grande inmortificación. ¿De qué nos serviría el haber abrazado una vida austera, si buscáramos el alivio en todo lo que puede hacernos sufrir?» Para su uso, Teresita procuraba elegir los objetos más pobres, por ejemplo: los alfileres ordinarios, rechazando los que tenían la cabeza de cristal. Acabó por quedarse con una lamparilla vieja, cuya mecha a fuerza de uso no subía sin el auxilio de un alfiler. Escribía sus poesías en sobres usados o en pedazos de papel.

V. EL ASCETISMO DE PEQUEÑEZ NO DEBE LLEVARSE HASTA LA PREOCUPACIÓN, NI EXCLUIR LAS MORTIFICACIONES REGULARES.

¡Cuántas minucias engendra este ascetismo! juzgarán los espíritus fuertes, y se complacerán en repetir el adagio romano: «*De minimis non curat prætor*, los jefes, los grandes hombres no se preocupan de los detalles.» Guardémonos bien de abusar de una palabra. Pascal está en lo cierto cuando atestigua que estamos inclinados por altanería y soberbia a

despreciar el infinito de pequeñez, cuando éste no es menos importante en todos conceptos que el infinito de grandeza y con el cual está además unido. Es el Evangelio el que nos dice la infalible verdad cuando nos enseña: «*Qui fidelis est in minimo et in majori fidelis est.*» No vacilaremos en afirmar, que, exceptuando a la Santísima Virgen y a san José, Santa Teresita del Niño Jesús ha sido, entre todos los santos, la más fiel *in minimo* y, ¡he aquí la causa que caracteriza y especifica su incomparable y eterna grandeza!

Sin embargo, para aclarar debidamente y colocar en su justo límite el ascetismo de Santa Teresita y su camino de infancia, debemos, al parecer, terminar haciendo dos esenciales observaciones.

En la investigación, en la busca de pequeños y constantes sacrificios, advertía la Santa con sumo cuidado a las almas que le estaban confiadas, que debían evitar la preocupación. «No quería una mortificación que encerrase preocupación, se nos dice, capaz de impedir al espíritu de dedicarse a Dios... Practicaba constantemente la modestia de la vista, pero sin violencia.» Guardaba siempre en su continua mortificación, la libertad de los hijos de Dios, sabiendo que lo que voluntariamente ofrecemos al Señor, no nos es siempre pedido, y menos aún mandado. Su firmeza, su misma severidad se conciliaban perfectamente con el espíritu más amplio. Santa Teresita fué lo menos jansenista posible.

«La Sierva de Dios no era de un rigorismo absoluto tocante a las satisfacciones permitidas. En esto, como en todo, procedía con simplicidad y no negaba su bendición a Dios, reusando admirar sus obras... Le gustaba tocar las frutas, especialmente el melocotón, contemplaba su aterciopelada piel, le placía el variado perfume de las flores... Habría creído faltar a la sencillez no gozando, puesto que a ello la impulsaba el amor y el reconocimiento a Dios, de las bellezas de la naturaleza, de la música, etc....»

Repitámoslo: buscar la perfección en el sentido de pequeñez, no es menos arduo que en el de la grandeza, es menester proceder con discreción y según las fuerzas. Las almas pequeñas no deben pretender desde un principio levantar el yugo que Santa Teresita del Niño Jesús llevó con gozo y contento. Que vayan progresando poco a poco, no asumiendo más número de pequeños sacrificios de los que puedan soportar con alegría y libertad de espíritu y pronto se acostumbrarán. Tal es el camino.

Advirtamos también, y no con menos cuidado, que esta cantidad de pequeños sacrificios que dispensan las mortificaciones extraordinarias, las maceraciones, no excluye en manera alguna, los ayunos, las abstinencias, las penitencias de regla en la Iglesia o en las Ordenes religiosas. Sor Teresita, con la misma perfección con que lo ejecutaba todo, observaba los ayunos más rigurosos. Tomaba disciplina tres veces a la semana, azotándose con toda la energía de que era capaz. No añadió otras prácticas mortificantes a las ya ordenadas por las Constituciones monásticas, y aun éstas no las habría aconsejado a los seglares, pero no las desdeñaba, ni en manera alguna suprimía las penitencias ascéticas de regla, admitiendo, además, perfectamente, que almas habitando en otra morada que la habitada por ella, pudieran haber recurrido a las mortificaciones excepcionales de supererogación extraordinarias.

De manera general, y como todos los genios de la Iglesia católica que han renovado el ascetismo en la vida espiritual, Santa Teresita del Niño Jesús, desde luego, guardó y practicó con fidelidad todo lo mejor de la tradición cristiana. De los Padres del desierto tomó el amor al silencio y retiro de la celda, evitando todas las palabras e idas y venidas inútiles. Como los santos del siglo XIII y siguientes, empleó la disciplina y algún otro instrumento de penitencia; guardó la

práctica regular del ayuno y abstinencia que fué siempre recomendado por el Antiguo y Nuevo Testamento, y por fin, renovó todo este ascetismo por una fidelidad y generosidad mayores en la ofrenda de pequeños sacrificios. Por este cotidiano y constante ejercicio de los más mínimos sacrificios, se hizo capaz de aceptar con la mayor grandeza de alma, como veremos más adelante, toda clase de martirios.

«El camino que quiero enseñar a las almas, decía ella en sus últimas y memorables palabras, que constituyen en cierto modo su Místico testamento, es el *Camino de la infancia espiritual*, es el de la confianza y total abandono: quiero indicarles los *pequeños medios* que tan buen resultado me han dado, y decirles que sólo hay una cosa por hacer aquí abajo: arrojar a Jesús las flores de nuestros *pequeños sacrificios*. (1)»

La espiritualidad moderna no puede prescindir del ascetismo, de las mortificaciones. Si, pues, a causa de la debilidad de nuestra salud, las vigiliass, las abstinencias, las maceraciones y los prolongados ayunos nos están prohibidos, practiquemos al menos el ascetismo de pequeñez. Principiemos por el silencio, aprendamos a callar, a guardar el secreto de nuestra alma, esto es capital. A ciertas horas recojámonos en nuestra habitación, evitemos las salidas, las diligencias superfluas. Soportemos sin impacientarnos las contrariedades, los pequeños defectos del prójimo. En fin, soportémonos, con nuestras numerosas imperfecciones físicas y morales confiando siempre en la infinita misericordia de Dios. Por este camino de infancia, de abandono y de amor, llegaremos a la verdadera grandeza.

(1) *Historia de un Alma*, cap. XII, p. 248.

CAPÍTULO SEGUNDO

SEGUNDO CARÁCTER NEGATIVO DEL ESPÍRITU DE SANTA TERESITA: AU- SENCIA DE MÉTODO RIGUROSO EN LA MEDITACIÓN. SU VIDA DE UNIÓN A JESÚS SACRAMENTADO.

I. LOS MÉTODOS DE ORACIÓN DE SAN IGNACIO Y DE SAN FRANCISCO DE SALES

Santa Teresita del Niño Jesús no adoptó ni creó para su uso un método de oración en el sentido literal de la palabra. Ni leyendo atentamente su autobiografía, sus cartas, sus poesías, se encuentra ninguna página, ninguna testificación que haga ni siquiera alusión a un método de oración. Y así es uno de los caracteres más significativos, aunque negativo, de la espiritualidad de nuestra Santa, esta ausencia de técnica y de reglas en la oración. Su manera de orar es también una simplificación, un retorno a la espontaneidad, a la libertad de los hijos de Dios. Para muchas almas que se creían obligadas a seguir en la meditación y oración un riguroso método, la canonización de Sor Teresita ha sido una liberación, una fecha en el desarrollo y en la historia de la espiritualidad cristiana.

Como en todas las renovaciones que son un enriqueci-

miento y no una exclusiva reforma, es en su mayor parte volviendo a los orígenes, a los primitivos medios de orar, que Santa Teresita nos aporta un género de oración más adaptado a nuestras aptitudes, al estado de nuestro espíritu, en una palabra, a nuestra mentalidad actual. En el Antiguo y Nuevo Testamento, en los ascetas, en los Padres de la Iglesia, no encontramos, propiamente dicho, un método de oración. Hemos estudiado con cuidado la vida de santo Tomás de Aquino y sus obras, que son el resumen, la suma de toda la tradición y de toda la enseñanza cristiana, y no hemos podido descubrir un método razonado, riguroso, discursivo de meditación. Los tomistas y los escolásticos eran ciertamente muy metódicos y clasificadores en sus estudios y enseñanzas, y puede extrañar, con razón, que estos espíritus, por otra parte muy piadosos, no hayan creído necesario adoptar un coordinado conjunto de reglas para la meditación.

Hay que llegar a los siglos XVI y XVII, a san Ignacio de Loyola, a san Francisco de Sales, al cardenal de Bérulle, al padre de Condren, a M. Olier, para encontrarse con métodos de oración perfectamente analizados y coordinados. Esta creación de métodos más racionales, correspondían a las necesidades de la época y ésta fué una de las principales causas de su éxito. En los siglos XVI y XVII, el espíritu científico o, mejor dicho, geométrico, se impuso a las tendencias más intuitivas y más metafísicas de las escuelas agustinianas o escolásticas. Las sociedades, los Estados se organizaban de una manera más rigurosa. Era el triunfo de la razón y del orden. Descartes no tardará en escribir su *Discurso del método* y pretenderá aplicar a toda la filosofía, a la moral y a la religión el rigor del espíritu geométrico. Vaugelas emprenderá fijar la gramática de la lengua francesa. Le Notre ordenará simétricamente y con mucho arte los jardines más

célebres y el parque de Versalles. Este triunfo del método era un progreso. En esta rebusca de organización, notémoslo bien, la voluntad tomaba una buena parte. La voluntad y la razón eran al final del siglo XVI y en el XVII las facultades más apreciadas, sin que ellas excluyeran la imaginación y el sentimiento. Se comprenderá muy bien que en aquella época y a tales espíritus, les fueran necesarias reglas muy precisas y concretas de meditación y oración.

El método incontestablemente más extendido fué el de san Ignacio. No ha cesado hasta nuestros días de ser empleado con fruto en las congregaciones modernas, sobre todo en las de carácter apostólico muy activo. Por la mañana, a primera hora, antes de la misa de comunión, la Superiora o una religiosa designada para sustituirla, lee el tema o materia de la meditación. Esta meditación principia por una corta oración o *invocación*; siguen, ordinariamente, varios preludios; luego los tres *puntos* divididos en varios párrafos diferentes y con frecuencia numerados, terminando con un *coloquio* y algunas *resoluciones*. Uno de los preludios está dedicado a la composición de lugar; por ejemplo, si se medita la vida oculta de Jesús en Nazaret, es necesario representarse la humilde casa de la Sagrada Familia, el taller de san José, etc.

En la meditación se distinguen también cuidadosamente las funciones de las diversas facultades. Por eso la meditación se llama el ejercicio de las tres potencias del alma. *Función de la memoria*: recuerda los puntos a meditar, las palabras del Salvador y cesa de obrar cuando el entendimiento ha encontrado la luz. *Función del entendimiento*: medita, razona, deduce principios, consecuencias prácticas que excitan a la voluntad a obrar el bien. *Función de la voluntad*: es la facultad de santos deseos, de las buenas resoluciones y de los coloquios.

Con todo eso, para que la meditación produzca fruto es de capital importancia que ésta sea cuidadosamente preparada. La *preparación remota* consiste en prever el tema o materia de la meditación y dividirla en dos o tres puntos antes de acostarse; al levantarse, entretener la imaginación con pensamientos adecuados al asunto; durante el día, evitar la disipación, observando la modestia de los sentidos, buscando la soledad, practicando algunas penitencias corporales y viviendo en el retiro y en el silencio. La *preparación próxima* consiste, si es posible, en permanecer de pie a corta distancia del lugar de la meditación y reflexionar la importancia del acto que se va a realizar en la presencia de Nuestro Señor Jesucristo. Al principiar la oración propiamente dicha, el cuerpo tomará la postura que mejor se armonice con el motivo elegido. Estando solo, se podrá meditar ora sentado, ora en pie, a ratos arrodillado o también postrado con el rostro en el suelo.

San Ignacio distingue la *contemplación* de la meditación propiamente dicha. En la contemplación, la *imaginación* se ejercita más y substituye como facultad principal a la razón. La imaginación es, en efecto, capaz de suplir a nuestros otros sentidos; podemos imaginariamente ver, oír, oler, gustar y tocar. Es, pues, en la contemplación que se opera, según el método ignaciano, la *aplicación de los cinco sentidos*. Por ejemplo, podemos, al tomar por objeto de contemplación al infierno, practicar sucesivamente la aplicación de la vista, del oído, del olfato, del gusto y del tacto. «Contemplad con la imaginación el vasto y violento incendio del infierno, los demonios atizando este fuego, mansión de los condenados; escuchad sus gemidos, sus gritos, sus blasfemias; imaginad percibir los pestilentes vapores del azufre; experimentad en vuestro gusto la sed, la amargura de los condenados; sentid por el tacto de vues-

tras manos, por el contacto de todo vuestro cuerpo el tormento del fuego.» Esta reproducción sensible de las escenas que se desean meditar, se llama contemplación. Mientras que la meditación utiliza principalmente la reflexión y el entendimiento, la contemplación pone más en juego la imaginación. La contemplación así entendida es de orden sensible y muy distinta, conviene advertirlo a fin de evitar equivocaciones esenciales, de la contemplación mística, tan encarecidamente recomendada por San Juan de la Cruz, la cual abstrae de la imaginación, de la memoria, del razonamiento, que produce la noche de los sentidos y del espíritu y que une el alma a Dios en la fe oscura y en el amor.

Al terminar la contemplación o meditación, san Ignacio nos aconseja examinemos cuidadosamente si ha sido fructuosa. En caso de no haber sacado ningún provecho, debemos investigar las causas, y si, por el contrario, el ejercicio ha sido eficaz, debemos dar gracias a Dios por sus mercedes.

San Francisco de Sales, en la *Introducción a la vida devota*, se propone enseñar a Filotea en pocas reglas, un método de meditación. Mas, para nuestros lectores modernos, tan impacientes y con premuras, siempre que se trata de enseñanza religiosa, estas pocas reglas nos parecen demasiadas. Aunque no lo supiéramos por la biografía del santo, escrita por Hamón, se vería desde las primeras páginas que el método de san Ignacio fué muy apreciado por san Francisco de Sales. Las semejanzas son en efecto sorprendentes. El obispo de Ginebra divide la preparación de la oración en tres partes, que corresponden a los preludios. Aconseja, particularmente en la tercera parte de la preparación, la composición de lugar: «Ejercicio de la imaginación por el que nos representamos la escena del misterio o del hecho

que se medita, como si realmente se desarrollara a nuestra vista.» La segunda parte o cuerpo de la meditación consiste en el ejercicio del entendimiento, el cual produce diversas consideraciones o racionamientos. La tercera mueve la voluntad con los afectos y actos de amor. La oración se termina con tres actos, el primero de acción de gracias, el segundo de ofrecimiento y el tercero de súplica. Se pide luego por la Iglesia y sus prelados, por los parientes y amigos. Por último, se coge un ramillete de devociones, se eligen cuatro o cinco flores para conservarlas y percibir su perfume durante el día, es decir, dos o tres pensamientos que habremos encontrado más de nuestro gusto y los más útiles a nuestro aprovechamiento espiritual.»

Dada la reputación de suave simplicidad adquirida por san Francisco de Sales, quizá hubiéramos podido esperar un método de oración aun más breve. Cuatro maneras de ponerse en presencia de Dios; tres puntos en la preparación, sucesivo uso de la imaginación, del entendimiento y de la voluntad; tres actos en la conclusión, más la última oración y ramillete espiritual compuesto de tres o cuatro flores o pensamientos; todo esto forma muchas divisiones. Mas cuando se ha emprendido dividir, ordenar un asunto, es muy difícil ceñirse (1).

Estos métodos de meditación son incontestablemente preciosos y aun necesarios para muchas almas. *Los Ejercicios* de san Ignacio, son evidentemente la creación de un poderoso genio, ha hecho un bien inmenso, son de una eficacia soberana para las personas que viven en el mundo y se disponen

(1) El Santo escribió en una de sus cartas: «Vuestro método de oración es excelente, mucho mejor que si hiciereis consideraciones y discursos. El secreto de los secretos en la oración consiste en seguir los impulsos con simplicidad de corazón. La mejor plegaria, la mejor oración es la que nos tiene tan ocupados en Dios que no pensamos en nosotros ni en lo que hacemos.»

a practicar días de retiro o ejercicios. Sin embargo, no deben ser impuestos en absoluto e indistintamente a todos. Santa Teresita del Niño Jesús debía simplificar y libertar a las almas espontáneas e intuitivas del yugo de los métodos rigurosos que no pueden seguir.

II. LA VIDA DE ORACIÓN DE SANTA TERESITA

Teresita fué desde su infancia muy piadosa. La contemplamos cuando jugaba al ermitaño con su prima María, ensayarse sucesivamente en la vida activa y la contemplativa. Se dirá, y no sin razón, que se trataba de un juego; pero los juegos son con mucha frecuencia reveladores de las íntimas inclinaciones de los niños. He aquí, no obstante, un rasgo más significativo: durante el buen tiempo, con frecuencia el señor Martín se llevaba a Teresita a la pesca, pues el padre de la Santa era muy aficionado a pescar y gustoso enviaba los productos de su diversión a una comunidad religiosa. ¿Cuál era la actitud de la niña durante aquellas horas de espera?

«Algunas veces probaba yo también de hacerlo con mi cañita de pesca, pero más a menudo prefería sentarme algo retirada en el florido prado. Allí mis pensamientos se tornaban muy profundos, y sin saber lo que era meditar, se sumergía mi alma en verdadera oración. Escuchaba los ruidos lejanos y el murmurio del viento; a veces llegaban a mis oídos algunas notas perdidas de la música militar de la ciudad, llenando mi corazón de suave melancolía. Parecíame la tierra un lugar de destierro y soñaba en el cielo. (1)»

La Santa misma nos advierte que se trata de una *verdadera oración*. Esta oración es una contemplación no razonada, sino más bien imaginativa, algo sentimental y a lo

(1) *Historia de un Alma*, cap. II, p. 24.

Lamartine; no faltaba la melancolía junto con la sensación del destierro en la tierra y el deseo del Cielo. Sabemos que tenía Teresita una inteligencia excepcionalmente precoz; mas en esta inteligencia del todo espontánea y pronta, la intuición domina y sobresale el raciocinio. No es que Teresita no sepa pedir y dar buenas explicaciones, pero sus mejores razones son a menudo las razones del corazón.

A la edad de siete y ocho años, la niña predestinada, juiciosa como una virgencita de trece o catorce, era de día en día más piadosa. Las fórmulas de oraciones vocales que pronunciaba con fervor, no le bastaban ya e instintivamente buscaba un sistema de oración más excelente que mejor la aproximara a la Divinidad.

Pidió a su hermana María le enseñara un método de oración, pero la hermana mayor, considerando que Teresita era ya bastante contemplativa, se lo negó prudentemente.

«En aquella época, me pidió permiso para hacer cada día media hora de oración. No quise concedérselo; entonces me pidió un cuarto de hora solamente, tampoco se lo permití. La veía tan piadosa que casi, digámoslo así, me atemorizaba. Temía que Dios, no tardara en tomarla para sí.»

A pesar de todo, el divino instinto conducía a Teresita, presentía ella un hermoso misterio oculto y, por eso, no cesaba de buscar y preguntar. En el pensionado, la presidenta de las Hijas de María, era una de las compañeras de Teresita de las mayores, más piadosas y apreciadas. Un día fué la niña angelical a preguntar confidencialmente: «Margarita, yo quisiera que me enseñases a meditar.» La Santa contaba entonces nueve años. Confiesa la presidenta de las Hijas de María que se sorprendió y, sobre todo, que se vió en un apuro.» No resulta muy fácil el dar de pronto una contestación a quien viene pidiendo un método de oración.

«Un día me preguntó una de mis maestras de la Abadía, en qué me ocupaba los días de vacaciones si no salía de casa. Le respondí tímidamente.—«Señora, muchas veces me escondo en un rincón de mi cuarto, que puedo fácilmente cerrar con las cortinas de mi cama, y allí estoy, *pensando...*»—«Pero, en qué piensas?» me replicó riendo la buena religiosa. — «Pienso en Dios, en la fugacidad de la vida, en la eternidad; en una palabra, *¡pienso!* Hoy comprendo que lo que hacía entonces era verdadera oración, en la cual el divino Maestro instruía suavemente mi alma. (1)»

Desde entonces, desde la edad de nueve años, Teresita soñaba con muchísima seriedad en la vocación religiosa y contemplativa, en la vida del Carmelo. Se confesaba en los días solemnes. Se retiraba del confesonario «contenta y aligerada»; la confesión de sus faltas y la absolución la «llenaban de alegría». Algún tiempo después, inventa intuitivamente la manera de orar que se negaban a enseñarle; algo así como en otro orden muy distinto, Pascal, otro niño de genio, inventó las matemáticas. Al igual que éste se retiraba a su habitación para crear la geometría, Teresita se encerraba en una especie de alcoba para orar.

Celina había hecho su primera comunión el año anterior y, desde entonces, el más vehemente deseo de Teresita era unirse a Jesús. Desde aquel momento vemos nacer en el alma de la Santa aquella devoción eucarística que, creciendo de día en día, le inspirará la más audaz de sus plegarias. Esperaba impaciente cumplir los once años, edad exigida en aquel entonces para comulgar. Una vez, en el día de Navidad, preguntó a su hermana María si podía colocarse entre los comulgantes y deslizarse hacia la mesa de comunión. «Nadie me vería», añadió. Su amor a la Eucaristía no reconocía obstáculos, ante él desaparecía la extrema timidez de la niña. Si no la hubieran detenido habría parado en plena

(1) *Historia de un Alma*, cap. IV, pp. 57 y 58.

calle al obispo de Bayeux, Mons. Hugonin, para pedirle la permitiera hacer sin más demora su primera Comunión. Cuanto más se estudia la doctrina y la vida de Santa Teresita, más se sorprende uno al darse cuenta hasta qué punto se adelantó a su tiempo en el mejor sentido moderno de la palabra. Admirando en la Santa este precoz amor a la Eucaristía y sus vehementes deseos de comulgar con frecuencia, exclamó Pío X: *¡Opportunissimo, opportunissimo!*

Hay que leer en la *Historia de un Alma*, con qué fervor se preparó Teresita a su primera Comunión; durante la ceremonia, ¡qué elevación de sentimientos! La acción de gracias fué una verdadera fusión. La santa niña derramaba abundantes y deliciosas lágrimas. Por una luz sobrenatural, comprendió la *Comunión* en su significado más extenso que abarca incluso la comunión de los santos. Por la unión con Jesús se siente unida a los difuntos, a los ausentes. «Recibiendo la visita de Jesús, recibía también la de mi querida madre... No lloré tampoco la ausencia de Paulina; estábamos más unidas que nunca. (1)» Qué hermoso comentario a las palabras de san Pablo a los Corintios: «No somos ya más que un solo cuerpo, todos los que participamos de un mismo cáliz y de un mismo pan.» Esta acción de gracias, que más adelante se renovó con tanta frecuencia, ¿no era la mejor de las oraciones? Pues la oración, ¿es otra cosa que una especie de comunión con el pensamiento, la voluntad, el amor y toda la personalidad de Jesús?

La oración contemplativa de Sor Teresita es, pues, muy distinta de la meditación discursiva, metódica y lógicamente ordenada con preludios, divisiones y subdivisiones. Al espíritu espontáneo o intuitivo de Santa Teresita repugnaban las reglas demasiado medidas y clasificadas. Estaba ella mucho mejor dotada del espíritu de delicadeza

(1) *Historia de un Alma*, cap. IV, p. 60.

que del geométrico. «La historia y la composición francesa eran sus preferidas, nos declaran sus maestras, la gramática y el cálculo le resultaban muy áridos, también era algo mediana en ortografía.» Tampoco tenía el don de aprender las cosas de memoria, aunque las comprendía perfectamente y retenía el sentido. Incluso en la oración, y a pesar de su docilidad, le resultaba muy difícil, casi moral y físicamente imposible, el seguir al pie de la letra, leyendo en un devocionario, un ejercicio de piedad. En el colegio, sus émulas, no la comprendían siempre y la acusaban de oír mal la Misa. Parecía estar constantemente distraída, se la llamaba al orden, volvía a la lectura, pero pronto su alma se elevaba de nuevo a las alturas. Tenía *elevaciones*, «*Ascensiones in corde suo disposuit*». Pero no se conoció hasta más tarde. El mismo capellán, el canónigo Domin, lo confiesa. «Se mantenía en una prudente reserva, pues encontrando exagerada la opinión de que gozaba esta niña, no quería formar parte en el concierto de alabanzas que se le tributaba, no creía en su extraordinaria virtud.» Nos declara lo siguiente:

«Se la juzgaba distraída durante la Misa del domingo; esto exige una explicación: se pide generalmente a las niñas que sigan los diferentes puntos de la Misa leyendo un devocionario. Se pidió, pues, lo mismo a Teresita; mas la querida niña no lo hacía... Cuando se le indicaba lo que debía leer, daba las gracias con una graciosa sonrisa, bajaba los ojos al libro durante algunos segundos, y muy pronto volvía a levantar la cabeza como si estuviera distraída; pero no, sin duda alguna, Teresita no estaba distraída, por el contrario, hacía una oración muchísimo mejor que la de sus compañeras, al abandonarse a una oración contemplativa.» (1)

(1) La Santa amaba mucho el rezo del Oficio divino: «Puedo decir que el Oficio divino fué para mí a la vez una dicha y un martirio, porque deseaba ardientemente recitarlo bien y sin errores, y a pesar de mi atención algunas veces incurría en ellos...» Un instante de distracción le hacía co-

Si Teresita no podía seguir «los puntos de la Misa leyendo un libro» ¿cómo habría podido ceñirse a un método de meditación compuesto de preludios, tres puntos y cortos párrafos? «Con este sistema, escribía san Francisco de Sales, encerramos nuestro espíritu en el misterio que nos proponemos meditar, al igual que un pájaro es encerrado en una jaula.» Hay pájaros, sin embargo, que no pueden encerrarse en una jaula, pues los mata la nostalgia del aire libre y de los cielos. «¿Quién me dará alas como la paloma para poder remontarme y descansar?» (1) En el orden de la oración, lo mismo que en el de la mortificación, Santa Teresita del Niño Jesús se muestra el modelo y la Santa de todas las almas pequeñas, cuyo número es infinito, que no pueden en manera alguna sujetarse a los medios complicados. Buscaba ella la vida del espíritu, no las hermosas fórmulas.

«Fuera del Oficio divino, que, aunque muy indigna tengo la dicha de rezar cada día, no me siento con valor alguno para sujetarme a buscar hermosas oraciones en los libros; esto me da dolor de cabeza. ¡Son tantas!... Además ¡son a cual más bellas! No pudiendo, pues, rezarlas todas, ni sabiendo cuáles elegir, hago como los niños que no saben leer: digo sencillamente a Dios lo que quiero decirle, y me comprende siempre. (2)»

En su juventud Sor Teresita había amado mucho los libros y hubiera tenido la inteligencia ávida y curiosa; mas mortificó su curiosidad y fué muy parca en sus lecturas. Es un indicio más entre tantos otros de un genio todo de invención y creación. Una de sus hermanas nos cuenta este pequeño pero encantador y significativo episodio:

meter a veces algunas faltitas de rúbrica. «He notado, dice, que me ha ocurrido a veces en el momento de tener que decir o anunciar una cosa, después de haberla previsto y pensado, no abrir siquiera los labios por una distracción completamente involuntaria.» *Vida de Santa Teresita*, por el P. Francisco Javier, cap. XXI, p. 478.)

(1) Ps. LIV, 7.

(2) *Historia de un Alma*, cap. X, p. 190.

«Un día que nos hallábamos delante de una biblioteca, me dijo con su habitual donaire: «Oh que pesarosa estaría si hubiese leído todos estos libros; me habría quebrado la cabeza y perdido un tiempo precioso que he empleado sencillamente en amar a Dios.»

Esta ocurrencia, dicha en tono divertido y gracioso, era la expresión de una razonada convicción; adquirida por la reflexión y la experiencia; prueba de ello es que la Santa escribía en el mismo sentido a uno de los misioneros por quienes había especialmente sacrificado su vida:

«A veces, cuando leo ciertos tratados en los que el camino de la perfección se presenta sembrado de mil obstáculos, mi pobre pequeñito espíritu se fatiga muy pronto, cierro el libro que me rompe la cabeza y me seca el corazón, y tomo la Sagrada Escritura. Entonces todo me parece luminoso; una sola palabra descubre a mi alma horizontes infinitos, la perfección me parece fácil; veo que basta reconocer su nada y abandonarse como un fiño en los brazos de Dios. Dejando, pues, a las grandes almas, a los espíritus sublimes, los hermosos libros que no puedo comprender, y todavía menos poner en práctica, me alegro de ser pequeñita, ya que «sólo los niños y los que son como ellos serán admitidos en el banquete celestial.» (1) ¡Felizmente el Reino de los Cielos se compone de muchas moradas! Porque si no hubiese más que aquellas cuya descripción y camino me parecen incomprensibles, ciertamente no entraría jamás en el...» (2)

Puede presumirse, sin ser juicio temerario, que algunas de las almas pequeñitas que leerán la anterior declaración deducirán de ella que todos los tratados de mística son completamente inútiles. ¡Cuánta prudencia se necesita para interpretar las palabras de la Santa! No criticó ella sino los tratados «donde la perfección es presentada a través de mil obstáculos» y se guardó muy bien de menospreciar los hermosos libros divinos.

(1) Math., XIX, 14.

(2) *Historia de un Alma*, carta VI, p. 373.

III. LOS LIBROS ESPIRITUALES DE SANTA TERESITA

Los tratados místicos de San Juan de la Cruz podrían, sin duda, ser catalogados por muchas almas pequeñas entre «los hermosos libros que no pueden comprenderse». El mismo santo nos confesó que «la materia de suyo buena y harto necesaria, presenta las apariencias de obscuridad y nunca será apetecida de muchos». Sin embargo, Santa Teresita durante dos años se sirvió diariamente de estos libros. «¡Cuántas luces he hallado en las obras de San Juan de la Cruz! Cuando tenía yo diez y siete y diez y ocho años, fueron mi único alimento espiritual.» (1) La Maestra de Novicias confirma categóricamente esta confidencia de la Santa. «Un día no sé si tendría diez y siete años, me habló de ciertos pasajes del misticismo de San Juan de la Cruz, con una comprensión tan superior a su edad, que me quedé muy sorprendida.» Además, una de sus novicias declara que podía citarle de memoria fragmentos enteros del *Cántico Espiritual* o de la *Llama de amor viva*. (2)

Tales testimonios deben volvernos muy circunspectos sobre el caso que Sor Teresita hiciera de los tratados místicos. Lo que nos parece indiscutible, es que inspirada por el don de una sobrenatural inteligencia, se asimilaba a fondo, con una facilidad excepcional tal o cual doctrina o libro que mejor respondían a las necesidades de su alma, dejando a un lado los comentarios de segundo orden y los autores mediocres, guiada por un divino instinto hacia las más profundas y puras fuentes de doctrina espiritual y vida de oración.

Poseía a fondo y sabía como nadie la *Imitación de Jesu*

(1) *Historia de un Alma*, cap. VIII, p. 149.

(2) «Ella me citaba de memoria largos pasajes del *Cántico Espiritual* y de la *Viva llama*, y me decía que en los momentos de sus grandes pruebas, estas obras la habían confortado y hecho un bien inmenso.»

sucristo. Desde su juventud llevaba siempre consigo este pequeño tratado místico. Su tía, algunas veces para probarla y para su propia edificación, abría al azar el libro, principiaba un capítulo y Teresita lo concluía de memoria. Las almas pequeñas que supieran así de memoria *la Imitación*, podrían fácilmente prescindir de libro.

Sor Teresita había leído también las obras de su patrona Santa Teresa de Avila, pero es digno de reparo y atención que se apropió mucho menos esta obra que la de San Juan de la Cruz. Lejos, pues, de ser su autobiografía un plagio de la vida de la gran Santa, como se ha pretendido con idea preconcebida, estos dos libros son del todo diferentes y de muy diversa inspiración. La Santita de Lisieux no tiene el espíritu metódico de Santa Teresa de Avila. No la llevaba su genio a distinguir e insertar en el relato de su vida, cuatro grados de oración; jamás hubiera soñado en clasificar los progresos y gracias de la vida mística en siete moradas sucesivas. Hemos perdido con razón o sin ella, la estima a las divisiones y categorías y Santa Teresita es muy de nuestro tiempo, es una de entre nosotros. Lo que en los libros de Santa Teresa la atrajo irresistiblemente, fué el tierno y profundo amor de la gran mística hacia la humanidad y pasión de Jesús, como también la descripción de ciertos estados de oración que ella había experimentado. A pesar de esto, es preciso reconocer que Sor Teresita estudió mucho más a San Juan de la Cruz y que éste fué y permaneció siempre su autor favorito.

Se han citado otros tratados en los cuales nuestra Santa se inspiró en diversas épocas de su vida. *Los fundamentos de la vida espiritual* del P. Surin (1), *la Piedad y la vida*

(1) *Los Fundamentos de la vida espiritual*, del P. Surin, son una serie de comentarios de la *Imitación*, nos predicán desasimiento de las criaturas y de nosotros mismos; con estos títulos, no es de extrañar que fueran del agrado de Santa Teresita.

interior de Mns. de Ségur. Convendría no olvidar el *Catecismo* que la Santa desde su infancia se dedicó a profundizar lo más perfectamente posible. Escuchaba con una apasionada atención las explicaciones del capellán Domin, e cual la llamaba «su doctorcito»; también pedía a sus maestras explicaciones difíciles. «Durante las clases de instrucción religiosa, nos dice una de ellas, continuamente hacía preguntas cuya profundidad podía algunas veces apurarme.» Estudió también muy particularmente, durante el retiro que precedió a la Confirmación, las enseñanzas de la Iglesia sobre los Dones del Espíritu Santo.

El Papa Pío XI resumió con exactitud y precisión toda la formación espiritual de Santa Teresita cuando en la *Homilía* pronunciada el día de la canonización dijo: «Que había bebido abundantemente en las lecciones del Catecismo la pura doctrina de la fe, la del ascetismo en el libro de oro de la *Imitación de Jesucristo*, la de la mística en los escritos de su Padre San Juan de la Cruz, y, sobre todo, que nutría su espíritu y su corazón en la asidua meditación de las Santas Escrituras» (1). En efecto, a todos los libros la Santa prefirió el Evangelio, el cual fué durante los últimos años de su vida el alimento esencial y casi exclusivo de su vida espiritual.

«Después, escribe, los autores espirituales me dejaron en la más completa aridez, y todavía permanezco en esta disposición. Si abro un libro, aunque sea el más hermoso y conmovedor, se me oprime el corazón al momento, y leo sin comprender, o, si comprendo, se detiene mi espíritu sin poder meditar. En esta impotencia acuden a mi socorro la Sagrada Escritura y la *Imitación de Cristo*; en ellas encuentro un maná escondido puro y sólido. Pero el Santo Evangelio, más que ningún otro libro, mantiene mi oración; en él bebe a su sabor mi pobrecita

(1). *Historia de un Alma*, Homilía de Su Santidad Pío XI p. 577.

alma. Cada vez descubro nuevas luces, ocultos y misteriosos significados. Comprendo y sé por experiencia, que el reino de Dios está dentro de nosotros (1). Jesús no necesita de libros ni doctores para instruir a las almas...» (2)

La lectura, el estudio y una meditación constantes habían dado a la Santa tal conocimiento del Nuevo Testamento sólo comparable al de los profesores y predicadores. «Los Santos Evangelios eran sus delicias, nos aseguran; los pasajes venían como de una fuente para servir de apoyo a lo que me decía; era de sospechar que los sabía de memoria.» Podríamos citar otros muchos testimonios en favor de este aserto; además, la autobiografía de la Santa nos manifiesta la maestría que ella había adquirido en la ciencia de las Escrituras. No temamos en insistir sobre este punto, puesto que hoy la meditación del Evangelio está demasiado abandonada.

«Durante los últimos años de su vida, el Evangelio ocupaba por completo su espíritu y alimentaba suficientemente su alma. Todos los demás libros espirituales la dejaban en la más completa aridez. Que dulzura, decía ella, no aprender nada que no sea de los labios de Jesús.»

Esta meditación de los Evangelios no era, como quizá podría suponerse, una especie de ensueño más o menos vago, sino que estaba realmente basada en el análisis del sentido real y aun del literal. Sor Teresita copiaba en su celda los pasajes concordantes del Evangelio o de la Biblia, y se extrañaba y lamentaba de encontrar interpretaciones o traducciones divergentes. Si posible le hubiera sido, habría aprendido el griego o el hebreo para leer, decía ella, las Escrituras en su original.

(1) Luc., XVII, 21.

(2) *Historia de un Alma*, cap. VIII, p. 149.

El Nuevo Testamento fué muy estudiado por Santa Teresita, pero también conocía el Antiguo Testamento y su inspirado genio la guió a asimilarse muy particularmente las páginas más reveladoras del libro divino. Nos parece en extremo notable que la Santa discerniera de entre todos los pasajes inspirados de la Biblia, una de las profecías más extraordinarias, de la que puede decirse es el punto culminante de toda esta cadena de profecías que constituyen los Libros mesiánicos. ¿Cómo en medio de un pueblo que sólo soñaba riquezas, dominaciones territoriales, ambición y gloria temporales pudo el profeta Isaías profetizar que el Mesías prometido a Israel sería el hombre más despreciado de su pueblo? Esta concepción de la grandeza suprema en la abyección, es una penetración incomparable del genio, al mismo tiempo que una revelación eminentemente sobrenatural.

«El siervo de Dios, el que prosperará, crecerá y será soberanamente elevado y exaltado, tiene primero que ser desfigurado; no tendrá ni forma, ni belleza para atraer las miradas ni apariencias para excitar el amor. Será despreciado como el último de los mortales, hombre de dolores y familiarizado con el sufrimiento: su rostro será velado, expuesto al menosprecio y no se le hará ningún caso.»

Sin embargo, el profeta añadió a esta concepción de un Mesías doliente y escarnecido, la del Mesías redentor. El justo por sus dolores, libremente aceptados, redimirá a su pueblo del peso de sus pecados y de sus crímenes.

«Lo hemos considerado como un hombre castigado por Dios, atacado de lepra, humillado; ha llevado nuestras faltas y nuestras flaquezas, ha sido probado, ha sufrido por nuestras iniquidades, ha sido triturado por nuestros crímenes y nosotros hemos sido salvados por sus sudores y por su sangre»

Se ofreció en holocausto porque quiso, y ni una queja salió de sus labios; se ha dejado trasquilar como una oveja, y conducir a la muerte como un cordero.»

Santa Teresita se apropió de tal manera estas dos ideas madres del extraordinario capítulo cincuenta y tres de Isaías, que la sobrenatural grandeza debe buscarse en la abyección, y que el sufrimiento físico y moral voluntariamente aceptado es redentor, se las apropió de tal manera Santa Teresita del Niño Jesús, que hizo de ellas la base y fundamento de toda su vida espiritual. Debemos atentamente considerar lo que la misma Santa declara.

«Estas palabras de Isaías: Quien ha creído en vuestra palabra... Está como eclipsado, sin belleza... han constituido toda la base de mi devoción a la Santa Faz, o mejor dicho, la base de toda mi piedad.»

Al capítulo LIII de Isaías que hemos resumido, añadió ella el LX. Encontramos en él, las palabras que tantas veces debieron inspirar y reanimar a la Santa en su vida de holocausto voluntario: «Porque has sido olvidado y despreciado y que nadie te ha buscado, yo te glorificaré a través de los siglos, y serás para los tuyos motivo de alegría de generación en generación.» Sor Teresita, que desde su juventud tenía la intuición de estar predestinada a una gloria misteriosa, comprendió cada día mejor que la verdadera grandeza procede del olvido. Desde entonces se esfuerza en ocultar a las miradas de sus Hermanas todos los actos de virtud, y se regocija cuando se la arrincona y desprecia. Echó un velo sobre todos sus sacrificios, acordándose que la faz del Hijo de Dios había sido desconocida e infamada.

Esta devoción a la Santa Faz es de importancia del todo capital; por ella la piedad de Santa Teresita es tradicional,

sus más importantes y extensas raíces parten a través de los Evangelios y llegan hasta las más vitales profecías del Antiguo Testamento. Es esta, una de las pruebas más incontestables de que esta espiritualidad, este Camino de infancia extendiéndose a todos los lugares y épocas, es eminentemente católica. Puede desgraciadamente temerse que gran número de almas superficiales sólo retendrán del espíritu de Santa Teresita su devoción a la Infancia de Jesús, olvidando o descuidando el culto que ella profesó a la Pasión y a la ensangrentada Faz del Mesías. He aquí un testimonio de la propia hermana de la Santa que debería hacernos reflexionar.

«El principal atractivo de la Sierva de Dios, fué la devoción a la Santa Faz. Por muy tierna que fuese su devoción al Niño Jesús, no puede compararse a la que sintió por la Santa Faz. Fué en el Carmelo, en los momentos de nuestras grandes pruebas a causa de la enfermedad cerebral de nuestro Padre, que se interesó más y más en el misterio de la Pasión, y fué también entonces que obtuvo el añadir a su nombre el de la Santa Faz. Puede apreciarse por sus principales poesías la parte que otorgó a su devoción preferida. Le dedica un cántico especial, pinta la Santa Faz en casullas, estampas, compone para sí una oración, y para sus novicias una consagración a la Santa Faz, etcétera.»

Como se nos acaba de decir, fué voluntariamente, conscientemente, y después de más de un año de entrada en el Carmen, que Sor Teresita pidió se le concediera el añadir a su nombre el título de la Santa Faz.

Al precio de una cruel prueba moral descubre ella toda la preciosa doctrina misteriosamente oculta en la humillada Faz de Jesús. En efecto, en aquella época el Padre de Teresita, el Sr. Martin, víctima de una parálisis progresiva, tuvo que ser atendido en un establecimiento especial. Fué

entonces cuando se sintió impulsada a consagrarse por entero a la Santa Faz, y que pidió a su Priora le concediera usar este título como si en adelante quisiera convertirse en la hermana de Verónica, la esposa de Jesús, de rostro escarnecido y ensangrentado. (1)

«La Santa Faz, se nos añade, era el espejo donde Sor Teresita veía el Alma y el Corazón de su Amado; el libro de meditación donde bebió la ciencia del amor.»

«Siempre la tenía delante en su breviario, o en su asiento de coro durante la oración. La tenía colgada en las cortinas de su cama durante su última enfermedad; su vista le ayudó a soportar su largo martirio.»

«Fué en la meditación de la Santa Faz que aprendió ella la humildad.»

Después de testimonios tan formales, no podemos dudar que la devoción a la Santa Faz fué tanto o más esencial en la espiritualidad de Santa Teresita que la profesada a la Santa Infancia de Jesús. Al igual que existe una devoción al Sagrado Corazón de Jesús, existe también una muy legítima y muy recomendable devoción a su Faz Santa. Jesús, durante su vida ¿no aprobó categóricamente dos veces esta devoción? Cuando santa Magdalena ungió su rostro con precioso perfume, como preparándole para la sepultura, la defendió de las interesadas críticas de sus discípulos. Algunos días después, dejó milagrosamente impresas sus facciones en las tocas de la Verónica. Sor Teresita del Niño Jesús, imitó a la Verónica y a la Magdalena; enjugaba con lágrimas de compasión la Santa Faz del divino Maestro,

(1) El lector podrá muy bien apreciar cuán inexacta y tonta es la hipótesis de que fueron los que «encarrilaron el asunto» de Sor Teresita los que añadieron al título del Niño Jesús el de la Santa Faz. Cierta autor escribió: «Han añadido el título de la Santa Faz, que, como veis, produce muy buen efecto.» Estas tendenciosas suposiciones son emitidas verdaderamente con demasiada ligereza y plan preconcebido.

y la embalsamaba con sus actos de amor. Esta devoción fué sólo superada por la mucho más importante de la Eucaristía. Discípula de San Juan de la Cruz y de Santa Teresa, Sor Teresita del Niño Jesús, sólo concebía la vida cristiana como una continua comunión espiritual. Hacer de todo el día, de la vida entera, una comunión a la vida de Jesús, fué verdaderamente el centro de la espiritualidad de Sor Teresita.

IV. VIDA DE UNIÓN A JESÚS SACRAMENTADO

Los admiradores todos de Sor Teresita, conocen la devoción, excepcional en aquella época (1888) que profesó desde su entrada en el Carmen a la Eucaristía y a la Sagrada Comunión. En su juventud, se había impuesto como regla de conducta, el no pedir jamás a su confesor le aumentara el número de comuniones permitidas: mas en el Carmen había cambiado completamente de opinión.

«Hoy, escribió ella, me las compondría de otra manera, pues estoy convencida de que un alma debe manifestar a su director el atractivo que siente por recibir a su Dios. No baja *cada día* del cielo para quedarse en el áureo copón, sino para encontrar otro cielo: el cielo de nuestra alma, en donde tiene sus delicias.» (1)

Cuanta más experiencia adquirió de las almas, más decidida partidaria se mostró de la comunión frecuente, diaria. (2) La mayor parte de los religiosos y religiosas de edad avanzada, se muestran en general poco partidarios de

(1) *Historia de un Alma*, cap. V, p. 81.

(2) En el Carmen, leemos, todos sus votos y fervientes oraciones se dirigían a obtener del Santo Padre una palabra que libertara a las almas de todos los reglamentos y costumbres de las Comunidades, que impedían la Comunión diaria.

innovaciones las más legítimas. La Madre María de Gonzaga, autoritaria, muy imbuída del antiguo régimen que consideraba como propio, dificultaba la introducción de la comunión cotidiana en su Comunidad. Sor Teresita, apesadumbrada, decía a su Priora: «Madre mía, después de mi muerte la haré cambiar de opinión.» La predicción se cumplió.

Daba ella el más heroico ejemplo de fidelidad a la Eucaristía: aun cuando se hallara muy fatigada no dejaba de ir a la comunión. Una mañana en que le habían aplicado un fuerte vejigatorio, había asistido como de costumbre a la Misa y comulgado; después de la acción de gracias, su hermana, la Madre Inés de Jesús, subió a verla:

«La encontré, escribe, extenuada, sentada en su pobre banquillo con la espalda apoyada al tabique de madera que separa su celda del oratorio de la Santísima Virgen. A mis observaciones respondió: «Considero que no es demasiado sufrir para ganar una comunión.»

Esta fidelidad a la comunión frecuente, es mucho más notable puesto que la Santa pasaba por la prueba de la sequedad durante sus acciones de gracias. En esto se nos presenta como modelo de las almas pequeñas que comulgan por deber, por obediencia, por fe, sin casi nunca sentir consolaciones. Deseaba ella la Eucaristía como alimento que fortifica el alma, como sustento necesario para practicar el cotidiano deber. Era la fe pura, no una sentimental piedad la que la impelía con irresistible energía hacia Jesús Sacramentado.

«¿Qué le diré, Madre mía, de mis acciones de gracias en aquel tiempo y siempre? Es este el momento en que menos consuelo recibo. ¿Y no es esto muy natural, puesto que no deseo la visita de Nuestro Señor para satisfacción mía, sino únicamente para que Él goce? Me represento mi alma como un terreno libre, y pido a la Virgen Santísima que quite de ella los escombros, que son las imperfecciones, y prepare ella misma un vasto

pabellón digno del cielo, engalanándolo con sus propios adornos. Invito luego a todos los ángeles y a los santos a que vengan a entonar cánticos de amor; con este magnífico recibimiento me parece que Jesús queda contento y comparto también su gozo. No quita todo eso que las distracciones y el sueño vengan a importunarme; por eso no pocas veces tomo la resolución de continuar mi acción de gracias durante todo el día, puesto que tan mal lo hice en el coro.» (1)

Esta resolución, *de continuar la acción de gracias durante todo el día*, es una de las características más importantes de la vida espiritual de Sor Teresita del Niño Jesús. Hacer de todo el día una continuada acción de gracias, una comunión, era la gran ambición de nuestra Santa. El vehemente deseo que experimentaba de unirse constantemente a Nuestro Señor, y por Él a toda la Santísima Trinidad, la llevó a expresar por escrito, dos años antes de su muerte, el 9 de junio de 1895, la siguiente súplica en su Acto de ofrecimiento: que Jesús permaneciera realmente en su corazón como en el Sagrario. Fué ésta una de las oraciones más audaces de la Santa y uno de los rarísimos casos, inaudito incluso en los anales de la hagiografía, en que pidió con insistencia una gracia extraordinaria:

«Mi corazón tiene deseos inmensos; por esto, con toda confianza, os pido que vengáis a tomar posesión de mi alma. ¡Ah! no puedo recibir la Sagrada Comunión con la frecuencia que deseo; pero, Señor, ¿no sois omnipotente? *Permaneced en mí como en el Sagrario*; no os alejéis jamás de vuestra pequeña hostia.» (2) (3)

(1) *Historia de un Alma*. cap. VIII, p. 143.

(2) *Historia de un Alma*, Oraciones, p. 308.

(3) «Estoy segura, certifica la Madre Inés de Jesús, que en esta oración aspiraba ella a la milagrosa permanencia de las Santas Especies, no a la permanencia de la divina influencia que se produce sin milagro en las almas fieles. Además, en su «Acto de ofrecimiento» invoca ella, para este fin, a la Omnipotencia de Jesucristo.»

Esta súplica, que forma parte del *Acto de ofrecimiento como víctima de holocausto al amor misericordioso de Dios*, Sor Teresita la llevaba día y noche sobre su corazón. Si bien se consideran las extraordinarias gracias, transverberaciones, cambios de corazones, estigmatizaciones con que Jesús ha favorecido a otras santas, ¿no podrá admitirse que la Santita consiguiera de un modo u otro el objeto de su fervida oración? Sor Teresita, de quien se nos asegura «que todo lo esperaba del amor todopoderoso», se creyó sin duda atendida, puesto que escribió:

«Tu vives en mí, prisionero de noche y de día.»

El corazón de Santa Teresita del Niño Jesús era en cierto modo un sagrario viviente. Su vida espiritual debe ser sobre todo considerada como una continua comunión con el alma y la divinidad de Jesucristo. Al pie de la letra se verificaron en ella las sublimes palabras de Jesús, según el evangelio de san Juan: «Si alguien me ama y observa mis mandamientos, mi Padre le amará y vendremos a Él para hacer en Él nuestra morada.» (1) Durante los dos últimos años de su vida, Sor Teresita había alcanzado tal elevación en la perfección, que Jesús, con su Padre y el Espíritu Santo, moraban realmente en ella.

Considerando su vida interior como una constante y real comunión con Jesús, con el Padre, con la Santísima Trinidad, puesto que fué en el día de la fiesta de la Santísima Trinidad que se ofreció en holocausto de amor, comprenderemos mejor cómo pudo Sor Teresita decir: «Que no transcurrieran tres minutos sin que pensara en Dios.» A los que se preguntaren cómo es posible una tal presencia

(1) Joan, XIV, 23.

de Dios, les responderemos con la Santa: «Que no es tan difícil; naturalmente se piensa en aquel a quien amamos.» No nos extrañaremos, pues, si la sorprenden en férvida unión con Dios Padre; ¿no es ella un tabernáculo viviente?

Una hermana penetra en su celda y la encuentra co-siendo con gran destreza y, sin embargo, en visible estado de oración: — «¿Qué hace?», le pregunta. Sor Teresita contesta: — «Medito el *Pater*, es tan grato pensar y decir a Dios que Él es nuestro Padre.» Si nos colocamos desde el punto de vista de una comunión misteriosa y continua con Jesús, ¿qué plena, luminosa y reveladora significación nos ofrecen las palabras dela Santa!:

«*Comprendo y sé por experiencia*, que el reino de Dios está dentro de nosotros (1), Jesús no necesita de libros ni doctores para instruir a las almas; Él, el Doctor de los doctores, enseña sin ruido de palabras. Nunca le oí hablar, pero sé que está en mí. En todos los instantes me guía y me inspira; y precisamente en el momento en que las necesito es cuando descubro claridades desconocidas hasta entonces. Regularmente no brillan a mis ojos en las horas de oración, sino en medio de las ocupaciones del día.» (2)

V. LA ORACIÓN DE SANTA TERESITA Y LA TRADICIÓN

La espiritualidad de Santa Teresita del Niño Jesús no puede ser mejor comprendida que desde el aspecto de una comunión continua. Luego esto supone más bien una *vida de oración*, que un *método de meditación*. El padre Faber, en un capítulo muy conocido de su obra *Los progresos del alma en la vida espiritual*, distingue dos categorías en los métodos

(1) Luc., XVII, 21.

(2) *Historia de un Alma*, cap. VIII, p. 149.

de oración; el de san Ignacio, expuesto ya al principio de este estudio y el de san Sulpicio. «El método sulpiciano, escribe, es una copia fiel de las tradiciones de los antiguos Padres y de los santos del desierto...» M. Olier, generalmente substituye la palabra *meditación* por la de *oración*, y lleno del espíritu de la antigua tradición, recurre continuamente, lo mismo que sus intérpretes, a san Ambrosio, a san Juan Climaco, a san Nilo, a Casiano y a otros escritores de la misma escuela, cuyas reglas se apropia... La conformidad con los Santos Padres es el rasgo característico del método sulpiciano, es un monumento de la más antigua espiritualidad de la Iglesia.» Estudiemos la oración sulpiciana en sus orígenes: en el cardenal de Berulle, en el padre Condren, M. Olier, antes de esta especie de disección a lo infinito con la que sus sucesores la han complicado cada vez más (1).

Nos sorprenderá el comprobar las analogías esenciales y notables que presenta con la vida de oración adoptada por Sor Teresita del Niño Jesús. En esta materia, también la Santa no renueva la espiritualidad cristiana, sino volviendo a las fuentes, a los orígenes.

El primordial y general carácter de este método sulpiciano o tradicional, consiste en considerar la oración como

(1) Es bien notorio que M. Olier, en el *Catecismo cristiano para la vida interior*, considera la oración como una especie de comunión espiritual. En la lección VI trata «de la manera de hacer la comunión espiritual y de unirse al espíritu de Nuestro Señor en todas nuestras obras». En la lección VII trata «de la aplicación de la precedente doctrina a la oración». M. Olier, en su vida espiritual, se inspiró en el P. de Condren y en el Cardenal de Bérulle. Este último, cuyas afinidades con el Carmelo son bien conocidas, desconfiando de los métodos de oración en los cuales se emplea en demasía la imaginación y el raciocinio, escribía: «Queremos demasiado obrar en la oración por discurso e imaginación.» El P. de Condren, que se ofreció en holocausto al amor de Nuestro Señor, escribió: «Debemos vivir con Dios, como los hijos con su Padre...; honrarle con ternura para que Él nos considere como a sus hijos muy amados.» Deseaba que en nuestra oración nos portáramos «como un niño cariñoso, lleno de amor para con su Padre, en víctima religiosa». La semejanza de esta doctrina con el *Camino de Infancia Espiritual* de Santa Teresita, es evidente.

una comunión espiritual cuyo único fin es hacernos participar más y más en todas nuestras obras del espíritu de Nuestro Señor. Esta oración se compone de tres actos esenciales, distintos entre sí, pero inseparables unos de otros. 1.º *La adoración*, por la cual nos humillamos a los pies de Jesús considerando su divinidad y perfección infinita; 2.º *La comunión propiamente dicha*, por la que nos unimos a Jesús rogándole substituya nuestros pensamientos, nuestra voluntad, nuestra gran flaqueza; 3.º *La cooperación*, por la que pedimos a Jesús nos conceda su celo, su dulzura, su fuerza a fin de que podamos colaborar eficazmente en su apostolado. La oración así concebida vemos, que no es otra cosa sino una comunión espiritual en la cual, con humildad, nos postramos delante de Jesús, rogándole se digne transformarnos en Él mismo, para que podamos continuar su obra de redención.

Esta manera de comprender la oración, inspiró los más célebres capítulos de san Juan y de san Pablo: «Permaneced en mí, y yo en vosotros, dijo Jesús; el que permanece en mí como el sarmiento a la vid, éste producirá frutos, pues sin mí, nada podéis hacer.» (1) San Pablo, que realizó perfectamente esta unión, escribió: «Vivo yo, pero ya no yo: vive en mí Jesucristo.» (2) Siendo la oración tradicional una comunión espiritual, no tiene otro fin inmediato que el de hacernos vivir la vida de Jesús. Los Padres de la Iglesia nos aconsejan el tener a Jesús delante de nuestros ojos, por la *adoración*; en nuestros corazones, por la *comunión*; en nuestras manos, por la *cooperación*. Tiene san Ambrosio expresiones más sorprendentes aún, nos recomienda llevemos siempre a Jesús: como un *sello en nuestra frente*, con el fin de que con toda humildad confesemos su divinidad; como un

(1) Joan., XV, 4.

(2) Galat., II, 20.

sello sobre nuestro corazón, a fin de que amemos sólo a Él; como un *sello sobre nuestro brazo*, a fin de que cooperemos con todas nuestras fuerzas al advenimiento de su reinado.

Lo hemos dicho y lo repetimos, pues es de suma importancia, que todo el método espiritual de Sor Teresita consistía en comulgar en todas las circunstancias con el pensamiento, el amor y la acción de Jesús. Se humillaba delante de Nuestro Señor, comprendiendo que nada podía por sí misma; confiábase a Él por el amor, considerando su omnipotencia; manteniéndose en esta unión constante, cooperaba a la obra de Jesús, a la santificación de las almas. He aquí un rasgo de la vida de Sor Teresita que nos pinta a lo vivo cómo comprendía ella la vida de oración en la unión. Había sido oficiosamente encargada a sus veinte años, y en circunstancias muy delicadas, de la dirección espiritual de las novicias:

«Al penetrar en el santuario de las almas me di cuenta, desde la primera ojeada, de que la tarea era muy superior a mis fuerzas; me eché al punto en brazos de Dios, como los niños pequeñuelos esconden, bajo la impresión de algún temor, su rubia cabecita en el hombro de su padre, y le dije: «¡Señor! Bien sabéis que soy demasiado pequeña para alimentar a vuestras hijas; si queréis darles por mi mediación lo que necesitan, llenad mi mano, y *sin dejar vuestros brazos*, sin volver siquiera la cabeza, distribuiré vuestros tesoros al alma que venga a pedirme alimento. Si lo encuentra a su gusto, sabré que no me lo debe a mí, sino a Vos, Señor; y si, por lo contrario, se queja y encuentra amargo lo que le ofrezco, no se alterará por esto la paz de mi alma, antes bien, procuraré persuadirla de que este alimento le viene de Vos, y me guardaré muy bien de buscarle otro. Al comprender así que me era imposible hacer cosa alguna por mí misma, me pareció simplificada mi tarea. Sólo me esforzaba interiormente en unirme cada vez más y más a Dios, sabiendo que el resto se me daría por añadidura. Y así ha sido, en efecto. Nunca ha sido defraudada mi esperanza: mi mano se ha encontrado llena tantas veces

como ha sido necesario para alimentar el alma de mis hermanas. Confieso, Madre mía, que a no haber obrado de esta manera, si hubiera confiado en mis propias fuerzas, sin tardanza le hubiera rendido las armas» (1).

Que el lector se digne observar, y, si es posible, retener lo que pudiéramos llamar, en un sentido general, el método de Santa Teresita del Niño Jesús: «*Sólo me esforzaba interiormente en unirme cada vez más y más a Dios, sabiendo que el resto se me daría por añadidura.*» Esta unión la buscaba por la humildad, por la desconfianza en sus propias fuerzas, por el amor confiado a Jesús. Jamás se separó de Jesús, de Jesús niño y crucificado. ¡He aquí todo su método!

Uno de los más perniciosos errores cometidos y conservados por cierto número de almas, es el de creer que pueden, gracias a un sabio procedimiento, hacer bien una media hora de meditación u oración, aunque háyanse ocupado el resto del día en múltiples ocupaciones sin acordarse para nada de Dios y permaneciendo alejadas de Él. Realmente vemos en la práctica a las almas que así se exteriorizan, ser incapaces de cumplir con su meditación, y acabar por abandonarla. Aunque de una manera aparentemente paradójica, se puede asegurar que virtualmente se hará oración todo el día, o no se hará ni poco ni mucho. Una de las pruebas del genio de san Ignacio, es el recomendarnos encarecidamente preparemos nuestra oración mucho tiempo antes y mucho tiempo después, es decir, todo el día. Para meditar bien y orar bien, es menester llevar una vida meditativa, una vida de oración.

Ocupémonos únicamente de unirnos en el interior a Dios por medio de Nuestro Señor Jesucristo, sabiendo que el resto se nos dará por añadidura. No olvidemos que nos

(1) *Historia de un Alma*, cap. X, p. 185.

uniremos más y más a Jesús como nos lo enseña el *Camino de Infancia Espiritual*: 1.º, por los pequeños sacrificios; 2.º, por los continuos actos de amor. Sor Teresita se había preparado a su primera Comunión con 818 sacrificios y 2,773 aspiraciones de amor. ¡Hagamos lo mismo! Como fieles discípulos del caminito, del *Camino de Infancia Espiritual*, mortifiquémonos, mantengámonos constantemente unidos al Dios del Sagrario mediante frecuentes actos de amor. Así, sin necesidad de complicados métodos, en la hora de la oración, para unirnos más íntimamente a Jesús, nos bastará humillarnos en su presencia. Sin duda, podrá sernos útil ayudarnos de algunos libros espirituales, san Juan de la Cruz, *la Imitación*, el Evangelio. Pero procuremos una vez más, pues en esto se basa todo este método a la par antiguo y moderno, que nuestra oración sea una comunión a las virtudes, al amor, al apostólico y desinteresado celo de Jesús.

CAPÍTULO III

TERCER CARÁCTER NEGATIVO DE LA ESPIRITUALIDAD DE SANTA TERESI- TA: AUSENCIA DE FAVORES EXTRAOR- DINARIOS FRECUENTES.

I. DIFERENCIA ENTRE SANTA TERESITA DE LISIEUX Y LOS SANTOS DE OTROS TIEMPOS

En las biografías de santos de otros tiempos, los fenómenos extraordinarios: éxtasis, visiones, profecías, estigmatizaciones, milagros, ocupan un lugar preponderante. En las vidas de san Francisco de Asís, santo Domingo, santo Tomás de Aquino, santa Teresa de Avila, abundan este género de gracias. La biografía de santa Catalina de Sena, por el beato Raimundo de Capua, es, al parecer la más extraordinaria. Santa Catalina, en su infancia, fué arrebatada en éxtasis en plena calle, permaneciendo inmóvil como una estatua de piedra. En otra ocasión se encuentra milagrosamente transportada de una cueva donde se había refugiado a la casa paterna. Jesús se le aparece casi cada día, conversando y rezando con ella el Oficio. El semblante de Catalina es transfigurado en el de Jesús. Su corazón, sus manos, sus pies, son horadados por los sagrados estigmas. Pasa semanas enteras sin más sustento que

la comunión cotidiana. Sus éxtasis son tan prolongados que los sacristanes impacientes la sacaron de la iglesia a la calle, llevándola por los pies y las manos, sin que ella se dé cuenta de nada. En un continuo arrobamiento dicta en pocas semanas el *Diálogo*. Distingue por una especie de fétidas emanaciones a las almas que se hallan en pecado grave. Obra, en vida, milagrosas curaciones. En resumen, la biografía de santa Catalina de Sena es un tipo de las vidas de santos extraordinarios.

Nada más diferente, desde este punto de vista, que la vida de Santa Teresita del Niño Jesús. Durante toda su vida, no hace ningún milagro; su autobiografía no nos señala ningún raptó propiamente dicho; en el examen de su vida de oración que hemos expuesto en el anterior capítulo, no hemos comprobado desde su entrada en el convento ninguna visión, ningún éxtasis, ni siquiera una suspensión de las facultades mentales; jamás la contemplación paralizó sus miembros, suspendió el uso de sus sentidos, nunca su cuerpo se elevó sobre la tierra como tantas veces aconteció a Santa Teresa; jamás vió aparecérselle Nuestro Señor, o sus santos. Esta ausencia de fenómenos extraordinarios en la vida de una Santa, tan rápidamente beatificada y canonizada, es un carácter negativo del todo nuevo y muy notable. «No sé que jamás haya tenido éxtasis», declara su hermana.

Notemos bien, que Sor Teresita del Niño Jesús, no deseaba, en manera alguna, estos favores extraordinarios de la vida mística, ni les concedía excesivo aprecio como suelen hacer tantas monjas e incluso cristianos ilustrados. A la edad de diez y seis años, durante el retiro que precedió a su toma de hábito, refiriéndose a las pruebas inherentes a la vida de comunidad, escribía a la Madre Inés de Jesús lo siguiente: «Sí, deseo estas heridas del corazón, estos alfi-

lerazos que tanto hacen padecer... *Prefiero el sacrificio a todos los éxtasis*» (1).

Entre las fechas memorables que recuerdan los privilegiados días en que recibió las principales gracias, que son en número de trece, la del 12 de Febrero de 1889 está intitulada: *Nuestra gran riqueza*; fué ésta la más cruel prueba moral experimentada por Sor Teresita; la entrada de su padre, «de su querido rey» en una casa de salud. En su autobiografía, la Santa ha resumido en breves líneas el convencimiento profundo que adquirió más y más en aquellos dolorosos meses.

«Cuando estemos en el cielo, nos complacerá hablar de aquellos tristes días de la expatriación. Sí, los tres años de martirio que pasó nuestro padre, me parecen los más amables, los más fructuosos de nuestra vida; *no los cambiaría por los más sublimes éxtasis*... (2).»

Preferir a los más sublimes éxtasis los grandes y los pequeños sacrificios aceptados por amor, es una de las características más esenciales de la espiritualidad de Santa Teresita, de su *Camino de Infancia*. «El número de los pequeños es muy grande en la tierra», escribió. A esta multitud de pequeños, de almas fieles no llamadas a seguir caminos extraordinarios, es a la que desea ella hacer partícipe de sus riquezas. Si no deseaba las gracias extraordinarias, si amaba la vida sencilla y toda de fe «era, sobre todo, para que las almas pequeñitas no tuvieran nada que envidiarle». Durante las últimas semanas de su enfermedad, preveía que la publicación de su autobiografía «haría un gran bien a toda clase de almas, excepto a las que se hallan en las vías extraordinarias». Al lamentársele una de sus hermanas de

(1) *Historia de un Alma*, carta III, p. 348.

(2) *Historia de un Alma*, cap. VII, p. 128.

que no hubiera escrito más, respondió: «Es suficiente, hay para todos, excepto para los caminos extraordinarios.»

Esta especie de espontánea desconfianza hacia todo lo extraordinario, o en sentido inverso, la estima y aprecio que sintió por la virtud que de sí no tiende a salirse de la vida normal, es esencialmente significativa de la mentalidad espiritual de Santa Teresita. Sus disposiciones de espíritu eran del todo contrarias a las de los autores apócrifos y de los creadores de leyendas maravillosas:

«Lo que me edifica, decía, al pensar en la Sagrada Familia, es el imaginarme una vida del todo ordinaria, y no todas las maravillas que suponen y nos cuentan... Mirando esta noche la imagen de María, he comprendido que no es cierto por mucho que digan de que no conoció ella los padecimientos físicos. Mucho sufrió en sus viajes, de frío, calor, fatiga; ayunó muchas veces... En los sermones nos la pintan inimitable; ahora bien, cuando debe decirse continuamente ¡Ah! ¡Ah!, uno está harto de ello. Que los Sacerdotes nos muestren, pues, virtudes practicable... Y el bendito san José, ¡oh! ¡cuánto le amo! Le veo cepillar la madera, fatigarse... De cuando en cuando enjugar el sudor que inunda su rostro, pero como a hurtadillas, para no apenar a la Virgen Santísima. Era tan delicado... No recibía siempre el precio de su trabajo, incluso sin duda le dirigirían reproches...»(1)

Por lo mismo que no sintió ningún atractivo por las narraciones inverosímiles y legendarias, Sor Teresita hubiera escrito excelente historia, exacta y positiva (2). Tenía

(1) *Vida de Santa Teresita* por el P. Francisco Javier, pág. 488, capítulo XXI (20 Agosto).

(2) «Lo que más me agrada, decía Santa Teresita, es pensar en la Sagrada Familia e imaginarla en su vida ordinaria, bien diferente de lo que se cuenta y se supone... Por ejemplo, que el Niño Jesús formase pajaritos de barro, y después con un soplo los animase. No, no; el Niño Jesús no hacía milagros inútiles como éste... Si esto fuera verdad, ¿por qué la Sagrada Familia no fué transportada milagrosamente a Egipto? Esto hubiera sido más útil y más fácil a Dios. En un abrir y cerrar de ojos hubiera podido encontrarse allí. Por el contrario, en su vida todo ha sido normal como en la nuestra.» (P. Francisco Javier, *Vida de Santa Teresita*, p. 488.) Vemos, pues, que la Santita tenía el sentido de lo real.

inclinación a lo verdadero; estaba en alto grado dotada del buen sentido, del sentido común, y es con este buen sentido que ha renovado la espiritualidad. ¡Ah, si se conociera hasta qué punto el anhelo, la afición a lo extraordinario es un principio erróneo! «Nada tan común como lo bueno, escribió Pascal; sólo es cuestión de discernimiento, y es muy cierto que es muy natural, a nuestro alcance, e incluso conocido por todo el mundo. Mas no se sabe distinguirlo: esto es universal. No es en las cosas extraordinarias y raras que se encuentra la excelencia, sea del género que sea. Para llegar, nos elevamos, y nos alejamos más; casi siempre es menester bajarse.» Porque se humilló e hizo pequeñita como un niño, Sor Teresita supo discernir perfectamente lo que esencialmente constituye la excelencia de la virtud. No ha cometido el error capital de hacer, más o menos conscientemente, consistir la santidad en las extraordinarias mortificaciones, en los prodigios.

Un día, durante su última enfermedad, le dijeron: «Quizá en el momento de vuestra muerte, tendremos una visión celestial que nos consolará. — Oh, no, contestó inmediatamente, jamás he deseado para mí gracias extraordinarias, no es mi caminito.» Y añadió: «que nada extraordinario tenía que haber en su vida, que sólo encontrarían de ella los huesos, para que las almas pequeñitas no tuvieran que envidiarle nada.» (1) «No se maravillen, repitió, si después de mi muerte no les aparezco y si no ven ninguna señal extraordinaria que les revele mi felicidad. Recuerden que justamente es propio de los que siguen mi *caminito*.»

Durante toda su vida religiosa, Sor Teresita se afanó para practicar, incluso en los más insignificantes detalles, la regla del Carmen con toda perfección, pero siempre sin co-

(1) P. F. Javier, *Vida*, p. 447, cap. XXI (4 de Junio).

meter exceso alguno que pudiera llamar la atención; al contrario, se esforzaba en no singularizarse nunca por actos particulares. «La Sierva de Dios, se nos dice, estudiaba la manera de pasar inadvertida y de permanecer en la sencillez más grande... No se la veía practicar la virtud.» Su simplicidad era tal, que incluso las mismas religiosas que la rodeaban como no la examinaran muy atentamente no podían sospechar su santidad.

«La he visto, declara una de sus novicias, afanarse constantemente y en todas las ocasiones, para que su conducta estuviera siempre en conformidad con las divinas instrucciones acerca de la caridad con el prójimo, pero con tanta sencillez que jamás se hubiera sospechado los sacrificios que impuso a su natural ardiente y vivo para vencer sus repugnancias.» Se la creía «colmada» de consolaciones, y realmente vivía bajo el peso de la prueba. Esta paz habitual le valió algunos juicios poco favorables. Sin reparo se decía, que la Sierva de Dios nunca había tenido luchas y que, por lo tanto, su virtud carecía de mérito... «Puedo asegurarle, afirmó la Santa a una de sus novicias para animarla, que he tenido muchos combates, y que ni un solo día, ni uno solo, sin padecer. ¡Ah! las criaturas juzgan por las apariencias.»

Sí, entre las mismas religiosas que vivieron en la intimidad de Sor Teresita, hubo más de una que por no ver algo extraordinario, no creyó en su santidad, con mayor motivo no debemos extrañarnos que muchas almas, aun entre las muy ilustradas, hayan sido engañadas por ciertas apariencias de ingenuidad contenidas en la *Historia de un Alma*. «Es una vida fácil y cómoda», han exclamado ciertos lectores. «La primera lectura, declara con sinceridad muy meritoria un distinguido religioso, me produjo una impresión más bien desfavorable; todo ello me pareció un poco infantil y sentí, como si se tratara de una verdadera imprudencia, que los Superiores patrocinaran la redacción de esta auto-

biografía. Cinco o seis años después, me vi obligado a reconocer, que la lectura de esta obra era muy provechosa a las almas que yo dirigía. Releí entonces el libro que tanto después he meditado, y encontré que, estudiada atentamente esta obra, contiene una profundísima doctrina sobre el amor a Dios.»

Cuántos fervientes admiradores de Sor Teresita podrían decirnos otro tanto. La Santa ha tendido sobre sus virtudes, sus méritos, sus pruebas; un velo tal de simplicidad, de sonriente amabilidad, que es menester leer varias veces el libro para descubrir y apreciar toda la profunda doctrina y sabia experiencia, tan arduamente adquirida, en él contenida. Se puede afirmar que a menos de mediar una preparación y un muy especial estudio, nadie discernirá a la primera lectura el valor de la *Historia de un Alma*. Perdonado está, pues, el equivocarse, mas desdeñar ahora que está ya canonizada, el género de virtud y santidad de Sor Teresita del Niño Jesús con el pretexto de que nada viril se encuentra en ella, sería ir en contra de las decisiones de la Iglesia y exponerse, además, a merecer el siguiente juicio, expuesto en el proceso de canonización acerca de una tal religiosa: «que consideraba la piedad de Sor Teresita infantil y superficial, pero muy llena ella misma de racionalismo y de humano sentido, y muy conocida en su comunidad por su falta de sentido sobrenatural.» Cuántas personas no hemos encontrado, que aprecián en muy poco a la Santita únicamente por estar ellas demasiado atareadas, demasiado confiadas en las obras humanas, y carecer de sentido espiritual y místico.

La santidad de Sor Teresita, no es sensacional, no impresiona los sentidos con acciones brillantes. Se revela a los ojos del espíritu, y quedan maravillados los que atentamente la consideran. Muy sugestiva y muy capaz de hacernos reflexionar es esta reflexión de su hermana mayor: «Viendo

su virtud tan grande, tan extraordinaria en su simplicidad, suspiraba: ¡y pensar que nadie llegará a conocerla jamás!» Tal exclamación cogida al natural nos ayuda a precisar el género de santidad de Sor Teresita: si su virtud presenta algo de extraordinario, es de manera del todo interior, y que exige un minucioso examen. La religiosa Carmelita que parece haber más íntimamente conocido y apreciado a la Santa, después de sus hermanas, nos dice: «Sor Teresita pasaba más bien inadvertida a causa de su gran simplicidad y humildad. No obstante, cuando se llamaba la atención de las religiosas sobre la conducta de la Sierva de Dios, todas, o casi todas, reconocían la perfección de sus virtudes.»

Es, pues, necesario que se nos llame la atención sobre tal o cual virtud, tal o cual caso de la vida de Sor Teresita, para hacernos confesar su eminente valor. Por un singular e inexplicable trastorno de nuestras impresiones, quizá cuando hayamos íntimamente conocido todo lo que encierra de profunda y acabada la perfección de la Santa, nos desconcertemos. Su santidad, al ser reconocida como más eminente, podrá parecernos menos agradable. Una de sus novicias, después de un atento examen de sus virtudes, experimentó una impresión de este género.

«La examinaba en todas partes y jamás logré encontrarla en falta... No me sentía atraída hacia ella de una manera sensible; incluso huía de ella, no por falta de estima, al contrario, la encontraba demasiado perfecta. Si lo hubiera sido menos, eso me hubiera animado.»

¡Cuán ingrata y caprichosa es nuestra humana naturaleza viciada ya en su origen! Si la santidad se nos muestra bajo apariencias fáciles y agradables, la desdeñamos; si después de serias reflexiones se nos aparece acabada

en sus más insignificantes detalles y trascendente, nos causa temor. Santa Teresita del Niño Jesús realizó con perfección y el más profundo amor a Dios todos los actos ordinarios y comunes de que está tejida la trama de nuestra existencia. Mas esta verdad tan sencilla, resulta dura en la práctica, y no nos satisface porque, a pesar de todo, somos muy poco espirituales, muy inclinados a dejarnos llevar de los sentidos, y a preferir lo que los hiere de una manera sorprendente.

Una de las mayores enseñanzas de la vida y de la canonización de Sor Teresita, consiste en haber patentizado esta verdad capital: *que la santidad consiste esencialmente en la unión con Dios y en el amor con el cual desempeñamos las acciones comunes.*

La Divina Providencia, en previsión de esta canonización de nuevo género, quiso que la Santa fuera educada, vigilada, rodeada en el mundo y en el claustro hasta su muerte, por sus tres hermanas. Instruídas y fortalecidas por su fraternal amor y por sus virtudes, fueron ellas los testigos más competentes, más perspicaces que jamás en proceso de canonización fueron citados y oídos. Formadas en la misma escuela que Santa Teresita, protestaron cuidadosamente con la más exacta precisión y con una igual energía, contra la fatal tendencia que arrastra a la humanidad a buscar y a exagerar lo extraordinario en la santidad. Si Sor Teresita del Niño Jesús hubiera sido canonizada tan sólo medio siglo más tarde, y no hubiesen estado presentes sus propias hermanas, su carácter de simplicidad hubiera sido deformado por el inconsciente influjo de la leyenda. Mas las tres hermanas estaban allí, y han asegurado que la simplicidad fué la regla.

«Sor Teresa del Niño Jesús, depone la Madre Inés de Jesús, *en nada se asemeja tocante a los dones sobrenaturales, o al menos en sus manifestaciones, a la mayor parte de los Santos canoni-*

zados por la Iglesia. Excepto su visión de la Santísima Virgen, la que le descubrió con anticipación la enfermedad de su Padre, excepto también la llama de amor con la cual nos dice fué herida una vez, y por último, el éxtasis de su muerte, nada veo en toda su vida que se salga de lo ordinario. Salvo quizá también ciertas predicciones que hizo acerca de lo que sucedería después de su muerte... Debe decirse, pues, que los fenómenos místicos extraordinarios fueron en su vida una verdadera excepción; la simplicidad fué la regla. Suponer lo contrario, sería mudar la fisonomía moral tan estimulante con que Dios quiso distinguir a su pequeña Sierva con el fin expreso, de llamar a su Divino Amor «a las almas pequeñitas» que quisieran imitarla.»

«En honor a la verdad debo decir, declara Sor Genoveva de la Santa Faz con notable energía, que los números 239, 240, 241, 242 y 244 de los artículos (del proceso del Ordinario) me parecen exagerados, y presentan como frecuentes y habituales fenómenos que no fueron sino muy raros en su vida. Por mi parte, preferiría que no fuera canonizada, antes que dejar de dar su fisonomía moral tal como en conciencia la considero exacta. Además, la frecuencia de dones sobrenaturales extraordinarios en su vida, hubiera sido contrario a lo que ella decía ser los designios de Dios para con su alma. Su vida debía ser sencilla, para servir de modelo a las almas pequeñitas.»

El número 216 de los artículos, afirma nuevamente Sor Genoveva, es también a mi parecer exagerado, jamás han emanado de ella perfumes celestiales. Lo que hemos contemplado era igualmente hermoso, pero mucho más sencillo, y es justamente esta unión de lo sobrenatural con lo natural que dá a Sor Teresita el exquisito encanto que le es tan peculiar.»

«Los fenómenos místicos extraordinarios fueron en la vida de Santa Teresita una verdadera excepción, la simplicidad fué la regla.» Debemos considerar esta proposición como una especie de dogma. La espiritualidad de Santa Teresita del Niño Jesús, su *Camino de Infancia Espiritual*, carecen de fenómenos extraordinarios. ¿Quiere eso decir que los excluye en absoluto? No, por cierto; era preciso que

su vida presentara algunos a fin de que Sor Teresita no pasase completamente inadvertida, y que por estos estimulantes exteriores, fuese llamada la atención de los hombres a la consideración de virtudes más profundas. Vamos, pues, a examinar brevemente los excepcionales favores con los que la Santa fué agraciada, sin exagerar nada, pero sin atenuar tampoco nada.

II. VISIÓN PROFÉTICA DE SU PADRE AFLIGIDO.

El primer fenómeno verdaderamente extraordinario que encontramos en la vida mística de Santa Teresita, es una visión profética concerniente a su Padre. Teresita contaba entonces unos siete años. La autobiografía nos dice, y lo confirman en sus declaraciones los principales testigos de la escena, que ésta tuvo lugar en verano. «Serían poco más o menos las dos o las tres de la tarde.» El sol brillaba con esplendor y el jardín de la casita de campo llamada «Los Buissonnets» verdeaba. «La naturaleza parecía *estar de fiesta*.» El Sr. Martin estaba ausente desde hacía unos días, por haberse ido a Alenzón con el fin de arreglar unos asuntos. Las dos hermanas mayores, María y Paulina, trabajaban en una buhardilla, cuyas ventanas daban al jardín. Teresita contemplaba el paisaje asomada a la ventana de la habitación vecina. Por una especie de contraste no raro en la historia, como si la excesiva alegría de la naturaleza y de las cosas evocaran fatalmente el pensamiento de inevitables desgracias, fué en este hermoso día de verano, en este cuadro gracioso de la *naturaleza en fiesta*, que Teresita niña tuvo la sombría visión de la prueba moral más abrumadora que, diez años más tarde, debía afligirla juntamente con toda su

familia. He aquí el relato de la Santa, cuyos detalles, repetimos, han sido confirmados por las declaraciones en el Proceso:

«Estaba yo sola, asomada a una ventana que daba a la huerta, con la imaginación llena de alegres pensamientos, cuando vi ante el lavadero, enfrente de mí, un hombre vestido enteramente como papá, de su misma estatura, manera de andar, pero además muy encorvado y envejecido. Digo *envejecido*, refiriéndome al conjunto de su persona, porque no le veía la cara, pues llevaba la cabeza cubierta con un denso velo. Con paso acompasado, avanzaba lentamente a lo largo de mi jardincito. Me sobrecogió el ánimo un sentimiento de terror sobrenatural, y llamé en voz muy alta y temblorosa: ¡Papá! ¡Papá!... — Pero el misterioso personaje no daba muestras de oírme; continuó su camino sin volverse siquiera, dirigiéndose a un grupo de abetos que dividía la avenida central del jardín. Esperaba verle aparecer otra vez al otro lado de los altos árboles; mas la *visión profética* se había desvanecido» (1).

Las llamadas vibrantes de emoción, ¡papá! ¡papá! lanzadas por Teresita hicieron acudir a sus dos hermanas que estaban ocupadas en la habitación contigua. Se interrogó a la criada que afirmó naturalmente no haber visto nada; para mayor seguridad se registró el jardín y sus macizos, pero estaban íntimamente convencidas de que no encontrarían nada. Teresita, no obstante, repetía: «He visto un hombre, y este hombre se parecía enteramente a papá.» Todas las pesquisas resultaron infructuosas, las hermanas mayores prudentemente aconsejaron a la niña no pensara más en ello.

«Pero me era imposible no pensar en ello; muy a menudo me presentaba la imaginación aquella visión misteriosa; con frecuencia intentaba levantar el velo que me ocultaba su sig-

(1) *Historia de un Alma*, cap. II, p. 32.

nificado, y guardaba en el fondo de mi alma la íntima convicción de que algún día se me revelaría por completo.» (1)

No vacilaremos en afirmar que esta *visión profética* es, desde el punto de vista de la crítica racional, el más inexplicable, el más excepcional de los fenómenos místicos presentados por la biografía de Sor Teresita del Niño Jesús. La curación milagrosa y la sonrisa de la Virgen que examinaremos sin demora, no son tan inauditas. ¡Cuántos beatos, santos y santas, como el beato Reginaldo, por ejemplo, han visto aparecérselos la Virgen y han sido milagrosamente curados! Mas esta visión en una niña de siete años, y diez años antes de los acontecimientos de la prueba de su Padre, es única en la hagiografía. No estaba en la manera de ser de Teresita el dramatizar las cosas; al contrario, en su relato más bien las simplificó. Pero representémonos el cuadro de los Buissonnets, como teatro de la escena, la naturaleza bañada de sol; imaginémonos el fantasma del Padre, de elevada estatura, muy encorvado, envejecido, caminando lentamente con acompasados pasos, sin oír las llamadas de su hijita preferida, como si realmente viviera ya en otro mundo; notemos, en fin, el detalle tan singular y característico: *que su cabeza estaba cubierta con un denso velo*, hasta el punto de que la fisonomía quedaba completamente oculta, y nos daremos cuenta de que la escena revestía un vivo interés digno de la Biblia o de los más grandes autores trágicos. En 1888, ocho años después, el padre de Teresita se ausentó de Lisieux para ir a Alenzón, exactamente igual que en la época de la visión. Considerándose demasiado dichoso y colmado de consolaciones, en la iglesia de Nuestra Señora se ofreció a Dios como víctima: «Esto es demasiado! Dios mío, sí, soy demasiado feliz, no es posible

(1) *Historia de un Alma*, cap. II, p. 33.

ir al cielo de este modo, quiero sufrir algo por Vos! Me ofrezco como víctima...» (1).

Dios aceptó la ofrenda de este venerado padre, y poco después fué atacado de parálisis, cuyos frecuentes ataques principiaron por disminuir, y acabaron por privarle del uso de sus facultades intelectuales. ¡Qué prueba para un padre y su familia la pérdida de la inteligencia! Es la luz, el sol del mundo ideal que se apaga, y en el orden espiritual todo zozobra en las tinieblas y el caos. ¿Que queda aparentemente de la definición del hombre cuando se le priva del uso de la razón? He aquí el anciano encorvado que vió Teresita en su inexplicable visión: es este padre atacado de parálisis mental que avanza con paso lento y acompasado hacia el sepulcro. «Cosa extraordinaria, nos dice una de sus hijas, al principio de su enfermedad, se le veía con frecuencia cubrirse la cabeza.» ¡Cómo corresponde la realización exactamente e incluso en los detalles que pudieran clasificarse de secundarios, a la profecía!

Mas una pregunta se nos ofrece, que incluso la misma Sor Teresita tuvo cuidado de no eludir en su autobiografía. «¿Por qué dió el Señor semejante luz a una niña, la cual, si hubiese sabido interpretar, muriera de dolor? ¿Por qué? ¡He aquí uno de esos misterios impenetrables que sólo comprenderemos en el cielo, para admirarlo eternamente!» (2)

La Santa nos sugiere no obstante una explicación: Dios proporcionó la prueba a su debilidad, y quiso estuviera preparada por la visión profética. Esta solución es en verdad muy justa, pero insuficiente, subsiste en gran parte, lo reconoce la misma Santa «el impenetrable misterio». Otra interpretación se nos sugiere por la *Historia de un alma*, y las deposiciones de las hermanas de Teresita.

(1) *Historia de un Alma*, cap. VII, p. 125.

(2) *Historia de un Alma*, cap. II, pp. 33 y 34.

Esta visión profética del padre, de ese padre tan bueno, tan piadoso, tan generoso e irreprochable, es la del justo ofrecido y escogido como víctima por las faltas de sus semejantes, los pecadores. Esta visión, pues, recuerda por una necesaria sucesión de ideas la de Isaías, la del Servidor de Jahve, de la cual debía Teresita hacer la base y fundamento de toda su piedad. El hombre que ve Isaías en la más extraordinaria de las profecías, es una víctima ofrecida en holocausto, cargada con el peso de sus faltas: «Se ofreció porque quiso, y el Señor le imputó todas nuestras iniquidades»; nada contesta cuando se le interroga, *non aperuit os suum*; su semblante está escondido, velado, *absconditus vultus ejus*. De idéntica manera el hombre que ve Teresita es una víctima voluntaria, no contesta a sus llamadas, su semblante está velado. La visión profética de su padre y la del justo doliente de Isaías se asemejan. Evidentemente, estas semejanzas, estos rasgos simbólicos tan profundamente grabados en la memoria de Sor Teresita «que el recuerdo le era tan vivo como la misma visión», la ayudaron providencialmente a penetrar el verdadero carácter del Mesías y los inefables misterios ocultos en la Santa Faz del Salvador. «Así como la adorable Faz de Jesús se veló durante su Pasión, del mismo modo debía velarse el rostro de su siervo fiel (su padre) en los días de su humillación, para aparecer más radiante y esplendoroso en el Cielo» (1). No olvidemos las preciosas indicaciones dadas por una de las hermanas de la Santa.

«Fué en el Carmelo, en los momentos de nuestras grandes pruebas relativas a la enfermedad cerebral de nuestro Padre que se aficionó ella más y más al misterio de la Pasión; fué entonces cuando obtuvo el permiso de añadir a su nombre el de la Santa Faz. En fin, después de su muerte, se me figura

(1) *Historia de un Alma*, cap. II, p. 33.

TERCER CARÁCTER NEGATIVO :

fué ella la que inspiró a sor Genoveva la obra maestra de la Santa Faz, según el Santo Sudario de Turín.»

No lo dudemos, la visión de Sor Teresita, tan literal y dolorosamente cumplida mediante la humillación paterna, fué providencialmente ordenada para mejor hacer comprender a la Santa lo que fué el Mesías doliente y redentor. En verdad, son necesarias abrumadoras pruebas para llegar a penetrar y comprender ciertas verdades sobrenaturales. Mas, cuando tales pruebas son precedidas por una profética visión, ¡cuán atenta debe estar el alma en la meditación de su profundo significado! El ideal de santidad de Sor Teresita, no lo olvidemos, es la imagen de Cristo subiendo al calvario, es el augusto semblante del Salvador impreso en la VII estación en el velo de la Verónica; y la visión profética con la cual fué favorecida a la edad de siete años la predestinó al culto de esta devoción. Aunque muy joven, comprendió ya ella esta verdad tan difícil de aceptar: que la verdadera gloria consiste en gran parte en sufrir y en permanecer oculta. La relación siguiente es de una capital importancia:

«Recibí entonces una gracia que he considerado siempre como una de las mayores de mi vida... Jesús me hizo comprender que la única gloria verdadera es la que ha de durar siempre; que para alcanzarla no es necesario llevar a cabo obras ostentosas sino más bien esconderse a los ojos de los demás y aun a los de uno mismo, de suerte que la mano izquierda ignore lo que hace la derecha» (1).

Más tarde, desde su entrada en el Carmen, Sor Teresita, profundizará más este pensamiento.

«...comprendí, como nunca, lo que es la verdadera gloria. Aquel *cuyo reino no es de este mundo*, me enseñó que la única

(1) *Historia de un Alma*, cap. IV, p. 55.

realeza apetecible consiste en *querer ser ignorado y tenido por nada*, en poner su gozo en el desprecio de sí mismo. A semejanza de Jesús, quería yo que *mi rostro permaneciese escondido a todas las miradas, que nadie me conociera en la tierra*, tenía sed de padecer y de ser olvidada» (1).

Se puede, pues, sin temor a exageración, afirmar que la visión profética del padre, orientó desde su uso de razón el pensamiento religioso de la Santa hacia un profundo conocimiento de la personalidad y misión de Jesucristo. El Mesías crucificado, símbolo de la vida del cristiano, escándalo para los judíos y locura para los griegos que no pudieron jamás aceptar, fué, desde su infancia, el ideal de Sor Teresita. Mas el culto de Jesucristo es, en el catolicismo, inseparable del culto de su augusta Madre. Tres años después de la profética visión del justo doliente, Teresita, a la edad de diez años, fué favorecida con otra visión, la de la Virgen de la sonrisa, siendo al mismo tiempo repentina y milagrosamente curada de una temible y espantosa enfermedad.

III. VISIÓN DE LA VIRGEN DE LA SONRISA Y MILAGROSA CURACIÓN

Causas de orden diverso, entre ellas una excesiva tensión moral fueron, al parecer, las que provocaron esta peligrosa afección. El día 2 de Octubre de 1882, Paulina, la hermana que Teresita escogiera para «madrecita», había entrado en el Carmen. La separación fué cruel. «Yo, que estaba acostumbrada a conversar tan íntimamente con mi *madrecita*, a duras penas conseguía verla a solas dos o tres

(1) *Historia de un Alma*, cap. VII, p. 123.

minutos al finalizar en el locutorio la visita de familia (1). Quizá la Madre María de Gonzaga, priora en aquel entonces, aplicó demasiado literalmente, en este caso particular, las prescripciones del reglamento. La gran reformadora del Carmen fué menos severa, sabía interpretar muy bien la regla y hacer excepciones, acordándose de lo que escrito está: «La letra mata, pero el espíritu vivifica.» Teresita había sido siempre meditativa, incluso demasiado. «Era, nos dice su hermana mayor, un alma profunda y muy reflexiva, la juzgaba yo demasiado seria y adelantada para su edad.» En el pensionado siguió una clase compuesta de alumnas, todas mayores que ella. En las recreaciones se divertía «en contemplar desde lejos los alegres juegos de sus compañeras, mientras ella se abandonaba a serias reflexiones; ésta era su distracción favorita». Trabajaba mucho, se esforzaba siempre en ser la primera en la clase a fin de proporcionar mayor alegría a su padre, su querido rey. «Algunas veces, cuando por excepción tenía una nota más baja, la pobre pequeña estaba inconsolable... no podía soportar la idea de que por la noche nuestro buen padre tendría una alegría menos al escuchar sus notas.»

Teresita había perdido su madre a la edad de cuatro años, la prueba moral había sido tan grave, que su carácter se había alterado. La entrada de Paulina, «su madrecita», en el Carmen, había como abierto de nuevo y agravado aquella profunda herida, Teresa no jugaba, meditaba, estudiaba mucho, incluso durante las recreaciones. Hacia fines de 1882, comenzó a sentir un constante aunque benigno dolor de cabeza. Se quejaba poco y se la dejó continuar sus estudios. Durante las vacaciones de Pascua de 1883, el señor Martin, con sus dos hijas María y Leonia, marcharon a París,

(1) *Historia de un Alma*, cap. III, p. 43.

dejando confiada Teresita al señor Guerin, su tío. Este, dejándose llevar del cariñoso recuerdo de su difunta hermana, habló extensamente a la pequeña de su madre, era éste un motivo de conversación grave y peligroso. La herida del corazón de Teresa no estaba cicatrizada; hubiera sido más prudente no renovar aquel dolor; mas, cosa fácil es aconsejar a distancia y después de los acontecimientos. Teresita lloró y el señor Guerin «quedó sorprendido, dice ella misma, de que a mi edad tuviese yo los sentimientos que expresaba, y resolvió proporcionarme toda clase de distracciones durante los días de vacaciones (1). Toda suerte de distracciones hubieran sido la salud.

Pero era demasiado tarde. Aquella misma noche la misteriosa enfermedad se declaró, el dolor de cabeza se hizo insoportable, y los miembros todos fueron atacados por raras temblores; a pesar de todo, Teresita tenía la convicción de que podría ir al Carmen para la toma de hábito de su hermana Paulina. En efecto, mejoró bastante, incluso parecía estar ya restablecida, y sin aparente fatiga asistió a todas las escenas tan edificantes e impresionantes de la vestición. Pudo contemplar a su «madrecita» muerta al mundo, extendida sobre una alfombra de paño burdo y rodeada de flores. Al día siguiente la enfermedad redobló su gravedad, Teresita contaba entonces diez años y tres meses. Las crisis alcanzaron una excepcional violencia; daba de cabeza contra los barrotes de la cama (era ésta muy alta), varias veces cayó al suelo; pero la habitación estaba entarimada y no se lastimó. Los objetos más insignificantes tomaban durante sus vértigos formas fantásticas y aterradoras. Daba gritos de espanto. Los clavos de la pared se transformaban en grandes dedos negros carbonizados, el

(1) *Historia de un Alma*, cap. III, p. 44.

sombrero de su padre, en algún monstruo horrible. Los más anodinos medicamentos que se le presentaban, se le figuraban veneno; la pequeña gritaba: «¡Me quieren envenenar!»

Es preciso leer en la autobiografía el relato de la curación. Teresita llegó a no reconocer a su hermana mayor, María; ésta, con delicadas e inútiles tentativas, trata de hacerse reconocer; la llama desde el jardín, por la ventana tendiéndole los brazos y dirigiéndole los más cariñosos nombres; vuelve de nuevo a la habitación, todo inútil. En tales circunstancias, uno se imagina a un hombre de carácter muy viril, un padre muy razonable y muy perspicaz, dándose perfecta cuenta de lo desesperado del caso, con la cabeza entre las manos, resignándose con una muda y humilde adoración a la voluntad divina y renovando en cierto modo el sacrificio de Abrahán. Un corazón maternal hace mejor todavía, antes de resignarse intenta el milagro. María, la hermana mayor, convencida de la ineficacia de los humanos medios, se postra de rodillas a los pies de una imagen de la Virgen Santísima, dispuesta a hacer violencia al cielo y alcanzar de la Madre de Dios la curación de su pequeña. Leonia y Celina, comprendiendo la significación providencial de la actitud de su hermana mayor, espontáneamente se asociaron a su plegaria. ¿Quién es capaz de evaluar el poder de aquella unánime y muda oración? La misma Teresita, a pesar de hallarse en una violenta crisis, sufrió también la influencia, y se puso a rezar. Fué entonces cuando se produjo la visión y se realizó el milagro.

«De repente se animó la imagen; la Virgen Santísima tornóse hermosa, pero de una hermosura tan divina, que jamás encontraré palabras para describirla. Su rostro respiraba inefable dulzura, bondad, ternura; pero lo que me penetró hasta

el fondo del alma fué su hechicera sonrisa. En aquel mismo momento se desvanecieron todas mis penas, y dos gruesas lágrimas brotaron de mis ojos deslizándose silenciosamente» (1).

Teresita estaba curada. Su semblante, transfigurado por luz sobrenatural, apareció tan resplandeciente, que sus hermanas no tuvieron la menor duda de la visión. Celina no interrogó siquiera sobre este particular a Teresita, teniendo, digámoslo así, la evidencia del hecho. María pidió a su hermanita su secreto, y ésta se lo confió con angelical candor. En cuanto a la curación fué radical. «Repentinamente, dice un testigo de la escena, vinieron a casa del señor Guerin (su tío) anunciándonos que la señorita Teresa estaba curada. En efecto, al día siguiente ella misma vino a vernos, y la única huella de su enfermedad era una cierta debilidad que desapareció muy pronto. Algunos días después, por causa de algunas contrariedades, sintió algunas ligeras molestias; mas luego, adolescente y religiosa, jamás experimentó el más pequeño ataque de aquella enfermedad. No instituiremos una crítica en regla de esta curación. El carácter sobrenatural de la visión y del milagro nos parece indudable.

Los dos fenómenos místicos que acabamos de relatar, la visión profética del padre o del justo doliente, y la visión de la Virgen de la sonrisa, son las manifestaciones sensibles más extraordinarias de la vida espiritual de nuestra Santa. Podríamos citar otros hechos excepcionales también, pero mucho menos sorprendentes. Un día inolvidable, el 25 de Diciembre de 1886, fiesta del Niño Jesús, Teresita, de trece años, muy impresionable, muy emocionable, es curada en un instante de su excesiva sensibilidad y recobra por un acto de virtud sobrenatural toda su fuerza de alma

(1) *Historia de un Alma*, cap. III, p. 49.

perdida a la edad de cuatro años, cuando murió su madre. Es un ejemplo típico y muy instructivo de restablecimiento moral operado por un solo acto heroico; mas este caso, no se sale de las leyes psicológicas morales y místicas. Santo Tomás de Aquino enseña que un acto eminente, natural o sobrenatural, puede engendrar la virtud correspondiente o hacerla recobrar.

La conversión *in extremis* del famoso criminal Pranzini, alcanzada por las oraciones de Teresita es algo más que una feliz casualidad; hay en ello una relación de causa a efecto. Ocho meses después de su curación moral, deseando Teresita ardientemente la salud de las almas, se propuso obtener del cielo la conversión de Pranzini. Había ofrecido a Dios toda clase de sacrificios y oraciones; por último, le había dirigido esta invocación:

«Dios mío, tengo la completa seguridad de que perdonaréis al desdichado Pranzini; lo creería aunque no se confesara ni diese señal alguna de contrición; tanta es mi confianza en vuestra infinita misericordia. Pero, Señor, es el primer pecador que os encomiendo; por tanto, os suplico que me concedáis tan solo *una señal* de su arrepentimiento únicamente para consuelo de mi alma.» (1)

La oración fué atendida al pie de la letra. El capellán que asistió a Pranzini en sus últimos momentos, el reverendo Faure, nos dice en sus *Memorias* impresas: que teniendo el condenado los brazos atados a la espalda, pidió con enérgica insistencia el Crucifijo y lo besó varias veces, con efusión y fervor. Pranzini fué, pues, en cierto modo, el buen ladrón de Sor Teresita. Luego, cuando ya en el Carmen recibía la Santa algún obsequio de sus parientes y amigos, pedía permiso para hacer celebrar misas por el alma del

(1) *Historia de un Alma*, cap. V, pp. 76 y 77.

ajusticiado. «Es mi primer hijo, decía con una gracia y ternura del todo maternales, es preciso que no le olvide, debe tener gran necesidad de ello después de tantas malas acciones como ha cometido.»

Después que Teresita entró en el Carmen y vistió el tosco sayal de las religiosas, no encontramos casi, ni rebuscando cuidadosamente, hechos extraordinarios. Comprendiendo cada vez mejor que el Camino de Infancia implica privación de gracias ostentosas, no pide ya más *señales*. Bien es verdad que existe la nieve en el día de su toma de hábito, el 10 de Enero de 1889, que tanto ella había deseado y que causó extrañeza por lo benigno de la temperatura. Mas desde el punto de vista crítico, sólo podemos ver en ello una providencial coincidencia, la respuesta del cielo a los deseos de una alma pura. Desde esta fecha hasta los últimos meses que precedieron a su muerte, es decir, durante más de ocho años, cuando la Santa llevaba en el claustro una vida cada día más contemplativa y que las visiones análogas a las de su infancia deberían, al parecer, multiplicarse, desaparecen en absoluto. La virtud cada vez más profunda de la humilde religiosa se oculta más y más bajo las apariencias y la calma de la simplicidad. Sor Teresita del Niño Jesús, que como ya hemos dicho, asombró en un principio a las religiosas por su absoluta regularidad y fidelidad, llevada a lo infinito, pasa cada día más inadvertida; tiene ahora veinte años, hace cinco que vive en el convento y se han acostumbrado a su modestia, a su silencio, a su apacible y graciosa sonrisa.

«Dos años antes, se nos advierte, habla ella de su muerte; pero por deducción de lo que pasa en su alma.» No hay, pues, aquí revelación propiamente dicha, sino tan sólo una comprensión muy clara de las vías sobrenaturales. «Su alto grado de perfección, de unión a Dios, añade muy sabiamente

otra Carmelita, y también su gran inteligencia natural, la hicieron muy perspicaz, hasta el punto de que muy a menudo creí que ella tenía el don de leer en mi alma.» Sabido es que las personas espirituales, las almas puras y santas poseen el don de intuición que, aun siendo sobrenaturalizado, no es propiamente extraordinario (1).

IV. GRACIAS INSIGNES DE ORACIÓN

Santa Teresita del Niño Jesús, fué también favorecida con gracias místicas, sin que éstas hayan llegado a ser prodigiosas o sensacionales. Un día, la Madre Inés de Jesús, preguntó a su Hermanita si había experimentado estados de oración. Ésta le contestó:

«Si, en el jardín, varias veces, durante el gran silencio, en verano, he experimentado tan gran recogimiento y he sentido mi corazón tan unido a Dios que formulaba con tanto ardor y con todo sin ningún esfuerzo tales aspiraciones de amor que me parece eran estas gracias lo que nuestra Madre Santa Teresa llama «vuelos del alma». (Una gracia recibida en la gruta de santa Magdalena durante su noviciado, fué seguida de varios días de quietud. «Había, dice ella, como un velo colocado entre mí y las cosas de la tierra. Estaba enteramente oculta bajo el velo de la Santísima Virgen. No vivía ya sobre la tierra; cumplía mis obligaciones, todo mi trabajo en el refectorio como si me hubieran prestado un cuerpo... Es muy difí-

(1) «Las personas que tienen el espíritu purgado, escribe S. Juan de la Cruz, con mucha facilidad pueden naturalmente conocer, y unos más que otros, lo que hay en el corazón o espíritu interior y las inclinaciones y talentos de las personas, y esto por indicios exteriores, aunque sean muy pequeños, como por palabras, movimientos y otras muestras. Porque así como el demonio puede esto porque es espíritu, así también lo puede el espiritual según el dicho del Apóstol que dice: *Spiritualis autem judicat omnia*. (Subida del Monte Carmelo, libro II, cap. XXIV, núm. 11.)

cil de explicar, es un estado sobrenatural que sólo Dios puede conceder y que es suficiente para desligar para siempre a un alma de la tierra.»

Por poco que se hayan estudiado las obras de Santa Teresa y las de los principales autores místicos, se reconocerá que esta oración de recogimiento es bastante frecuente en los místicos. Particularmente en la *Vida de Santa Teresa escrita por ella misma*, en los capítulos XVII y XVIII, que tratan del tercer y cuarto grado de oración, se encontrarán estos «vuelos del espíritu» a los cuales hace alusión Santa Teresita del Niño Jesús, como también esta unión íntima del alma con su Dios que se prolonga días enteros sin impedir los trabajos de la vida activa (1).

La oración de recogimiento cuando se perpetúa, es como un fuego cubierto y oculto; pero que en ciertos momentos lanza llamas de que resultan los transportes de amor. Cuando estos transportes son muy vehementes, atraviesan la envoltura de nuestra carne mortal y son capaces de poner en peligro la vida. Parece entonces que dardos de fuego atraviesan el corazón. Sor Teresita del Niño Jesús sintió varias veces tales impulsos de amor que incluso en una ocasión se vió su vida en peligro.

(1) Santa Teresa escribe: «Acaece algunas y muchas veces, estando unida la voluntad, vese claro y entiéndese que está la voluntad atada y gozando: digo que se ve claro, y en mucha quietud está sola la voluntad, y está por otra parte el entendimiento y memoria tan libres, que pueden tratar en negocios y entender en obras de caridad. Esto, aunque parece todo uno, es diferente de la oración de quietud que dije, en parte, porque allí está el alma que no se querría bullir ni menear, gozando en aquel ocio santo de María. En esta oración puede también ser Marta; así que está obrando juntamente en vida activa y contemplativa, y entender en obras de caridad y negocios que convengan a su estado, y leer, aunque no del todo están señores de sí, y entienden bien que está la mejor parte del alma en otro cabo.» (*Autobiografía*, cap. XVII.)

En la oración, cuando el recogimiento es muy profundo, se producen en ciertos momentos como erupciones, llamas de amor; es lo que Santa Teresa titula «vuelos del alma». (Véase *Autobiografía*, cap. XVIII.)

«Algunos días después de mi ofrenda al *Amor misericordioso*, comenzaba en el coro el ejercicio del Vía Crucis, cuando de repente me sentí herida por un dardo de fuego tan ardiente, que por poco me moría. No sé cómo explicar ese transporte; no hay comparación que pueda dar a entender la intensidad de semejante llama. Parecíame que una fuerza invisible me sumergía enteramente en el fuego: ¡Oh, qué fuego! ¡qué dulzura!... Un minuto, un segundo más, mi alma se hubiera separado del cuerpo... Desgraciadamente, me encontré otra vez en la tierra y volvió inmediatamente a reinar la aridez en mi corazón.» (1)

¡Oh, qué fuego! ¡Qué dulzura! Tales exclamaciones son como otros tantos ecos que nos recuerdan esta especie de magnífica sinfonía mística compuesta por San Juan de la Cruz:

¡Oh cauterio suave!
 ¡Oh regalada llaga!
 ¡Oh mano blanda! ¡Oh toque delicado
 Que a vida eterna sabe,
 Y toda deuda paga!
 Matando, muerte, en vida la has trocado... (2)

«Los que reciben tales gracias, escribe San Juan de la Cruz, están destinados a transmitir su espíritu y su virtud a una familia de discípulos.» Por fin, hace notar que después de tan eminentes favores, sólo resta «la aspiración de amor

(1) *Historia de un Alma*, cap. XII, pp. 228 y 229.

(2) LA LLAMA DE AMOR VIVA, «El Señor es un fuego devorador. Esto quiere decir que es un fuego de amor, y como este fuego tiene un poder infinito, y lo es posible, por sobre todo lo que nosotros podamos comprender, el consumir, transformar, y divinizar el alma que toca. Puesto que se trata aquí del fuego divino que transforma el alma en este mismo fuego, no sólo esta alma tiene la sensación de un cauterio aplicado en un punto determinado, sino que toda ella está en un cauterio de fuego ardiente...» De su herida de amor Sor Teresita del Niño Jesús dice con sencillez e ingenuidad a la Madre Inés: «En fin, Madrecita mía, es lo que los Santos han experimentado tantas veces.»

mucho más ardiente que los impulsos interiores, y que ahora tendrá el poder y la energía suficiente para romper la envoltura y arrebatarse la joya del alma». Fué en un éxtasis de amor que murió Sor Teresita del Niño Jesús y de la Santa Faz. Minada por una lenta e implacable enfermedad, la Santa había llegado al último grado de agotamiento. La agonía era larga y terrible. De repente la respiración fué haciéndose más débil y más frecuente, los últimos momentos eran inminentes. Había pronunciado su acto supremo de amor: «¡Oh, le amo!... Dios mío... os... amo!»

«Nosotras creíamos — dice la Madre Inés, — que todo había acabado; de pronto, como si una voz misteriosa la hubiera llamado, alzó los ojos llenos de vida y de luz, en que se pintaba una radiante felicidad, y los fijó en un punto del espacio, un poco arriba de la imagen de María, y quedó así durante algunos minutos, con el rostro irradiando dicha y dulzura. Sor María de la Eucaristía hizo pasar por espacio de un *Credo*, una pequeña llamita delante de sus pupilas, que no vacilaron un instante. Era un éxtasis, una visión del cielo que hizo desbordar demasiado amor en su corazón, y no pudiendo resistir aquel asalto delicioso, la cadena que aún la sujetaba a la tierra, se acabó de romper.» (1)

Con justo motivo la Madre Inés de Jesús hace alusión con estas expresiones, a las célebres páginas donde San Juan de la Cruz expone cómo mueren los santos inflamados en el Amor divino. «Sucumben sin duda también por alguna enfermedad o por el peso de los años, pero lo que los acaba es una última aspiración de amor.» ¿Cómo Sor Teresita que desde su infancia había vivido de «aspiraciones de amor» podía morir de otro modo que del deseo de dejar este mundo

(1) Véase *Vida de Santa Teresita* por el P. Francisco Javier, capítulo XX, p. 435.

para unirse a su Amado? Desde aquí abajo ya vivía en el Cielo. «No acierto a ver claramente qué tendré de más en el Cielo que no tenga ahora. Veré a Dios, es verdad; pero, en cuanto a estar con Él, con Él estoy ya del todo aquí en la tierra.» (1)

V. PREDICCIONES CONCERNIENTES A SU MISIÓN PÓSTUMA

En los últimos meses que precedieron a su muerte, Santa Teresita del Niño Jesús previó con claridad y firmeza asombrosas su misión póstuma y el prodigioso éxito de su autobiografía. Antes de citar testimonios, varios de los cuales son ya muy conocidos, deseamos hacer de esta prescencia una observación que estimamos muy importante: es, que en tales previsiones conviene tener muy en cuenta el talento. Muchos cristianos creen fácilmente que la santidad dispensa siempre del talento y de las luces naturales excepcionales. Nada de eso. La teología tomista enseña, por el contrario, que Dios escoge ordinariamente para llevar a cabo providenciales misiones a inteligencias superiores y geniales. Ahora bien, una de las señales de una inteligencia superior, consiste en ir adquiriendo de día en día un conocimiento propio más profundo y más verdadero. El animal no tiene conciencia de sus actos ni de sus imaginaciones; el niño, antes del uso de razón, es sólo semiconsciente, y muchos hombres sólo lo son muy imperfectamente. Cuánto más espirituales nos hacemos, más cuenta nos damos de todas las impulsiones, de todas las imaginaciones, de todos los pensamientos que nos impelen y dirigen. Cuando vemos a un Schopenhauer predecir que su doctrina no será apreciada

(1) *Historia de un Alma*, cap. XII, p. 228.

sino cerca de un siglo después de su muerte, un Stendhal declarar que no será leído hasta 1880, y tales predicciones realizarse, estamos mejor dispuestos a tener en cuenta, en esta materia, la influencia del talento. Muy lejos de nosotros el querer insinuar que Santa Teresita del Niño Jesús no haya sido favorecida de las luces sobrenaturales sobre su misión póstuma, pero hemos reconocido, estudiándolo minuciosamente, que estaba extraordinariamente dotada de una de las principales propiedades del genio que consiste en el exacto conocimiento de sí mismo y de su obra. Esta conciencia de su superioridad, de su santidad, es menester recordarlo, no perjudicó en lo más mínimo a su humildad.

«Soy demasiado pequeña para tener vanidad; soy también demasiado pequeña para componer hermosas frases que persuadan a los demás de que tengo mucha humildad, prefiero convenir sencillamente en que *el Todopoderoso ha obrado en mí grandes cosas...*» (1)

Sor Teresita del Niño Jesús, se daba perfecta cuenta que ella, por sus pesquisas personales, sus pruebas, sus estudios y constantes reflexiones, había trazado un Camino nuevo, muy actual que conducía a la santidad. «Conociendo muy bien, nos dice su hermana, la Madre Inés de Jesús, que había ella descubierto un tesoro de incalculable valor, quería enseñarlo a todos.» La misma Santa declara que si deseó ella tan ardientemente la entrada de su hermana Celina en el Carmen de Lisieux, fué más para «comunicarle las luces» que había recibido sobre el Camino de Infancia, que por el fraternal afecto que le profesaba. En el próximo capítulo demostraremos como en un principio no creyó escribir su autobiografía para la posteridad, mas, finalmente.

(1) *Historia de un Alma*, cap. IX, p. 158.

había reconocido el valor eminentemente edificante e instructivo de este libro, y había encarecidamente recomendado su publicación:

«Es menester publicar el manuscrito inmediatamente después de mi muerte. Si lo retrasáis, si cometéis la imprudencia de hablarlo con alguien, salvo con Nuestra Madre, el demonio os tenderá mil lazos para impedir esta publicación tan importante. Mas si hacéis cuanto esté en vuestra mano para que no tenga trabas, no temáis en absoluto las dificultades que encontraréis. En mi misión, como en la de Juana de Arco, la voluntad de Dios se cumplirá a pesar de la envidia de los hombres. — ¿Pensáis, pues, que por este manuscrito haréis bien a las almas? — Sí, es un medio del cual Dios se servirá.»

Vemos por estas memorables palabras de Sor Teresita, comparar su misión a la de Juana de Arco. Cuando muy joven, a los diez o doce años, leyendo la vida de la heroína francesa, tuvo la intuición de que también ella estaba predestinada a una gloriosa misión: «Admirando las patrióticas acciones de las heroínas francesas, particularmente de la venerable Juana de Arco, sentía gran deseo de imitarlas..... Pensando entonces que había nacido para la gloria, y buscando el modo de alcanzarla, me fué revelado interiormente que mi gloria consistiría en llegar a ser santa.» (1). Así, pues, por una *revelación interior*, adquirió desde su juventud la seguridad de su elevada vocación. Nos extrañaremos pues algo menos cuando algunas semanas antes de morir advirtió a sus hermanas, con simplicidad e ingenuidad muy reflexiva de tener cuidado de su santidad.

«Hacia el mes de Agosto de 1897, unas seis semanas antes de su muerte, estaba al lado de su cama junto con la Madre

(1) *Historia de un Alma*, cap. IV, p. 55.

Inés de Jesús y sor Genoveva. De repente nos mira con expresión celestial y nos dice muy inteligiblemente: «Ya sabéis que cuidáis a una santita.»

Previó ella con exactitud singularmente detallada y realista el éxito de edificación cristiana que obtendría su obra. Al decirle que su hermana estaría inconsolable por su muerte, respondió: «No se inquieten, la Madre Inés de Jesús no tendrá tiempo de pensar en su pena, pues hasta el fin de su vida estará tan ocupada de mí, que no podrá siquiera atender a todo.» Con la misma intención de confortar a su hermana le decía: «Después de mi muerte irá hacia el buzón de las cartas donde hallará consolaciones.»

Si el genio puede hasta cierto punto explicar el que Sor Teresita previera la inmensa resonancia de su obra y de su doctrina, sólo intuiciones o revelaciones sobrenaturales, eso es muy lógico, pudieron proporcionarle la seguridad que después de su muerte obraría maravillas, prodigios y milagros: «Después de mi muerte haré caer una lluvia de rosas» (1). Al hablarle de las consolaciones de Juana de Arco, dijo: «A mí también me consuela una voz interior, desde allí arriba los santos me animan y me dicen: «Mientras estés prisionera en la tierra, no podrás llenar tu misión; pero más tarde, después de tu muerte llegará el tiempo de tus conquistas» (2). En uno de los números de los *Anales de la Propagación de la Fe*, se describió la aparición de una hermosa dama vestida de blanco al lado de una cuna: «Después, dijo Sor Teresa, iré yo también al lado de los pequeñuelos bautizados.» Un mes antes de su muerte, sor Genoveva le hizo la siguiente reflexión: «¡Cuando pienso la esperan aún en Indo-China! — Iré próximamente, respondió Sor Tere-

(1) *Historia de un Alma*, cap. XII, p. 247.

(2) *Historia de un Alma*, Consejos y Recuerdos, p. 304.

sita, si supieran lo aprisa que daré mi vuelta..... si supieran los proyectos que formo; cuántas cosas haré cuando estaré en el cielo!» En fin, en esta misma época pronunció las memorables palabras que tantos cristianos saben hoy de memoria: «Presiento que voy a entrar en el reposo..... Pero presiento sobre todo que mi misión va a empezar, la misión de hacer amar a Dios como yo le amo..... de enseñar mi caminito a las almas. Quiero pasar mi cielo haciendo bien en la tierra.» (1)

Habiendo adquirido Sor Teresita la costumbre de guardar, a ejemplo de la Virgen Santísima, palabras divinas en su corazón, debió prever muchos secretos que no reveló. ¿Sospechaba ella que podría ser canonizada? No lo dijo quizá de una manera formal; pero, puesto que recomendó a sus hermanas guardaran los pétalos de rosas con los que había ella acariciado las llagas de Jesús crucificado, y las pestañas que se desprendían de sus párpados con el fin de que más tarde pudieran con ello obsequiar, preveía ya que el pueblo cristiano honraría sus mínimas reliquias. No se oponía a que su hermana recogiera, por medio de un delicado lienzo, las lágrimas de amor divino que se deslizaban por sus mejillas. A menos de pretender negar lo evidente, hay que reconocer que Sor Teresita del Niño Jesús, en los últimos días de su existencia, había recibido una revelación íntima, sobrenatural de su santidad y de su misión providencial. Estuvo dotada del don de profecía, como lo afirmó su Santidad Benedicto XV.

Después de haber admirado estos dones extraordinarios, acordémonos siempre de la esencial observación que desde un principio hemos hecho: no es por estas gracias excepcionales, sus visiones, sus profecías que Sor Teresita ha sido

(1) *Historia de un Alma*, cap. XII, p. 248.

canonizada. Y con el fin de resolver mejor las dificultades que pudieran presentarse a nuestro espíritu, distingamos cuidadosamente en esta materia, el *objeto* y el *modo*. Sor Teresita, se ha dicho con razón, cumplió extraordinariamente bien los actos más ordinarios de la vida. El calificativo *extraordinario*, que en sí mismo es bastante vago y requiere ser determinado, se refiere muy especialmente sobre el *modo* según el cual la Santa desempeñó sus cotidianos deberes. Luego, cuando se nos objetará que la Hermanita nada hizo extraordinario, lo negaremos en cuanto al *modo* de perfección que aportó en todos sus actos. Concederemos solamente que, tocante al *objeto* de su misión, no fué ella predestinada por Dios para ejecutar obras ostentosas por su materia, su cantidad ni por su sensible grandeza. Mas esta ausencia de hechos extraordinarios, es precisamente uno de los caracteres negativos más característicos de su Camino. La Providencia ha querido enseñarnos, por medio de un ejemplo ilustre, que la caridad es un don muy superior a todas las visiones, éxtasis, profecías y milagros, y que constituye la base de toda santidad. Santa Teresita del Niño Jesús ha sido enviada a nuestro siglo de invenciones y de agitación para recordarnos que las grandezas puramente espirituales e interiores, son infinitamente superiores a las grandezas materiales y sensibles. *Major autem horum est charitas.*

CAPÍTULO IV

CUARTO CARÁCTER NEGATIVO DE LA VIDA ESPIRITUAL DE SANTA TERESITA DEL NIÑO JESÚS: AUSENCIA DE OBRAS MÚLTIPLES. SU AUTOBIOGRAFÍA.

I. LA CONTEMPLACIÓN DELIBERADAMENTE PREFERIDA POR LA SANTA A LA ACCIÓN

Sor Teresita del Niño Jesús y de la Santa Faz, prefirió la vida contemplativa a la vida activa, la oración de María Magdalena a los trabajos y agitación de Marta. Escogió la mejor parte, *optimam partem elegit*. ¡Qué lección para los incrédulos, los profanos, para ciertos católicos que pregonan no comprender la vida contemplativa de las religiosas de clausura! Jamás los espíritus ilustrados, pero demasiado utilitarios, exclusivamente moralistas con exceso, que buscan ante todo la virtud natural y la sabiduría de este mundo, llegarán a comprender la eminente utilidad de la vida mística y contemplativa en el cristianismo. Según ellos, en nuestro siglo de acción, sólo convendrían religiosas activas, Hermanas de la Caridad, Veladoras, Hermanitas de los Pobres, eclesiásticos dedicados al apostolado más práctico, parroquias, escuelas, patronatos. ¡Cuán difícil es el encontrar hombres que aprecien otra cosa que lo por ellos

practicado! ¡cuán injusto y limitado es el amor propio! La canonización de Santa Teresita del Niño Jesús, es una magnífica y providencial respuesta a esta incomprensión de la vida contemplativa.

La Santa más estimada, más admirada y más invocada en el siglo XX, no es, como se hubiera podido esperar, una religiosa consagrada al apostolado activo más caritativo, sino una joven monja, entrada en el Carmen a los quince años, muerta a los veinticuatro, y que no hizo sino rezar, obedecer y sufrir. No cuidó a los apestados, a los pobres, a los enfermos ni a los ancianos; no salvó a Francia como Juana de Arco, no hizo volver el papado de Avignon a Roma como santa Catalina de Sena, no ejecutó obras portentosas y, no obstante, he aquí que ejerce en el mundo entero una influencia moral incomparable. Después de la Santísima Virgen, no hay hoy en día santa tan invocada por la cristiandad como Santa Teresita del Niño Jesús.

El *Caminito de Infancia Espiritual*, no sólo no exige obras, sino que, incluso, en una cierta medida las excluye. Hemos visto ya tres caracteres negativos del *Camino de Infancia*: negación de mortificaciones supererogatorias y violentas, negación de complicados métodos de meditación, negación de visiones, éxtasis, fenómenos extraordinarios de la vida misma; ¡he aquí el cuarto carácter negativo! El *Camino de Infancia* excluye la multiplicidad, la solicitud, y el apresuramiento en las obras. Este carácter tiene una importancia capital. Se puede asegurar que si la vida interior disminuye en los países cristianos, en las parroquias, Congregaciones, Ordenes religiosas, es debido en gran parte a la demasiada multiplicidad de obras, al trajín y a la agitación. Es este un hecho tan evidente que, para negarlo, sería menester ser inconsciente o estar muy interesado en la cuestión.

Singularmente instructivo resulta el comprobar que Sor Teresita del Niño Jesús reaccionó en su juventud contra un muy fuerte atractivo por la acción. Se dió cuenta que era preciso remontar esta corriente tan poderosa y tan rápida de la actividad múltiple y agitada que arrastra a tantas almas hacia la pendiente de la tibieza. Tuvo para ello el suficiente valor. No vayamos a imaginarnos empero, que la jovencita Teresita, con su tez de azucena, fuese de una naturaleza linfática, indolente, plácida, rutinaria, falta de iniciativas y de aptitudes para el apostolado activo. «Sor Teresita del Niño Jesús, se nos dice, tenía un alma extraordinariamente activa y enérgica bajo apariencias graciosas y dulces; demostraba a cada instante por sus actos un carácter de mucho temple y alma viril.» Se sentía inclinada a la acción, y gustosa hubiera, como una hija de san Vicente de Paúl, cuidado y educado a los huérfanos.

«Los niños, declara su hermana Leonia, encantaban el corazón puro de Teresita. Jamás olvidaré su angelical sonrisa ni las caricias que les prodigaba, sobre todo a los niños pobres. El desaliño y la falta de limpieza de estos pequeñuelos no disminuían un ápice las manifestaciones de su cariño, a pesar de ser ella muy limpia y muy cuidadosa en todo su porte.»

La «conversión» del 25 de Diciembre de 1886 que súbitamente en la noche de Navidad le devolvió a sus trece años toda su fuerza de alma y la dotó de su valor viril, acrecentó aún más su inclinación al apostolado: «Vióse al mismo tiempo su alma dilatarse y ejercitarse en las prácticas de celo y de caridad. Anhelaba la salvación de las almas, y se dedicaba con ardor y generosidad a la conversión de los pecadores.» Pero el hecho más significativo de la lucha que Teresita adolescente tuvo que sostener contra esta tenden-

cia a la acción, que la hubiera alejado de la contemplación, nos lo relata su hermana Celina:

«A los catorce años, estando leyendo algunas páginas de los anales de unas religiosas misioneras, interrumpió bruscamente la lectura y me dijo: «No quiero saber más, tengo ya tan violentos deseos de ser misionera: ¿qué sería si los avivara aún con el espectáculo de este apostolado! Yo quiero ser Carmelita.» ¿Por qué, pues, Teresita deseaba ser Carmelita más bién que misionera? ¿Era para llevar una existencia menos agitada y más apacible? No, era para salvar más almas:

«Llegué a ser, nos dice su hermana Celina, la única confidente de Teresita. La vida religiosa se le aparecía sobre todo como un medio de salvar almas. Incluso pensó en hacerse religiosa de las misiones extranjeras; *más la esperanza de salvar un número más crecido de almas por la mortificación y el sacrificio de sí misma, la decidió a encerrarse en el Carmen.* La Sierva de Dios me confió el porqué de esta determinación: Era para sufrir más, y por ello ganar más almas a Jesús. Consideraba ser más duro para la naturaleza el trabajar sin ver jamás el fruto de sus esfuerzos, sin estímulos, sin distracciones de ningún género, y que el trabajo penoso por excelencia es el que se emprende sobre sí mismo hasta llegar a vencerse. Así, esta vida de muerte, la más lucrativa para la salvación de las almas, fué la que ella quiso abrazar, deseando como ya dijo, verse prisionera cuanto antes para procurar a las almas las bellezas del cielo. En fin, al entrar en el Carmen, su primordial objeto fué el rogar por los sacerdotes e inmolarse por las necesidades de la Santa Iglesia. Llamaba ella a este género de apostolado «el comercio al por mayor», puesto que por la cabeza conseguía llegar a los miembros (1). También declaró valientemente su intención personal en el examen canónico que precedió a su profesión. «He venido, dijo, para salvar las almas y,

(1) El R. P. Matteo emplea con este motivo las siguientes acertadas expresiones: Ejercía su apostolado en los sacerdotes, por ser ellos multiplicadores.

sobre todo, con el fin de rogar por los sacerdotes.» Esta contestación era muy suya. Cada uno contesta lo que quiere en esta circunstancia.»

Esta página que hemos querido citar íntegra, nos hace penetrar más a fondo y conocer más íntimamente las intenciones de Sor Teresita. No olvidemos esta verdad anunciada por nuestra Santa, pero en realidad sacada de las Escrituras:

«De todos los trabajos, el más penoso es el de emprender la lucha contra uno mismo para llegar a vencerse.» Acordémonos también de la expresión tan reveladora «*Esta vida de muerte* la más lucrativa para la salud de las almas.» ¡Ah qué abnegación de sí misma, de toda satisfacción sensible, qué pureza de intención, qué fe en lo sobrenatural es menester haber adquirido para estar verdaderamente persuadido de que la vida mortificada, ascética y mística, la vida de muerte al mundo y a sus obras, es la más fecunda en frutos de salvación! Santa Teresita del Niño Jesús, escogió la vida silenciosa y claustral del Carmelo más bien que la vida de Misionera, porque creía con todas las fuerzas de su alma, que esta vida contemplativa y mortificada es, aunque buenas las dos, más útil a la Iglesia. Una vez más, ¡qué lección para los cristianos, que no alcanzan a comprender la utilidad de la vida contemplativa!

«Créanme; decía Santa Teresita del Niño Jesús a sus novicias, el pensar bellas y santas cosas, el componer libros, el escribir vidas de Santos no equivale a la acción de responder inmediatamente cuando se las llame.»

¡Cuánta razón tenía Sor Teresita! Sí, el pensar cosas bellas y santas, expresarlas en discursos, conferencias, sermones; el componer libros hermosos y llenos de sabiduría, vidas de santos; todo eso, sin mortificación, sin estar cada día más muerto al mundo y a sí mismo, si no se vive una vida

interior más ferviente, no convierte a la humanidad. Tan profundamente convencida estaba la Santa de ello, que contaba poco con las obras exteriores. «A sus obras, nos dicen, Sor Teresita no les concedía importancia.» Procuraba atentamente moderar el afán de las novicias en sus ocupaciones. Gustaba de aquellas palabras de la *Imitación*: «Dejad a los que se agitan, agitarse cuanto quieran, más vosotros permaneced en paz.» Sor Genoveva, su hermana Celina, muy oportunamente nos advierte:

«En su camino de abandono estaba también incluído el moderar en nosotras el afán en los quehaceres.»

A una novicia que se ocupaba con demasiado ardor en sacudir y doblar unas mantas, le demostró como puede el amor propio tener inconsciente cabida en esta agitación. En fin, Sor Teresita enseñaba como esencial artículo del Camino de Infancia, a guardar la paz y el recogimiento.

«VV. CC. se entregan demasiado a lo que hacen, nos decía, se inquietan demasiado por sus oficios, como si toda la responsabilidad recayese sobre VV. CC.... ¿Se ocupan acaso en lo que está pasando en los otros conventos, en si las religiosas están o no atareadas? ¿Por ventura les impiden a VV. CC. los trabajos de éstas rogar y hacer oración? Pues bien; también deben hacerse ajenas a sus personales tareas, emplear concienzudamente en ellas el tiempo prescrito, pero con desasimiento de corazón» (1).

Sor Teresita no aconsejaba nada sin que primero diera el ejemplo, pero su moderación no fué siempre perfectamente comprendida. ¿Hay que extrañarse de ello? Marta, la primera, ¿no criticó delante del mismo Jesús la actitud de María Magdalena? Cierta Hermana lega, muy atareada en la cocina del convento, no apreciaba la conducta de recoge-

(1) *Historia de un Alma*, Consejos y Recuerdos, p. 285.

miento de Sor Teresita. «Miren como anda, no se apresura, ¿cuándo va a comenzar a trabajar? ¡No sirve para nada!» Esto no es sino el eco débil de las críticas que los cristianos agitados, demasiado absortos en sus obras dirigirán siempre a los místicos, a los contemplativos. «No hacen nada, no sirven para nada, ¿cuándo principiarán a trabajar?» Mas la voz del Señor que es eterna, les responderá siempre: «Os turbáis en vano y os inquietáis por demasiadas cosas.»

San Juan de la Cruz, al que tan atentivamente había meditado Sor Teresita, se hizo portavoz de estas palabras del Señor cuando en el *Cántico Espiritual* defendía a las almas interiores de las acusaciones injustas de los que aun estaban penetrados por el espíritu del mundo.

«Trátase a estas almas, escribe, de inútiles en la lucha por el progreso del bien. La respuesta del alma amante a estas acusaciones es sin réplica... Habiendo llegado a lo vivo el amor de Dios, todo lo tiene en poco; y no sólo eso, más antes ella confiesa y se precia y gloria de haber dado en tales cosas y perdiéndose al mundo y a si misma por su Amado... Esta tan perfecta osadía y determinación en las obras, pocos espirituales las alcanzan; porque aunque algunos tratan y usan este trato, y aunque se tienen algunos por los de muy allá, nunca se acaban de perder en algunos puntos, o de mundo o de naturaleza, para hacer las obras perfectas y desnudas por Cristo no mirando a lo que dirán o que parecerá; y así no podrán estos decir: *Divéis que me he perdido*, pues no están perdidos a si mismos en el obrar; todavía tienen vergüenza de confesar a Cristo por la obra delante de los hombres teniendo respeto a cosas no viven en Cristo de veras» (1).

La enseñanza de San Juan de la Cruz sobre las obras, la reserva o circunspección del gran doctor místico como igualmente del autor de la *Imitación* sobre el apostolado

(1) San Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual*, canción XXIX.

múltiple, diligente, que comporta aún «tantas ligaduras consigo mismo o con el mundo» y por consiguiente de una eficacia muy relativa; esta enseñanza de los maestros, es también la de Sor Teresita.

II. CÓMO FUÉ PREPARADA Y COMPUESTA LA AUTOBIOGRAFÍA DE SOR TERESITA

¿Es esto decir, que las buenas obras no son extremadamente útiles y necesarias? ¿Debemos suprimir de nuestra vida la acción apostólica, las obras corporales y espirituales de misericordia, la enseñanza, la predicación, las publicaciones, los libros? No, sin duda alguna. Se trata aquí, volveremos a insistir al terminar sobre este punto, de una cuestión de medida; Santa Teresita misma, si bien contemplativa, dedicada a la oración y al silencio, produjo una obra, escribió un libro al fin de su vida, y juzgó conveniente que éste fuera publicado. ¿No declaró que esta publicación sería muy útil a las almas, a la Iglesia? Examinemos pues como Santa Teresita del Niño Jesús fué inducida a componer la *Historia de un Alma*. Será para nosotros de gran interés y al mismo tiempo de la mayor utilidad, el comprobar como fué poco a poco creada esta obra maestra única en su género.

Los libertinos de la escuela de Voltaire o de Anatole France, anticiparon, como ya digimos en el prefacio, una fácil explicación de la génesis de este libro. Son dos eclesiásticos que ordenaron su redacción a Sor Teresita, le proporcionaron el modelo, le guiaron la mano. «Este librito, aun suponiendo que no sea apócrifo ¿qué valor tiene? Es un plagio de los pensamientos más conocidos de Santa Teresa,

pero un plagio tímido, torpe, adulterado... Y es esta mediana copia la que induce a pensar, que no fué la joven quien escribió este libro, o al menos que su pluma fué muy guiada y el texto modificado...» Se puede afirmar sin temor a equivocarse, que el autor de estas líneas desconocía las condiciones en las que Sor Teresita del Niño Jesús redactó su manuscrito, tan erróneas y desmentidas por los hechos son sus suposiciones. *La Historia de un Alma*, la autobiografía de Sor Teresita, es una obra espontánea, es una creación y no una imitación. La Santa en su redacción no copió ningún modelo, nadie la ayudó. Los hechos individuales, familiares, conventuales que nos relata no son en manera alguna inventados o modificados, cien testigos² pueden declararlo. La obra presenta además, por poco que se la profundice, una concepción del todo personal de la vida interior; se trata sencillamente de una obra maestra, verdadera y original.

Cuando un libro es una autobiografía, en manera alguna puede separarse de la vida que describe. La primera y más excelsa obra maestra de Santa Teresita del Niño Jesús, fué su propia vida. Habiendo, desde su más tierna infancia hasta sus últimos instantes, alimentado la ambición de llegar a ser una gran santa, no tuvo ella otro fin que el de perfeccionarse de día en día. Entre un artista y un santo hay esta diferencia; el artista toma por objeto de su vida la ejecución de una obra exterior a sí mismo, el santo no persigue otro fin que el de su propia santificación, la perfección de su misma vida. La obra maestra de Sor Teresita ha sido su propia vida, y cuando ésta estuvo a punto de terminarse, sólo le restó escribirla.

No debe extrañarnos el que Sor Teresita escribiera su obra de una vez, sin plan, sin corregir nada, aprovechando los instantes de ocio; el libro, si bien inconscientemente, es-

taba preparado desde cerca veinte años. Teresa niña era muy observadora, estuvo dotada del don de intuición psicológica, estudiaba los caracteres y se estudiaba a sí misma. «Cuando pequeñita hablaba poco, pero observaba mucho y hacía profundas reflexiones acerca de todo.» Acordémonos de lo que ella escribió sobre sus primeros años: «La virtud encerraba mil halagos para mí. Paréceme que entonces me encontraba en las mismas disposiciones de hoy, con grandísimo dominio ya de todas mis acciones. Así por ejemplo tenía la costumbre de no quejarme nunca cuando me quitaban algo mío; o bien, si me acusaban injustamente, prefería callar, más bien que excusarme» (1). En el mismo sentido escribió con motivo de la muerte de su madre: «A nadie comuniqué los profundos sentimientos que embargaban mi corazón: observaba y escuchaba en silencio. Veía también muchas cosas que hubieran querido ocultarme» (2). Después de la muerte de su madre, Teresita tornóse una niña meditativa y altamente dotada de reflexión psicológica. Al mismo tiempo, y además del gran dominio sobre sí misma del que nos habla, adquirió una conciencia muy viva de lo que pasaba en su corazón y en su alma. Mediante los pequeños sacrificios, por la mortificación de sus apetitos, emprendió desde la más tierna infancia este estudio de sí misma que aconsejaban ya Sócrates y Platón.

Cuando en el pensionado de las Benedictinas hizo su primera Comunión, la vemos siempre observante y reflexiva. «Durante el recreo, me divertía a menudo viendo jugar de lejos a mis compañeras y entregándome a la vez a reflexiones serias. Esta era mi distracción favorita» (3). Es bastante común, que los espíritus moralistas sean buenos

(1) *Historia de un Alma*, cap. I, p. 17.

(2) *Historia de un Alma*, cap. II, p. 20.

(3) *Historia de un Alma*, cap. IV, p. 63.

narradores, pues observan las costumbres de los hombres, y se dan cuenta del efecto que producirá su relato en los espíritus y en los corazones. Desde la edad de doce o trece años Teresita fué una narradora excelente: «Otras veces me entretenía en relatar historias a mis compañeras, entre las cuales mezclábanse a menudo algunas alumnas mayores» (1). Era menester que las historias contadas por Teresita fueran muy atractivas para que las alumnas mayores, dando tregua a sus juegos, se dedicaran a escucharla. ¡Qué tiene pues de particular que esta niña llegue un día a ser perfectamente capaz de narrar su propia historia! ¡He aquí otro don que si bien secundario, denota en Teresa la facultad de la observación! Sabía remedar a las mil maravillas, «Era muy ingeniosa y muy alegre, tenía la particular aptitud de remedar el tono de la voz y los ademanes de los otros, pero jamás esta pequeña diversión degeneró en burla, sabía detenerse a tiempo con un tacto perfecto.»

Sor Teresita había observado y reflexionado mucho. Las circunstancias importantes de su propia vida fueron particularmente objeto de sus meditaciones. Meditar sobre su pasado con el fin de reconocer los designios de la Providencia, agradecer a Dios las gracias recibidas, ¿no es uno de los principios de la vida espiritual? Estando en el claustro, recordaba algunas veces nuestra Santa, las defectuosas tendencias de su juventud tan felizmente reprimidas por la excelente educación recibida en los Buissonnets; daba gracias a Dios por los favores recibidos en su primera Confesión, en su primera Comunión, en su viaje a Roma. ¿No tomó la resolución de jamás olvidar las maravillas admiradas en aquella peregrinación? «Más tarde, cuando me visite la tribulación, y, prisionera en el Carmen, no pueda

(1) *Historia de un Alma*, cap. IV, p. 64.

divisar más que un rinconcito del cielo, me acordaré del espectáculo de que gozan hoy mis ojos; este cuadro me infundirá valor. Pensando en la grandeza y poder de Dios, no daré importancia a mis pequeños intereses» (1). La santa previó «la vida religiosa tal cual es, con sus sujeciones, sus insignificantes sacrificios cotidianos consumados en la obscuridad. Comprendí — dice, — lo muy fácil que es llegar una a replegarse sobre sí misma y olvidar el fin sublime de su vocación» (2).

Cuanto más se estudia la vida de Santa Teresita del Niño Jesús, más se admira hasta qué punto todo estuvo premeditado antes de ser voluntariamente cumplido. La mayor parte de los hombres se dejan llevar por las circunstancias, por el influjo de sus pasiones, de sus intereses, por la corriente de las cosas y los huracanes de la existencia; no viven, propiamente dicho, su vida; son navíos sin piloto y sin timón, inconscientemente sacudidos, azotados por las olas y que acaban por embarrancar en cualquier playa. Sor Teresita por el contrario, supo prever las dificultades, gobernó muy conscientemente su vida, dirigió su barca en línea recta hacia el puerto de la perfección, por lo cual, cuando alcanzó la santidad, tenía una hermosísima travesía que contar, y eso fué su autobiografía.

Decía Berryer hablando de los improvisadores, que no improvisaban: «Bien penetrados de un pensamiento, de un sentimiento largo tiempo meditado, se han repetido veinte veces, cien veces la misma cosa, y llegada la ocasión de explicarla en alta e inteligible voz, sólo tienen en la vivacidad de la expresión, el mérito de la reflexión.» Una preparación análoga precedió a la composición de la *Historia de un Alma*. Cuando el promotor del Proceso de canoni-

(1) *Historia de un Alma*, cap. VI, p. 100.

(2) *Historia de un Alma*, cap. VI, pp. 99 y 100.

zación preguntó a la Madre Inés de Jesús (su hermana Paulina) si la *Historia de un Alma* le había revelado hechos o pensamientos para ella desconocidos, contestó: «No, ciertamente, nada hay en el manuscrito que no conociéramos ya por nuestras íntimas conversaciones.» Al partir para la peregrinación de Roma, en la Iglesia de Nuestra Señora de las Victorias en París, Teresa, pidió encarecidamente a la SS. Virgen la conservación de su virtud. «No ignoraba que encontraría durante mi viaje muchas causas de perturbación. No conocía el mal y temía descubrirlo» (1). «Estas palabras, declara la Madre Inés de Jesús, me las había repetido muchas veces, como también todo lo contenido en el relato de su vida.» No fué, pues, una reflexión improvisada a la ligera. Ciertos párrafos también habían sido ya escritos en sus cartas: «Me escribió ella misma sus sentimientos el día de su primera Comunión, los que más tarde fueron relatados en la Historia de su vida.» Vemos la lenta elaboración, del todo personal de que estuvo precedida la redacción de la obra. Dejemos, pues, la hipótesis insostenible de un plagio, y reconozcamos más bien que así se crean las obras maestras: suponen una larga experiencia y constantes reflexiones sobre sí mismo, después de lo cual, la ejecución es casi siempre tan rápida y fácil como lenta y laboriosa ha sido la preparación.

¿Por qué cúmulo de circunstancias aparentemente insignificantes, y en realidad producidas por impulsiones sobrenaturales convergentes todas hacia un mismo punto, vióse inducida Sor Teresita a emprender la redacción de la obra que llevaba en su alma? El Proceso de canonización nos lo señala con tanta clase de detalles, que más no podemos desear. En los últimos días del año 1894, en una tarde de

(1) *Historia de un Alma*, cap. VI, p. 98.

invierno, en la recreación de la tarde, y no como se ha dicho por un error involuntario, a media noche, después de Matines, las dos hermanas mayores, Sor María del Sagrado Corazón y la Madre Inés de Jesús, conversaban familiarmente con Sor Teresita del Niño Jesús; ésta, contaba con tanta gracia los recuerdos de su juventud que sor María entusiasmada dijo a la Madre Inés de Jesús en aquel entonces Priora: «Debería Rda. M. ordenarle escribiera estos recuerdos de infancia.» Sor Teresita manifestó alguna repugnancia, temió que «esto disipara su corazón». La Madre Inés de Jesús, compartió este temor. No obstante, a causa de las reiteradas instancias de Sor María del Sagrado Corazón, mandó a Sor Teresita resumiera sus recuerdos y le entregara el trabajo el 20 de Enero de 1896, día de su santo.

Ni Sor Teresita, ni la Madre Inés de Jesús, ni sor María del Sagrado Corazón se figuraron jamás que esta obra fuera publicada; las mismas hermanas de la Santa lo han asegurado y toda duda debe ser descartada. Bien es verdad, que sin saberlo, estaban guiadas por un instinto superior. Cuando Sor María del Sagrado Corazón exclamaba: «Ordénele que escriba sus memorias», es que ella las había juzgado — por sí misma, es cierto, y por sus hermanas — memorables, tanto por su contenido como por el arte con que Sor Teresita las narraba. Cuando unas acciones son *memorables*, es decir, cuando por su belleza y valor moral presentan un alcance general, surge siempre una voz que expresa el deseo de que tales riquezas no se pierdan en el olvido. El espíritu humano intuitivamente discierne las ideas y los hechos dignos de pasar a la posteridad. Una humilde hermana lega, la Hermana San Pedro, que había sido el objeto, por parte de Sor Teresita, de una heroica caridad, tenía razón al declarar con alguna solemnidad: «Es preciso que tales

ejemplos de virtud no permanezcan ocultos bajo el celemin.» Posee la humanidad una patrimonial herencia de heroísmo y santidad. Los espíritus más humildes, distinguen a menudo como por un especial instinto las acciones virtuosas dignas de enriquecer este tesoro secular. La vida de Teresita ofrecía bastantes acontecimientos excepcionales: su milagrosa curación, la visión de su padre enfermo, su conversión en la noche de Navidad, su peregrinación a Roma, su entrada en el Carmen a los quince años, etc., para que se los juzgara dignos de ser relatados. Hemos dicho ya que Sor Teresita poseía el don de contar con arte; en el convento compuso poesías, algunas de ellas excelentes; con tales condiciones se puede asegurar que un día u otro podía ser llamada a redactar sus Memorias. Mas era necesario un signo de la Providencia; la Priora, Madre Inés de Jesús, manifestó a Teresita este signo de lo alto. Le ordenó escribiera.

Sin la menor demora principió la religiosa el trabajo, si tal puede llamarse a esta redacción. La materia estaba a punto. En un cuaderno escolar, de valor nulo, unos diez céntimos, con su letra pequeña, derecha, unida, regulada, exacta, sin rasgos ni adornos, escritura nada romántica, pero clásica y reveladora de un alma recogida y dueña de sí misma, dió principio a su autobiografía. Sólo podía escribir en los ratos libres, tan parcamente concedidos por la regla del Carmen. Ya hemos visto al tratar de la cuestión del método, que a Sor Teresita del Niño Jesús no le resultaba agradable el espíritu geométrico. No se sujetó a un plan, no previó divisiones. En el momento siempre emocionante en que un autor coge la pluma para trazar su primera frase e inaugurar su obra, Sor Teresita se arrodilló ante la imagen de la Virgen de la Sonrisa a la cual debía la milagrosa curación de su infancia, oró durante breves instantes,

luego abrió el Nuevo Testamento y leyó algunos versículos, y sin más precauciones, comenzó su trabajo.

«Antes de tomar la pluma, heme postrado ante aquella imagen de María Santísima que tantas pruebas ha dado a mi familia de la maternal preferencia de la Reina del cielo; hela suplicado que guie mi mano para que no trace ni una sola línea que no sea de su agrado; he abierto luego los Santos Evangelios, tropezando mis ojos con estas palabras: Subiendo Jesús a un monte, llamó a sí a aquellos que le plugo...» (1)

La primera página de la *Historia de un Alma*, de la autobiografía, estaba principiada; las frases se sucedieron con regularidad. Ingenuamente, con «sencilla obediencia», Sor Teresita se revelaba. Durante los trabajos manuales de la comunidad, cuando lavaba o barría, sin duda pensaba en las páginas que luego escribiría, mas no había en ella preocupación. La cristalización, en su alma tanto tiempo saturada de reflexiones morales y religiosas, se operaba suave y espontáneamente, sin precipitación ni lentitud. No consultaba libros, notas, diccionarios, ni gramáticas; la Madre Inés de Jesús puso solamente en sus manos algunos documentos de familia, cartas de su madre o de sus hermanas. Poco o nada preocupó a la Santa lo que podríamos llamar la técnica en la composición de un libro. Su talento libre de trabas, improvisaba y creaba en dulce calma, sin exaltaciones ni depresiones, en la pura y silenciosa atmósfera del Carmelo. Sentada en un taburete de madera, casi a ras del suelo, en un rincón de la pequeña celda, cerca de su jergón, escribía sobre una especie de cajón colocado sobre sus rodillas con toda simplicidad, sin sospechar siquiera que escribía para el universo y la posteridad. Ni siquiera se tomó la pena de dividir su manuscrito en capítulos. A

(1) *Historia de un Alma*, cap. I, p. 4.

las primeras páginas indicó solamente tres períodos bien señalados desde su infancia hasta su entrada en el Carmen. El Padre Godofredo Madelaine, Premonstratense, fué quien de acuerdo con la Madre Inés de Jesús dividió la obra en capítulos.

Como se nos ha advertido en el Prefacio de las últimas ediciones, el trabajo inicial de Sor Teresa, sólo comprendía los ocho primeros capítulos. Principiada en los últimos días del año 1894, fué terminada su redacción el 20 de Enero de 1896, fiesta de Santa Inés. Al entrar en el coro para la oración de la tarde, Sor Teresita poniéndose de rodillas ante la Priora, le entregó el relato encargado. La Madre Inés de Jesús que terminaba entonces su priorato, agobiada por múltiples cuidados, puso distraídamente el cuaderno sobre su silla de coro, lo llevó luego a su celda y lo guardó. Algunos días después, tuvieron las Hermanas que elegir nueva Priora. La elección fué laboriosa. La Madre Inés de Jesús, por su dulce firmeza se había captado la simpatía de las religiosas, y la Madre María de Gonzaga, por su prestigio conservaba sus partidarias. A la séptima votación ésta fué elegida. La transmisión de poderes en una comunidad religiosa se opera sin ninguna complicación. Con todo, tan absorta estaba la Madre Inés de Jesús por estos cambios, que olvidó por completo el manuscrito al que no concedía mayor importancia, y Sor Teresa, desligada de todo y deseosa sólo de paz y olvido, se guardaba muy bien de hacer la menor alusión. Bien ajenas estaban de pensar en la publicación de una obra maestra. Pasaron dos meses. La Madre Inés, al volver a simple religiosa, dispuso de más tiempo y habiendo encontrado el manuscrito, lo leyó; edificada y encantada, lo comunicó a sus hermanas, en los días en que las conversaciones fraternales están autorizadas por la Regla.

Algunas semanas más tarde, el 3 de Abril, Viernes Santo de 1896 fecha crítica en la vida de Sor Teresita, se declaró súbitamente la enfermedad de la cual debía sucumbir. La Santa nada dijo a sus hermanas, mas su estado se agravó visiblemente. Desde los primeros meses de 1897, los más perspicaces temieron un próximo fin. La Madre Inés de Jesús, se daba perfecta cuenta de que el manuscrito de la Vida, si bien precioso, era muy incompleto. Sor Teresita, no había escrito casi nada de su vida religiosa. Mas, no siendo ya superiora la Madre Inés, nada podía ordenar, y la Santa, jamás se hubiera atrevido, sin una orden expresa de la autoridad oficial, a proseguir su redacción (1).

¿Cómo obtener de la Priora que diera esta orden? Una Carmelita escribir su vida! Jamás cosa semejante se hizo en el Carmen de Lisieux. La Madre María de Gonzaga era muy tradicionalista, muy autoritaria y podía darse el caso de que la negativa fuese rotunda. Santa Teresa de Avila arrojó al fuego su Comentario sobre el Cantar de los Cantares, sencillamente porque un confesor se extrañó de ver, que trataba un asunto tan sublime y tan espinoso; Sor Teresita del Niño Jesús era muy capaz de hacer lo mismo con su manuscrito. «Si Nuestra Madre lo quemara», le decía un día la Madre Inés de Jesús: «Pues bien, contestó, no me causaría pena alguna, ni la menor duda sobre mi misión, pensaría sencillamente que Dios atendería mis deseos por otros medios».

No obstante, el manuscrito resultaba insuficiente y era de desear que la Santa lo completara manifestando sus de-

(1) A una religiosa que le confió el deseo de resumir los recuerdos de su vocación, le contestó la Santa: «Guárdense de hacer tal cosa, no lo podría sin permiso y yo no aconsejo que lo pida. Por mi parte, nada quisiera escribir de mi vida, sin una orden especial y que ésta no hubiera sido solicitada por mí. Lo más humilde, es no escribir nada de uno mismo. Las grandes gracias de la vida, como la de la vocación, no pueden olvidarse. El recuerdo de estas gracias le será más provechoso si se limita a repasarlas en su memoria que si las confía al papel.»

signios sobre la vida interior, sobre el *Camino de Infancia espiritual*. La Madre Inés demoraba siempre dejándolo de un día para otro, Sor Teresita estaba visiblemente consumida por la fiebre, no cabían ilusiones y un funesto desenlace era inminente. La Madre Inés de Jesús, por fin se decidió a intervenir.

«Viendo a Sor Teresita del Niño Jesús muy enferma, durante la noche del 2 de Junio de 1897, cuatro meses antes de su muerte, hacia media noche fui a ver a Nuestra Madre Priora: «Madre mía, le dije, no me es posible dormir si antes no le confío un secreto. Cuando yo era Priora, Sor Teresita escribió para complacerme y por obediencia, algunos recuerdos de su infancia. El otro día los releí, son hermosos, mas no sacaré de ellos gran cosa cuando después de su muerte haga su circular, pues casi nada hay acerca de su vida religiosa. Si se lo ordenara, podría escribir algo más importante que no dudo sería incomparablemente mejor que lo que yo poseo.» Dios bendijo mi petición y a la mañana siguiente, Nuestra Madre ordenaba a Sor Teresita del Niño Jesús continuara su relato. Ya le había escogido un cuaderno, pero ella lo juzgó demasiado bonito, aunque en realidad era ordinario y temía faltar a la pobreza usándolo. Me preguntó si al menos no debería estrechar más las líneas para economizar papel. Le contesté que se hallaba demasiado enferma para tomarse la fatiga de escribir en esta forma, que al contrario, era menester espaciar las líneas y escribir con letra grande.»

Mucha verdad era el que Sor Teresita estaba demasiado enferma para escribir juntando las líneas. Aproximadamente un mes después de principiada la continuación, la pluma le cayó de las manos. Había redactado unas cincuenta páginas, como siempre sin modificaciones, los capítulos noveno y décimo de la *Historia de un Alma*. Se le advirtió que quizá estas páginas podrían ser utilizadas para la publicación de una circular, mas no disminuyó por esto la espontaneidad en su trabajo. Preguntó a la Madre Inés de Jesús: «¿Acerca

de qué quiere que escriba? — Sobre la caridad y las novicias.» Y sin más averiguaciones, puso manos a la obra. En efecto, escribió principalmente sobre la Caridad y el Camino de abandono. Débil ya en extremo, la instalaban en una especie de sillón con ruedas y por el jardín la conducían hasta la avenida de los castaños. Fué allí, que en pleno verano de 1897, escribió, en primer lugar para las Carmelitas, las últimas páginas de lo que podemos llamar, su «testamento espiritual». Las novicias, deseosas de recibir sus consejos, constantemente iban a interrumpir su trabajo. «Escribo sobre la Caridad, decía Sor Teresita, mas no sale como quisiera, no puede estar peor hecho... Les aseguro que no tiene ninguna ilación. En fin, mi pensamiento está.» Es verdad que los capítulos noveno y décimo no están escritos con más método, plan e ilación que ciertos capítulos de la *Imitación*, mas también es muy cierto, que el pensamiento de la Santa está esencialmente contenido. ¡Poco importa el método cuando un alma compone con talento! Las últimas líneas trazadas con lápiz, pues Sor Teresita estaba tan extenuada que le hubiera resultado penosísimo introducir a menudo la pluma en el tintero, revisten a nuestros ojos una muy particular importancia. Son las últimas recomendaciones de una Santa, y éstas, dirigidas más bien a nosotros pobres pecadores, que a las mismas Carmelitas. Que un alma angélica como la de Teresita, se abandonase con confianza de niño a la misericordia divina, nada tiene de sorprendente, pero nosotros miserables, que no podemos contar, ni medir la gravedad de nuestras culpas, ¿podemos practicar esta confianza sin límites? Esta objeción tan común y tan peligrosa, Sor Teresita la previó y refutó escribiendo con mano débil estas líneas supremas:

«No porque haya sido preservada de pecado mortal, busca mi alma a Dios por medio de la confianza y el amor. ¡Ah! estoy

segura de que, aunque tuviera oprimida la conciencia con todos los crímenes imaginables, no disminuiría en un ápice mi confianza; con el corazón destrozado de arrepentimiento, me echaría en los brazos de mi Salvador. Sé que ama al hijo pródigo, he oído sus palabras a Santa Magdalena, a la mujer adúltera, a la Samaritana. No, nadie podría atemorizarme, pues sé a que atenerme respecto a su amor y misericordia...» (1)

Tengamos por muy cierto que Sor Teresita hubiera obrado como dijo. Si, a causa de una educación demasiado libre, si por no haber reprimido sus tendencias afectuosas, las violentas pasiones la hubieran arrastrado a cometer faltas graves, no hubiera vacilado, con la ayuda de la gracia, en volver, con más confianza que Magdalena y el hijo pródigo, hacia el Padre que está en los Cielos.

Las páginas dirigidas a la Madre María Gonzaga, como ya hemos dicho, constituyen los capítulos noveno y décimo de la *Historia de un Alma*, el último, el onceavo, fué dedicado a la hermana mayor de la Santa. Durante el mes de Septiembre de 1896, nueve meses, aproximadamente, antes de la redacción de los dos capítulos precedentes, Sor María del Sagrado Corazón, pidió a Sor Teresita le dejara un recuerdo, que le expusiera por escrito lo que ella entendía por su «Caminito espiritual». Desde luego, que la autorización de la Priora fué solicitada y obtenida. La Santa escribió con toda sencillez: «Oh, hermana mía querida! Pídeme V. C. que le deje un recuerdo... Ya que nuestra Madre lo permite es una alegría para mí platicar con V. C. dos veces hermana mía» (2). Mas después de este sencillo preámbulo, el alma de Teresita fué elevándose poco a poco y abandonando la tierra, muy pronto alcanzó las sublimes elevaciones de la Caridad:

(1) *Historia de un Alma*, cap. X, p. 207.

(2) *Historia de un Alma*, ca,p XI, p. 209.

«¡Sólo esto reclama Jesús de nosotros! No tiene necesidad de nuestras obras, sino únicamente de nuestro *amor*... (1) Lo que yo pido es *amor*. Ya sólo una cosa sé, Jesús mío, *jamaros!* Las obras ostentosas me están vedadas, no puedo predicar el Evangelio ni derramar mi sangre... ¡Qué importa! Mis hermanos trabajan por mí, y yo, pobre *niñita*, permanezco junto al trono real; *amo* por los que combaten» (2).

«¡Oh, Jesús mío, os amo! Amo también a mi Madre la santa Iglesia; tengo presente que *el más pequeño impulso de puro amor le es más útil que todas las obras juntas*» (3).

«¡Oh Verbo, oh Salvador mío! Tu eres el Aguila a quien amo, el Aguila que me atrae; tú eres el que, lanzándote a este destierro, quisiste sufrir y morir a fin de arrebatrar todas las almas y sumergirlas hasta el centro de la Santa Trinidad, eterno foco de amor! Tú eres el que, remontando hacia la ley inaccesible, permaneces oculto en nuestro valle de lágrimas bajo la apariencia de cándida hostia, con el objeto de alimentarme de tu propia substancia. ¡Oh Jesús, déjame decirte que tu amor raya en locura!... Considerando esta locura, ¿cómo quieres que mi corazón no se lance hacia ti? ¿Cómo ha de tener límites mi confianza? (4).

«¡Te suplico que inclines tu divina mirada a un sinnúmero de almas pequeñitas, te suplico que te escojas en este mundo una legión de víctimas pequeñas dignas de tu amor! (5).

Tal es la invocación con que termina este especie de Memorial que Sor Teresita dedicó a su hermana mayor. La oración de la Santa ha sido atendida más allá de lo que hubiera podido preverse, puesto que una legión de almas, cuyo número crecerá hasta lo infinito, en el claustro Carmelitano y en otros claustros siguiendo su ejemplo se han ofrecido como víctimas al Amor misericordioso.

(1) *Historia de un Alma*, cap. XI, p. 212.

(2) *Historia de un Alma*, cap. XI, p. 220.

(3) *Historia de un Alma*, cap. XI, p. 221.

(4) *Historia de un Alma*, cap. XI, p. 223.

(5) *Historia de un Alma*, cap. XI, p. 224.

III. PRIMORDIAL NECESIDAD DE LA ORACIÓN

El último capítulo de la *Historia de un Alma*, podría muy bien resumirse en una proposición esencial, citada por Sor Teresita en el curso de su obra: «El más pequeño impulso de puro amor, es más útil a la Iglesia que todas las obras juntas.» Esta cita audaz está sacada del *Cántico Espiritual* de San Juan de la Cruz. Ya sabemos lo mucho que la Santa debe a este gran doctor místico. No podemos dudar que de un modo particular, en su capítulo XI, se inspiró en las Estrofas XXVIII y XXIX del *Cántico Espiritual*. Vemos también por sus poesías que las meditó profundamente. Sabía de memoria los versos de la Estrofa XXVIII.

Mi alma se ha empleado,
Y todo mi caudal en su servicio:
Ya no guardo ganado,
Ni ya tengo otro oficio,
Que ya sólo en amar es mi ejercicio.

Si atentamente se lee el comentario que acompaña esta estrofa, se comprenderá mejor en qué sentido Sor Teresita prefirió el amor a las obras. Fué toda su vida, la justificación más admirable de la doctrina de San Juan de la Cruz. El gran doctor escribió:

«Cuando alguna alma, tuviere algo de este estado de solitario amor, grande agravio se le haría a ella y a la Iglesia si aun que fuese por poco espacio le quisiesen ocupar en cosas exteriores o activas, aunque fueren de mucho caudal; porque, pues, Dios conjura que no le recuerden de este amor, ¿quién se atreverá y quedará sin reprensión? Al fin, para este fin de amor fuimos criados. Adviertan, pues, aquí los que son muy activos, que

piensan ceñir al mundo con sus predicaciones y obras exteriores, que mucho más provecho harían a la Iglesia y mucho más agradarían a Dios (dejando aparte el buen ejemplo que se daría), si gastasen siquiera la mitad de este tiempo en estarse con Dios en oración, aunque no hubiesen llegado a tan alta como ésta. Cierto entonces harían más y con menos trabajo, y con una obra que con mil, mereciéndolo su oración, y habiendo cobrado fuerzas espirituales en ella; porque de otra manera todo es martillar y hacer poco más que nada, y a veces nada, y aun a veces daño: porque, Dios os libre que se comience a envanecer la sal, que aunque más parezca que hace algo por de fuera, en sustancia no será nada; cuando está cierto que las buenas obras no se pueden hacer sino en virtud de Dios» (1).

¿Qué duda cabe que la canonización de Sor Teresita del Niño Jesús es una sorprendente manifestación de esta doctrina espiritual? Es evidente que «se hubiera inferido el mayor de los perjuicios a la Santita y a la Iglesia, al querer, aunque sólo hubiera sido por breves instantes, ocuparla en asuntos u obras exteriores. ¿No está patente que hizo ella más con una obra que con mil, gracias al mérito de su oración y a las fuerzas espirituales que de ella sacó? Si no estamos en error, la primera, la mayor, la más preciosa de las lecciones que presenta la *Historia de un Alma*, la autobiografía de Sor Teresita, es la soberana eficacia de una obra, de una obra única, cuando es la expresión fiel de una vida interior, completamente desligada de los bienes de este mundo y consagrada del todo a la oración, al amor de Dios y del prójimo. Todos los que, según la expresión de San Juan de la Cruz «prefieren la actividad y se imaginan poder conquistar el mundo con sus predicaciones y obras exteriores», deberían seriamente reflexionar esta lección tan sorprendente y tan oportuna, dada a nuestro siglo de agitación, con la glorificación de Sor

(1) San Juan de la Cruz, Cant. XXVIII, n.º 11.

Teresita del Niño Jesús. Para poder prestar verdaderos servicios a la Iglesia, es menester reservar una considerable parte del tiempo para la oración.

San Juan de la Cruz, con seguridad sobrenatural, no se ha detenido ante expresiones capaces de âtemorizar-nos. «Obrar de otro modo, todo es martillar y hacer poco más que nada, y a veces nada y aun a veces daño!» Sin duda, el Santo había encontrado a personas faltas de vida espiritual, sujetas aún a la ambición, a la concupiscencia, a las vanidades del mundo y, sin embargo, persuadidas de que conquistaban al universo con sus múltiples obras exteriores y en realidad haciendo poco menos que nada. Hasta tal punto es verdad que, las mismas esenciales tendencias, las mismas ilusiones fundamentales, se encuentran en todas las épocas.

Dom Chantard, se preguntaba poco hace, por qué después de este medio siglo que ha visto el nacimiento de un sinnúmero de obras y «a pesar de unos resultados, al parecer gloriosos, no hayamos podido formar una mayoría lo bastante profundamente cristiana para luchar contra la incredulidad.» Y señalaba como causa principal el hecho que, faltos de intensa vida interior, habíamos tan sólo logrado, curas y educadores, engendrar almas de una piedad superficial, desprovistas de un poderoso ideal y de convicciones sólidas. «Los Profesores, ¿no hemos sido más celosos en obtener diplomas y el prestigio de la obra, que en dar a las almas una muy sólida instrucción religiosa?... Y esta medianía de caracteres ¿no ha tenido muy a menudo por causa *la trivialidad de nuestra vida interior?*»

Tales observaciones que fácilmente pueden multiplicarse a nuestro alrededor, nos demuestran claramente, que debe ser introducida en nuestro apostolado y en nuestras obras, una sabia, paciente y prudente reforma. Uno de los errores

más perniciosos y más extendido, es el de estar persuadidos que el mérito de nuestra vida, está en relación directa, con nuestras fatigas y actividades. La verdad es, que nuestra vida es meritoria y nuestro apostolado eficaz, no en relación con el trabajo que nos damos, sino con nuestra santidad. Si somos impacientes, si estimamos en demasía al mundo si estamos distraídos en la oración, si no somos capaces de recogimiento y oración, podemos estar seguros, que «a pesar de unos resultados al parecer gloriosos», no ejercemos ninguna influencia religiosa profunda y duradera. *«Ambulavimus vias difficiles, viam autem Domini ignoravimus,* habremos seguido trabajosos caminos, y habremos ignorado los caminos del Señor.»

Hemos llegado al centro de nuestra información sobre Santa Teresita del Niño Jesús, no es pues de extrañar, que encontremos el principio fundamental y, como el nudo de toda su influencia y de toda su misión. Quiso ser santa, y no quiso serlo a medias. Entrada en el claustro a los quince años, hubiera podido, después de los primeros años de fervor, después del noviciado, aflojar, no hacerse tanta violencia; mas Sor Teresita era generosa y no podía contentarse con medianías. Ya pequeñita, cuando su hermana Leonia le ofreció para que eligiera una cesta llena de cintas, Teresa, con amplio y magnífico gesto se quedó con todo.

«Este rasgo de mi infancia resume, por decirlo así, mi vida entera. Cuando vislumbré más tarde la perfección, comprendí que, para llegar a santa, era preciso padecer muchísimo, aspirar siempre a lo más perfecto y olvidarse de sí misma. Comprendí que en la santidad hay muchos grados de perfección, y que el alma es libre de responder como quiera a las insinuaciones de Nuestro Señor, de hacer poco o mucho por su amor; en una palabra: que puede escoger entre los sacrificios que Él le pide. Entonces, como en los días de mi niñez, exclamé: ¡Dios mío, lo escojo todo! No quiero ser santa a medias; no tengo miedo de

sufrir por Vos; tan sólo temo una cosa: conservar mi voluntad; tomadla, pues escojo todo lo que Vos queréis!» (1).

Una sola alma que verdaderamente se santificara y alcanzara como Sor Teresita un alto grado de perfección, haría más bien al mundo entero con una sola obrita, con un solo libro, que almas tibias con mil. Cuando los discursos, las obras de apostolado no manan de una alma férvida y santa, cuando no son la expresión de una vida de sacrificio, de oración, de unión a Dios, ¡cuán poco eficaces son a pesar del ruido que meten y del esfuerzo que suponen! ¡Qué superflua multitud de libros, discursos y obras en nuestro siglo! ¡Cuánto mejor hubieran hecho, todos los que se han extenuado en esta agitación, en reservar una considerable parte de su tiempo a la oración! Necesidad primordial de mortificación y oración, ¡he aquí la conclusión que se impone por poco que se haya penetrado en el secreto de la influencia adquirida por Santa Teresita del Niño Jesús!

¿Qué debemos, pues hacer? ¿Abandonaremos la acción, la predicación, cesaremos de escribir, de ejercer obras espirituales y corporales de caridad y misericordia? De ninguna manera. No es con semejante absolutismo que es menester emprender la reforma actualmente necesaria de nuestros defectuosos métodos de apostolado. No olvidemos que, según Santo Tomás de Aquino, la forma de vida religiosa que concilia la vida contemplativa y la vida activa en una síntesis armoniosa, es la más perfecta. «Del mismo modo, escribe Santo Tomás de Aquino, que es más perfecto el iluminar a los otros, que el poseer la luz sólo para sí, es más perfecto el comunicar a los otros las verdades contempladas, que el contemplarlas solamente. (Suma Teol. 2.^a, 2.^{ae}. 188 art. 6.) En otro pasaje también muy importante y sugestivo,

(1) *Historia de un Alma*, cap. I, pp. 15 y 16.

expone el Santo cómo un cierto grado de vida activa, lejos de dificultar la contemplación, la facilita, porque mitiga nuestros naturales apetitos, es decir, nuestros incoercibles deseos de ejercitar nuestras facultades sensibles y mentales. Algunas personas necesitan una obra que satisfaga su necesidad de acción, pues de lo contrario, se ven atacadas por la inquietud, el tedio y el disgusto de la vida.

Hay, pues, una síntesis a operar entre la acción y la contemplación. Cuando nuestras obras sean tan numerosas, nuestra acción tan febril y vasta que comprometa nuestra vida interior, no debemos dudar un solo instante que andamos descaminados, que estamos seducidos por las apariencias, y que a pesar de nuestras fatigas, sólo ejercemos un apostolado medianamente sobrenatural. Así, pues, nuestro primer y absoluto deber es, por la salud de nuestra alma y la gloria de la Iglesia, el moderar nuestro celo demasiado humano, el reducir la multitud de nuestras obras y dedicar una mayor parte de tiempo a la oración. Para ser verdaderamente útiles a las almas, debemos ante todo, como lo hizo siempre Sor Teresita del Niño Jesús, trabajar, esforzarnos para llegar a la santidad.

SEGUNDA PARTE

HEROÍSMO Y SANTIDAD

LAS TRES ANTINOMIAS POSITIVAS

PRÓLOGO

IMPORTANCIA DE LAS ANTINOMIAS POSITIVAS

Pascal escribió: «No admiro el exceso de una virtud como la del valor, si al mismo tiempo no veo el exceso de la virtud opuesta, como en Epaminondas, que poseía el extremo valor y la extrema benignidad; pues de lo contrario no sería ascender, sino descender. No se demuestra grandeza por estar a un extremo, sino reuniendo los dos, y cumpliéndolo todo entre los dos.» Santo Tomás de Aquino, escribió en su *Suma* artículos sobre la conexión de las virtudes que la experiencia confirma cada día. San Juan de la Cruz, en las últimas estrofas del Cántico Espiritual y de un modo particular en las XXX y XXXI, tradujo magníficamente en simbolismos místicos, esta conexión de las virtudes heroicas que es la coronación de la santidad. «Tal es la regla de las virtudes sobrenaturales, declara, que allí donde hay una, allí también están las otras, donde falla una, igualmente fallan las otras.» Por la unión a Dios, por el amor de Nuestro Señor, el alma fiel reúne las virtudes como en una guirnalda de flores.

Haremos las guirnaldas,
En tu amor florecidas. (1)

Las virtudes cristianas forman pues un sistema unido, constituyen, digámoslo así, como una aureola cuyo centro

(1) San Juan de la Cruz, Canción XXX.

es la caridad, y los rayos, los dones del Espíritu Santo. Un santo no posee una virtud considerada como un punto en una circunferencia, sin que en la extremidad diametralmente opuesta no pueda señalarse la virtud contraria o complementaria; y es precisamente el armonioso conjunto de estas virtudes, de estos dones, que emanando de la caridad como de su centro, constituyen la santidad. Para medir la envergadura de las alas del águila, es menester extender éstas y señalar las extremidades opuestas, entonces puede juzgarse de su potencia, así también para las virtudes de los santos, imposible comprender su grandeza si no se las opone. «Las verdades contrarias, escribe también Pascal; es menester principiar por ahí, sin eso, no se comprende nada, todo es herético; y asimismo, al fin de cada verdad, es preciso agregar el recuerdo de la verdad opuesta.»

Acordarse siempre, al tratar de una verdad o de una virtud, de la verdad o virtud opuesta, es la regla más esencial del método integral. Por ejemplo, un escritor o un predicador podrá presentarnos a Sor Teresita del Niño Jesús, como un ángel de paz; y no nos sería difícil encontrar en su autobiografía o en las declaraciones del Proceso de canonización, más de un evidente rasgo que nos demostraría como la Santa se sacrificaba para mantener la paz con sus hermanas y para hacerla reinar en el noviciado y en la Comunidad. Mas si el autor o el orador insisten solamente sobre el amor de Sor Teresita por la paz y la conciliación sin hacer la menor alusión a la existencia en la Santa de la virtud contraria o complementaria, su fuerza de alma siempre militante, podríamos advertir que no ha definido perfectamente su tema. En resumen, siempre que se trate de una cualidad de Sor Teresita sin dar la nota de que se tiene en cuenta la cualidad contraria, podremos sin temor

de juzgar a la ligera, dudar si verdaderamente han intentado comprender su santidad armoniosa y compleja.

Que se nos perdone si insistimos sobre esta tesis eminentemente tomista y pascaliana de la conexión necesaria de las virtudes contrarias o complementarias. Nos atrevemos a decir, que, si el lector quisiera acostumbrarse a considerarla siempre en los Santos y muy particularmente en Sor Teresita del Niño Jesús, evitaría concepciones parciales, superficiales, y por lo tanto erróneas y peligrosas. Las virtudes más diversas están agrupadas de dos en dos, por ejemplo, la humildad y la magnanimidad cristiana, son como dos eslabones de una cadena unidos entre sí, es imposible el tratar de una de estas virtudes con precisión, circunscribirla, sin encontrar la otra. Del mismo modo no puede tratarse del don de temor sin tratar del amor, pues según dice San Juan de la Cruz: «Cuando un alma alcanza en perfección el espíritu de temor, posee también en perfección el espíritu de amor. El temor perfecto del niño, nace del amor que tiene para con su padre.» En este sentido, podemos decir que las virtudes son *inmanentes* o más sencillamente que son virtudes interiores las unas de las otras. Si meditando una virtud de Sor Teresita del Niño Jesús, no se hace aparecer la virtud opuesta, es señal que sólo se ha comprendido su santidad de una manera parcial. Necesaria es a la esencia de la humildad cristiana el ser magnánima. No se podrá pues profundizar la humildad de Teresita, sin encontrar su magnanimidad, su grandeza de alma.

La ponderación, el equilibrio estable y armonioso de todas las virtudes fué el aspecto más sorprendente de la santidad de Sor Teresita. Uno de los confesores que mejor la conoció dijo: «Jamás vi en ella nada imprudente ni inconsiderado, nada que dejase traslucir la menor exageración o el impulso de la naturaleza. En todas sus palabras, incluso

en la expresión de su semblante, existía un equilibrio maravilloso.» La hermana mayor de la Santa confirma al pie de la letra este testimonio: «Sor Teresita era tan equilibrada en todo, que la ponderación me parecía en ella como natural. No se excedía en nada.» ¿Cuál era la causa de este equilibrio perfecto sino que en ella las virtudes más diversas se contrapesaban? En efecto, sólo puede existir el equilibrio cuando dos fuerzas opuestas se moderan mutuamente. Para comprender perfectamente en su equilibrio la santidad de Sor Teresita el mejor método es el estudiar dos a dos las virtudes que la constituyen o integran.

Llamamos antinomia a la oposición de dos virtudes o verdades que incluso en los nombres que las designan parecen incompatibles; por ejemplo, la pequeñez y la grandeza, las virtudes de la juventud y las de la vejez, la infancia y la experiencia, la debilidad y la fuerza son cualidades antinómicas. En realidad estas antinomias sólo son incompatibles en apariencia o humanamente. Se concilian sobrenaturalmente en una síntesis superior. No podemos estudiar dos a dos y en su conjunto todas las virtudes antinómicas que integran la santidad de Sor Teresita del Niño Jesús. Nos limitaremos a examinar de entre las más importantes, tres antinomias positivas. Comprobamos en efecto en Sor Teresita 1.º la simplicidad más ingenua de la infancia, unida a la prudencia consumada de la edad madura, 2.º la más profunda humildad, unida a la más sublime magnanimidad, 3.º el gozo más íntimo y más manifiesto, unido a los dolores físicos y morales más crueles. Veremos como estas tres antinomias se concilian en los dones sobrenaturales de sabiduría, de fortaleza, y por último, en la más elevada de las virtudes teologales, la divina Caridad.

CAPÍTULO PRIMERO

PRIMERA ANTINOMIA POSITIVA: SIMPLICIDAD Y PRUDENCIA. EL DON DE SABIDURÍA.

«Estote prudentes sicut serpentes et simplices sicut columbæ.»

(Matt., C. 10, v. 16.)

I. INFANCIA Y MADUREZ

Sor Teresita del Niño Jesús que sobresalía en apropiarse las cualidades y el lenguaje mismo de la infancia, decía un día a sus hermanas que con razón estaban por demás inquietas por la gravedad de su enfermedad. «Dejen obrar a Papá Dios, Él sabe muy bien lo que necesita su pequeño bebé.» Sor María del Sagrado Corazón, su hermana mayor, le preguntó: «¿Es pues un bebé?» Sor Teresita con acento de gravedad contestó: «Sí, ¡mas un bebé que ha pensado mucho! Un bebé que es un anciano.» Jamás comprendí mejor que en aquel momento, afirma Sor María, cuánta virilidad encerraba su camino de infancia, y encontré muy justo se apropiara en su manuscrito estas palabras de David: «Soy joven y, sin embargo, me he vuelto más prudente que los ancianos.»

El relato de este episodio contiene, como sin duda se habrá notado, una antinomia muy atrevida afirmada por

la misma Sor Teresita. En efecto, parece que la Santa eligiera adrede, para reunirlos, los términos más diametralmente opuestos de la vida humana: «Un nene que es un anciano» y la hermana de la Santa expresa a su vez en términos contradictorios que jamás comprendió mejor: cuanta virilidad encerraba el *camino de infancia*. Es pues la virilidad inmanente al camino de infancia. Este camino de infancia, a la par que las cualidades de la primera juventud, debe presentar las de la madurez e incluso las de la vejez. ¿Cómo conciliar tales contrariedades, una antinomia tal? (1)

Léase atentamente el discurso de Benedicto XV sobre la heroicidad de las virtudes de Sor Teresita, discurso que trata a fondo el *Camino de Infancia Espiritual*, y las mismas contrariedades, las mismas antinomias nos llamarán la atención. El Soberano Pontífice nos advierte que debemos adquirir «una justa concepción de la *infancia espiritual*. Ante todo está formada de confianza en Dios y de total abandono en sus manos». Excluye la presunción, el orgullo y supone fe viva en la existencia de Dios e ilimitada confianza en su Providencia. Sólo son estas, cualidades de la infancia y se acuerdan mutuamente con facilidad; mas cuando Benedicto XV trata de las virtudes de Sor Teresita, inmediatamente vemos aparecer las cualidades de la edad madura, de la virilidad, de la vejez. Escribe el Papa, que ella manifestó desde sus primeros años «la despreocupación y la alegre vivacidad de los niños y al mismo tiempo una gran seriedad y *extraordinaria madurez*, y que desde entonces dió Teresita prueba en sus palabras y en sus actos de un *juicio muy superior a su edad*».

(1) Notemos que Nicodemus expuso a Jesús la misma antinomia, pero invirtiendo el orden en los términos; en vez de preguntar como puede un niño ser un anciano, dijo: «¿Cómo puede un anciano volverse niño?: *Quomodo potest homo nasci, cum sit senex.*»

Más recientemente, el Papa Pío XI decía: «Desde el fondo de su clausura, nos presenta un ejemplo de santidad que todos pueden y deben seguir. Quiere atraer a su *Caminito*, nos enseña *esta simplicidad infantil que sólo de infantil tiene el nombre*.» ¿Si esta simplicidad que es inseparable de una real fuerza de alma, sólo tiene de infantil el nombre, no resultará ser tan compleja y misteriosa que nos haga temer lamentables equivocaciones?

La misma Sor Teresita se preocupó de advertir «que debíamos tener sumo cuidado en abstenernos de medir la experiencia por el número de años». En la parte de su autobiografía escrita con más reflexión por estar dedicada a la Priora, la Madre María Gonzaga, nos dice:

«En la tierra son muy raras las personas que no miden el poder divino según sus limitadas ideas. El mundo admite que hay excepciones en todas partes; ¡sólo el Señor no tiene derecho a hacerlas! Sé que ha mucho tiempo que se practica entre los hombres el sistema de medir la experiencia por los años, pues el santo rey David cantaba al Señor en su adolescencia: *Soy joven y me desprecian*. Sin embargo de ello, no vacila en decir en el mismo salmo: *Me he vuelto más prudente que los ancianos...*» (1).

El mundo ordinariamente aprecia las cualidades espirituales de manera más cuantitativa y más material, verdad es que este sistema es el más fácil y expedito. Tal persona cuenta sesenta años, pues tiene mucha experiencia; tal otra cuenta cuarenta, treinta, veinte, pues por lo tanto tiene menos experiencia; este raciocinio matemático, riguroso en teoría, es en la práctica erróneo. ¡Cuán raro es encontrar ancianos que tengan verdadera experiencia! La verdadera experiencia se mide menos por el número de años que

(1) *Historia de un Alma*, cap. IX, p. 158.

por la profundidad y continuidad de las reflexiones u observaciones que un alma hace sobre sí misma y sobre los demás. Un hombre que no haya corregido sus defectos, que por medio de la humildad no haya llegado a conocerse, no es otra cosa, desde el punto de vista espiritual, que un niño grande e inconsciente. Por haberse ejercitado en mortificar constantemente sus menores apetitos, haberlos observado en sí misma y en sus novicias, por haberse santificado Sor Teresita del Niño Jesús, había acumulado en menos de veinte años una experiencia prodigiosa. Tal es el resultado adquirido por una conciencia siempre alerta y que se examina después de cada prueba. Cuanta experiencia encierra este sencillo pensamiento que ya hemos citado, pero que repetimos porque denota un conocimiento de la naturaleza humana digno de Pascal: «¡Oh! era ya tiempo que Jesús me sustrajera al emponzoñado hálito del mundo! No somos unos más fuertes que otros, y allí donde han perecido otros, también hubiera yo perecido.» He aquí, lo que podría escribir un moralista a sesenta años, en el momento de su muerte, después de la experiencia que le proporcionaron las engañosas amistades del mundo. A la edad de quince años, Teresita, en un viaje, entrevió el abismo por un instante flanqueado, descubrió sus encantadores aspectos, pero con una sola ojeada sondeó también su vertiginosa profundidad. Eso es un ejemplo típico de esta verdad: que un alma humilde y vigilante puede adquirir en un instante y sobre ciertos puntos, más experiencia que la que pudieran proporcionar varios años de vida semiconsciente de las personas que confían demasiado en sí mismas.

Esta observación nos induce a comprender cómo la experiencia se produce inmediatamente por el *Camino de Infancia espiritual*. Desde el momento que un alma se humilla y practica este ascetismo de pequeñez, esta mortifica-

ción a lo infinito de que ya hemos hablado, es necesario que adquiera en algunos meses conocimientos precisos y penetrantes sobre la concupiscencia, el amor propio, la envidia; sobre el deseo de grandezas y el apego a las riquezas que silenciosa y obstinadamente nos combaten. Un alma que está demasiado implicada en las obras exteriores, que no se observa constantemente o que es vanidosa u orgullosa, será siempre el juguete inconsciente de sus violentos o sutiles instintos; y aun cuando llegara a los ochenta años, no poseerá ninguna experiencia espiritual y moral. Apresurémonos a añadir, que en la oración humilde a los pies del Sagrario, rayos de luz sobrenatural iluminan con frecuencia hasta las más tenebrosas profundidades de las concupiscencias todas de nuestra naturaleza pecadora.

Vemos cómo el Camino de Infancia espiritual, con la mortificación, la humildad y la oración que encierra, engendra una consumada prudencia. El discípulo de Sor Teresita llegará a ser «más prudente que los ancianos». Se deduce pues evidentemente, que esta infancia esencialmente dotada de experiencia, en modo alguno puede ser la infancia natural, sensible y humana. Según expresión del Papa Pío XI, sólo tiene de infantil el nombre. ¡He aquí por cierto una observación, que deberán recordar cuidadosamente las almas que aspiran a imitar a Sor Teresita! La Madre Inés de Jesús, a quien la Santa al morir confió el sagrado depósito de su doctrina, nos da sobre este objeto preciosas enseñanzas. Después de advertirnos que la piedad recomendada por Sor Teresita no es en manera alguna «piedad traviesa, pueril e infantil» como alguna vez se ha dicho, añade estas palabras de importancia primordial:

«Sor Teresita, no concebía al término «niño», en el sentido estricto de la palabra. A propósito de los Santos Inocentes, ella misma nos reveló su pensamiento sobre este asunto: «Los

Santos Inocentes, dice, no son niños en el cielo; solamente tienen los indefinibles encantos de la infancia. Nos los representamos niños, porque tenemos necesidad de imágenes para comprender las cosas invisibles.» Así, pues, cuando la Sierva de Dios, para hablar de su vida espiritual se vale de los términos propios a definir lo que es la infancia, es *solamente como comparación* y para mejor expresar su pensamiento.»

Esta última proposición nos enseña que, al tratar de la infancia, desde el punto de vista espiritual, sólo se emplean los términos del humano lenguaje como por analogía. Luego, no hay necesidad de ser un gran Doctor de la Iglesia, para comprender el papel capital que representa la analogía en la teología y en la mística. Y sin pretender llevar a cabo una laboriosa y clásica exposición de la cuestión, podemos indicar algunas reglas elementales del método analógico aplicado al Camino de Infancia espiritual.

II. REGLAS ELEMENTALES DEL MÉTODO ANALÓGICO

Para transponer la noción de infancia del orden natural al orden espiritual, es preciso ante todo eliminar todo lo que en la infancia, tal como la encontramos en la naturaleza, en la vida cotidiana, es una imperfección. Esta primera regla, este primer medio del método analógico es la *via remotionis*, la vía de exclusión. La infancia natural, lo saben muy bien las madres, presenta a la par que cualidades preciosas, muchos defectos fatales. La concupiscencia original es desgraciadamente muy visible, bajo múltiples manifestaciones, en el cuerpo y en el alma de los niños: el amor propio, la envidia, la impaciencia, la cólera, los caprichos y la terquedad. En los mejores, incluso en los que parecen no tener el pecado de Adán, veremos necesaria-

mente la inconsciencia, la ignorancia, la irreflexión, la falta de la razón y la ausencia de dominio sobre si mismos; imperfecciones inherentes a la infancia natural. Tales defectos no pueden en manera alguna ser aceptados en la concepción de la Infancia espiritual. Ante todo es preciso hacer notar, que el Camino de Infancia espiritual excluye todo lo que en la infancia es defectuoso, toda puerilidad. Las almas que adoptarán la espiritualidad de Santa Teresita del Niño Jesús, se guardarán muy bien de todas las puerilidades infantiles; éstas son eliminadas por la primera regla del método analógico, por la *via remotionis*.

Mas al transponer la noción de infancia del orden natural al orden sobrenatural, debemos, después de haber excluído los defectos y las imperfecciones, elevar las cualidades a su mayor grado, y excelencia; esta es la segunda regla del método analógico, *via excellentiæ*. ¿Cuáles son las cualidades de la infancia? Su Santidad Benedicto XV nos las indicó de una manera general cuando escribía:

«Observemos atentamente a un niño de tierna edad, cuyos pies débiles pisan con inseguridad el suelo y sus labios balbucientes no aciertan aún a hablar con claridad. Si por ventura le persigue un compañerito u otro niño más robusto le amenaza, o de improviso se le pone delante un animal que lo atemoriza, ¿adónde se acoge inquieto y medroso? ¿En qué reducto trata de ampararse? Sin duda en los brazos de su madre. Y defendido por su madre, estrechándole en su regazo, ya no es presa de temor alguno; ya deja salir libremente aquella aspiración de que sus pequeños pulmones no parecían antes capaces; y hasta dirige una mirada firme y segura hacia quien le produjo inquietud y espanto, y al parecer le desafía como diciendo: «cierta es mi defensa en los brazos de mi madre... Pues análogamente, la *infancia espiritual* está integrada por la confianza en Dios y por el ciego abandono en sus manos protectoras.» (1)

(1) *Historia de un Alma*, Docum. Pontif., pp. 556 y 557.

Según Benedicto XV, la cualidad dominante de la Infancia espiritual es, pues, la desconfianza en sí mismo al mismo tiempo que la absoluta confianza en la infinita bondad de Dios. Así fué como lo comprendía Sor Teresita puesto que escribió: «Jesús se complace en mostrarme el único camino que conduce a esa hoguera divina: ese camino es el abandono de la criaturita que se duerme sin temor en brazos de su padre» (1).

Entre los textos que Sor Teresita citaba como fundamento de su doctrina, el más esencial de todos es el que está sacado de la célebre escena en que Jesús prohíbe a sus discípulos alejar a los niños: «Dejad que los pequeños se acerquen a mí, no se lo impidáis, pues el reino de Dios es de los que se les asemejan.» San Juan Crisóstomo, en una *Homilía* muy conocida, nos indica otras cualidades de la infancia que el papa Benedicto XV no mentó: «El niño, escribe, no se acuerda de las injurias y aunque su madre le corrija, la busca de nuevo. Si se le presenta a una reina adornada con una diadema, no la prefiere a su madre, pues sólo aprecia los bienes de la tierra por la utilidad que le reportan y no por motivo de grandeza. Nada busca que no le sea necesario, y abandona el seno materno cuando está saciado. No le afectan nuestras vanas preocupaciones de fortuna y honores; no experimenta concupiscencia por la belleza de los cuerpos. He aquí porque Jesús afirma que el reino de los cielos pertenece a los que se asemejan a los niños.»

Si resumimos las cualidades de la infancia, podremos notar principalmente el conocimiento de su debilidad, la confianza en sus padres, una fe absoluta en su palabra y una simplicidad espontánea que no disfraza la verdad; la indiferencia a los atractivos de la sensibilidad y por úl-

(1) *Historia de un Alma*, cap. XI, pp. 210 y 211.

timo, el menosprecio de las grandezas y bienes de la tierra. Hechos hijos de Dios por la gracia y pudiendo llamar a Dios nuestro Padre, debemos llevar estas cualidades a la excelencia y al infinito, en el orden espiritual. ¡Qué ilimitada confianza debemos tener en la misericordia y en la omnipotencia de nuestro Padre que está en los cielos, qué absoluta Fe en sus mandamientos, en sus revelaciones, qué desprendimiento a las grandezas de este mundo, qué amor a la verdad, qué amor a Dios!

Sor Teresita del Niño Jesús manifestó esta virtud, esta fe, este amor, esta simplicidad de la infancia cuando llamaba a Dios Padre: «Papá Dios.» No hizo por otra parte más que traducir al pie de la letra las palabras de San Pablo: *Abba, Pater*. La infinita perfección de Dios Padre es precisamente la razón por la cual las cualidades de la infancia deben ser, en el orden espiritual, elevadas a lo infinito según la segunda regla de la analogía: *via excellentiæ*.

San Juan Crisóstomo, en la *Homilía* sobre las virtudes de la infancia que ya hemos citado, añade: «Unir la simplicidad a la prudencia, es el colmo de la sabiduría, es la vida angélica: *Hæc est vita angelica*.» Desde el momento en que una virtud cualquiera es elevada por la vía de excelencia hasta el cielo, entra necesariamente en la constelación de las virtudes sobrenaturales. Volvemos, pues, forzosamente a nuestra primera proposición, y comprobamos, que la vía de excelencia termina en la conexión de las virtudes, *via connexionis* (1). Importa en efecto observar que si una cualidad natural como la piedad, la misericordia, una cierta bondad pueden, según Santo Tomás de Aquino, existir

(1) Este tercer medio no es ordinariamente expresado por los teólogos, porque lo resulta del objeto mismo de la teología mística, siendo necesariamente las virtudes y los dones conexos; lo recordamos aquí por dirigirnos a lectores no teólogos.

aisladamente, o al menos separadas de las demás virtudes tales como la fuerza, la justicia, desde el mismo momento que esta cualidad es sobrenaturalizada, ya las supone. Cuando se es virtuoso demasiado naturalmente, se tienen los defectos de sus mismas cualidades; cuando se es virtuoso sobrenaturalmente, estos defectos desaparecen y son reemplazados por las cualidades complementarias. La persona buena naturalmente, tiene el defecto de esta cualidad, la debilidad; si es buena sobrenaturalmente, este defecto desaparece y en su lugar vemos la fuerza. Para comprender perfectamente en su conjunto el Camino de Infancia espiritual, es necesario pues, después de haber excluido los defectos de la infancia natural, y de haber elevado las cualidades a su excelencia, unir las a las virtudes complementarias por la vía de conexión. Entonces se llegará verdaderamente «al colmo de la sabiduría.»

III. SIMPLICIDAD INGENUA Y PRUDENCIA CONSUMADA

Para cerciorarse de que Sor Teresita, bajo el general aspecto de simplicidad, observaba con la mayor prudencia todas las virtudes, es preciso releer su autobiografía. No nos faltan tampoco rasgos particulares que nos demuestran claramente como practicaba ella la simplicidad de la infancia. La franqueza, sabido es, hace a los niños insoportables, Teresita, sin ser en manera alguna insoportable, sabía ser siempre sincera y franca. En su primera juventud, leyó un libro en el que, una directora de una casa de educación, era alabada por saber salir bien de todos los apuros sin ofender a nadie; decía a una: «Usted tiene razón»; a otra: «Usted no se equivoca.» Esta diplomacia con mezcla de

doblez repugnó instintivamente a la infantil lealtad de Teresita: «¡Oh! yo no lo hubiera hecho así; debe decirse siempre la verdad.» Más tarde, al recordar este hecho a la Madre Inés de Jesús, Sor Teresita le dijo hablando de sus novicias: «Digo siempre la verdad. Me cuesta más trabajo, es cierto, porque es preciso reconocer que sería sumamente fácil, cuando vienen para manifestarme algún disgusto, echar la culpa a los ausentes; al punto la que se queja se tranquilizaría. Sí, pero yo hago todo lo contrario. Si por esta razón no soy amada, no importa. No acudan a mí si no quieren saber la verdad (1). ¡Cuántos males se evitarían si se practicara esta franqueza entre los cristianos e incluso en los monasterios! He aquí uno de los casos donde Sor Teresita, hacia el fin de su vida, afirmó de una manera categórica que la franca simplicidad debía ser siempre porción del Camino de Infancia espiritual:

«Al fin de su vida, declara la Madre Inés de Jesús, le pedí dirigiera al doctor que la cuidaba, algunas palabras de edificación. Me contestó: «Ay Madre mía, no es esta mi manera de ser; que el doctor piense lo que quiera, amo la simplicidad y tengo horror a lo contrario. Le aseguro que si hiciera lo que desea, estaría mal de mi parte.» El 9 de Julio de 1897, el Superior del Carmen vino a visitarla con el objeto de administrarle la Extremaunción. No la encontró lo bastante mal a causa de lo amable y sonriente que se mostró. Luego le dije que no sabía portarse de manera que le concedieran lo que deseaba del Superior. Me contestó graciosamente: «Desconozco el oficio.»

Por nada hubiera consentido Sor Teresita del Niño Jesús, disfrazar en algo su pensamiento o solamente adoptar las apariencias de una enfermedad, desgraciadamente

(1) *Historia de un Alma*, Consejos y Recuerdos, p. 299.

muy real. No sólo pretendía conservar la sencillez de la infancia, sino que quería aún que esta sencillez fuera graciosa. De ahí su abandono absoluto a la bondad y a la omnipotencia del Padre que está en los cielos. Cuando hallaba una dificultad: «se refugiaba muy aprisa en los brazos de Dios, imitando a los pequeñuelos que bajo el imperio del terror, esconden su rubia cabecita en el hombro de su padre». ¡Cuánto heroísmo y abnegación exige este abandono tan sencillo! Citaremos una página de la autobiografía aparentemente infantil, y en realidad saturada de una resignación magnánima; pues sabido es, que las virtudes más diversas están como unificadas en el Camino de Infancia. Además, nos consta, que esta sencilla página ha alentado a muchas almas que, hallándose atribuladísimas han tomado por modelo a Sor Teresita. Encontrábase la Santa en Roma, después del fracaso de su petición al Soberano Pontífice; escribe ella:

«Hacia ya algún tiempo que me había ofrecido al Niño Jesús para su *juguete*. Habíale rogado que no se sirviera de mí como de un juguete de valor, al cual se contentan con mirar los niños sin atreverse a tocarlo, sino como de una pequeña pelota sin valor alguno, que podía tirar al suelo, empujarla con el pie, *taladrarla*, abandonarla en un rincón, o bien estrecharla contra su corazón, si en ello hallaba placer. En una palabra: *quería divertir al Niño Jesús, y entregarme a sus caprichos infantiles*. Acababa de atender a mi ruego. En Roma *taladró* Jesús su juguete, *sin duda para ver lo que había dentro...* luego, satisfecho de su descubrimiento, dejó caer su pelotita y se durmió. ¿Qué hizo durante su dulce sueño, y qué fué de la pelota abandonada? Soñó Jesús que seguía jugando con ella, que ahora la cogía, ahora la dejaba; que la arrojaba rodando muy lejos y finalmente, la estrechaba contra su Corazón, y su manita no volvía a soltarla jamás.» (1)

(1) *Historia de un Alma*, cap. VI, p. 110.

Cuantos símbolos análogos podríamos èntresacar de la vida de Sor Teresita del Niño Jesús! Ciertamente poseía ella el carácter jovial, el gracioso candor de los hijos de Dios. La Santa conservó siempre esta gracia encantadora de la infancia. A pesar de que su estatura era más que mediana, sus hermanas en el convento la llamaban siempre, nuestra Teresita como suele hacerse con las personas dotadas de un carácter juvenil. Antes de tachar a la Santa de puerilidad, sería bien no desconocer sus cualidades contrarias, y considerar atentamente todo lo que, por un visible contraste, su alma presenta de prudencia. «Desde su infancia, declaran sus propias hermanas, la oímos proferir palabras que demostraban cuánto tenía de seria y reflexiva.» Luego, cuando a veinte años le fué confiada la dirección de las novicias en circunstancias delicadísimas (su hermana, la Madre Inés de Jesús, era Priora y la Madre Gonzaga, maestra de novicias) la Santa se condujo con *prudencia consumada*. Por eso, desde sus primeros años de vida religiosa fué considerada como un alma dotada de un profundo espíritu de juicio y de una inspiración sobrenatural. «Era niña sólo por la edad; más si se necesitaba un consejo, era a ella, a la más joven a quien se dirigían sus hermanas.»

Autorizadas opiniones afirmaron que pronto fué ella juzgada capaz para desempeñar cargo más importante, el de Priora. «Hubiera sido muy capaz, declara la Madre María de los Angeles, su antigua maestra de novicias, de desempeñar cualquier cargo importante de la Comunidad, incluso el de Priora... Encargada del noviciado, cumplió como la religiosa más experimentada, si bien este nombramiento sólo tuvo el título de auxiliar.» Citaremos una declaración llena de interés del Canónigo Domin, el capellán de las Benedictinas que enseñó el catecismo a Teresita a la que llamaba «su doctorcito». Los autores profanos, los in-

crédulos que están persuadidos según su expresión, que el clero «cultiva en el internadero conventual las almas místicas», podrán convencerse, al estudiar a fondo la vida de Sor Teresita del Niño Jesús, que los directores de conciencia, en general, están muy lejos de ser unos «astutos alentadores». Casi todos los sacerdotes que consultó la Santa, se mostraron desconfiados tanto respecto de su precoz vocación como de su nueva doctrina; del Camino de Infancia.

«Recuerdo, dice Mons. Domin, que el pensamiento de que lisonjeaban y adulaban a la Sierva de Dios me persiguió incluso después de su entrada en el Carmen. El capellán del Carmen en aquella época, el P. Youf me habló también algunas veces de las cualidades extraordinarias de Sor Teresita; me decía textualmente lo siguiente: «Aunque muy joven, si la Comunidad tuviera necesidad de Priora, podrían nombrarla sin temor alguno.» — Estas palabras de mi compañero, me parecieron ser lo que los ingleses llaman un *bluff*, y por esto no fui a verla al Carmen... ¡Ay de mí! era yo el que estaba equivocado al no creer en su virtud, ahora lo reconozco.»

El canónigo Domin, y la confesión es muy meritoria, no reconoció la excepcional prudencia de Sor Teresita hasta el Proceso de Beatificación; este excepticismo receloso nos recuerda en cierto modo al del apóstol Santo Tomás que creyó en la resurrección cuando hubo visto. Para creer en la sobrenatural prudencia de una religiosa de veinte años, es preciso ser testigo ocular o al menos poseer pruebas múltiples y categóricas. Desde los primeros días del noviciado de Sor Teresa, la Madre María de Gonzaga escribió. «Jamás hubiera creído en una niña de quince años un juicio tan avanzado; nada se la tiene que reprender, todo es perfecto.»

¡Qué contradicción, que antinomia! ¿Puede una niña de quince años ser prudente y experimentada? A la inversa,

¿puede una persona anciana conservar o adquirir las cualidades de la infancia? Sor Teresita afirma ser posible el conservar la simplicidad infantil incluso en los cargos más importantes y temibles, incluso en la edad más avanzada. Con graciosísima simplicidad daba la Santa al fin de su vida los consejos más sabios. «Sor Teresita del Niño Jesús. nos dicen, era a la par muy sencilla y muy prudente en los consejos que daba a las almas.» La Madre Inés de Jesús después de su priorato, recibió varias veces por compasión las confidencias de una Hermana que sentía la necesidad de ser confortada. Sor Teresita opinó que era mejor abstenerse; dijo: «Es una ilusión el creer que se puede hacer el bien fuera de la obediencia, no solamente no se puede hacer el bien a una pobre alma escuchándola, sino que se puede perjudicarla y exponerse uno mismo a ofender a Dios.» Este consejo estaba impregnado de juiciosa prudencia.

A pesar de la extrema simplicidad con que la Santa velaba su prudencia, acabó ésta por ser apreciada no sólo por las novicias que, durante su última enfermedad, no la dejaban ni gozar de tiempo para sus acciones de gracias, tan ávidas estaban de libar en su sabiduría, sino también de las Hermanas antiguas; éstas, sin ser vistas, en la penumbra, ya sea porque la vejez no suele pedir con gusto consejos a la juventud, o por otra razón, fueron también a consultar a la joven Santa. «Su dirección era segura, dice una de sus novicias, tenía respuesta para todo; jamás retrocedía ante el deber, mas cuando era oportuno también era dulce y compasiva. No podía tolerar que se concediera importancia a pueriles sufrimientos. Sin querer confesarlo, todas gustaban de su dirección, y aunque no fuera ella todo ternura y suavidad, a ella se recurría por una necesidad de verdad. Algunas ancianas, deseosas de consejo, para sí mismas, fueron como Nicodemus, en días de licencia en

los que está permitido visitarse, a verla en secreto.» Y Sor Teresita que se complacía en citar el texto de Nuestro Señor al Maestro de Israel, explicaba cómo se debía renacer de nuevo, *oportet renasci denuo*; puesto que la Infancia espiritual es un segundo nacimiento a otra vida sobrenatural y mística. Por la abnegación de sí mismo, se nace a la vida espiritual, vida de la gracia eficaz y de los dones del Espíritu. Habiéndose la Santa creado un conjunto de doctrina muy personal, si bien al mismo tiempo muy tradicional, pudo exponer el profundo significado del Evangelio y satisfacer a todas las preguntas.

IV. LOS DONES DEL ESPÍRITU. EL DON DE SABIDURÍA

Hemos procurado explicar como esta prudencia, esta experiencia prematura, este juicio tan seguro que llegaba a parecer infalible, podían en Sor Teresita, dimanar en parte de su mortificación al infinito, de sus progresos en el camino de la santidad, de su intuición psicológica, mas cuando tratamos de juntar esta prudencia a su simplicidad, a su ingenuidad, nos apercibimos que todas estas explicaciones son insuficientes, que es preciso un último análisis, recurrir a un don sobrenatural, al don de Sabiduría. Después de haber contesado que como David, era ella más prudente que los ancianos, Sor Teresita nos ha indicado ella misma la clave de este misterio. «A menudo, escribe, el Señor se complace en otorgar la *sabiduría* a los más pequeños.» El Papa Pío XI, en su *Homilía* de la fiesta de canonización declaró: «Quiso pues la divina Bondad, dotar a Sor Teresita y enriquecerla con el don de *Sabiduría* en grado excepcional... el Espíritu de verdad le descubrió y mostró lo que

sabe ocultar a los sabios y prudentes y revelar a los pequeños» (1).

La aparente contradicción, la antinomia que habíamos comprobado en Sor Teresita entre la simplicidad infantil y la consumada prudencia de la experiencia, cualidades que de ordinario se excluyen hasta tal punto que parecen incompatibles, esta antinomia no se explica por fin sino por el don sobrenatural de Sabiduría.

No vayamos a creer, que este don de Sabiduría, como también los demás dones del Espíritu Santo, sea precisamente el resultado del estudio, del ejercicio, de los esfuerzos humanos; sin duda, los esfuerzos meritorios pueden preparar hasta cierto punto al alma para recibir los dones sobrenaturales; mas estos, son de orden muy del todo distinto que las virtudes adquiridas mediante la repetición de actos. Los dones del Espíritu Santo pueden, en cierto modo, compararse a los del talento; ahora bien, sea del género que sea, el talento no se adquiere por métodos ni ejercicios. El don de la palabra, el genio de la elocuencia, no son el resultado de una paciente labor, a pesar de que se diga lo contrario; lo mismo sucede con la poesía, la literatura y las artes. Pascal lo sabía bien, y se oponía en esto absolutamente al espíritu cartesiano, que ponía toda su confianza en el método racional y voluntario; por esto escribió. «La verdadera elocuencia se burla de la elocuencia.» Con más razón, los dones del Espíritu Santo no se adquieren, son infusos. No fué precisamente por su ascetismo, por su estudio de sí misma y de los otros que Santa Teresita del Niño Jesús adquirió desde la edad de quince años la Sabiduría, era en ella un don del todo gratuito del Espíritu Santo.

(1) *Historia de un Alma*, Apéndice, p. 577.

Una segunda diferencia, según Santo Tomás de Aquino, distingue los dones del Espíritu Santo de las virtudes: no solamente son gratuitos en su origen, proceden de lo alto y pueden ser dados en un instante como a los Apóstoles en el día de Pentecostés; sino que en su ejercicio no están sujetos a lentas operaciones, a exámenes, a deducciones de la razón, a los esfuerzos laboriosos de nuestra voluntad; operan ellos de una manera inmediata y fácil. Aristóteles, discípulo en esto de Platón, había ya observado que el talento en sus evoluciones era dirigido no por la razón, sino por una intuición superior que llamaba instinto íntimo. Hemos insistido sobre la particularidad de que Sor Teresita, muy intuitiva, no se conducía según los procedimientos y las reglas de la razón operante o del espíritu geométrico, sino que, obrando con suprema libertad, impulsada por el talento y los dones sobrenaturales, realizó maravillas. Sin plan anteriormente trazado, sin reglas ni procedimientos de composición literaria, escribió un libro, una obra maestra. Es un plagio, dicen los incrédulos, su mano fué muy dirigida, mas estas suposiciones por poco que se las examine resultan faltas de consistencia y se desmoronan al primer sondeo. Sor Teresita, era un alma genial e inspirada, lo mismo obró en la poesía y la pintura, fué por un don de talento rayano al prodigio que pintó, sin poseer conocimiento alguno, un gran cuadro para el oratorio del convento. Sor Genoveva, su hermana Celina, muy artista y juez competente en la materia, afirma:

«Siempre he considerado como una gracia absolutamente sobrenatural, el que pudiera, sin haber recibido jamás lección alguna, ejecutar la pintura mural del oratorio compuesta de un grupo de angelitos, cada cual con su atribución. Este trabajo que debía efectuarse en un lugar tan falto de luz que un experto hubiera fracasado, no es una copia, sino una composición original, lo que resulta aún más sorprendente.»

Es propio del genio, ayudado por la gracia, el ejecutar obras prodigiosas sin el auxilio o la cooperación de las reglas racionales e incluso en oposición de todas ellas. Así fué como Juana de Arco alcanzó tantas victorias. Estaba dirigida por los jefes militares, por los consejeros del Rey, dicen Voltaire y Anatole France. Examinad esta hipótesis y se esfumará. Juana de Arco, al igual que Sor Teresita, estaba guiada por los dones superiores. Si bien todos los Santos poseen las virtudes morales, las virtudes infusas y los dones del Espíritu Santo, no obstante, por ser tan diversos, por haber heredado un temperamento, una educación, un carácter muy diferentes, recurren los unos más a las virtudes morales, a las virtudes teologales, y otros a los dones del Espíritu. Los que se sentirán más inclinados a someter su conducta al gobierno de la razón, al método racional y voluntario, ejercerán preferentemente las virtudes, en tanto que por el contrario, los que están más dotados de intuición que de razón operante, obrarán más bien bajo la impulsión de los dones; pues según la doctrina de Santo Tomás de Aquino, las virtudes nos hacen más gobernables, más dóciles a la razón, en tanto que los dones nos disponen a ser movidos por una inspiración sobrenatural, por un instinto divino. Opinamos, por ejemplo, que San Ignacio de Loyola, concedió en su método de meditación y de vida de oración una mayor parte a la razón, mientras que Sor Teresita, poco inclinada al raciocinio, obraba más bien por inspiración. Apropiándonos la terminología pascaliana diremos que: por las humillaciones, se ofrecía ella a las inspiraciones. Muy consciente de su impotencia infantil, lo esperaba todo del Espíritu Santo. Escribió:

«Muchas veces he observado que Jesús no quiere darme provisión de alimento; me sustenta a cada instante con manjar

del todo nuevo, que encuentro en mí, sin saber cómo está ahí. Creo sencillamente que es el mismo Jesús *que obra en mí de un modo misterioso*, escondido en lo íntimo de mi pobre corazóncito, y *me inspira todo lo que quiere que haga en el momento presente»* (1).

Quizá desde el siglo XVII, después de los progresos de la filosofía cartesiana y del espíritu científico, se había sometido en exceso las acciones de la vida mística a las reglas del método racional; ello originó un cierto desconocimiento de los dones del Espíritu. Sólo se conocían las virtudes morales, teologales y las gracias místicas extraordinarias. La doctrina teológica sobre los dones del Espíritu Santo, a pesar de ser tan práctica, se descuidó hasta tal punto que sólo presentaba, decían, un interés histórico. Ha sido preciso reaccionar, volver a crear, digámoslo así, esta doctrina tan abandonada de los dones sobrenaturales, muy distintos de las virtudes en su modo de operar. Es pues evidente, que Santa Teresita del Niño Jesús, al renunciar gustosa a los éxtasis, visiones, gracias propiamente extraordinarias, en su vida mística fué dirigida de un modo especial por los dones del Espíritu Santo. Es este otro carácter de la espiritualidad de la Santita por el que se nos revela muy actual. Se recordará el excepcional cuidado con el que la Santa se había preparado para recibir el sacramento de la confirmación. Se extrañaba ella del poco aprecio que algunas veces suele concederse a este sacramento. «No concebía que hubiese quien no pusiera muchísima solicitud en la recepción de este sacramento de amor» (2). Su retiro de preparación se prolongó a causa de una demora, Teresita dió por ello gracias a Dios y redobló su fervor. En el Pro-

(1) *Historia de un Alma*, cap. VIII, p. 134.

(2) *Historia de un Alma*, cap. IV, p. 63.

ceso de canonización encontramos esta significativa declaración que nos obliga a reflexionar:

«Durante el pequeño retiro que precedió a su confirmación, se mostró muy aplicada en estudiar los dones del Espíritu Santo. Sobre todo desde aquella época, raras veces se valió de libro para rezar. Su oración era interior y parecía ser una contemplación.»

Fué, pues, especialmente esta infusión de los dones del Espíritu que tornó a Teresita contemplativa, y enseñándola a orar por elevación propia la desembarazó de las fórmulas «a cual más hermosa» de los manuales de piedad. Por otra parte, una de sus hermanas (Celina), nos corrobora que la preparación para el Sacramento de la Confirmación produjo en su alma una infusión de fervor enteramente excepcional.

«Los pocos días que precedieron a su confirmación, el 14 de junio de 1884, se grabaron profundamente en mi memoria. Teresita, tan tranquila de ordinario, no era la misma; una especie de entusiasmo y de santa embriaguez bullía en su interior. Un día de su retiro preparatorio, le manifesté mi extrañeza de verla en estas disposiciones. Me explicó lo que comprendía de la virtud de este sacramento, de la posesión de todo su ser por el Espíritu de amor. Había tanta vehemencia en sus palabras, tal fulgor en su mirada, que penetrada de una sobrenatural impresión, me retiré muy emocionada. Fué tan profunda la conmoción recibida que jamás se borrará de mi memoria, veo aún su gesto, su actitud, el lugar que ocupaba; este recuerdo es indeleble.»

Señaló también la Santa la fecha de la Confirmación como una de las más memorables de su vida interior. Como exactamente lo discernió el P. Madelaine, abate de los Premonstratenses, uno de sus confesores: «desde entonces todo la llevaba a la oración, la vista de una flor, la belleza de la

creación. Poseía una facilidad sorprendente para la oración. *Era un don sobrenatural.*» No podría definirse mejor. Este instinto sobrenatural que obra sin esfuerzo, espontáneamente, sin estudio; que lleva a un alma a rezar, a hacer oración como la abeja fabrica su miel y el pájaro su nido, es precisamente el Don del Espíritu, el Don de Piedad. Sor Teresita nos dijo también en su autobiografía, que por la Confirmación recibió el Don de Fortaleza: «Recibí aquel día *la fortaleza* para padecer, fortaleza que me era muy necesaria, pues presto iba a comenzar el martirio de mi alma» (1).

Trataremos en el próximo capítulo del don de Fortaleza. Nos hemos permitido una digresión sobre la naturaleza y la importancia de los Dones del Espíritu Santo en la vida espiritual de Sor Teresita, y por consiguiente en su camino de infancia; volvemos al don de Sabiduría, pues sólo él puede explicar cómo la Santa unió tan espontáneamente la simplicidad de la infancia a la prudencia de la ancianidad.

El don de Sabiduría, como los otros dones, no subordina el alma contemplativa a la razón; al contrario, la liberta y la pone en comunicación directa con el Espíritu Santo, la hace apta, por intuición, para distinguir desde un principio las ilusiones peligrosas y para reconocer, como por un sentido especial, el verdadero camino. Este don de Sabiduría, especie de instinto divino, es el que nos hace comprender cómo pudo ella, a pesar de su corta edad, dar avisos tan seguros y preciosos a sus novicias, a las Hermanas antiguas e incluso a la misma Priora. Cuando con autoridad afirmaba a la Madre Inés de Jesús: «créame Madre mía, no se lance jamás por el camino de las mortificaciones excepcionales, hay que desconfiar, no es el de las almas peque-

(1) *Historia de un Alma*, cap. IV, p. 63.

ñitas como las nuestras», Sor Teresita se sentía inspirada por el don de Sabiduría. Lo mismo, cuando recomendaba la mayor discreción en la correspondencia epistolar entre religiosas y sacerdotes jóvenes, la Hermanita se mostró, gracias a esta Sabiduría de lo alto, una niña con mucha experiencia.

«Estoy persuadida que cualquiera de nosotras, decía, escribiría lo que yo escribo, recibiría las mismas alabanzas y la misma confianza. Mas es sólo por la oración y el sacrificio que podemos ser útiles a la Iglesia. La correspondencia debe ser rarísima y se debe prohibir completamente a ciertas religiosas que se preocuparían demasiado y creerían obrar maravillas cuando en realidad dañarían su propia alma y caerían quizá en los lazos más sutiles del demonio.»

Sor Teresita sabía, sin haberlo conocido, que el corazón humano puede bajo falaces pretextos apegarse a criaturas lejanas, desconocidas, y que la imaginación idealiza, por lo que insistía:

Madre mía, lo que acabo de decirle es muy importante; le ruego que más tarde no lo olvide. En el Carmen es menester no acuñar moneda falsa para comprar las almas... y a menudo, las hermosas palabras que se escriben y las hermosas palabras que se reciben, sólo son un cambio de moneda falsa» (1).

Si la Santa hablaba con autoridad como de una fundadora, es porque estaba impulsada a hacerlo por el espíritu de Dios y se sabía inspirada por el don de Sabiduría. Además ¿no era ella, propiamente hablando, una fundadora espiritual? ¿No había creado una doctrina, este *Camino de Infancia Espiritual* cuyas esenciales líneas trazó de un modo particular en los últimos capítulos de su obra? Como lo recordó últimamente el Soberano Pontífice, gracias a un

(1) *Vida de Santa Teresita*, por el P. Javier, cap. XXI, p. 456

«don excepcional de Sabiduría, el Espíritu de verdad le enseñó, le descubrió, lo que ordinariamente oculta a los sabios y prudentes y revela a los humildes. Adquirió en efecto una tal ciencia de las cosas sobrenaturales que pudo trazar a los demás un camino seguro de salvación».

V. NI QUIETISMO, NI ILUMINISMO

Es preciso evitar una equivocación cuyas consecuencias podrían ser perniciosas. Hemos visto que los dones del Espíritu Santo, y de un modo particular el don de Sabiduría, nos son gratuitamente concedidos y que nos hacen obrar espontáneamente por una impulsión y una inspiración divina. Mas no por eso debemos concluir que nos dispensan de toda labor, de toda investigación, de toda prueba. No es el talento el fruto del trabajo, mas lo supone. Lo mismo sucede en el orden sobrenatural. Fué verdaderamente, como lo escribió Benedicto XV, el Espíritu de verdad quien enseñó, reveló a Sor Teresita del Niño Jesús el Camino de Infancia espiritual; pero verdad es también que la Santa había reflexionado, tanteado y sufrido mucho en la invención, en la exploración de este *Camino* en parte nuevo!

«Una inteligencia poco común, escribió una de sus hermanas, una seguridad de juicio precoz en sumo grado, la prematura experiencia del sufrimiento la colocaron desde muy joven en una atmósfera superior a la de la tierra. Entrada en la soledad a los quince años, se dedicó a activas y continuadas pesquisas... Su camino, no le fué señalado en el éxtasis, fué en el seno de las tinieblas más densas que hubo de descubrirlo... Vencido por su constancia en la persecución audaz de una verdad desconocida en demasía, el Señor se volvió hacia ella. Entonces le fué abierto, para ella y para millares de almas, su camino, el Caminito...»

Tampoco debe creerse, que Sor Teresita del Niño Jesús, asistida por los dones de Sabiduría, Entendimiento y Consejo, creara su doctrina del todo original sin copiar nada de sus antecesores, sin consultar a nadie. Ya hemos dicho el estudio que había hecho del Evangelio, de la *Imitación de Jesucristo*, de San Juan de la Cruz. Entre las personas que de algún modo pudieron iniciarla en su Camino de simplicidad, de abandono, de infancia espiritual, debe sin duda señalarse a la Madre Genoveva, la fundadora espiritual del Carmen de Lisieux, a quien Sor Teresita parece particularmente haber apreciado. «Quiero decirle Madre mía, mi dicha por haber vivido varios años junto a una santa, no inimitable, pero sí santificada por virtudes escondidas y ordinarias... Ah, aquella santidad, a mi parecer, es la más verdadera y la *santa*; es la que anhelo, pues no cabe en ella la menor ilusión» (1). La Madre Genoveva ofreció, pues, a Sor Teresita desde su entrada en el convento, un modelo de santidad digno de ser imitado. La fundadora, como ya hemos advertido, no era partidaria de las penitencias de supererogación, recomendaba «los pequeños sacrificios, sobre todo los interiores, pero desde luego tan pequeños que no costasen gran cosa», y ya sabemos el lugar importante que este ascetismo de pequeñez ocupa en el *Camino de Infancia*. Por último, la Madre Genoveva hizo adoptar en el Carmen de Lisieux la devoción a la Sagrada Faz del Señor, y obtuvo el permiso de colocar en la capilla del convento una imagen del velo de la Verónica. No obstante es preciso no exagerar la filiación entre Sor Teresita del Niño Jesús y la Madre Genoveva de Santa Teresa. La Madre Genoveva no hizo sino introducir a Sor Teresita en el camino de abandono; la Santa, con paso más firme, con más decisión, alen-

(1) *Historia de un Alma*, cap. VIII, p.p 139-140.

tada y siempre aprobada sin la menor discordancia por la Madre Inés de Jesús, iba a recorrer el Camino hasta su término. Mas al adelantarse y dejar muy atrás a la fundadora en la carrera que ella misma había descubierto, Sor Teresita debía causarle sorpresa e inquietud. En las notas sobre la Reverenda Madre Genoveva de Santa Teresa, leemos:

«No encontró Sor Teresita del Niño Jesús para sus exploraciones sobre el Corazón Divino, la ayuda que de ella hubiera podido esperar. Tantas veces profeta, la Madre Genoveva nada adivinó de los sublimes destinos que aguardaban a su ilustre hija. La humilde Madre, incluso en varias ocasiones se asustó del atrevimiento de sus pensamientos y la desconcertó. Dios así lo permitió, probablemente para que la santa joven permaneciese oculta e ignorada, y para que el mérito de sus pesquisas fuera más incontestable.»

Que la Madre Genoveva de Santa Teresa no sospechase siquiera la misión y la gloria de Sor Teresita del Niño Jesús, ¡he aquí un problema capaz de provocar las reflexiones más profundas! Sin embargo, la Madre Genoveva había sido favorecida por un sueño muy misterioso y de naturaleza tal, que debiera haberle llamado la atención sobre el mérito de su hija. Una santa religiosa, difunta ya en aquel entonces, sor Adelaida, se le había aparecido en sueños, deslumbrante de hermosura, sosteniendo en sus manos una pluma de marfil con la que le señalaba un libro colocado en el estante de una librería al lado del Evangelio; en el lomo de este libro, la Madre Genoveva sólo pudo leer estas palabras: «*Camino de...*» La Madre, familiarizada con las revelaciones, se dió perfecta cuenta de que no se trataba de un vano sueño. Paralizada, incapaz de ir a ver al capellán, el P. Youf, le mandó llamar, mas ninguno de los dos supo interpretar fielmente el sueño y discernir cuál era aquel

«*Camino de...?*» que convendría publicar, que sería colocado al lado del Evangelio y que glorificaría para siempre el Carmen de Lisieux.

Es bastante frecuente que el maestro se asuste del atrevimiento del discípulo que se le distancia; más ¡qué tristeza también la del discípulo cuando se siente incomprendido y no del todo aprobado por los mismos que le han inducido a emprender el camino verdadero! Sor Teresita espanta a la Madre Genoveva por la audacia de sus miras, y en cierto modo, está como censurada; ¡qué prueba más íntima y más dolorosa! ¿Estaba al menos sostenida la Hermanita por algún doctor en teología o por algún sabio confesor autorizado y prudente?

Un crecido número de grandes santos como Santa Clara, Santa Teresa de Avila, Santa Juana de Chantal fueron constantemente ilustradas por Santos, por directores eminentes. Si Sor Teresita hubiese contado con la asistencia de un capellán tal como San Juan de la Cruz o San Francisco de Sales, su tarea hubiera sido muy facilitada; pero es un hecho notable e incontestable, que la Santa no tuvo jamás un verdadero director. Verdad es que siempre sometía sus apreciaciones, el estado de su alma a sus confesores, particularmente a los predicadores de los retiros, mas éstos, inquietos por sus deseos infinitos, su audaz confianza en la misericordia divina, su pretensión de igualarse en el amor a los místicos más célebres, estuvieron también a punto más de una vez de desconcertarla.

La Madre Genoveva, la fundadora, se complacía en repetir «que Dios no es un disputador» y que no tendrá en cuenta nuestras involuntarias flaquezas. Sor Teresita, entrada de lleno en este camino, se sentía impulsada por el Espíritu de Sabiduría a llevar más adelante la confianza en la misericordia divina. Érale imposible compartir, en

orden a la salvación, las angustias y temores de ciertos Padres de la Iglesia o solitarios del desierto: «Los niños, pensaba, no se condenan.» Por el contrario, cuando los predicadores de los ejercicios espirituales, con el afán de excitar a las almas tibias a una mayor fidelidad, exageraban un tanto la facilidad con la que una religiosa puede llegar a cometer faltas graves, Sor Teresita palidecía, perdía el apetito y el sueño, y habría concluído por enfermar si el retiro se hubiera prolongado. Durante el retiro que siguió a su profesión, dos años y medio después de su entrada en el Carmen, encontró al fin un confesor que aprobó plenamente su camino de abandono; fué el P. Alexis, de los Recoletos de Caen, quien la libró de toda vana aprensión, y le aconsejó avanzar sin temor: *Duc in altum*:

«Me afligían entonces toda clase de penas interiores, que me sentía incapaz de declarar, y he aquí que mi alma se dilató perfectamente; fuí entendida de un modo maravilloso, y hasta adivinada. Lanzóme el Padre a velas desplegadas por las ondas de la confianza y del amor, que tanto me atraían sin osar yo avanzar por ellas» (1).

Según parece, es el único caso en que un director intervino de manera decisiva, en la orientación de la espiritualidad de Sor Teresita, y sólo se limitó a aprobar; y, como si Dios quisiera que la Santa abriera su camino con la sola asistencia de la Sabiduría divina, le fué negado el permiso de una segunda consulta con el Padre Alexis.

La Providencia, que predestinó a Sor Teresita del Niño Jesús para ser el modelo de las almas pequeñas, al privar a la Santa de una íntima dirección ¿no quiso darnos, todavía, una preciosa lección? ¡Cuántas almas fervientes, a

(1) *Historia de un Alma*, cap. VIII, pp. 138 y 139.

causa de la escasez, o por falta de tiempo de los confesores, se ven hoy privadas de los consejos asiduos de un guía experto, sabio y prudente! Si esta privación no es en modo alguno imputable a ellas por su negligencia, amor propio, orgullo o deseo de independendencia, no deben inquietarse demasiado; Nuestro Señor les enviará su Espíritu, y él será su director, como lo fué de Sor Teresita. Por otra parte, ¡cuántos peligros encierra una dirección demasiado minuciosa y frecuente! A menudo mézclase mucho amor propio, sutil e imperceptible afán de consolaciones humanas, intelectuales o sensibles. Llega un alma a examinarse, a analizarse demasiado, incluso durante sus oraciones. ¿No es más útil abismar su miseria bajo la mirada de Jesús e implorar su Luz? También se encuentran almas que se imaginan que la perfección consiste en no tomar por sí misma ni la más pequeña decisión, por lo que, tórnanse pusilánimes, titubeantes y pierden la energía de su carácter. Sin duda alguna, un confesor prudente que siga a un alma, llegue a conocerla bien, y sepa de vez en cuando darle un consejo decisivo cuando se encuentre en la incertidumbre, es precioso e indispensable.

El director es particularmente necesario a los principiantes que, arriesgándose solos por las sendas de la perfección, correrían el riesgo de extraviarse. Mas, lo que un alma piadosa debe evitar, es el apego humano a su director, el llegar, aunque inconscientemente, a considerarlo como un confidente indispensable, como un amigo espiritual, un obligado intermediario entre Dios y ella. San Juan de la Cruz, formalmente enseña en diversas ocasiones en el *Comentario* sobre las últimas estrofas del *Cántico Espiritual*: que cuando un alma está llamada a ser la esposa de Jesucristo, el director debe borrarse progresivamente y desaparecer en lo posible. Como se ve, no

pretendemos excluir el recurso a los confesores, directores, superiores o guías espirituales de una manera habitual, y sobre todo en los casos críticos o de incertidumbre; pero las almas pequeñas, viven en un abandono tal, en una confianza tan grande, que los momentos críticos son raros. «Encuentran siempre agradable, lo que Jesús hace o permite.»

Sor Teresita podía afirmar sinceramente no haber tenido otro director que a Jesús. Una novicia le preguntó cierto día:

«¿Quién le ha enseñado su *caminito de amor*?» Respondió ella: «Sólo Jesús es quien me ha instruído, ningún libro, ningún teólogo me lo ha enseñado y, por lo tanto, siento en el fondo de mi corazón que estoy en la verdad. No he recibido estímulo de nadie excepto de la Madre Inés de Jesús. Cuando se ha presentado la ocasión de expansionar mi alma, he sido tan poco comprendida, que al igual que San Juan de la Cruz, he dicho a Dios: No quieras enviarme de hoy más ya mensajero, que no saben decirme lo que quiero. (*Canto Espiritual*, canción 6.ª)»

¿Existe declaración más sincera, más franca, más capaz de hacernos entender que el *Camino de Infancia Espiritual* es un fruto del don de Sabiduría? Ningún libro, ningún teólogo se lo enseñó, fué el espíritu de Jesús que inspiró directamente a Sor Teresita. Jamás se verificaron de una manera más sorprendente las palabras de Jesús: «Te glorifico, oh Padre, porque has revelado estas cosas a los humildes y las has ocultado a los sabios y entendidos.»

En resumen, y para terminar, lo que en primer lugar caracteriza la espiritualidad, el Camino de Infancia espiritual enseñado por Santa Teresita del Niño Jesús, es la simplicidad. Su camino es ante todo, una simplificación. Con mucho acierto se ha escrito en el Prefacio de la *Historia de un Alma*: «Preciso es reconocerlo, aquel espíritu de infancia sobrenatural tendía a alterarse aún entre los fervientes.

Ansiosas y languidecentes, buscaban muchas almas una perfección sutil... Nosotros, que nos llamamos «doctores en Israel», enseñábamos al mundo una teología muy sabia que los fieles no tenían tiempo de escuchar. Y el Señor compadeciéndose de aquella muchedumbre... Tomó a una niña, Teresita, y la colocó en medio de sus Apóstoles. Y esta niña les reveló verdades tan sencillas, tan atractivas, que los doctores hubieron de reconocer su propia ignorancia, y se fueron tras de la niña para enseñar al pueblo su doctrina» (1).

Imposible expresarse mejor. Esta simplicidad de Sor Teresita del Niño Jesús, está, no obstante, unida a la prudencia más sagaz y a la Sabiduría más profunda. La misma Santa nos aconseja que seamos muy circunspectos cuando interpretemos su doctrina. Le manifestó una novicia la intención de comunicar a sus parientes y amigos, el Camino de abandono: «Oh, exclamó Sor Teresita, tenga mucho cuidado al explicarse, pues nuestro *Caminito* mal comprendido, podría ser tenido por quietismo e iluminismo. No vaya a creer que se trata de un camino de reposo.» No, este camino de abandono no es en manera alguna, quietismo; no suprime el esfuerzo, aunque sólo cuente con la gracia. Tampoco es iluminismo; no dispensa del estudio, la reflexión, la sumisión a la autoridad de la Iglesia, aunque especialmente haya recurrido a las inspiraciones y a las impulsiones del Espíritu Santo. El Camino de Infancia, es verdaderamente la vida angélica de la cual nos habla San Juan Crisóstomo, reúne ella, por el don de Sabiduría, la simplicidad más espontánea a la prudencia más consumada. *Simplicem esse cum prudentia, hæc est vita angelica.*

(1) *Historia de un Alma*, Prefacio, p. xvii.

CAPITULO SEGUNDO

SEGUNDA ANTINOMIA POSITIVA: PEQUEÑEZ Y GRANDEZA. EL DON DE FORTALEZA.

«Fecit potentiam in brachio suo et exaltavit humiles.»

(Luc., C. I, v. 51.)

I. HUMILDAD DE SOR TERESITA. AMOR AL OLVIDO

Estamos tan acostumbrados a oír, en nuestra religión cristiana, juntar las grandezas morales a la humillación aceptada y voluntaria, que ya no nos cuidamos de las misteriosas contrariedades que esta antinomia encierra. El *Magnificat*, que recitamos y oímos cantar con tanta frecuencia, sólo contiene oposiciones: «*Respexit humilitatem ancillæ suæ*, consideró la humildad de su sierva; *exaltavit humiles*, exaltó a los humildes.» Los salmos nos recuerdan muchas veces esta antítesis del humilde ensalzado y del poderoso humillado; mas el Nuevo Testamento es verdaderamente el Evangelio de la humildad y de la grandeza. Casi en cada página encontramos el precepto o el consejo de la humillación voluntaria: «El que de entre vosotros quiera ser el primero, que sea el servidor; el que se humille, será ensalzado, y el que se ensalce será humillado.» Entre los pasajes del Evangelio que podríamos citar, el más carac-

terístico del Camino de Infancia espiritual, es sin duda el que llamando Jesús a un niño y colocándolo en medio de sus discípulos dijo: «En verdad, en verdad os digo que si no os convirtiereis y os hicieréis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Cualquiera, pues, que se humille como este niño, ése es el mayor en el reino de los cielos» (1).

Este célebre versículo del Evangelio es la piedra angular sobre la que Sor Teresita, edificó toda su doctrina del *Caminito de Infancia espiritual*. Su espiritualidad, como la de los más grandes místicos, está fundada en la humildad. Mas cuando se analiza la humildad de los santos del cristianismo, no se tarda en comprobar que esta virtud presenta en cada uno un carácter particular. Sor Teresita del Niño Jesús, no podía como Santa Magdalena, San Agustín, llorar los descarríos de una vida muy mundana. No solamente no había ella cometido faltas mortales, sino que incluso no tuvo que reprocharse las infidelidades que tan amargamente lamentaba su patrona Santa Teresa de Avila: «En el noviciado, escribe ésta, con frecuencia me retiraba a la soledad para llorar los pecados de mi vida pasada.» Muy difícil le hubiera sido a Sor Teresita el deplorar infidelidades de ese género, jamás su corazón se apegó de manera sensible a criatura alguna.

Apresurémonos a añadir, que no entraba en la espiritualidad de la Santita, el mirar hacia atrás para humillarse recordando faltas anteriores. Cuando vemos a Santa Teresa de Avila, considerar como una de las mayores traiciones de su vida haber momentáneamente descuidado, bajo el influjo de engañosos libros, la Santa Humanidad de Jesús; cuando leemos que Santa Catalina de Sena lloraba amargamente el haberse dejado llevar de una ligera distrac-

(1) Matth., XVIII, 3.

ción en la oración, comprendemos perfectamente que Sor Teresita del Niño Jesús, también hubiera podido humillarse con el recuerdo de sus faltas pasadas, si hubiera sido inducida por el Espíritu Santo a ese género de humillaciones. Se ha comprobado con exactitud, que San Pablo, muy al contrario de San Pedro, no parecía inclinado a lamentar frecuentemente las faltas anteriores a su conversión. Si Sor Teresita no deploró constantemente sus pecados, no fué solamente por no haber cometido faltas graves, sino principalmente porque este medio de humillación no formaba parte de su espiritualidad; así, pues, vemos que no recomendó muy especialmente, en su *Camino de Infancia espiritual*, a las almas pequeñitas el humillarse memorando sus culpas anteriores. Sin duda temía, que estos retornos sobre uno mismo, estos recuerdos del pasado, fueran capaces de procurar satisfacciones, más o menos conscientes, al amor propio o a la sensibilidad.

La humildad de Santa Teresita del Niño Jesús consistió, ante todo, en buscar siempre el olvido. Desde la edad de cinco años, hasta las últimas semanas de su vida, se esforzó en pasar inadvertida. Por este carácter de su humildad, Sor Teresita se mostró una vez más fiel discípula de su maestro San Juan de la Cruz. Éste logró ocultarse tan por completo, que sus compañeros llegaron a calificar al sublime doctor místico: «de inteligencia inferior a la ordinaria.» En el Proceso de canonización de Sor Teresita, encontramos deposiciones que remotamente recuerdan el caso de San Juan de la Cruz. La apreciación de la hermana cocinera es hoy día casi universalmente conocida, mas es tan significativa que debemos mencionarla. La angelical Teresita estaba muy enferma, acababa de soportar con heroísmo la aplicación de botones de fuego; encontrábase en su celda situada frente mismo de la cocina, y oyó clara-

mente estas palabras: «No tardará en morir Sor Teresita del Niño Jesús; y, a la verdad, no sé qué podrá decir de ella nuestra Madre después de su muerte. Se encontrará en un verdadero apuro, porque esa hermanita, a pesar de ser tan amable, no ha hecho nada ciertamente que merezca ser referido» (1).

Si se conociera hasta qué punto las hermanas de la cocina están dotadas de discernimiento, de sentido espiritual y lo bien colocadas que están para conocer a fondo las cualidades de las otras religiosas, se extrañaría más aún esta singular equivocación: «¿Qué podrá decirse de Sor Teresita, después de su muerte?» Los libros, los opúsculos, los periódicos, los artículos largos o breves que tratan, en todos los idiomas, de la Santita de Lisieux, cuéntanse ya por millares. He aquí el desquite del talento y de la santidad. Es evidentemente excusable el que la hermana cocinera no discerniera el talento y la insigne santidad de Sor Teresita; mas, ¿cuántos otros se han engañado también, o han estado a punto de engañarse? «Era preciso fijarse mucho, declara uno de sus confesores, para notar que era muy inteligente.» ¿Cómo explicar esta particularidad? ¿Una inteligencia superior no es resplandeciente? ¿Cómo puede pues pasar inadvertida? Hay, es verdad, inteligencias que, favorecidas por una memoria feliz, palabra fácil, cierta seguridad y gran confianza en sí mismas, brillan al exterior; pero hay otras muy interiores, más secretas, más místicas, que sólo se expresan perfectamente en la intimidad y con algunas almas capaces de comprenderlas; son, tales inteligencias, a menudo completamente desconocidas de los que las rodean; ellas, recógense gustosas en el silencio, se velan con la humildad, la modestia; para descubrir estas luces ocultas que brillan

(1) *Historia de un Alma*, cap. XII, p. 237.

en el interior, es menester, asimismo, ocultarse, recogerse, llevar una vida interior. Sor Teresita del Niño Jesús era una inteligencia de esta especie, gustábale ocultarse en la obscuridad.

«Desde la edad de cuatro años y medio, hasta las Navidades de 1886, nos advierte Sor Genoveva, su hermana Celina, Teresita atravesó un período de obscurecimiento. Había como un velo que ocultaba las cualidades con que el Señor la había dotado. Sus profesoras reconocían su inteligencia, mas en el mundo pasaba por muy incapaz y torpe... Mi tío, el Sr. Guérin, decía que su instrucción había sido cortada y su educación incompleta. Verdad es que ella secundaba las interpretaciones desfavorables, pues casi nunca decía nada y dejaba siempre hablar a los demás.»

Cuando entró en el Carmen, sin duda había ya generosamente vencido su excesiva timidez juvenil, mas fué también entonces que el deseo de imitar la Faz velada de Jesús le hizo tomar la resolución de ocultarse, cuanto le fuera posible, a las miradas de las criaturas. Dejaba hablar a las demás, a menos que la caridad le obligara alegrar al prójimo. En el locutorio también dejaba siempre la palabra a sus hermanas. Por espacio de algunos años, no confió a nadie, salvo en alguna ocasión a la Madre Inés de Jesús, los profundos pensamientos, los grandes deseos, los magnánimos proyectos, en una palabra, la providencial misión a la que sentíase llamada. A ejemplo de la Santísima Virgen, guardaba ella todas estas cosas en su corazón, y nadie sospechó en ella la creadora de un nuevo Camino espiritual. Las religiosas que más la trataron, ignoraban por completo el inmenso trabajo de reflexión, las investigaciones de perfeccionamiento que se operaban en secreto en las profundidades de su alma. ¿Quién hubiera podido suponer, que aquella hermana joven, observante, es verdad, graciosa e inteli-

gente, más que en concreto nada hacía de extraordinario, llegaría, al igual que Santa Teresa, a engrandecer la Orden del Carmen? Recordemos la atestiguación de la Madre Inés de Jesús: «Dije que, durante su vida, la sublimidad de su virtud pudo muy bien pasar inadvertida a la mayor parte de las religiosas del Monasterio a causa de su simplicidad y de su humildad.» No extrañemos pues que las religiosas más antiguas que vieron entrar a Teresita Martin en el Convento de Lisieux a los quince años de edad, no sospecharan siquiera su talento y su santidad. Quizá a nuestro alrededor vive un santo, una santa, un genio que no sabemos discernir a causa de vivir nosotros en un ambiente exterior, y ser él muy interior; y cuando haya aparecido a los ojos de los hombres, exclamaremos: «¿Quién lo creyera?»

La humildad de Santa Teresita del Niño Jesús, consistió pues en primer lugar en ocultarse; incluso llegó a preferir el olvido al menosprecio. Es el olvido la suprema indiferencia de nuestros semejantes; ser objeto de antipatía, de envidia es aún señal de cierta consideración, pero ser completamente olvidado prueba es de que ya no se ocupa ningún puesto en este mundo. Sor Teresita, en la esquelita que llevaba siempre sobre su corazón y que compuso para el día de su profesión, escribió: «Sean nada para mí las criaturas, y nada sea yo para ellas» (1). Mientras vivió, su petición en gran parte fué atendida.

Ser completamente olvidada por las criaturas, sin ilusiones, como si se viviera en país extranjero, como si nunca se hubiera pertenecido a familia alguna, a patria alguna, como si jamás se hubiera llevado un nombre, sería sin duda una prueba muy pesada e insoportable. Y sin embargo, a

nosotros que no somos santos, nos parecerá más duro ser despreciados que ser olvidados. Tan penoso nos es el ser injustamente juzgados, que nos preguntamos si verdaderamente almas santas pueden llegar a codiciar y amar los tratamientos injustos. Como San Francisco de Asís, como tantos otros santos y santas, Sor Teresita del Niño Jesús amó hasta este punto la humildad que sentíase verdaderamente dichosa cuando se sabía despreciada.

Fué poco a poco que la Santa aprendió a regocijarse de los reproches injustos o humillantes. Permitió la divina Providencia, que desde su entrada en el Carmen, fuese muy duramente tratada por la Madre Priora:

«Después permitió el Señor que me tratase nuestra Madre con extremada severidad, aun sin darse cuenta. No podía encontrarla sin que me reprendiera. Recuerdo que una vez que dejé en el claustro una telaraña, me dijo delante de toda la Comunidad: «Bien se ve que nuestros claustros están barridos por una niña de quince años! ¡Es una lástima! Vaya a quitar esa telaraña, y en lo sucesivo sea más cuidadosa.» En las raras direcciones que me concedía, casi la hora entera que permanecía a su lado se pasaba riñéndome; y lo que más pena me daba era el que no atinase yo a entender el modo de corregirme de mis defectos...» (1).

La Madre Inés de Jesús intentó muy tímidamente un día intervenir en favor de su joven hermana, más la Madre María de Gonzaga sostuvo enérgicamente que la dirección que usaba era la mejor. «La Madre Priora se aplicaba concienzudamente en mortificarla mediante la humillación. Un día que confíe a nuestra Madre mi tristeza por ver a mi hermana mal cuidada y perennemente humillada sin razón, me contestó: «He aquí el inconveniente de tener hermanas en el convento. Seguramente se desearía que Sor

(1) *Historia de un Alma*, cap. VII, p. 119.

Teresita fuese puesta de manifiesto, mas lo que yo debo hacer, es todo lo contrario. Es ella mucho más orgullosa de lo que se figura; tiene necesidad de ser constantemente humillada.»

No, Sor Teresita no era orgullosa, pero sí tenía un carácter prodigiosamente enérgico. «Un carácter de este temple», como decía la Madre María de Gonzaga, no tenía necesidad alguna, al menos bajo el punto de vista moral, de afectuosos miramientos. La severa educación que se le proporcionó, le fué providencialmente preciosa. La misma Santa se dió cuenta de ello mejor que nadie, y se mostraba sincera y profundamente agradecida a la Madre María de Gonzaga. Conocía el infinito precio de las humillaciones.

«Cree generalmente la Comunidad que me ha prodigado V. R. toda clase de mimos desde mi entrada en el Carmen; pero *el hombre no ve más que las apariencias, sólo Dios lee en el fondo de las corazones* (1). ¡Oh Madre mía, le doy gracias por haberme tratado sin miramientos! Sabía Jesús que su florecilla necesitaba el agua vivificadora de la humillación; que sin ella, débil como era, no arraigaría jamás, y a V. R. debe este inestimable favor» (2).

Algunos años después, Sor Teresita, ya muy enferma, había dado suficientes pruebas de virtud, para que la Madre Priora y las religiosas más clarividentes no pudieran ya dudar de su valor intelectual y moral. «Hace algunos meses, escribió entonces la Santa, que el divino Maestro ha cambiado completamente su método para hacer que crezca su florecilla; estimando sin duda que está bastante regada, la deja crecer ahora bajo los bienhechores rayos de un sol resplandeciente» (3). Delante las criaturas, siguió

(1) I Reg., XVI, 7.

(2) *Historia de un Alma*, cap. IX, p. 154.

(3) *Historia de un Alma*, IX, p. 154.

ella el peligroso camino de los honores, mas ella tenía cuidado de considerar siempre, en la pura luz que la iluminaba, su impotencia y su nada. Creía que el Señor había echado un velo sobre sus defectos interiores y exteriores. «Este velo hace que reciba algunos cumplidos de las novicias, cumplidos sinceros, sin ninguna clase de lisonja, pues sé que piensan lo que dicen; pero esto no me inspira vanidad alguna, pues a todas horas tengo presente el recuerdo de mis miserias» (1). ¡Qué solicitud en mantenerse constantemente en humildad, en guardarse de las tentaciones de orgullo! Observó Teresita desde su infancia, cuan aduladas están las maestras, mas ella tenía el alma demasiado noble para rebajarse en bajas lisonjas. Más tarde, testigo de la corruptora influencia que pueden ejercer en los superiores las alabanzas, las aprobaciones de los satélites, escribió con indefinible acento, resultado de múltiples experiencias, y de infinitas reflexiones: «¡Ay! ¡Cuánto veneno de alabanzas se sirve diariamente a los que ocupan los primeros puestos!» (2). Sor Teresita, maestra de novicias, no amaba las almas serviles, y no hubiera cometido la falta de tolerar lisonjas; permiti6 sí algunos sinceros cumplidos, pero prefería mucho más las críticas, los reproches incluso. El hecho es tan excepcional, que merece ser mencionado.

«A pesar de ello, me vienen algunas veces grandes deseos de oír algo más que alabanzas; mi alma se cansa de manjares demasiado azucarados, y entonces Jesús hace que le sirvan una ensaladita bien avinagrada y cargada de especias; nada le falta, excepto el aceite, lo que le da un sabor más. Esta ensalada me la presentan las novicias cuando menos la espero. Al levantar Dios el velo que les oculta mis imperfecciones, viéndome mis queridas hermanitas bajo mi verdadero aspecto, no me en-

(1) *Historia de un Alma*, cap. X, p. 192.

(2) *Historia de un Alma*, Consejos y Recuerdos, p. 271.

cuentran ya del todo a su gusto. Con sencillez que enamora refiérenme los combates que suscito en ellas, aquello que les desagrada en mí; y como saben que me dan gran gusto con esto hablan sin empacho, como si se tratara de otra persona.

¡Ah! en verdad que esto, más que un gusto, es un festín delicioso, que colma mi alma de alegría. ¿Cómo puede una cosa tan contraria a la naturaleza ocasionar semejante felicidad? Si yo misma no la hubiera experimentado no podría creerlo» (1).

La humillación convirtiéndose en «un placer, en un festín delicioso», resulta para nosotros, que sólo en ella gustamos amargura, un enigma, un insondable misterio. Mediante un esfuerzo de la razón, llegaremos, no obstante, a comprender que un alma infinitamente deseosa de perfección, profundamente persuadida que la humildad es la primera condición de todo progreso, se sienta feliz en las humillaciones que se le otrecen de improviso. Esta súbita alegría ante las humillaciones imprevistas, ¿no constituye la prueba más evidente de su santidad?

Hay en la vida de Sor Teresita un pequeño episodio a propósito del cual, una hermana, íntima de la Santa, nos declara: «Es el recuerdo más edificante que conservo de la Sierva de Dios.» Los recuerdos edificantes legados por Sor Teresita se contarían ciertamente por cientos. ¿Cuál será, pues, este recuerdo precioso y edificante entre todos? No vayamos a creer que se trata de un acto de mortificación heroica y extraordinaria; es sencillamente la gozosa aceptación de una humillación imprevista. He aquí el caso: Hallábase Sor Teresita extenuada por la fiebre; una hermana lega le llevó una porción de jugo de carne; la enferma se excusó, insistió la hermana, por fin la Santa expuso que le era del todo imposible tomarlo y que no podría evitar el vómito, pidió humildemente perdón a la

(1) *Historia de un Alma*, cap. X, pp. 192 y 193.

hermana lega y le dió las gracias por sus cariñosos cuidados. Ésta, retiróse descontenta y dijo a otra hermana: «Sor Teresita del Niño Jesús, no sólo no es una santa, sino que ni siquiera es una buena religiosa.» Oyó la Santita estas palabras y se alegró en extremo. «Oír decir en mi lecho de muerte que no soy una buena religiosa, ¡qué alegría! nada podía causarme mayor placer.» Y verdaderamente, Sor Teresita estaba «santamente regocijada». Con razón la Madre Inés de Jesús relata este rasgo como uno de los «recuerdos más edificantes que una de las religiosas conservó de la Sierva de Dios», puesto que un acto de profunda, espontánea y perfecta humildad descubre mucho mejor la santidad que las revelaciones, profecías, visiones y éxtasis. La Madre María de Gonzaga pudo muy bien rendir a Sor Teresita del Niño Jesús, algunos instantes antes de su muerte este testimonio de inapreciable valor: «Hija mía, V. C. está preparada para comparecer ante Dios; porque ha comprendido siempre la virtud de la humildad.» Y la angelical Teresita, con la simplicidad de los hijos de Dios respondió: «Sí, tengo la convicción de que mi alma no ha buscado nunca sino la verdad... Sí, he comprendido la humildad de corazón!» (1).

La humildad fué, pues, la base, la piedra angular sobre la cual descansa la santidad de Sor Teresita. Relataron las novicias que incesantemente se la recomendaba. «Es preciso volver siempre a lo mismo.» Fué una de las virtudes más profundas de la que con razón, desde este punto de vista, llamamos la Santita. «Para encontrar una cosa oculta, escribió a su hermana Celina, debe uno también ocultarse... Si quieres saber y aprender algo de provecho, dice el autor de la *Imitación*, desea que no te conozcan ni estimen.» Las

(1) *Historia de un Alma*, cap. XII, p. 257.

hermanas lo han dicho y redicho y es preciso que nosotros lo repitamos de nuevo. «En la humildad, fundamentó su Caminito de infancia.» Si nos representáramos la santidad de Teresita bajo el aspecto de una pirámide que se elevara hasta el cielo, podríamos decir que la humildad era más bien la base, y el amor el cuerpo y la cima. Mas esta comparación resultaría defectuosa e incluso podría inducir a ciertas almas a error, pues la humildad misma de la Santa estaba impregnada de amor reconocido y magnánimo, tan cierto es, que las virtudes sobrenaturales se compenetran y que ningún símbolo sensible puede representarlas de manera adecuada.

II. MAGNANIMIDAD DE SOR TERESITA EN SUS DESEOS

La virtud de la humildad, como todas las virtudes morales, si no estuviera dirigida por la prudencia, podría arrastrar al alma hasta ciertos excesos. El primer defecto que resultaría de una humildad mal comprendida sería la pusilanimidad. Una excesiva desconfianza de sí mismo, trabala facultades, las paraliza e impide ejercitarse según todo su poder. Por otra parte, el juicio demasiado desfavorable que formaríamos sobre nosotros mismos, resultaría necesariamente erróneo, y el error es un mal. El santo, lejos de caer en el defecto de la humildad, que de una manera general es la pusilanimidad, posee la cualidad complementaria, la magnanimidad.

Santa Teresa de Avila, en sus obras místicas y de un modo particular en su *Autobiografía*, advirtió cuidadosamente a sus hijas las Carmelitas ciertos defectos limítrofes de la humildad.

«Que el alma escribe, no cure de unas humildades que hay de que pienso tratar que les parece humildad no entender que el Señor les va dando dones. Entendamos bien, como ello es, que nos los dá Dios, sin ningún merecimiento nuestro, y agradezcámoslo a Su Majestad; porque si no conocemos qué recibimos, no despertamos a amar... Lo demás es acobardar el ánimo pareciéndole que no es capaz de grandes bienes, si en comenzando el Señor a dárselos, comienza Él a atemorizarse con miedo de vanagloria... Es imposible, conforme a nuestra naturaleza, a mi parecer, tener ánimo para cosas grandes, quien no entiende está favorecido de Dios» (1).

En efecto, es evidente que para tener este ánimo de emprender grandes cosas, la primera condición es la de reconocer, con tanta franqueza como sinceridad, los dones naturales y sobrenaturales de inteligencia, de voluntad, de piedad, de pureza, de celo apostólico y de caridad que Dios, sin mérito alguno por nuestra parte, nos ha graciosamente concedido. Observemos no obstante, que Santa Teresita sólo da este consejo audaz de estimarse grandemente a sí mismo a las almas que han alcanzado ya un grado elevado de perfección; pues si aun estamos llenos de concupiscencia, si somos irascibles, envidiosos, poco puros, desprovistos de piedad, nos será imposible, en esta turbia atmósfera de nuestra alma, apreciarnos con exactitud y discernir nuestras cualidades de nuestros defectos. Es a las almas de oración a quienes Santa Teresa de Avila da estos preciosos consejos, que Sor Teresita ciertamente leyó y meditó.

«... Es preciso dilatar nuestra alma en una gran confianza. Nos es muy provechoso el no reducir nuestros deseos en estrechos límites; debemos, al contrario, creer que, apoyándonos en Dios, lograremos mediante constantes esfuerzos llegar con el

(1) Santa Teresa de Jesús, *Autobiografía*, cap. X, núms. 4 y 6.

tiempo a la perfección que alcanzaron varios santos. Si jamás sus almas hubiesen concebido estos grandes deseos, si poco a poco no los hubiesen puesto en práctica, no hubiesen llegado a un estado tan elevado. Dios pide y desea almas valerosas con tal que éstas sean humildes y no confíen en sí mismas... Las almas a quien su Majestad ha hecho tan gran merced de que lleguen a este estado (de unión), que se conozcan y tengan en mucho, con una humilde y santa presunción.»

Tal es la enseñanza de Santa Teresa sobre la unión necesaria de la magnanimidad con la humildad. Hemos someramente indicado cuán humilde era Sor Teresita del Niño Jesús, y no nos será difícil demostrar que fué más magnánima de lo que pudiéramos concebir. Hemos visto, que desde su juventud, sintióse, por un secreto instinto, nacida para grandes cosas. El ejemplo de Juana de Arco no cesó de representarse a su espíritu y frecuentemente sentíase deseosa de llegar a ser, a su vez, una gran santa.

«Parece esto un despropósito, si se considera cuán imperfecta era yo entonces y cuánto lo soy todavía después de tantos años pasados en religión; a pesar de esto, siento siempre la misma confianza audaz de llegar a ser una gran santa. No cuento con mis méritos, puesto que no tengo ninguno; mas espero en Aquél que es la Virtud y la Santidad misma. El solo es quien, contentándose con mis débiles esfuerzos, me elevará hasta su grandeza, me cubrirá con sus méritos y me hará santa» (1).

Sor Teresita del Niño Jesús era, podemos convencernos de ello comparando esta citación con las precedentes, una digna hija de Santa Teresa. Amó siempre lo grande y lo bello. Hubo una época en que se apasionó por la ciencia y con su naturaleza ardiente adquirió en algunos meses más

(1) *Historia de un Alma*, cap. IV, p. 55.

conocimientos que durante todos sus años de estudio. Sus impetuosos deseos tomaron tal incremento que alcanzaron los extremos límites de lo posible. Entonces no dudaba de nada. Nada la contendrá cuando estará persuadida de que debe entrar en el Carmen a la edad de quince años. Tímida hasta el punto de no poder expresar sus pensamientos fuera de la intimidad de la familia, expondrá su proyecto, tan temerario en apariencia, a su Padre, a su tío, al Superior del Carmen, al obispo de Bayeux; recurrirá a Roma y a pesar de la prohibición expresa del Vicario general, M. Révérony, hablará al Soberano Pontífice, León XIII; se abrazará, digámoslo así, a las rodillas del Papa, y los guardias nobles deberán materialmente sacarla. Benedicto XV pudo mejor que nadie apreciar la fuerza de alma de Teresita en esta recepción pontificia por lo que escribió con precisión profunda.

«Ni cambió en lo más mínimo la conducta de Teresita al fracasar en su valiente apelación hecha directamente al Papa. Lo inútil de un prolongado viaje, las muestras de reprobación y acaso el desdén que tanto la hirieron, habrían podido ser parte a que prefiriese el parecer de los hombres, contrario al que ella reputaba como divino. Pero el heroísmo de la virtud supone constancia y asiduidad en los actos, y la joven Teresita que debía encumbrarse hasta la cima de la perfección cristiana merced al ejercicio de las virtudes constitutivas de la infancia espiritual, no podía menos de acrecentar sus afectos de confianza y sus protestas de abandono en manos de Dios, cuando entre los hombres era más franca la contradicción, más insistente la negativa» (1).

Teresita en efecto, no cesó de esperar contra toda esperanza: «...más no por eso desmayaba mi confianza y espe-

(1) *Historia de un Alma*, Discurso de S. S. Benedicto XV, p. 562.

raba entrar el 25 de Diciembre día de Navidad» (1). Algunos meses después fué admitida en el Carmen. Hemos visto ya la impresión de grandeza que produjo a las religiosas. Su deseo de llegar a ser una gran santa, y su resolución de realizar inmediatamente su vocación a un alto grado de santidad mediante una heroica fidelidad al reglamento, imponía. Se propuso en un principio imitar a los Padres del desierto en sus magnánimas mortificaciones, mas el Espíritu Santo que guiaba sus pasos, le cerró este camino lateral que no era el suyo. No obstante sus deseos crecieron siempre, se elevaron y llegaron en todos sentidos a traspasar los límites de lo posible. No pudiendo citar íntegra la página sublime en la que Sor Teresita expone la inmensidad de sus deseos, invitamos al lector a que atentamente la medite. «¡Oh! Amadísimo mío... perdonadme si desvarío al intentar exponer mis casi infinitos deseos y esperanzas...» (2). Y expone la Santa como llegó a sentir en ella a la vez, la vocación de guerrero, de sacerdote, de apóstol, de doctor, de mártir.

«Me siento con el valor de un cruzado; quisiera morir en un campo de batalla por la defensa de la Iglesia.

¡La vocación de sacerdote! ¡Oh, Dios mío, con qué amor, oh Jesús, os llevaría en mis manos, cuando a mi voz descendierais a ellas desde el cielo! ¡Con qué amor os daría a las almas!...

Quisiera iluminar las almas como los profetas y doctores. Quisiera recorrer la tierra predicando vuestro nombre y plantar, Amado mío, en tierra infiel vuestra gloriosa cruz... Quisiera ser misionera...

Mas ¡ay! sobre todo quisiera el martirio. ¡El martirio! Este ha sido el sueño de mi juventud, sueño que ha crecido conmigo en la celdita del Carmen...» (3).

(1) *Historia de un Alma*, cap. VI, p. 114.

(2) *Historia de un Alma*, cap. XI, p. 215.

(3) *Historia de un Alma*, cap. XI, p. 216.

Para los sabios de este mundo, el cristianismo es una locura, locura de sacrificio, locura de amor, locura de apostolado, locura de deseos. Los deseos de Sor Teresita, humanamente considerados, eran contradictorios, por ser divinos, eternos, infinitos en el tiempo y en el espacio. Hubiera querido ser misionera en todas las partes del mundo, incluso en las islas más remotas, y esto, desde la creación del mundo, hasta la consumación de los siglos. Hubiera querido el martirio, pero en todas sus formas; anhelaba ser azotada, crucificada, despellejada como San Bartolomé, sumergida en aceite hirviendo como San Juan, ser triturada por los dientes de las fieras como San Ignacio de Antioquía, etc. ¿Con qué fuerzas contaba la Santa para osar formar tales deseos? Con su debilidad y su humildad. Incomprensible antinomia de la pequeñez y de la grandeza: «¿Existe en la tierra un alma más pequeña e impotente que la mía? Con todo, esta misma debilidad os ha movido a realizar mis pequeños deseos infantiles, y queréis colmar hoy otros deseos más grandes que el universo...» (1).

Reconociendo a la luz del Evangelio y del don de sabiduría que sus deseos, de serlo todo, de abrazar todas las vocaciones podían tornarla injusta, Sor Teresita reconoce que su vocación, la que encierra y resume todas las vocaciones era el *amor*. Desde entonces desea alcanzar los límites del amor, desea amar a Jesús tanto o más que Santa María Magdalena. Muchas veces había oído decir en los ejercicios espirituales y fuera de ellos, que no se había encontrado alma pura que amase tanto como el alma arrepentida. «¡Ay! cómo quisiera desmentir estas palabras» (2). Había leído el incomparable amor de Santa Teresa para

(1) *Historia de un Alma*, cap. XI, p. 217.

(2) *Historia de un Alma*, cap. IV, p. 66.

con Jesús y he aquí que pretendió no solamente igualar, sino sobrepasar este amor, y confió al predicador de unos ejercicios este deseo de su corazón.

«Padre mío, quiero ser santa, le dijo, quiero amar a Dios tanto e incluso más que Santa Teresa. — ¡Qué presunción!, ¡Qué orgullo! le contestó el predicador, límitese a corregir sus defectos y a no ofender más al Señor, haced cada día pequeños progresos y moderad vuestros deseos temerarios. — Pero Padre, a mí no me parece que estos sean deseos temerarios, puesto que nuestro Señor dijo: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (1).

El predicador sostuvo con firmeza y reiteró encarecidamente sus consejos moderadores. «¡Ah! cuán raros son, a causa de nuestros pecados, escribía Santa Teresa de Ávila, los confesores que no sean de una excesiva discreción.» Excusemos a los directores «que llegaron a asustar a Sor Teresita del Niño Jesús y a paralizar sus ímpetus»; ¡eran sus deseos tan excepcionalmente magnánimos, parecía ella tan joven! Deduzcamos de ello una preciosa lección. Por muy sublimes y magnánimos que sean los deseos, cuando éstos se fundamentan en la humildad, en la fidelidad a la regla, en la pureza de corazón, en la obediencia, sólo pueden ser inspirados por Dios; por el contrario, si revelan ellos amor propio; si son causa o motivo de insignificantes desórdenes, de infidelidades en el cotidiano deber, entonces, sólo son una ilusión y provienen de la concupiscencia o del orgullo. Le hubiera bastado al confesor para poder tranquilizar por completo a Sor Teresita, el cerciorarse si a la par que magnánima era ella una religiosa humilde, dócil y observante. Esto fué lo que hizo el P. Alexis de los Recoletos de Caen.

(1) Matth., V, 48.

III. MAGNANIMIDAD DE SANTA TERESITA DEL NIÑO JESÚS EN SU CONDUCTA

Entre los pensamientos expresados por Santa Teresita del Niño Jesús y recogidos por sus novicias, uno de los más profundos y que mejor nos revela las infinitas perspectivas de la universalidad de sus miras, fué la siguiente recomendación que debería ser para todos norma de conducta: «Cada uno, decía, debería obrar como si la perfección de la Orden dependiera de su conducta personal.» La Santa, a pesar de su corta edad, estaba convencida de que la perfección de su Orden religiosa, de la Iglesia dependía en parte de su conducta. Indudablemente era esta una mira profunda. Un gran filósofo ha dicho: «Obra de tal manera que tu conducta pueda ser tomada como regla universal.» Con más razón podríamos, inspirándonos en la doctrina de la Santita, hacer al alma cristiana esta recomendación. «Cada uno debería obrar como si la perfección de la Iglesia dependiera de su conducta personal.» Una vez más, repitamos que esto es colocar muy alto el deber y considerarlo con una universal magnanimidad. Las almas pusilánimes, tibias, inquietas, muchas veces se figuran que en otras circunstancias de tiempo, de lugar, en otra familia, en otra asociación, en otra parroquia, en otra congregación o convento, se santificarían con más facilidad. Casi siempre eso tan sólo son ilusiones peligrosas, o perniciosas excusas que expone-mos para faltar a nuestro deber. Un sacerdote de Ars, fué enviado a una mala e insignificante parroquia, y no sólo la transformó, sino que su benéfica influencia se extendió a toda la región vecina. Teresa Martin, admitida a la edad de quince años en una comunidad, que como la mayor

parte de ellas, presentaba a la par de ejemplos muy edificantes otros reprensibles, hubiera podido muy bien llevar una vida fácil y relajada. Una hermana que había entrado en Lisieux algo antes de esta época, y que creía encontrar allí la perfección y la santidad, no tardó en sufrir una decepción. «La verdad es, que al entrar en el Carmen de Lisieux encontré a la Comunidad en un estado que me produjo cierta decepción. Creía que todas las Carmelitas eran unas santas, mas poco a poco me apercibí que había religiosas imperfectas.»

En toda congregación, en toda asociación, en toda Orden que no haya sido recientemente reformada por el ejemplo y la acción de un alma excepcionalmente santa, sucede lo mismo. Desconocemos el ejemplo de que una Orden religiosa, después de cincuenta años de su fundación haya dejado de sufrir algún relajamiento. Cuando vemos a Santa Teresa regresar al convento de San José de Avila, el primero que fundó y reformó, para restablecer el fervor algún tanto decaído, nos extrañará menos el comprobar que la tibieza y la negligencia hayan logrado penetrar en las mejores comunidades. Nada tiene, pues, de extraordinario que en la época en que Sor Teresita entró en el Carmen de Lisieux, existiera en él cierto relajamiento. El general impulso, salvo en ciertos casos excepcionales, es siempre sin duda alguna, hacia una vida regulada y moral, pero mediocre. «Lo que acentúa, se nos dice, la heroicidad de la virtud de Santa Teresita, es que, para mantenerse en una fidelidad perfecta, tuvo que ir contra la corriente, y esto exigía una virtud extraordinaria.»

En efecto, la magnanimidad de la Santa, no puede ser apreciada en su justo valor, si no se tiene en cuenta que es ésta más el resultado de su propia iniciativa, que del ambiente en que vivió. Es cualidad indispensable de la magna-

nimidad, de la heroicidad de la virtud cristiana el ser militante. Antes de demostrar que Santa Teresita fué militante y, digámoslo así, *guerrera*, repitamos que amó ante todo la paz. «Si se suscitaba alguna dificultad, era siempre Sor Teresita del Niño Jesús que con su tacto y habilidad poco comunes, devolvía la paz a la Comunidad.» De idéntica manera obraba con los de su familia y allegados. «Sólo iba al locutorio movida por la caridad. Si se le pedían sus consejos, los daba con simplicidad y humildad, y se mostraba, como siempre, un ángel de paz.» Respecto a una religiosa que espontáneamente exponía siempre opiniones opuestas a las suyas, la Santa se esforzaba para no entrar en discusión, evitando los conflictos y procurando desviar la conversación; «pues dice la *Imitación*, que *vale más dejar a cada uno en sus opiniones, que entretenerse en discutirlos.*» La presencia en la Comunidad de cuatro hermanas y una prima hermana, debía infaliblemente suscitar oposiciones. ¡Con qué psicología penetrante y amor a la paz, decía Sor Teresita: «Es preciso hacerse perdonar el habitar bajo el mismo techo!»

El espíritu de conciliación de la Santa tocaba a su límite; era lo que en estilo monástico se llama «un excelente elemento de comunidad». Mas el amor a la paz en Sor Teresita, no traía consigo los defectos que ordinariamente le son anexos, y refiriéndonos a las excesivas concesiones que las naturalezas pacíficas suelen hacer inconscientemente a las personas que las rodean. Un amor exagerado de la paz, de la conciliación, es muy peligrosa y fácilmente deja introducir el abuso y el relajamiento en los débiles, y favorece las exigencias arbitrarias e injustificadas de los caracteres imperiosos y violentos. Existe, incluso en la vida monástica y religiosa, una cierta pacificación conciliatoria que, desde múltiples puntos de vista, es peor que las faltas

pasajeras, e incluso que las divisiones y la lucha. Por una excesiva tolerancia mutua, cuyo verdadero nombre debería ser el de tácita complicidad, religiosos y religiosas que se deben la fraternal corrección, llegan a permitirse libertades en la regla y transgresiones que, poco a poco conducen una Comunidad o a toda una Orden, al relajamiento.

Quizá cause extrañeza que en vida aun de la venerable fundadora, la Madre Genoveva de Santa Teresa, cuyas virtudes hemos encarecido, que tantas veces había sido Priora y cuya autoridad moral debía ser incontestable, la Comunidad pudiera sufrir algunas divisiones y hallarse dificultada su ascensión a la perfección. La Madre Genoveva, según parece, fué conciliante en demasía; por una excesiva modestia, por una exagerada abnegación, que tan venerable, no obstante nos la presenta, había abandonado parte de su autoridad en manos menos expertas y menos seguras que las suyas. Santa Teresita del Niño Jesús, no menos humilde que la Madre Genoveva, pero incomparablemente más vigilante y más enérgica, ayudada también por sus hermanas y por religiosas fervientes, iba, en primer lugar con su ejemplo constante y heroico, a devolver a la Comunidad todo el fervor primitivo. «Aun cuando todas faltaran a la regla, repetía, no es razón para justificarnos. Cada una debería obrar como si la perfección de la Orden dependiera de su conducta personal.» Practicando al pie de la letra y constantemente tales principios, se salva al mundo.

«La Sierva de Dios nos declara una de sus hermanas, era, cuando la ocasión se le presentaba, intrépida, prefiriendo desafiar el enojo de las hermanas y de la Superiora, exponerse incluso a salir de la Comunidad antes que dejar a una novicia desencaminarse por una vía peligrosa.»

Esta deposición hace alusión a un episodio relatado en la *Historia de un Alma* (1). Lo refiere la Santa con su estilo tan sencillo e ingenuo que llega a causar la impresión, a los que no estén prevenidos, de que sólo se trata de un acto natural, lo que en realidad fué un rasgo de heroísmo. Sucedió ello antes de que se encargara de la dirección de las novicias. Había recibido el permiso de platicar con una novicia lega que tenía siete años más que ella. Santa Teresa, la fundadora de las Carmelitas Descalzas, había en efecto aconsejado tales conversaciones y las *Constituciones* las autorizan con el fin de que las hermanas (siempre con el consentimiento de la Priora) «puedan inflamarse mutuamente más y más en el amor de su Divino Esposo». Observemos que según el espíritu y la letra misma de este punto de la Regla, las religiosas que disfrutaban de tales conversaciones, deben corregirse fraternalmente; de lo contrario, estas conversaciones convertiríanse en un verdadero abuso «y se asemejarían, como lo escribe la Santa, a las de las amigas del mundo.» Esta compañera de noviciado, sentía hacia la Priora «un afecto demasiado natural» y muchas cosas en su conducta parecían censurables. No cabe duda que al hacer una seria observación a su compañera, podía herir indirectamente a la Priora. La religiosa a la que Santa Teresita pensaba advertir, no era sin duda la única que amaba demasiado naturalmente a la Superiora, era pues un abuso, por otra parte muy común en las Comunidades, lo que ella iba a denunciar. Había Sor Teresita previsto todas las consecuencias y el alcance de su acto. «Fué en la fiesta de la Inmaculada Concepción, 8 de diciembre de 1892, día inolvidable para mí», declaró en el Proceso de canonización la feliz religiosa que tuvo la virtud de aceptar y

(1) *Historia de un Alma*, cap. X, p. 183.

comprender las advertencias de la Santa. «Me guardé muy bien de pretender anticiparme a la hora de Dios, escribió Sor Teresita. Reflexionando un día sobre el permiso que se nos había concedido de platicar juntas... vi claramente que mi deber era no tener ya reparo en hablar... Supliqué a nuestro Señor que pusiera en mis labios palabras suaves y convincentes, o mejor, que hablara Él mismo en mi lugar... Desde el primer momento de nuestra entrevista, advirtiéndome mi pobre hermanita que yo no era la misma, llena de turbación se sentó a mi lado... (1). En efecto, veinte años después, la religiosa confirmaba en el Proceso este relato de Sor Teresita. «Me abrazó, dijo ella, cosa que jamás hacía, y sorprendida me preguntaba a mí misma lo que iba a acaecer.» En efecto, a la dulzura y al cariño sucedieron las palabras más francas y decisivas.

«Vuestro afecto es todo natural, lo que no sólo es un obstáculo para vuestro perfeccionamiento, sino que pone vuestra alma en gran peligro; si siempre debierais conduciros así, mejor hubierais hecho quedándoos en el mundo...» Y después de hablar Sor Teresita unos instantes en estos términos, concluyó la corrección fraterna con la siguiente observación: «Si nuestra Madre advierte que estáis apenada, podéis muy bien contarle lo que os acabo de decir. Prefiero que me despida del Monasterio, si así le place, antes que faltar a mi deber dejándoos de advertir por el bien de vuestra alma.»

La virtuosa intervención de Sor Teresita fué bendecida por Dios. Cuantas almas pacíficas, en idénticas circunstancias, se hubieran excusado y apartándose del camino recto hubieran desertado del deber heroico y peligroso Mas, precisamente esta pequeña, mezquina diplomacia pacificadora, es la que favorece los abusos y facilita todos los

(1) *Historia de un Alma*, cap. X, pp. 183 y 184.

relajamientos. Se nos ha dicho que Sor Teresita del Niño Jesús nada tenía de débil, de resignada, de escéptica; muy al contrario parecía por temperamento ser predestinada a la acción, a la lucha. Por la meditación y el constante estudio de la Sagrada Escritura, comprendió que el camino del alma cristiana acá en la tierra debe ser un combate, y que Jesús no vino «a traer la paz, sino la guerra». En esta corrección del todo fraterna, Sor Teresita nos ha referido dirigiéndose a la Madre María de Gonzaga, con que dulzura había procedido. Otros han completado su relato añadiendo que obró con una sabiduría y firmeza capaces de «destruir» el abuso harto tiempo tolerado.

«Recordaré siempre aquella época como tiempo de gracias» (1). — Es la Santa que escribe estas significativas palabras. — El episodio que hemos tenido especial empeño en describir, tuvo lugar en diciembre de 1892. A principios de 1893, la Madre Inés de Jesús fué elegida Priora; y Sor Teresita no tardó en ser oficiosamente encargada de la dirección espiritual del noviciado. El primer trabajo que llevó a cabo al corregir fraternalmente a una de sus hermanas sólo fué «el esbozo del cuadro de mano maestra» que en adelante le fué encomendado. Cuando en un Convento u Orden religiosa las novicias reciben una formación ejemplar y duradera, los progresos de la reforma religiosa, son tan sólo cuestión de tiempo. Desde la primera ojeada, al medir la Santa la ascensión que debía operar, juzgó que la tarea era muy superior a sus fuerzas; mas su debilidad constituía su fuerza, y sólo contó con la mano de Dios. Estimó que ante todo ella debía desaparecer y renunciarse a sí misma para dejar obrar a la gracia.

En la formación de las almas la Santa nos indica dos

(1) *Historia de un Alma*, cap. X, p. 182.

condiciones. La primera muy difícil, «la precisión absoluta de olvidar nuestros gustos, nuestras ideas personales y guiar a las almas, no según nuestro rumbo, ni por el camino seguido por nosotros, sino por el camino particular que Jesús les indica» (1). La segunda, más difícil todavía, consiste en desplegar una vigilancia constante y firme, sin arrebatos y sin debilidades:

«... la mayor dificultad, lo que a mí me cuesta más que todo es observar las faltas, hasta las más ligeras imperfecciones, y declararles guerra a muerte. Iba a decir: desgraciadamente para mí; pero no, esto fuera cobardía; digo, pues, felizmente para mis hermanas, desde que me establecí en los brazos de Jesús, soy como el vigía que desde la más alta torrecilla de un castillo observa al enemigo. Nada se oculta a mis miradas, a menudo me sorprende la claridad con que lo veo todo, y juzgo muy excusable la acción del profeta Jonás huyéndose de delante de la Faz del Señor para no anunciar la ruina de Nínive. Preferiría recibir mil reproches que dirigir uno solo; pero me parece muy necesario que esta tarea sea para mí motivo de sufrimiento... Sé, Madre mía, que sus corderitos me tienen por severa... Si leyeran estas líneas, dirían que no parece sino que a mí me cuesta muy poco correr tras ellos, mostrarles su hermoso vellón manchado, o presentarles algunos mechones de lana que dejaron enredados en las zarzas del camino. Dirán lo que quieran esos corderitos, pero en el fondo saben que los quiero con entrañable amor. No, no hay peligro de que imite al mercenario que, viendo venir al lobo, deja el rebaño y huye» (2).

Vemos que la Santa, no comprendía cómo podía mantenerse y acrecentarse la regularidad en una Comunidad cerrando los ojos sobre las faltas e imperfecciones ligeras, y sin castigarlas. Un convento es, en medio del mundo, como una ciudadela bloqueada, rodeada de enemigos, expuesta a ser tomada por sorpresa, por traición o por sub-

(1) *Historia de un Alma*, cap. X, p. 186.

(2) *Historia de un Alma*, cap. X, pp. 186 y 187.

terráneas tentativas. El mundo está en un grave error al suponer que las almas contemplativas no tienen que luchar. Santa Teresa de Avila, consideraba sus conventos como *Castillos*, es decir, como ciudadelas de perfección, destinadas a mantener el espíritu religioso en la cristiandad. El concepto de Santa Teresita del Niño Jesús no es distinto. «Soy como el vigía que desde la más alta torrecilla de un castillo observa al enemigo.» Siempre estaba pronta a lanzar el grito de alarma, a denunciar el relajamiento y a combatirlo.

El alma cristiana, de una manera especial la que se dedica a la santidad, debe guerrear; es ley ineludible. Sor Teresita lo comprendió muy bien. «El Señor me ha concedido la gracia de que no me arredre la guerra; por encima de todo y a toda costa, he de cumplir siempre con mi deber» (1). En su lecho de muerte luchó contra sus insignificantes debilidades y las de sus Hermanas. Un día fué a visitarla la Madre Inés de Jesús, y le dijo graciosamente: «¡Está abatido nuestro guerrero!» Sor Teresita respondió: «Yo soy un guerrero que no ha combatido con armas materiales, sino con la espada del espíritu que es la palabra de Dios. Por eso la enfermedad no ha podido abatirme, y sin ir más lejos, ayer tarde me serví de mi espada con una novicia... Yo lo he dicho: He de morir con las armas en la mano.» (2) Cumplió su palabra. Fué una religiosa a quejarse sin razón, a Sor Teresita, quien primero expuso en vano sus razones, luego recurrió a los severos reproches. «Que lucha la de esta novicia, le dijo la enfermera, os debiera causar miedo el recibirla. Un buen soldado, contestó la Sierva de Dios, no tiene miedo al combate, ¿no he dicho que moriría con las armas en la mano?»

(1) *Historia de un Alma*, cap. X, p. 188.

(2) *Vida de Santa Teresita*, por el P. F. Javier, cap. XXI, p. 481.

Por poco que se conozca el Nuevo Testamento, es imposible no comparar estas declaraciones a la doctrina de San Pablo. «Combatir, aconsejaba el Apóstol, como un buen soldado de Jesucristo.» «Yo no soy un guerrero que ha combatido con armas terrenas, dice la Santita, y el Apóstol dijo: «Revestíos de la armadura de Dios, pues hemos de sostener, no una guerra cuerpo a cuerpo y hasta derramar sangre, sino una guerra espiritual contra las seducciones, las grandezas, el poder de las tinieblas en este mundo, y los malos espíritus en el cielo.» Sor Teresita del Niño Jesús practicaba exactamente la doctrina de San Pablo. Inflamada un día la Santita por el celo de la casa de Dios, osó levantarse con vehemencia en público contra una usurpación y evidente abuso del poder. El defensor, en el Proceso de canonización, juzgó con razón este acto de magnánimo. «Es muy propio de los Santos el indignarse y sublevarse sólo cuando ven a Dios ofendido, cuando un motivo grave justifica un movimiento de celo; entonces la cólera, como lo enseña el angélico Doctor, es laudable» (1).

El promotor del Proceso de canonización, extrañado de oír tan sólo elogios de la Sierva de Dios, interrogó, pidió, insistió con una de sus propias hermanas que al menos le señalara una pequeña tendencia defectuosa, Sor Genoveva, que, a juzgar por la *Historia de un Alma*, y por sus propias declaraciones era la franqueza misma, respondió después de un momento de reflexión: «Algunas veces se mostró severa con las novicias, mas en verdad no puedo decir que

(1) «Omni laude digne *Dei* famula, quæ acta celo justitiæ et divini honoris non dubitavit sese objicere iræ et vindictæ illius quæ ob suum ingenium, si antistita fuisset electa, facile ab eadem poterat poenas expectere apertæ illius improbationis: *dilexit enim justitiam et odit iniquitatem* Sanctorum autem est tum solummodo commoveri, dolere, indignari quum injuriam Deo afferri videant: iræ, si qua fuit, motum causa irascendi egregie defendit, ut scribit Angelicus: «Secundum rationem rectam, tunc irasci est laudabile.»

eso fuera un defecto, pues era una cólera santa que no le hacía perder la posesión de sí misma, ni la paz.»

¡Era una cólera santa! Imposible expresarse mejor, pues son los mismos términos empleados por Santo Tomás de Aquino en el artículo al que poco ha aludía el defensor de Sor Teresita. En ciertas ocasiones, verdad es que éstas son raras, la santa cólera que no hace perder la paz, la posesión de sí mismo, es una virtud, un deber. «Sin cólera, escribió San Juan Crisóstomo, ni la verdad progresa, ni las leyes subsisten, ni las faltas son reprimidas... La excesiva paciencia fomenta los vicios, favorece las negligencias, induce al camino del mal no sólo a los malos, sino también a los buenos.» Santo Tomás de Aquino, al citar estas palabras las aprueba por completo, y enseña que puede pecarse por no emplear una santa cólera en los casos que ésta es conveniente o necesaria.

IV. EL DON SOBRENATURAL DE FORTALEZA

¿Por qué medio encontró Sor Teresita del Niño Jesús esta fuerza magnánima, esta intrepidez audaz que le permitió desafiar todas las dificultades? ¿Cómo pudo, sobre todo, conciliar esta magnanimidad, este heroísmo con la más profunda humildad y la conciencia de su impotencia? ¡Contradicción humanamente insoluble! Pequeñez y grandeza. ¡Qué antinomía!. ¿Cómo resolverla?

Sor Teresita nos explica con mucha sencillez valiéndose de una comparación muy moderna, como haciéndose muy pequeña, bajándose hasta el suelo, obtenía un poder infinito y podía elevarse hasta el cielo. El símbolo del ascensor divino es bien conocido de todos los discípulos de la Santa, es un ejemplo tan útil para la perfecta comprensión de su

doctrina, que creemos oportuno citar íntegra la descripción que nos da:

«Sabe V. R. Madre mía, que mi constante deseo ha sido llegar a ser santa; mas, por desgracia, cuantas veces me he comparado a los santos, he comprobado que existe entre ellos y yo la misma diferencia que notamos entre una montaña cuya cumbre se pierde en las nubes, y el humilde grano de arena pisoteado por los caminantes. Mas en vez de desalentarme, me digo que es imposible que Dios inspire deseos irrealizables, y que, a pesar de mi pequeñez, puedo aspirar a la santidad. Me es imposible engrandecerme; debo soportarme tal como soy, con mis innumerables imperfecciones; pero quiero buscar el modo de ir al cielo por un camino bien recto, bien corto, un caminito del todo nuevo. Estamos en el siglo de los inventos. Ahora ya no se necesita subir los peldaños de una escalera; un ascensor los reemplaza ventajosamente en la casa de los ricos. También yo quisiera encontrar un ascensor para elevarme hasta Jesús, porque yo soy demasiado pequeña para subir la ruda escalera de la perfección. He buscado, pues, indicaciones en los Libros Santos para hallar este ascensor, objeto de mis deseos, y he dado en estas palabras, salidas de la misma boca de la Sabiduría eterna: «Si alguien es muy pequeño, que venga a mí.» Me acerqué, pues, a Dios y adiviné que había encontrado lo que buscaba; mas deseando saber todavía lo que haría con el pequeñuelo, he proseguido mis investigaciones y he aquí lo que he hallado: Así como una madre acaricia a su hijo, te consolaré en mi seno, y te mecré en mi regazo. ¡Ah! Jamás se regocijó mi alma con palabras más tiernas, más melodiosas que éstas. Vuestros brazos, oh Jesús mío, son el ascensor que ha de elevarme hasta el cielo» (1).

No ha escrito Santa Teresita del Niño Jesús página de más importancia para su *Camino de Infancia Espiritual*. El porqué de su rápido ascenso a la santidad sin escalar los grados penosos de la virtud, tal como son descritos

(1) *Historia de un Alma*, cap. IX, p. 155 y 156.

por ciertos complejos tratados de perfección; fué la humillación, el hacerse más y más pequeña y al mismo tiempo confiarse por completo a la infinita bondad y omnipotencia de Jesús. Lejos de procurar crecer, lejos de contar con la energía de su voluntad, desconfía cada vez más de sí misma y se confunde en su propia nada: «Para esto no necesito crecer, sino al contrario, quedar pequeña, achicarme cada vez más» (1). No se trata aquí de una virtud humana fundada sobre la cultura metódica de la voluntad. Son los brazos de Jesús que se acercarán a coger al niño y lo transportarán a la cima de la escalera. Los brazos de Jesús son el ascensor, y en términos teológicos, ellos son el Don de Fuerza. «Los brazos, escribió San Juan de la Cruz, simbolizan esta fuerza, y nuestra debilidad apoyándose en ellos, se transforma y participa de la fortaleza de Dios. *Fecit potentiam in brachio suo... et exaltavit humiles*. Dió fortaleza a sus brazos, y exaltó a los humildes.»

Repitémoslo y observémoslo con atención, pues es una de las distinciones más ignoradas de los cristianos y más descuidadas por los mismos escritores espirituales; no se trata aquí de la virtud humana de la fortaleza que es la tercera virtud moral, se trata del cuarto don del Espíritu Santo que es el *don de Fortaleza*. Si se estudiara la doctrina católica de los dones del Espíritu Santo tal como está expuesta por los Padres de la Iglesia y por Santo Tomás de Aquino, se evitarían confusiones y se comprendería de una manera más clara y profunda cuan justo y divinamente inspirado es el lenguaje de Sor Teresita del Niño Jesús cuando nos dice: «Vuestros brazos, oh Jesús mío, son el ascensor que ha de elevarme hasta el cielo.» No es que la Santa nos indique que esperemos pasivamente, sin esfuerzo

(1) *Historia de un Alma*, cap. IX, p. 156.

alguno, sin tentativas por nuestra parte, a que la virtud divina, la Fortaleza de Jesús venga a transportarnos de las profundidades a las cimas de la perfección. Sor Teresita explicaba graciosamente a sus novicias cómo debían esforzarse continuamente, en «*levantar su piececito* para subir el primer escalón» hasta que Jesús fuera a socorrerlas gratuitamente, sin mérito y sin otro esfuerzo por su parte. Mas, entre esta buena voluntad inicial que se hace muy pequeña, que todo lo espera de Jesús, y la confianza, el culto dedicado por el moralista humano a la voluntad; la distancia es inmensa, infinita y sobrenatural.

Preguntábase un día a Sor Teresita: «¿Ha tenido que luchar mucho para vencerse tan perfectamente?» respondió con indefinible acento: «¡Oh! no es esto.»

Si Santa Teresita del Niño Jesús, leyera ciertas páginas en las cuales su perfección, sus actos de heroísmo son considerados como resultado de la humana virtud de la fortaleza, exclamaría con el mismo indefinible acento con el que espontáneamente hablaba de las verdades sobrenaturales: «¡Oh! no es esto.» Para comprender lo más exactamente posible la santidad de Sor Teresita y su Camino de Infancia Espiritual, debemos resueltamente abandonar la tierra; no colocarnos en un punto de vista demasiado humano; elevemos nuestros espíritus mediante la humildad y la oración al orden sobrenatural, recurramos a los Dones del Espíritu Santo, al don de Sabiduría, al don de Fortaleza y a la Caridad.

Sor Genoveva de la Santa Faz, aportó al Proceso de canonización este rasgo tan característico, que antes de haber aprendido por el cuestionario del Promotor a clasificar las virtudes, ordenó las de la Santa bajo la virtud de la Fortaleza. Mas Sor Genoveva sabía mejor que nadie, cuán sobrenatural era esta fortaleza de Sor Teresita, sin que en ella

hubiera nada de laborioso y trazado. Fortaleza impregnada de humildad y de amor; fué humillándose a los pies de Jesucristo, fué uniéndose a El por la adoración y el abandono que Santa Teresita del Niño Jesús obtuvo de lo alto, la fuerza de continuar sin interrupción su vida siempre magnánima y heroica.

CAPITULO III

TERCERA ANTINOMIA POSITIVA: LA ÍNTIMA ALEGRÍA EN EL SUFRIMIENTO. EL DON DEL AMOR.

«Gloriabor in infirmitatibus meis.»

(2, Cor., C. 12, v. 9.)

De todas las contrariedades o antinomias que hemos comprobado en la vida espiritual de Santa Teresita del Niño Jesús, la más evidente como también la más misteriosa, es la de la alegría en el sufrimiento. ¿Cómo es posible regocijarse en las tribulaciones? ¿Es posible y qué misterio encierra? Jesús, desde el sermón de la Montaña proclamó la bienaventuranza de los que sufren y lloran. El apóstol San Pablo erigió como principio de vida esta máxima: regocijarse en sus enfermedades. ¡Cuántos santos y seguidores de Jesús han libado, desde entonces, su más íntima alegría de las pruebas más crueles! No obstante, entre todos los santos y bienaventurados, nos inclinamos a creer que Sor Teresita del Niño Jesús se distinguió de un modo particular por su resolución formal de soportar, sonriendo, toda clase de pruebas y martirios.

Pero, ¿verdaderamente sufrió mucho la Santa? Por haber logrado, mediante un trascendente heroísmo a mostrar siempre un semblante gracioso y sereno, muchas de las religiosas que la rodearon, llegaron a ponerlo en duda.

« Mi alma ha conocido mucha clase de tribulaciones, he padecido mucho aquí en la tierra. En mi infancia sufrí con tristeza; pero hoy día saboreo estos frutos amargos en santa paz y alegría. Menester es que me conozca V. R. muy a fondo, Madre querida, para que no sonría al leer estas páginas. ¿Hay, en efecto, un alma menos probada, en apariencia, que la mía? ¡Ah! si apareciera a las miradas humanas el martirio que sufro desde hace un año, que extrañeza!» (1).

En esta íntima confidencia, la Santa, como hemos observado, decía a su Priora: «Menester es que me conozca V. R. muy a fondo, para que no sonría al leer estas páginas.» Vemos pues, que Sor Teresita nos advierte que para conocer a fondo y comprender el significado de su sonrisa, es preciso penetrar y medir toda la extensión y profundidad de su martirio.

Fué siempre el martirio su ideal. «¡El martirio! Este ha sido el sueño de mi juventud, sueño que ha crecido conmigo en la celdita del Carmen» (2). Durante los últimos años de su existencia llegó la Santa hasta la locura del martirio. «Para satisfacer mis anhelos, necesitaría padecerlos todos» (3). Todos los martirios, no solamente el martirio físico, sino también el moral, el que atormenta la conciencia. Citaremos tan sólo un ejemplo. Sor Teresita siempre había sido la castidad misma. «Preciso es haber visto a la Sierva de Dios, declara la Madre Inés, para juzgar su pureza. Estaba como revestida de inocencia; y a pesar de que me había revelado no haber sido jamás tentada contra esta santa virtud, observó una gran vigilancia para guardar la integridad de su tesoro hasta el último suspiro.» Aunque esta virtud fué para la Santa más preciosa que la niña de sus ojos, declaró:

(1) *Historia de un Alma*, cap. IX, p. 159.

(2) *Historia de un Alma*, cap. XI, p. 216.

(3) *Historia de un Alma*, cap. XI, p. 216.

«haber lamentado el no haber sufrido tentaciones contra la castidad para poder ofrecer a Dios todo género de martirios.» No comprendemos, hoy en día esta locura de martirio, es preciso remontarse a la Edad Media, a los tiempos apostólicos para encontrarla en toda su intensidad. Por la vehemencia de este sentimiento, Santa Teresita del Niño Jesús, parece haberse templado en las fuentes vivas y sangrientas de la fe primitiva. En el día de su profesión en la esquelita que llevó siempre sobre su corazón había escrito:

«Oh Jesús divino, Esposo mío... Haced que muera mártir por Vos, dadme el martirio del corazón o del cuerpo. ¡Ah! dadme mejor entrambos» (1).

Jesús, el divino Esposo, más generoso aún, atendió en aquel hermoso día de su profesión el ruego de su desposada, y le concedió más de lo que ella osara concebir; pues Sor Teresita no entrevió sino dos clases de martirios, el del corazón y el del cuerpo; ahora bien, había un tercero en el que no pensaba; el más doloroso de todos, y que debía serle largamente otorgado, el del espíritu, el del alma misma. Añadamos, que estos tres martirios no fueron sucesivos, sino simultáneos. Esta complicación, esta síntesis de los tres martirios, del cuerpo, del corazón y del alma, que como otros tantos verdugos torturaron a la par la Santita en su caballete de tormento, he aquí lo que resulta difícil y aun imposible de bien comprender. No se nos vaya a tachar de exagerados; por poco que se mediten los testimonios que aportaremos, demostrarán que más bien atenuamos. No hay términos para explicar estas cosas, escribía Sor Teresita y me quedará siempre corta.

(1) *Historia de un Alma*, cap. VIII, p. 136.

I. EL MARTIRIO DEL CUERPO

El martirio del cuerpo, según las indicaciones de la misma Santa, principió aproximadamente un año y medio antes de su muerte. Era la víspera del Viernes Santo y Sor Teresita había cumplido al pie de la letra todas las observaciones de la cuaresma, ayunos, abstinencias, etc. Sentíase muy fuerte. ¡Ah! ¡Cuánto se debe desconfiar de estas impresiones de fuerza y de salud en las personas sostenidas y al mismo tiempo minadas por la fiebre!

«El Viernes Santo, a primera hora, me dió Jesús la esperanza de ir pronto a reunirme con Él en su hermoso cielo. ¡Qué dulce recuerdo! El Jueves por la noche no pude lograr que me permitieran velar, hasta el amanecer, ante el monumento; a eso de media noche me retiré a nuestra celda. Apenas puse la cabeza en la almohada, sentí que me subía a los labios una oleada hirviente; creí llegada mi última hora, y mi corazón se partió de alegría. No obstante ello, como acababa de apagar la linternita, mortifiqué mi curiosidad hasta la mañana siguiente y me dormí con gran tranquilidad. A las cinco, cuando me despertó la señal de levantarme, mi primer pensamiento fué que tenía que enterarme de fausta noticia; lo que averigué luego ser cierto acercándome a la ventana y viendo nuestro pañuelo lleno de sangre. ¡Oh, Madre mía, qué esperanza! Estaba íntimamente convencida de que en aquel día, aniversario de su muerte, me hacía oír mi Amado un primer llamamiento, como dulce y lejano murmullo precursor de su feliz llegada» (1).

Esta página es ciertamente una de las más hermosas escritas por la Santa y una de las más características de su manera de ser sencilla e ingenua. El estilo es límpido, flúido. Los incrédulos, poco benévolo para con Sor Teresita repe-

(1) *Historia de un Alma*, cap. IX, p. 159.

tirán que fué su pluma como su vida, graciosa y fácil. Mas hay que ir más allá de las apariencias, es preciso reconstruir, aunque tan sólo sea con la imaginación o el recuerdo, esta escena, y se verá sin esfuerzo todo el heroísmo que encierra. Cuando hombres muy valerosos, soldados, oficiales esforzados habían recibido una grave herida en el pecho, y después de algunos días de cama sentían de repente una oleada de sangre *subir hirviente hasta los labios*, cuando llevaban apresuradamente el pañuelo a la boca y lo retiraban ensangrentado, su fisonomía convulsa, sus miradas desesperadas y suplicantes demostraban bien a las claras su íntima angustia. La hemoptisis, el primer vómito de sangre precursor de la muerte, sobre todo cuando sobreviene de improviso, horroriza a la naturaleza. Sólo almas religiosas pueden aceptar con resignación y gozosas, semejantes pruebas. Sor Teresita nos habla «del *dulce* y lejano murmullo precursor de la feliz llegada del Amado». Es su estilo, su manera de ser, ve con simplicidad incluso los sucesos más dramáticos; pero no nos equivoquemos al tratar del heroísmo trascendente que supone un tal dominio del alma. «Creí llegada mi última hora, y mi corazón se partió de alegría.»

Semejante acceso de alegría, está fuera de medida, ¿es el efecto de una exaltación febril? No, por el ascetismo de pequeñez que practicó durante su vida, por la minuciosa sumisión al reglamento, por la mortificación de su sensibilidad en las pequeñas ocasiones, adquirió la Santa un imperio inaudito sobre todas sus facultades. Ya hemos dicho que el ascetismo de pequeñez en su límite se une al ascetismo de grandeza, y ahora lo comprobaremos. En el mismo momento, uno de los más trágicos de la vida, cuando Sor Teresita oye vibrar el primer toque de agonía, reprime aún su curiosidad naturalmente impaciente. ¡A tanto ha llegado en ella el hábito virtuoso a ser victorioso de la concu-

piscencia!: «Como acababa de apagar la linternita, mortifiqué mi curiosidad hasta la mañana siguiente.»

Sin embargo, ¿qué incertidumbre es más capaz de angustiar la curiosidad del hombre que la de saber si va o no a morir dentro de breves instantes? Esta pequeña mortificación de la joven Carmelita al no encender de nuevo la lámpara para cerciorarse si es sangre lo que acaba de vomitar, es sencillamente sublime. ¿Quizá empero, su acceso de alegría, el esfuerzo que ha debido hacer para dominar su curiosidad van a agitarla, a mantenerla desvelada? ¡Ah! no atribuyamos esta resignación sobrenaturalmente heroica a una virtud humana y estoica de fuerza. Se trata aquí del Don de Fortaleza, uno de los siete Dones del Espíritu Santo. «El día de mi Confirmación, decía, recibí *la Fortaleza* para padecer.» No confundamos, pues, este Don con la virtud cristiana de Fortaleza. La virtud, enseña Santo Tomás de Aquino, sometida a la razón, requiere una deliberación, un esfuerzo; presenta de ordinario en su ejercicio alguna lentitud y esfuerzo. Los Dones del Espíritu Santo, al contrario, disponen nuestras facultades a someterse espontáneamente a las indicaciones de la Providencia. Por haberse dispuesto mediante la humillación a las inspiraciones, es que, sin esfuerzo humano, sin vacilación, deja la Santa su inteligencia y su voluntad obedecer al soplo del Espíritu. Precisamente por eso se duerme con la paz del justo, y su descanso es tranquilo. Al igual que una prometida que hubiera dejado para el día siguiente la lectura de una preciosa misiva, se levanta ella con prontitud, sabedora de que le aguarda «fausta noticia».

Vestida con presteza, Sor Teresita, recogida y serena desciende a la capilla, recita Prima con gran fervor. Sosténida por su íntima alegría, no experimenta ninguna fatiga, ningún sufrimiento. «Ansiaba verme a los pies de mi Madre

para confiarle mi felicidad. No sentía el menor cansancio, el menor sufrimiento, de modo que fácilmente obtuve permiso para terminar la Cuaresma como la había empezado» (1). Era el Viernes Santo. Sor Teresita tomó disciplina durante tres *Misereres* dichosa de sufrir algo por el amor de Jesucristo. Por la tarde, en ayunas casi, pues sólo había tomado un poco de pan y agua fría, se dedicó a los quehaceres domésticos. Subida en un escabel lavaba los cristales de las grandes ventanas. Una novicia la vió tan pálida que sospechando la gravedad de un mal interior, movida de compasión se ofreció a reemplazarla; mas ella rehusó, trabajó, hizo penitencia y oró hasta la noche. Por último se retiró a su celda. «La noche de aquel dichoso día entré muy contenta en la celda e iba a dormirme tranquilamente, cuando, como la noche precedente, me dió mi buen Jesús la misma señal de mi próxima entrada en la vida eterna» (2).

No vayamos a creer que la Santa no vió la gravedad de su estado. Siempre habia previsto que moriría joven. Además, se nos ha dicho que fué la persona más desprovista de ilusiones para todo, pero de un modo especial en lo que le concernía. La humildad es absolutamente verdadera y no deforma nada, es un espejo sin defecto y sin mancha que representa en lo físico y en lo moral nuestra personalidad y los acontecimientos tal cual son. Sor Teresita sabíase mortalmente herida; por el culto del silencio que la caracterizaba, y también por caridad, nada dijo de sus vómitos de sangre a sus propias hermanas, ni siquiera a la Madre Inés de Jesús. Lo tuvo oculto más de un año, pues sabía guardar el secreto de su alma. En su lecho de muerte, la Madre Inés, fraternalmente se quejó de esta excesiva y heroica discreción, Sor Teresita le contestó: ¡Oh! pobre

(1) *Historia de un Alma*, cap. IX, p. 160.

(2) *Historia de un Alma*, cap. IX, p. 160.

Madrecita mía, dé gracias a Dios, porque conociendo mi estado y viéndome tan poco cuidada, hubiera sufrido demasiado!» (1).

¿Cómo explicarse que Sor Teresita no estuviese mejor cuidada? En primer lugar, aunque el mundo algunas veces piense lo contrario, las religiosas no se retiran al claustro para cuidarse; por otra parte, la Santa, como acabamos de ver, merced a ese don sobrenatural de fortaleza que no se desmintió jamás, por su sonrisa y maneras afables, supo ocultar la verdad a la Madre Priora. En las últimas ediciones de la *Historia de un Alma*, los testigos de la enfermedad de Sor Teresita han escrito: «Logró persuadir tan completamente que su vómito de sangre no tendría consecuencias, que la Reverenda Madre Priora no acertó a ver su estado, y le permitió cumplir todas las penitencias prescritas por la regla.» La conducta de la Madre María de Gonzaga fué, pues, en parte, muy excusable. Sin duda alguna la Madre Inés de Jesús, o alguna de sus propias hermanas o de las novicias que le profesaban especial cariño, no se hubieran tan fácilmente dejado «cegar» por su simplicidad heroica y sonriente; pero la Madre María de Gonzaga fué siempre una religiosa robusta, desconocía la enfermedad; por otra parte, amaba realmente a Sor Teresita, pero sin la ternura de una madre propia, de una hermana, de una amiga atenta y perspicaz. La Santita era un centro, un lazo de unión en la Comunidad, pero jamás aduló a nadie, a pesar de que siempre se mostró amable con todas. Esta imparcialidad puede también explicarnos el por qué la Priora no creyó en un principio que la enfermedad fuera grave, y el por qué Sor Teresita no fué inmediatamente cuidada como su estado requería.

(1) *Historia de un Alma*, cap. XII, p. 235.

Evidentemente, la enferma necesitaba descanso, muchas horas de sueño, alimentación superabundante y nutritiva, un clima templado y seco, o al menos, una habitación bien orientada, bien caldeada; pero la Santa amaba las privaciones, y fuera de lo que la obediencia le ordenaba, no hubiera dado un paso para evitarlas. Además, llegó la primavera, y con ella el buen tiempo, y Sor Teresita dotada de una resistencia increíble, pareció reponerse, y desde entonces casi no se ocuparon de su mal. Como siempre se mostraba perfectamente satisfecha, invariablemente le servían las sobras. Permitía la Providencia que la Santa sufriera, para la salvación de un mayor número de almas, un prolongado martirio físico por lo que incluso los mismos cuidados, por una fatalidad aparente, fueron un aumento de pruebas. En algunas biografías recientes, vemos cómo la Hermana veíase privada de un huevo pasado por agua, incluso de la bebida, pues la religiosa que se hallaba a su lado, atacada de diabetes o de otra enfermedad alterante, bebíase la mayor parte de la cidra que le servían.

En fin, bien o mal pasó el verano. Sor Teresita que siempre había tenido la garganta y los bronquios bastante delicados sufría de cuando en cuando una tosecilla seca que no lograba ocultar, y denunciaba a las religiosas que le profesaban cariño los progresos del implacable mal interior. Llegó el otoño, y luego el invierno, el terrible invierno de 1896. Los ataques de tos se repetían cada día con más frecuencia, más largos, interminables.

Sentíase la Santa dichosa de ocupar una celda apartada a fin de que las Hermanas no la oyeran toser. Hemos dicho ya, que las religiosas ni siquiera sospecharon que estuviera tan mortificada por el frío y fué este el más terrible de los sufrimientos físicos; la enfermedad que empobrecía su sangre, la tornó friolera en extremo. Ni las celdas, ni la

capilla, ni los corredores del Convento estaban caldeados. En los días de frío más riguroso, encendíase lumbre tan sólo en la sala de Comunidad, como solía hacerse hace treinta años, y continúa haciéndose aún en las Ordenes contemplativas. La asistencia al oficio de la tarde, a los Maitines, que duraban hasta cerca media noche, le era extremadamente penosa. Sor Teresita del Niño Jesús luchaba heroicamente contra la laxitud, los mareos y los vértigos. «Si muero, decíase, lo verán claramente.» El subir las escaleras hasta el primer piso después del oficio, le era para ella un aumento de fatiga. En sus últimos tiempos, subía lentamente los peldaños cogiéndose fuertemente a la barandilla y necesitaba media hora para llegar a su celda. Cuando iba unos instantes a calentar un poco sus miembros medio muertos de laxitud y de frío, no tardaba en pagar muy caro estos momentos de alivio pasados en la sala de Comunidad. «Para ir hasta su yacija, le era preciso andar cincuenta metros al aire libre bajo los claustros.» ¡Qué impresión de frío cuando sopla el cierzo con fuerza, o la lluvia glacial penetra en torbellinos bajo las arcadas! El burdo paño, la gran túnica obscura de anchas mangas abiertas ceñida al talle por un cinturón, pesa mucho y defiende mal de las corrientes de aire. Sor Teresita prohibía a las novicias el ajustar las mangas con alfileres; debíase arrostrar el frío sin la menor debilidad y la sonrisa en los labios.

Restábale aún el largo, sombrío y glacial corredor del piso, y la enferma penetraba en su «apartada» celda. Ateridas sus manos y sus dedos exangües, era preciso desnudarse, y lo que una religiosa robusta hace en un santiamén, será para la pequeña Carmelita extenuada y cuyas extremidades están rígidas y heladas, el empleo de más de media hora. Son casi las doce de la noche. Una última, humilde y suplicante oración a Jesús y se extiende sobre el duro jergón

en el que las dos mantas de lana burda y muy usadas, no logran calentarla, y la pobre enferma de demacrado cuerpo, tose largo rato, mas no le importa, puesto que nadie la oirá toser. Por último reina el silencio, y logrará algunas horas de ligero sueño, a las seis la campana le advertirá que debe levantarse y deberá vestirse con presteza para empezar de nuevo una jornada de diez y seis horas a lo menos, descontando el tiempo libre y el empleado en las comidas. Hubo semana de invierno, en la que Sor Teresita no logró calentarse por completo. ¡Ah! este frío húmedo que en la capilla, en la celda, bajo las insuficientes mantas de un lecho austero acaba por introducirse en todos los miembros y hasta en el corazón! ¡Qué terrible prueba y sobre todo cuán deprimente! Lejos de haber exagerado, incluso omitimos algo, dejando que la biografía nos detalle todo este heroísmo. Recordemos esta confesión de la Santa, citada ya, pero que es preciso repetir para penetrar y comprender todo su significado: «Mi mayor sufrimiento físico, durante mi vida religiosa, ha sido el frío; lo he padecido *hasta morir*» (1). La Santa había pedido el martirio del cuerpo, y su súplica fué atendida.

II. EL MARTIRIO DEL CORAZÓN

Se supondrá al menos, que el martirio físico de Santa Teresita del Niño Jesús fué dulcificado por la presencia y compañía de sus propias hermanas. En efecto, motivo fué ese de consolaciones, mas, si se conociera ¡qué manantial mucho más abundante de sangrientos sacrificios fué también para la Santa! Después del martirio del cuerpo, el martirio

(1) *Historia de un Alma*, cap. XII, p. 234.

del corazón. Oportunísimo es recordar aquí que: «muchas páginas de esta historia no se leerán jamás en la tierra» (1). Sor Teresita que expresó este pensamiento de idéntica manera que se exhala un suspiro, podía decirnos mucho más sobre este particular; pero no, tenía prisa por olvidar, y sería preciso que el ángel de la guarda de Teresita hubiera contado los golpes, pues él solo fué el testigo. «A diez y seis años, durante el retiro que precedió a su toma de hábito escribió, refiriéndose a las pequeñas y muy sensibles persecuciones que sufría por parte de varias hermanas: «Sí, deseo estas heridas del corazón, estos alfilerazos que tanto hacen sufrir.» (2)

La presencia, en una pequeña Comunidad contemplativa y enclaustrada, de cuatro hermanas de una misma familia, es un hecho excepcional poco común. Las Constituciones religiosas tan sabiamente han previsto los inevitables inconvenientes de esta simultánea presencia de hermanas, que han dictado medidas restrictivas destinadas a limitar su poder; por ejemplo, sólo dos pueden votar en el Consejo. Las cuatro hermanas, si bien bajo distintos conceptos, estaban dotadas de cualidades superiores que se completaban armoniosamente. Se comprenderá fácilmente que en un Carmen aproximadamente de veinte y tres religiosas, las cuatro hermanas Martín podían constituir un bloque capaz de suscitar desconfianzas y oposiciones irreductibles. La Madre María de Gonzaga que, a pesar de las lagunas que presentaba su carácter, estaba desde varios puntos de vista, excepcionalmente dotada, se inquietó, sin razón, al sentir crecer la autoridad que la Santa y sus hermanas por su prudencia y recto juicio habían adquirido en la Comunidad. Sor Teresita habría sido, pues, más amada

(1) *Historia de un Alma*, cap. VII, p. 132.

(2) Carta a la M. Inés, p. 348.

por un cierto número de religiosas, si hubiera sido la única de su familia. En este sentido, la Madre María de Gonzaga podía decir: «Sor Teresita del Niño Jesús es perfecta, sólo tiene un defecto, y es el de tener tres hermanas en el Convento.» Y no obstante, si las cuatro hermanas fueron admitidas en la Comunidad, se debió en gran parte a la influencia ejercida por la Madre María de Gonzaga, entonces Priora. Ésta, en efecto, había entrevisto los grandes beneficios que su admisión reportaría al Carmen de Lisieux.

La vida de Comunidad, a pesar de lo que algunas veces se diga por comparación, no es precisamente la vida de familia. No es que el afecto sea menos vivo, menos abnegado, pero debe ser de otro orden, sobrenatural. Sor Teresita había distinguido perfectamente desde un principio esta diferencia delicada; pero muy real y muy importante, que separa las afecciones familiares, del todo naturales, de las afecciones religiosas: por eso recomendaba a sus propias hermanas: «Guárdense, cuando yo no esté ya aquí, de llevar la vida de familia.» Al entrar en un mismo Convento, deben las hermanas operar una especie de transposición en sus afecciones; deben amarse como religiosas, como *Hermanas* y no precisamente como hermanas. Parece que no es nada, y no obstante, ¡qué ocasión de continuados sacrificios! Santa Teresita del Niño Jesús permaneció siempre fiel a esta ley de la amistad religiosa que implica, en cierto modo, el sacrificio de la amistad familiar. He aquí todavía un martirio del corazón, uno de los más crucificadores.

«Bien sabe V. R., Madre mía, que Jesús me^hha ofrecido más de un amargo cáliz relativo a mis queridas hermanas. ¡Oh! razón tenía el santo rey David cuando cantaba: *¡Cuán bueno y dulce es a los hermanos el habitar juntos en perfecta unión!* Mas esta unión no puede llevarse a cabo en la tierra sino en^{el} medio de los sacrificios. No, no vine a este bendito Carmen para vivir con

mis hermanas; por el contrario, presentía que me ocasionaría esto grandes sufrimientos, desde el momento *en que no quiere una conceder nada a la naturaleza*» (1).

Sor Teresita, es una de sus frecuentes expresiones, sólo quería practicar lo sobrenatural, sobre todo en este punto de las relaciones familiares deseaba ser ejemplar. Se advierte el caso exacto y muy sugestivo, de que en la mayor parte de las fotografías de la Comunidad, casi nunca la Santa se halla al lado de sus hermanas. Cuando Celina entró como postulante en la clausura, Sor Teresita, después de haberla abrazado, temiendo conceder demasiado a la naturaleza huía ya cuando recibió orden de la Priora de conducir a su hermana a la celda que le estaba destinada. Nada confiaba a sus hermanas fuera del dominio ordinario de la conversación entre religiosas, y cuando se le pedía el secreto, lo guardaba escrupulosamente; así pintó una imagen para un misionero sin decir una palabra a la Madre Inés de Jesús, y estando obligada a ir a buscar los instrumentos de pintura, pinceles, bruñidor, en la habitación donde trabajaba la que había sido su «madrecita», lo hacía ocultándose, aprovechando sus ausencias, y retirándose a la biblioteca. Al principio de su vida en el Carmen, Sor Teresita fué nombrada ayudante de la Madre Inés de Jesús en el refectorio. ¡Cuántas ocasiones para hacerse algunas confidencias espirituales, para cambiar alguna prueba de afecto! Mas la Santa, lo mismo que su hermana, sólo se decían lo estrictamente necesario para el servicio de la mesa. ¡«Oh Madrecita mía, escribió más tarde, cuánto sufrí entonces!... No podía abrirle mi corazón y creía que ya no me conocía» (2). Cuando la Madre Inés de Jesús fué nombrada Priora, Sor Teresita

(1) *Historia de un Alma*, cap. IX, pp. 164 y 165.

(2) *Historia de un Alma*, cap. XI, p. 227.

hubiera podido, como tantas otras, ir a hablarle frecuentemente, confiarle la dirección de su alma una vez a la semana como era costumbre. Esta dirección era de regla una vez al mes. Sor Teresita fué, de todas las religiosas, la que menos visitó a la Madre Inés de Jesús. La conducta de la Santa era en estas relaciones algunas veces tan mortificada, tan aparentemente contraria a la humana naturaleza, que incluso no estuvo aprobada por la misma virtuosa fundadora del Carmen de Lisieux.

«Al salir de unos ejercicios de diez días, Sor Teresita del Niño Jesús llegó a la recreación sin haber dado siquiera los buenos días a su querida Madrecita Inés de Jesús, la que tuvo por ello una gran pena. Al menos esperaba que se sentaría a su lado, mas no fué así. La Madre Genoveva la riñó diciéndola que esto era no entender la verdadera caridad...»

El Padre Auriault, S. J., a quien relataron este rasgo, lo atribuyó con justicia a la virtud de la magnanimidad. Si los santos no realizaran ningún acto que sobresaliera de lo mediocre, ¿cómo podrían llevar una vida heroica y dejarse inspirar por la locura de la Cruz?

En su autobiografía nos expone Sor Teresita, cómo en cierta época, dos años aproximadamente antes de su muerte, se pensó seriamente en enviar a la Madre Inés de Jesús «su madrecita», y a sor Genoveva de la Santa Faz, su hermana Celiña, al Carmen de Saigón. Fué esta una nueva ocasión de crueles sacrificios. «¡Ah! — exclama —, no hubiera yo abierto mis labios para retenerlas, aunque mi corazón se destrozara al pensar en las pruebas que las esperaban!...» (1) Siempre el martirio. Lo que acrecentaba de una manera sobrenatural este último sufrimiento, lo que le oprimía el corazón hasta el punto de hacerlo sangrar,

(1) *Historia de un Alma*, cap. IX, p. 166

era que dudaba seriamente que esta marcha estuviera en conformidad con la voluntad de Dios.

Sin embargo, como los santos están siempre dispuestos a someterse a las permisiones divinas, incluso cuando parecen favorecer los yerros humanos, Sor Teresita estaba muy dispuesta a desterrarse ella misma partiendo para Tonkin. Su corazón generoso le hacía entrever abismos insondables de abnegación y olvido, y avanzaba con paso firme para sumergirse y perderse enteramente en ellos. Ambicionaba el olvido y el abandono, como otros ambicionan la gloria y las grandezas. Dos meses antes de su muerte escribió a la Madre María de Gonzaga:

«Permítame que le diga, Madre mía, el por qué deseo responder al llamamiento de nuestras Madres de Hanoi en el caso de que la Virgen Santísima quiera curarme... ¡Ah, ciertamente que si tuviera que abandonar un día mi cuna religiosa, no sería sin dolor! No tengo un corazón insensible; por esto cabalmente, porque es capaz de sufrir mucho, deseo ofrecer a Jesús todos los sufrimientos que puede sobrellevar. Aquí soy querida de V. R., Madre mía, y de todas mis hermanas; este cariño me es muy dulce; por lo mismo, desearía habitar un monasterio donde fuera desconocida y tuviese que sufrir el destierro del corazón... Mi único fin sería cumplir la voluntad de Dios y sacrificarme por Él conforme a sus deseos. Estoy convencida de que no sufriría ninguna decepción, pues cuando una espera exclusivamente padecer, la sorprende el menor goce...» (1).

«Deseo ofrecer a Jesús todo género de sufrimientos», siempre la misma sed de inmolación. Podríamos preguntarnos si solamente para ofrecer a Jesús un sacrificio expiatorio Sor Teresita anhelaba y buscaba el martirio del corazón. Mas ella habíase creado, sobre la caridad fraterna, según las enseñanzas del Evangelio, toda una doctrina a la que

(1) *Historia de un Alma*, cap. IX, p. 166.

concedía la mayor importancia y se esforzaba para ponerla en práctica. Había meditado con mucha atención el nuevo precepto del Señor: «*Mandatum novum do vobis, ut diligatis invicem sicut dilexi vos*. He aquí que os doy un mandamiento nuevo; amaos como yo os he amado.» Considerando cómo Jesús había amado a los hombres, reconoció con exactitud que lo que distingue el amor al prójimo en el Nuevo Testamento es su *universalidad*. En el Antiguo Testamento el amor podía aún legítimamente ser individualizado y sobre todo particularizado. Podíase odiar a sus enemigos, amarse a sí mismo primero, y luego a los otros. El precepto eminentemente nuevo del Evangelio era el amor al prójimo, a los extranjeros, a los enemigos hasta el sacrificio de su propia vida. Abandonar su túnica, presentar la otra mejilla, imitar al buen Samaritano, morir por la salvación de sus hermanos; todo este heroísmo, esta universalidad del amor que venía a anular los estrechos límites del egoísmo judaico, lo comprendió Sor Teresita perfectamente y se esforzaba en aplicarlo a la vida de Comunidad, incluso en las mínimas circunstancias. Desconfiaba instintivamente del proverbio de la Antigua Ley usado en demasía para legitimar las miras más interesadas: «La caridad bien ordenada principia por uno mismo.» Opinaba la Santa que el consejo de la caridad implica en primer lugar el sacrificio de sí mismo.

¿No es en efecto evidente que para amar universalmente al prójimo es preciso sacrificar sus preferencias individuales y familiares casi a cada instante? Mas ese era precisamente el martirio del corazón, el que deseaba Sor Teresita. Cuando se elige por amiga a una persona de sentimientos delicados, inteligente, virtuosa, sólo se hace con mucha frecuencia buscarse, amarse a sí mismo. Con una sutileza de análisis digna de La Rochefoucauld, Sor Teresita del Niño Jesús

examinaba todo cuanto podía haber de egoísmo, de individualismo en su amor para con el prójimo a fin de suprimirlo; a cada instante crucificaba su naturaleza y su corazón de carne.

«Cuando Jesús da a sus Apóstoles un nuevo mandamiento, *su mandamiento particular*, no pide tan sólo que amemos al prójimo como a nosotros mismos, sino como le ama. Él mismo, como le amará hasta la consumación de los siglos.» «Meditando estas divinas palabras, vi cuán imperfecto era mi amor a mis hermanas, comprendí que no las amaba como Jesús las ama. ¡Ah! ahora adivino que la verdadera caridad consiste en soportar todos los defectos del prójimo, en no extrañar sus debilidades, en edificarse con sus menores virtudes» (1).

¡Qué programa de caridad tan sencillo y sublime! ¡Cómo reinaría la paz y el bienestar en las familias y en las Comunidades cristianas si solamente se pusieran en práctica estas últimas líneas! Mas, ¿dónde hallaba Sor Teresita la fuerza para amar a sus hermanas y a su prójimo, como Jesús les ama? En su método de unión, de comunión espiritual con Jesús-Eucaristía: «Sí, lo siento; cuando soy caritativa, Jesús es quien sólo obra en mí; cuanto más unida estoy a Él, mayor es el amor que tengo a todas mis hermanas» (2).

Para amar divina y universalmente a todas sus hermanas, la primera condición es la de sacrificar las amistades familiares y también todas las amistades particulares. Pero ¡cuán penoso y cruel resulta, sobre todo al principio, el romper, el quebrar todo apego, toda amistad particular! Sor Teresita fué severa con la religiosa que amaba a la Madre María de Gonzaga de una manera sensible, le demostró como, obrando así, era a sí misma a quien amaba.

(1) *Historia de un Alma*, cap. IX, pp. 168 y 169.

(2) *Historia de un Alma*, cap. IX, p. 169.

Pero la Santa conocía, mejor que nadie, los esfuerzos que Dios nos pide algunas veces para impedir que nuestro corazón se apegue a la criatura. Escribió a esta misma Priora:

«Recuerdo que siendo postulante, sentía a veces tan violentas tentaciones de satisfacerme y endulzar mi corazón con algunas gotas de alegría, que tenía que pasar a toda prisa delante de la celda de Vuestra Reverencia y agarrarme al barandal de la escalera para no volverme atrás. Acudían a mi pensamiento infinidad de permisos que pedirle y mil pretextos para justificar y satisfacer mi natural propensión. ¡Cuánto me alegro ahora de haberme vencido desde el comienzo de mi vida religiosa! Disfruto ya de la recompensa prometida a los que combaten valerosamente, y no siento que me sea necesario negarle los consuelos del corazón, pues mi corazón está afianzado en Dios... Por haberle amado únicamente, ha ido agrandándose poco a poco, hasta el punto de poner en las personas que le son queridas una ternura incomparablemente más profunda que si se hubiese concentrado en un afecto egoísta e infructuoso» (1).

No concentrarse en un afecto egoísta e infructuoso; he aquí de nuevo una de estas máximas de la Santa, que llevan impresa la señal de una experiencia múltiple y de madura reflexión. Cuantas personas que pretenden un alto ideal de perfección, de apostolado y que se han esterilizado, que han malogrado en gran parte su misión, que han desperdiciado los mejores años de su vida, lo deben a haberse dejado absorber, agotar por un afecto apasionado, exclusivo, particular. Es la caridad universal la que pide Jesús en su mandamiento nuevo. El consejo más importante que puede darse a las almas generosas que se consagran al culto de la perfección, al servicio del Señor, es que, por especiosos que puedan aparecer los pretextos, no se dejen concentrar jamás en un afecto egoísta e infructuoso.

(1) *Historia de un Alma*, cap. X, pp. 184 y 185.

El corazón de las personas que se reconcentran en una amistad particular, tórnase indiferente y duro para el resto del género humano. Luego, para ser verdaderamente discípulo de Jesús, es menester amar a todos los hombres, es preciso amar al prójimo que nos sea francamente oneroso e incluso hostil. Hay que domar las afinidades repulsivas. Sor Teresita, que por complexión era extremadamente delicada y sensible, experimentó estas antipatías y, digámoslo así, estas hostilidades innatas que oponen todo nuestro ser a tal o cual persona: «Se siente una atraída hacia tal o cual hermana, mientras que tal vez otra nos obligaría a dar un gran rodeo para evitar su encuentro. Pues bien: Jesús me dice que tengo que amar a esa hermana, que debo rogar por ella... No basta amar, hay que demostrar el amor» (1). Y Sor Teresita lo demuestra; lo demuestra ofreciéndose espontáneamente a conducir cada tarde desde la capilla al refectorio a una pobre hermana enferma de carácter difícil. Es el episodio de Sor San Pedro, que será clásico, si no lo es ya. «Me costaba mucho ofrecerme para hacer este servicio, pues no ignoraba la dificultad o, mejor, la imposibilidad de contentar a la pobre enferma» (2). Mediante prodigios de delicadeza y aportando a su tarea cuidados infinitos como si condujera al mismo Jesús, la Santita logra, no obstante, conquistar a la hermana anciana y paralítica.

Mas el triunfo de Sor Teresita del Niño Jesús es la completa victoria que alcanzó sobre una de esas irrazonadas antipatías que nos oponen, por todas las tendencias de nuestro carácter, a una determinada personalidad. La religiosa en cuestión era ferviente, pero tenía algunos pequeños defectos.

(1) *Historia de un Alma*, cap. IX, p. 171.

(2) *Historia de un Alma*, cap. X, p. 196.

«Una santa religiosa de la Comunidad, tenía antes el don de desagradarme en todo, mezclábase en esto el demonio, pues no cabe duda de que era él quien me hacía ver en ella tantas cosas desagradables... aplíqueme a hacer por aquella hermana lo que hubiera hecho por la persona más querida. Cada vez que la encontraba, rogaba a Dios por ella... procuraba además hacerle cuantos favores podía, y si me asaltaba la tentación de responderle de modo desagradable, me daba prisa en dirigirla una amable sonrisa, intentando desviar la conversación. Muchas veces, cuando el demonio me tentaba violentamente y me podía esquivar sin que ella advirtiera mi lucha interior, huía *como un soldado desertor*... En esto, díjome ella un día con aire de gozo:—«Hermana Teresita del Niño Jesús, ¿quiere decirme lo que le atrae tanto hacia mí? No la encuentro ni una sola vez sin que me dirija la más graciosa sonrisa.» ¡Ah! lo que me atraía era Jesús oculto en el fondo de su alma; Jesús, que dulcifica lo más amargo» (1).

¡Cuántas victorias por el estilo no contaría Sor Teresita! Sin embargo, lo verdaderamente excepcional, lo único, es que la Comunidad llegó a creer en una amistad particular. La hermana mayor de Santa Teresita, Sor María del Sagrado Corazón, se engañó por completo. «Tuve, confiesa con una sencillez muy edificante, cierto sentimiento de envidia, y un día le dije: No puedo ocultarle una pena que tengo... Me figuro que ama a mi Hermana X más que a mí, y no encuentro que esto sea justo, pues en fin, Dios ha creado los afectos familiares... la recibe siempre con semblante tan risueño... Sor Teresita echóse a reír, mas no me confió las impresiones de antipatía que le causaba aquella religiosa.»

Jesús, es verdad, y trataremos de demostrarlo dentro de poco, dulcifica lo más amargo. No por ser acá en la tierra muchas veces recompensada, deja la amargura de ser menos acerba. ¡Qué sacrificio, qué martirio del corazón

(1) *Historia de un Alma*, cap. IX, pp. 175 y 176.

el de buscar con frecuencia, como de preferencia, si bien sin preocupación ni exclusión, a las personas que nos sean más antipáticas! No aconsejamos a las almas pequeñas el que pretendan desde un principio asumir una prueba tan pesada: destruiría su voluntad, aun poco aguerrida. Solamente poco a poco llegaremos, mediante el constante sacrificio de nuestros cotidianos egoísmos, a esta perfección de caridad.

III. EL MARTIRIO DEL ALMA

No hemos tenido la pretensión de describir el martirio del cuerpo ni el martirio del corazón de Sor Teresita del Niño Jesús; nos hemos limitado a indicarlos. Hemos dicho ya que al pedir la Santa en el día de su profesión estos dos martirios, fué atendida más allá de sus aspiraciones. En efecto, Jesús le reservó un tercer martirio que podemos llamar «martirio del alma», porque, en efecto, no atañe precisamente al corazón ni al cuerpo, sino a las facultades espirituales y de un modo particular a la inteligencia en sus conocimientos, en sus creencias, en sus intuiciones sobrenaturales más preciosas. Teresita, desde su niñez, fué educada en la más firme y más absoluta creencia de las recompensas eternas. «Al oír a nuestros Padres hablar de la Eternidad — declara la mayor de las hermanas —, nos sentíamos dispuestas, a pesar de nuestra juventud, a mirar las cosas de este mundo como pura vanidad.» Este dogma del paraíso reservado a las almas beneméritas, fué siempre uno de los puntos de apoyo fundamentales de la piedad de la Santa.

«Desde mi niñez me fué dada la certeza de que iría un día lejos de mi tenebroso país. Me inspiraba esta convicción, no sola-

mente lo que oía decir, sino además las aspiraciones íntimas y profundas de mi corazón, las cuales me permitían presentir que otra tierra, otra región más luminosa, sería un día mi morada estable; no de otro modo el genio de Cristóbal Colón hacíale adivinar un nuevo mundo» (1).

Esta intuición de un cielo espiritual y eterno fué, pues, en la Santa como un presentimiento sobrenatural que le proporcionaba una especie de evidencia. Cuando en el mirador de los Buissonnets, durante las límpidas noches de verano, entretepiáse con Celina en hablar del cielo, su inteligencia entreveía la beatitud: «No hubiera sido posible dudar; ya la fe y la esperanza abandonaban nuestras almas; el amor nos hacía hallar en la tierra a Aquel a quien buscábamos» (2). Algunos años después, en el locutorio del Carmen, encontramos la misma fe luminosa: «Como antes en los Buissonnets, perdíase, no ya nuestra vista, sino nuestro corazón, más allá de los espacios y del tiempo, y aquí en la tierra nos acogíamos al sufrimiento y al menosprecio para gozar muy pronto de la felicidad eterna» (3). Este pensamiento del cielo era verdaderamente uno de los puntos de apoyo más sólidos de la joven Carmelita; servíase de él como de suave declive para trepar por el camino doloroso, de los sacrificios sin número. «Mi escasa virtud me hacía muy duras estas pequeñas prácticas, de modo que tenía que apelar al pensamiento de que en el día del Juicio todo se revelaría» (4). Jamás experimentó la Santa la sombra de una tentación respecto a la fe, y a medida que avanzaba en la vida religiosa, la luz era más transparente. Escasamente dos años antes de su muerte, gozaba de una fe tan

(1) *Historia de un Alma*, cap. IX, pp. 161 y 162.

(2) *Historia de un Alma*, cap. V, p. 80.

(3) *Historia de un Alma*, cap. VII, p. 129.

(4) *Historia de un Alma*, cap. VII, pp. 131 y 132.

viva, tan clara, «que el pensamiento del cielo constituía toda mi felicidad» (1). Una última observación, más decisiva, acabará de demostrarnos hasta qué punto esta certidumbre se había arraigado en su corazón: como tantas almas piadosas que jamás han sido tentadas, no podía concebir, que existieran los ateos. «No podía comprender que hubiera impíos sin fe, y me persuadía de que ciertamente hablaban en contra de su pensamiento al negar la existencia de otro mundo» (2).

No tardó la Hermanita en conocer, por propia experiencia, que el cielo de la fe puede, lo mismo que el cielo de la tierra, cargarse rápidamente de negros nubarrones. ¿Por qué se extendieron casi de repente dudas terribles sobre las celestes intuiciones de Sor Teresita? Solamente puede atribuirse a una prueba. La Santa nos dice que esta crisis de la fe, o más bien sus tentaciones imprevistas, se abatieron sobre su alma algunos días después de sus primeras hemoptisis, cuando consideraba sus vómitos de sangre como «señal de su próxima entrada en la vida eterna». Y he aquí que, al igual que una persona que pierde la vista, tornósele todo tinieblas. ¿Había quizá contado demasiado Sor Teresita con el apoyo de las certidumbres celestes? Ella misma parece insinuarlo. En su primera infancia, este pensamiento del cielo había sido un goce ideal impregnado de alguna satisfacción natural. «A la hora en que el sol parece bañarse en la inmensidad de las ondas, dejando delante de sí un surco luminoso, fuí a sentarme con Paulina en una roca solitaria; largo tiempo contemplé aquel surco de oro que comparaba mi hermana a la gracia iluminando en la tierra el camino de las almas fieles» (3).

(1) *Historia de un Alma*, cap. IX, p. 160.

(2) *Historia de un Alma*, cap. IX, p. 160.

(3) *Historia de un Alma*, cap. II, p. 35.

Recordemos también la meditación de Teresita durante las horas de pesca: «Escuchaba los ruidos lejanos y el murmurio del viento; a veces llegaban a mis oídos algunas notas perdidas de la música militar de la ciudad, llenando mi corazón de suave *melancolía*. Parecíame la tierra un lugar de destierro y soñaba en el cielo» (1). Para llegar a la perfección de la fe, era preciso que el alma de Sor Teresita fuese purificada de toda impresión demasiado sensible. La Santa misma, con su intuición sorprendentemente adivinadora de verdades místicas, lo explica en dos líneas más lúcidamente de lo que nosotros podríamos hacerlo: «Creo de veras — escribe, refiriéndose a sus tentaciones contra la fe — que me hubiera desalentado antes. Ahora sólo *me priva de todo sentimiento de natural satisfacción en mi aspiración a la patria celestial*» (2).

La gravedad de la prueba podemos apreciarla por esta confesión de la Santa, de que antes no hubiera sido capaz de soportarla. Así, pues, Sor Teresita, que había aceptado todos los sacrificios — enfermedad, humillación paterna, etcétera —, no hubiera podido, antes de llegar a la santidad resistir sin desmayar este tormento continuo de la duda religiosa. Concluiremos que esta fué sin duda su más cruel prueba interior. Es que el fundamento de toda su piedad, de toda su fuerza moral y mística, estaba seriamente atacada, y en ciertos momentos parecía vacilar. Antes, para soportar con esperanza y alegría los sacrificios más crueles, bastábale el pensamiento de que «había un cielo»; pero ahora era el punto de apoyo, el suelo mismo que desaparecía. Los dogmas de la religión católica son absolutamente solidarios los unos de los otros, y un alma cristiana no puede dudar de la existencia del cielo sin que

(1) *Historia de un Alma*, cap. II, p. 24.

(2) *Historia de un Alma*, cap. IX, p. 164.

su fe en la divinidad de Jesucristo, en la veracidad de sus promesas, no sea herida al mismo tiempo: añadamos que la creencia en una recompensa eterna es esencial, no solamente en el cristianismo, sino incluso en la religión natural; fueron, pues, los fundamentos más profundos de su fe los que Sor Teresita sentía minados día y noche por un enemigo invisible.

«Cuando quiero hacer descansar mi corazón, fatigado por las tinieblas que le rodean, con el fortificante recuerdo de una vida futura y eterna, acreciéntase mi tormento. Me parece que las tinieblas, pidiendo prestada su voz a los impíos, se burla de mí, diciéndome: «Sueñas en la luz, en una patria embalsamada de suaves perfumes; sueñas en la eterna posesión del Creador de estas maravillas; crees que saldrás un día de las tinieblas en que desfalleces; pues ¡adelante!... ¡adelante!... Alégrate de la muerte, que te dará, no lo que esperas, sino una noche todavía más obscura, la noche de la nada...» Amadísima Madre: esta imagen de la prueba que me aflige es tan imperfecta como un esbozo comparado a su modelo; pero no quiero escribir más sobre el asunto, temería blasfemar...» (1).

Cuanto más se estudia en la autobiografía de Sor Teresita y en el Proceso de canonización esta tentación contra la fe, más se da uno cuenta de la gravedad que revistió y de lo extremadamente deprimente que resultó. Duró casi sin intermitencias desde Pascua de 1896 hasta la muerte de la Santa, es decir, hasta el mes de septiembre del año siguiente (2). La Hermanita no osaba expansionar su alma con sus novicias, ni con sus propias hermanas, temiendo que el contagio de la duda no las afligiera. Solamente hizo

(1) *Historia de un Alma*, cap. IX, p. 162.

(2) En junio de 1897 Sor Teresita escribió: «El padecimiento de esta tribulación no se limitó a varios días o algunas semanas; hace ya meses que lo sufro y todavía aguardo la hora de verme libre de ella.» (*Historia de un Alma*, cap. IX, p. 160.)

excepción para la Madre Inés de Jesús. En su lecho de muerte de la enfermería, cuando ésta estaba cuidándola le dijo: «¡Si supiera los horribles pensamientos que me atormentan!... Es el raciocinio de los materialistas más empedernidos que se impone a mi espíritu. ¡Oh, Madrecita mía! ¿Es posible tener semejantes pensamientos cuando tanto se ama a Dios?»

Las tentaciones están solamente reservadas a los santos para permitirles alcanzar una mayor excelencia en la virtud especial contra la cual son tentados. Francisco de Asís, enfermo, moribundo, yaciendo en el suelo como el santo Job, viéndose amenazado de ceguera, cantó, para reaccionar contra la tristeza, su magnífico cántico de acción de gracias a la luz, al sol, al Creador. De idéntica manera Sor Teresita del Niño Jesús, para vencer las tinieblas más densas de la duda, compuso sus poesías donde más resplandecen la fe y la esperanza. «Si canto la felicidad del cielo, la eterna posesión de Dios, no es porque sienta goce alguno; canto sencillamente lo que quiero creer» (1). La mayor parte de las religiosas que la rodeaban la consideraban como la menos probada y afligida de todas.

«Madre mía — decía —, nuestras hermanas ignoran mis padecimientos...» «Anoche fuí presa de verdadera angustia, y se hicieron aún más densas las tinieblas de mi alma. No sé qué voz maldita me decía: «¿Estás segura de que Dios te ama? ¿Ha venido a decírtelo? La opinión de algunas criaturas no te justificará delante de Él» (2). Combatía la Santa las dudas sin entrar en discusión, no refutaba las objeciones capciosas: «Las experimento muy violentas—decía ella —, mas experimentándolas no ceso de hacer actos de fe.» Practicaba, por inspiración y talento, la gran ley

(1) *Historia de un Alma*, cap. IX, p. 163.

(2) *Historia de un Alma*, cap. XII, pp. 240 y 241.

espiritual anunciada por Pascal con tanta energía, que nos enseña ir a la fe más bien por la acción, las obras y la oración, que por la argumentación: «¡Ah, que Dios me perdone! Él sabe muy bien que, aunque me falte el goce de la fe, me esfuerzo en practicar las obras. He hecho más actos de fe desde hace un año, que durante toda mi vida» (1). ¡Bendita tentación la que obliga al alma a alcanzar la cima de la virtud!

La Santa, en su estilo tan sencillo y tan expresivo, se sirve de una magnífica y sombría imagen para representarnos la extensión, la densidad, la elevación de su prueba: «Si juzga, venerada Madre mía, por las poesías compuestas por mí este año, le parecerá que recibo grandes consuelos y que casi se ha rasgado ante mis ojos el velo de la fe. A pesar de ello, ya no es un velo, sino un muro que se levanta hasta los cielos y me oculta el firmamento estrellado» (2). Vivía en un sombrío túnel, oscuro y sin estrellas. Haciéndose las dudas cada vez más graves, el confesor creyó deber advertir a la enferma que su estado de espíritu era muy perjudicial para su salud.

Tal fué todo lo que nos es dado comprender, pues «no hay términos para expresar estas cosas», el martirio del alma de la Santa. Es oportuno recordar ahora que, para medir el martirio integral de Sor Teresita del Niño Jesús, es preciso enumerar todos sus martirios. Ya lo hemos visto; fué precisamente en la época en que se declararon sus vómitos de sangre que principiaron las dudas: es verdad que cuando sus dos primeras hemoptisis Sor Teresita estuvo infinitamente sostenida por la radiosa esperanza «de su próxima entrada en el Cielo»; pero pocos días después de Pascua, una semana más tarde, su alma se vió invadida por las más

(1) *Historia de un Alma*, cap. IX, p. 162.

(2) *Historia de un Alma*, cap. IX, p. 163.

densas tinieblas, y la idea del cielo llegó a ser para ella, objeto de lucha y tormento, y fué también durante este año cuando, para dividir el grupo de las cuatro Hermanas y disminuir su importancia, tratóse de enviar a la Madre Inés de Jesús, y a Sor Genoveva al Extremo Oriente. La concordancia de fechas subraya la concordancia de las mayores pruebas. Tratemos pues, mediante la imaginación, de hacer la síntesis o la suma de los martirios de Santa Teresita del Niño Jesús. Cuando los fantasmas de la duda le gritaban: «¡Adelante!... ¡Adelante!... Alégrate de la muerte que te dará, no lo que esperas, sino una noche todavía más oscura, la noche de la nada...», es cuando sufre ella el frío hasta morir, cuando se siente penetrada por la humedad del clima, pues las tentaciones de duda y de desesperación, nos acometen de una manera especial cuando nuestro cuerpo sufre el dolor o la depresión física, y es también entonces, cuando se ve amenazada con la separación de sus hermanas. Cuando un espíritu inmundo se ve arrojado de un alma, dijo Jesús, se retira, mas toma consigo otros siete espíritus peores que él, y principian el asalto contra el alma victoriosa. Sor Teresita había ambicionado toda clase de martirios, no sucesivos, hubiera sido poco, sino simultáneos. Ya hemos visto cómo fué atendido su deseo.

IV. LA SONRISA EN EL SUFRIMIENTO POR AMOR

La muerte que Sor Teresita pedía, será lenta y la agoría terrible; mas lo que importa considerar atentivamente, es que todos los sufrimientos adicionados los unos a los otros, todos estos géneros de martirios, los soportó la Santa no solamente con paciencia, sino de la manera más apacible. Con premeditación, habíase resuelto a aceptar las pruebas

más crucificadoras con agradecimiento, y ofrecerlas a Jesús con la sonrisa en los labios, era una especie de apuesta que había hecho con los ángeles y los Santos: «Creo que se proponen ver hasta donde llega mi esperanza.» (1)

Los estoicos habían declarado: «Dolor, sólo eres una palabra», y sufrieron con una impasibilidad intrépida, humanamente heroica, más fría y triste. ¡Cuán superior es el heroísmo de Sor Teresita que ofrece a Dios todos los sacrificios con la mayor, la más dulce afabilidad. Este último heroísmo es muy cristiano, y ¿por qué no decirlo? muy francés. Cuando nuestros jóvenes oficiales de Saint-Cyr, salían sonrientes de las trincheras, su valor por ser muy sencillo era más meritorio. Es preciso examinar con atención la sonrisa, algunas veces apenas perceptible, que hace tan simpático el profundo semblante de Santa Teresita del Niño Jesús. Esta sonrisa es una flor de amor místico y divino, cubre todas las abnegaciones, todas las inmolaciones de la naturaleza en lo que hay en ella de demasiado humano. Interpretar de una manera tonta la angelical sonrisa de Sor Teresita, ver sólo en ella la juventud, es no comprender en absoluto su carácter. Nos dicen sus hermanas:

«Siempre se la veía graciosa y amablemente alegre, y cuando no se penetraba en su intimidad podía suponerse que caminaba por una vía muy dulce y llena de consolaciones. Así, pues, varios de los lectores de su vida, no descubren el significado de su sonrisa, no ven la cruz cuidadosamente oculta bajo las flores. Olvidan estas palabras del Rey-Profeta: «Cuando se mira a Dios, se está radiante de alegría.»

Esta sonrisa mística, divina, la Santa, recordémoslo, declaró que no la había encontrado, que no la había inventado, digámoslo así, hasta la edad de quince años. Al prin-

(2) *Historia de un Alma*, cap. XII, p. 238.

cipio, ¡cuántos esfuerzos a menudo infructuosos!; mas por último, considerando el Señor la buena voluntad de su Sierva, le envió el Espíritu de la alegría espiritual.

«Hasta la edad de catorce años, practiqué la virtud sin percibir su dulzura. Deseaba el sufrimiento, pero no pensaba en hacer consistir en él mi gozo; esta gracia me fué concedida más tarde.» (1) «Cuando sufro mucho, cuando me suceden cosas penosas, desagradables, en vez de tomar un aire triste, respondo a ellas con una sonrisa. Al principio, no siempre lo conseguía; pero ahora es costumbre que me alegro mucho de haber contraído» (2).

Podríamos, sobre este tema, multiplicar las citas casi hasta lo infinito; puesto que, al tratar de la alegría en el sufrimiento, tocamos ciertamente la particularidad más exteriormente característica de Santa Teresita del Niño Jesús. «He observado a menudo, certificó su maestra de novicias, que las buenas y santas religiosas soportan con resignación y paciencia los reproches o las reflexiones descorteses, mas el hacerlos un objeto de alegría y de exultación, sólo lo he visto en Sor Teresita del Niño Jesús.»

«Hay pequeñeces, afirmaba la Santa, que causan más placer a Jesús que el imperio del mundo, por ejemplo, una sonrisa, una palabra amable cuando tengo deseos de permanecer callada, o de demostrarme disgustada.»

Nos parece ver fielmente retratada en esta declaración, a Sor Teresita, con su estima por los pequeños sacrificios, su amor a Jesús, al prójimo y nos atreveremos a decir, con su culto de sonrisa cristiana, que es la expresión de su íntima caridad. En conclusión, comprendamos, y sobre todo, pongamos en práctica esta verdad esencial: que una palabra

(1) *Historia de un Alma*, «Consejos y Recuerdos», p. 269.

(2) *Historia de un Alma*, cap. XII, p. 249.

amable dirigida al prójimo por amor de Dios cuando se siente uno deseoso de demostrarse malhumorado y displicente, puede ser más agradable a Dios que todo el imperio del mundo. Si los cristianos, si solamente las personas piadosas observaran constantemente, en las mínimas ocasiones, en las pruebas cotidianas esta caridad amable, el catolicismo habría muy pronto conquistado el universo.

Mas, ¿qué contradicción, que antinomia la de este goce íntimo y aparente, esta sonrisa divina en medio de los dolores físicos o morales más crueles; y donde hallar la clave de esta antinomia? Una sola palabra bastará para aclarar el misterio: el amor, el amor divino. En este mundo, el amor humano ya opera maravillas, es un principio de poder verdaderamente mágico. ¡De qué valor, de qué audacia y abnegación, de qué prodigiosa resistencia a la fatiga, de qué continuada atención, de qué intuiciones adivinatoras, de qué heroísmo infatigable, de qué olvido de sus propios dolores, no es capaz la joven, ayer frágil, delicada, indolente, cuando es madre y ama apasionadamente! Si el amor humano puede operar en un instante, como por virtud de mágica varilla tan sublimes metamorfosis, y sin que le haya precedido estudio alguno, sin ejercicios preparatorios, sin esfuerzos, con alegría. No es evidentemente ni por teoría, ni por método, ni mediante un largo entrenamiento de la voluntad, que la débil y tímida jovencita al verse madre, tornóse por el hecho mismo, heroicamente fuerte. El principio aquí no es la voluntad humana, sino el amor, y si el amor humano es, digámoslo así, un transformador de poder tan extraordinario, ¿qué diremos del amor divino!

«Donde existe amor, escribió San Agustín en un pensamiento célebre que pasará a la posteridad más remota, no existe pena, o si aun hay pena, la misma pena es amada.» El secreto de la sonrisa de Sor Teresita del Niño Jesús en

medio de sus sufrimientos, es el amor divino, es en su amor a Jesús donde encontraremos por último las soluciones de todas las contradicciones o antinomias que presenta su vida exterior e interior. Su vocación, como ella misma nos lo dice, fué el amor; pero fué por la humildad más profunda, la que se abate hasta tocar el fondo del Océano, que logró alcanzar la cima vertiginosa del amor. «Abatiéndome hasta las profundidades de mi nada, me elevé tan alto que pude alcanzar mi fin.» Humillándose, obteniendo así la fuerza de Jesús, pues la gracia desciende a las almas humildes como el agua a las profundidades, Sor Teresita se sintió capaz de aceptar todas las cargas y pruebas con alegría. «Todo canta en mi corazón como en el de Santa Cecilia», decía ella en medio de sus dolores más acerbos. Es el amor divino que en el último análisis da el secreto de Sor Teresita del Niño Jesús, es el amor el punto básico de todas sus virtudes, el que nos proporciona la solución de todas las antinomias (1), es el amor que, a través de las angustias de la agonía, debía conducirla a la beatitud.

«Y exclamé en un transporte de alegría delirante: ¡Oh Jesús, Amor mío, al fin he hallado mi vocación! *¡Mi vocación es el amor!*... En el corazón de mi Madre, la Iglesia, *seré el amor*... Así lo seré todo; así se realizarán mis ensueños. Dije que me transportaba una alegría delirante, No, esta expresión no es exacta, porque desde aquel momento se posesionó más bien de mi ser la paz; la paz tranquila y serena del navegante que divisa el faro indicador del puerto» (2).

(1) Los dones del Espíritu Santo constituyen esencialmente y propiamente la perfección cristiana heroica; mas según santo Tomás de Aquino, lo mismo que la prudencia, es el punto de apoyo de todas las virtudes morales. La caridad es el principio de todos los dones sobrenaturales: *Sicut virtutes morales sibi invicem connectuntur in prudentia, ita dona Spiritus sancti connectuntur sibi invicem in charitate* (*Summa Theol.*, Ia. 2æ., q. 68, art. V). No hay ni que advertir que los dones en manera alguna excluyen la práctica de las virtudes.

(2) *Historia de un Alma*, cap. XI, p. 218.

EPÍLOGO

LA MUERTE

No vamos a relatar con exactitud y toda clase de detalles, los últimos días (de Santa Teresita del Niño Jesús. Dejamos esta difícil tarea al biógrafo. Solamente nos proponemos indicar con algunas reflexiones y breves citaciones, cómo el amor divino, el amor transformativo operó en la Santa, en este paso doloroso, la síntesis tan misteriosa de la alegría íntima y del martirio. Hemos estudiado muy de cerca la vida de varios Santos, y siempre hemos notado que su muerte era eminentemente significativa de sus virtudes particulares (1). Estamos convencidos que las religiosas que rodearon a Sor Teresita, no nos desmentirían si afirmáramos que jamás la Santita estuvo tan colmada de sabiduría sobrenatural, más humilde, más divinamente inspirada, más cruelmente probada, más serenamente gozosa, más profundamente ardiente de amor divino, que durante las últimas semanas de su existencia. Cuanto más ella se eleva hacia el término de su ascensión, más todas sus virtudes demuestran su trascendencia; pero su goce en el

(1) En el Proceso de Canonización Sor Genoveva declaró: «Los últimos meses que la Sierva de Dios pasó en la tierra fueron el eco de su vida, no desmintió un solo instante su tierno abandono a Dios; su paciencia, su humildad. Su semblante tenía una expresión de paz indefinible. Se veía que su alma había llegado allí donde la habían conducido los deseos de toda una vida dirigida hacia un fin, al presente conseguido. Como Nuestro Señor antes de expirar, me dijo un día con gravedad: «Todo está bien, todo está cumplido, tan sólo impera el amor.»

sufrimiento por amor, es el carácter que permanece más dominante en la santidad de Sor Teresita.

Antes de declararse vencida por la fiebre que desde hacía dos años iba minándola, Sor Teresita perseveró en el exacto cumplimiento de los trabajos de comunidad y en la asistencia al Oficio divino hasta más allá ciertamente de lo humanamente posible. Estaba sostenida por una fuerza sobrenatural milagrosa: «Durante los Maitines, el corazón le fallaba por el esfuerzo que debía hacer para salmodiar y permanecer en pie... La víspera del día en que por última vez vino a la recreación de la tarde, empleó más de media hora para subir a su celda; se vió obligada a sentarse casi en cada escalón; y tras inauditos esfuerzos logró desnudarse sola.» A pesar de su formal prohibición, una de sus novicias más queridas, Sor María de la Trinidad, advirtió a la Priora, la Madre María de Gonzaga, y desde entonces «se ocuparon en cuidarla seriamente». No obstante, la dejaron en su celda. «Gozo en poder sufrir sola, pero si me compadecen y colman de delicadezas, entonces dejo de gozar» (1). No nos extrañemos ya, conocemos el secreto de su goce: amaba. ¿No escribió en una de sus poesías:

«Sí, sufrir amando es la dicha más pura»

A las novicias que iban a visitarla a su celda, y se apenaban por verla sufrir tanto, les decía: «¡Oh! no se aflijan por mí: he llegado a no poder padecer ya, porque me es dulce todo padecimiento» (2). Evidentemente, el sufrimiento la unía más a Jesús, a su divino Esposo: cuanto más triturada estaba por el dolor, más se abandonaba con confianza

(1) *Historia de un Alma*, cap. XII, p. 236.

(2) *Historia de un Alma*, cap. XII, p. 238.

sobre el pecho del divino Maestro. El 6 de julio de 1897, se declararon nuevas hemorragias, y habiendo el doctor diagnosticado una congestión pulmonar muy grave, se opinó con razón, que el mal jergón de paja sobre el que descansaba la enferma, era demasiado duro para su delicado organismo, y dos días después hicieronla bajar a la enfermería. Amaba su celda con este amor que sienten los religiosos hacia los lugares donde han combatido, practicado la virtud, recibido las gracias divinas; por eso, al dejarla para siempre exclamó: «En ella he padecido mucho, y en ella hubiera muerto gustosa.» (1) Dos días antes había hecho esta confidencia de una importancia primordial:

«He leído un hermoso pasaje en las reflexiones de la *Imitación*: Nuestro Señor, en el huerto de los Olivos, gozaba de todas las delicias de la Santísima Trinidad, y, sin embargo, su agonía no fué por eso menos cruel. Es un misterio, pero les aseguro que lo comprendo algo por lo que experimento yo misma.»

Varias veces durante sus últimas semanas expresó este mismo pensamiento en formas análogas (2). Bajo la agitación tumultuosa de las tempestades y de pruebas exteriores, las moradas más profundas de su alma permanecían serenas. «¿No murió Nuestro Señor, decía, víctima de amor? Con todo, vea cuál fué su agonía» (3). La agonía de Jesús en la cruz fué en efecto terrible, físicamente por el sufrimiento de la carne, y moralmente, por las tinieblas y el desamparo del alma: «¡Dios mío, Dios mío! exclamó, Jesús, ¿por qué me habéis abandonado?» Y en este mismo instante gozaba.

(1) *Historia de un Alma*, cap. XII, p. 243.

(2) «Se lo confieso francamente: morir de amor como Nuestro Señor murió, morir de amor en la Cruz, me parece que es lo que yo experimento.»

(3) *Historia de un Alma*, cap. XII, p. 256.

de la visión beatífica. Antinomia del extremo dolor humano y de la beatitud suprema que sólo el amor divino, y la unión del alma a Dios pueden, en parte, explicarnos.

Sor Teresita, dichosa de ir a Dios, experimentaba los mismos sentimientos que San Pablo cuando exclamaba: «Deseo destruirme para estar con Cristo.» La Santa, en efecto, decía: «¡Oh! cuánta alegría experimento al verme destruir, me vuelvo esqueleto. Esto me place.» Al capellán que le preguntaba si estaba resignada a morir, le contestó: «¡Ah, Padre mío, creo que sólo se necesita resignación para vivir!... Para morir, lo que experimento es alegría» (1). El 25 de julio, su hermana, la Madre Inés de Jesús, viéndola sufrir tanto, le confesó que «acabaría por desear su muerte». Sor Teresita le respondió: «No se debe decir esto, Madrecita, pues sufrir es justamente lo que más me gusta de la vida.» Y algunos días después. «No pase pena, si me ahogo, Dios me dará fuerzas. ¡Le amo! ¡No me abandonará jamás!» — «Es muy duro sufrir tanto, ¿no es verdad? — «No, puedo aún decir a Jesús que le amo, esto es suficiente.» Mostró un pequeño vaso que bajo las apariencias de un licor delicioso contenía una medicina detestable. «Esta es, dijo, la imagen de mi vida;... les ha parecido que yo bebía un licor exquisito, mas era amargura. Digo amargura, y con todo, mi vida no ha sido amarga, porque he sabido convertir toda amargura en mi dicha y regalo» (2).

El 30 de julio recibió la Extremaunción. «Nuestro Padre Superior sólo me ha hablado del amor. ¡Oh! cuán conmovida estaba.» Como su muerte parecía inminente, se bajó su jergón a la enfermería para exponer su cuerpo, según la costumbre monástica. Cuando abrieron la puerta de la enfermería, lo vió, lo comprendió todo, y se regocijó. Bromeaba

(1) *Historia de un Alma*, cap. XII, p. 255.

(2) *Historia de un Alma*, cap. XII, p. 238.

gustosa de los preparativos de sus funerales a pesar de que no cesaba de sufrir cruelmente. «He encontrado, afirmaba, la felicidad y la alegría sobre la tierra; mas únicamente en el sufrimiento, pues he sufrido mucho en este mundo. *Es preciso comunicarlo a las almas...* Después de mi primera Comunión sentía un perenne deseo de sufrir. No pensaba, sin embargo, en hacer consistir en él mi gozo, esta gracia me fué concedida más tarde.»

Este estado incontestable de íntima alegría en el sufrimiento más complejo, es muy misterioso.. Parece ser tuviera en el centro de su alma como una hoguera incandescente de amor a Dios y de alegría que lo devorara todo. «Es tan dulce, decía, el sentirse débil y pequeña... No esté tan triste... Ya ve como Dios me hace dichosa... Estoy siempre alegre y contenta... Experimento alegría muy viva al sentirme imperfecta: esto sobrepuja a todos los parabienes que me *fastidian*.» ¿Cómo pueden los santos llegar a regocijarse de todo lo que a los demás mortales causa agudos tormentos?

Al insistir encarecidamente, al apoyarnos en esta especie de contradicción, de antinomia flagrante entre la alegría y el dolor de Santa Teresita del Niño Jesús, no hacemos sino obedecer a una de sus recomendaciones supremas: «Será preciso decir que es en el fondo de mi alma donde están la alegría y los transportes... Mas esto no alentaría mucho a las almas si creyeran que no he padecido mucho... ¡Ah! si se supiera lo que sufro... Esta noche, no pudiendo más, he suplicado a la Santísima Virgen que sostuviera mi cabeza entre sus manos para que yo pudiera soportarla...»

Y siempre también esta tentación de duda, de desesperación que importunaba las moradas exteriores de su imaginación y de su espíritu, sin lograr penetrar en el santuario de su fe, en el que habitaba Jesús realmente como en el

tabernáculo. La ventana de la enfermería daba al jardín; señalando un día un rincón muy oscuro dijo: «Mi alma está en un agujero negro como aquel, pero permanezco en paz.» Su prueba, afirmaron todos los testigos de su muerte, no se atenuó en los umbrales de la Eternidad, al contrario, el velo volvíase cada vez más denso. «Sin embargo, en este estado, la sonrisa no abandonaba sus labios. Conservaba los rasgos infantiles y graciosos que hacían su compañía tan agradable. Todas querían verla y oírla.» «A cada visita, mostrábase el médico más admirado. ¡Ah!, exclamaba, si supieran lo que soporta! Jamás vi padecer tanto con ese semblante de alegría sobrenatural. ¡Es un ángel!» (1).

Recordemos sin cesar, recordemos siempre que esta fuerza de sufrir con alegría, con gracia, con sonrisa, la obtuvo la Santa por la humildad, por la desconfianza y abnegación de sí misma. Gustosa advertía que San Pedro cayó por haber contado demasiado en sus propias fuerzas. Con motivo de sus espantosos sufrimientos, hacía la siguiente declaración memorable: «A cada instante me da lo que puedo soportar: nada más, y si luego aumenta mi dolor, aumenta también mis fuerzas. Con todo, jamás me atrevería a pedir padecimientos mayores, *porque soy demasiado pequeña*. Además, ellos entonces serían padecimientos míos y tendría que soportarlos sola; y *sola jamás he podido hacer cosa alguna*» (2). En el mismo sentido respondía a la Madre Inés de Jesús que admiraba su paciencia: «No he tenido aún ni un solo momento de paciencia. No es la mía, se equivocan siempre.» Así, pues, nos equivocaríamos completamente si clasificáramos de virtud humana, estoica, el heroísmo de paciencia y de abnegación que en la Santa eran un efecto del amor, un Don del Espíritu Santo. «¡Ah! ex-

(1) *Historia de un Alma*, cap. XII, p. 250.

(2) *Historia de un Alma*, cap. XII, p. 250.

clamaba, cuán imposible es el darse a sí mismo tales sentimientos.» «Pienso que el Espíritu de Dios sopla donde quiere» (1).

Esta fuerza de alma, esta alegría interior de Sor Teresita hacíanla capaz de resistir por más tiempo que otra cualquiera, a la devoradora enfermedad; cuando el doctor sólo le daba un día de vida, vivió aún un mes; mas su cuerpo hallábase en un estado de aniquilamiento inconcebible. Hacía varias semanas que había perdido por completo el apetito. Cada tarde, desde las tres, una fiebre intensa la devoraba. Abundantes sudores la extenuaban. Dos o tres veces al día tenía violentas hemorragias. Los accesos de tos estaban acompañados de fuertes ahogos. Le hacían respirar éter, mas la opresión era tal, que este remedio no producía efecto. La enfermedad respetó su semblante que conservó toda su expresión y plenitud, no obstante haber llegado a tal extremo de consunción, que los huesos agujerearon la piel, y que en varias partes de su cuerpo se formaron llagas dolorosísimas. La tuberculosis intestinal provocó la gangrena, de manera que Sor Teresita aplicábase con razón las palabras mesiánicas: *Ego sum vernis et non homo*. La sed abrasadora que soportaba, la sumergía según sus propias palabras, en el purgatorio. Nada lograba desalterarla; la bebida, al igual que aceite hirviente, avivaba el fuego de sus entrañas. «Cuando bebo, decía, es como si vertiera fuego sobre fuego.» Cuando por último, para calmar los accesos de tos que duraban horas, se la sentaba en la cama, decía que «estaba sentada sobre puntas de hierro» y suplicaba rogasen por ella.

Para su alma de santa, estábanle reservadas las pruebas más sensibles. Ya hemos visto que su devoción más

(1) *Historia de un Alma*, «Consejos y Recuerdos», p. 300.

ardiente, extraordinaria, era la santa Comunión; pues el estado no le permitió recibirla desde el 16 de agosto hasta su muerte a causa de sus frecuentes hemoptisis, y eso era para su corazón, una privación muy cruel. El 6 de agosto, fiesta de la Transfiguración del Señor, se colocó cerca de su cama una gran imagen de la Santa Faz rodeada de flores e iluminada por una lamparilla. Jamás sufrió tanto como en aquella noche la prueba de su tentación contra la fe: «¡Oh Madre mía, decía a su hermana, cuán tentada he sido esta noche! Mas no he cesado de mirar la Santa Faz y de hacer actos de fe.» El martirio del alma persistía, y el del cuerpo era cada vez más atroz. Estemos bien persuadidos de que Sor Teresita conoció el sufrimiento hasta los límites extremos que pocas criaturas acá en la tierra, después de Jesucristo, han alcanzado. Dijo un día:

«Madre mía, ruegue por mí. ¡Si supiera lo que sufro! Fida que no pierda la paciencia. Tengo necesidad del socorro del Señor... Yo ¡que tanto he deseado todo género de martirio! ¡Ah! es preciso pasarlo para saberlo... Comprendo muy bien que los que no tienen fe se maten cuando sufren tanto. Vigile, cuando tenga enfermas víctimas de dolores tan violentos, de no dejar cerca de ellas medicinas que sean venenosas. Le aseguro que cuando se sufre tanto, falta muy poco para perder la razón.»

Después de semejantes exclamaciones, no se dudará que la Santita conociera el paroxismo del sufrimiento humano. «No deseen conservarla en este estado, declaró el doctor, es horrible lo que sufre. ¡Pero que ángel! ¡Cuán scuriete la veo siempre!» Lo más admirable, en efecto, es que a pesar de sus sufrimientos, y a pesar de las tinieblas de su alma, conservaba su angélica simplicidad. «Permanecía graciosa como un niño, declaró la Madre Inés de Jesús, la parte superior de su alma estaba apacible y serena bajo la acción

de la gracia. Fué entonces que ella me confió sus inmensos deseos, y su esperanza de verlos muy pronto realizados. «Desde arriba los santos me animan y me dicen: «Ahora como Juana de Arco estoy prisionera; pero pronto llegará mi libertad y con él el tiempo de mis conquistas» (1).

Y siempre en ella esta mortificación a lo infinito, este ascetismo de pequeñez, esta abnegación de sí misma en favor del prójimo que, como ya le hemos demostrado, reúne en el límite las más heroicas mortificaciones de los santos. Podríamos citar aún muchos rasgos, pero nos contentaremos con relatar uno de los actos más sencillos y más sublimes de caritativa mortificación que practicó la Santa. Era en su última noche, había llegado a tal estado de fatiga, que el menor ruido, el menor murmullo, el oír cuchichear en voz baja le era insoportable; no obstante, su propia hermana que la velaba, se durmió rendida de laxitud y tristeza en el mismo momento en que acababa de darle de beber: Sor Teresita se apercibió, y no queriendo despertar a sus hermanas «conservó en la mano el vasito hasta que una de ellas se despertó».

Renunciamos a describir el último día de su vida y la muerte; se leerá el relato en la *Historia de un Alma* (2). Notemos solamente que Sor Teresita pasó una agonía terrible, sólo podía respirar lanzando pequeños gritos, espesas gotas de sudor inundaban su semblante. No obstante, cuando entró la Comunidad, la Santita la acogió con la más graciosa sonrisa. Estaba admirablemente resignada por la conformidad absoluta de su voluntad, a la voluntad divina. No pedía más sufrimientos, pero tampoco deseaba menos.

(1) *Historia de un Alma*, «Consejos y Recuerdos», p. 304.

(2) Para más detalles sobre su muerte y últimos meses de enfermedad, véase también *Vida de Santa Teresita* por el Padre Francisco Javier, capítulos XX y XXI. (Nota del traductor.)

A las tres de la tarde dió un brazo a la Madre Inés, y el otro a Sor Genoveva que estaban a cada lado de la cama, las cuales no pudieron menos de compararla a Cristo muriendo en la Cruz. Era, en efecto, una víctima voluntaria, crucificada para la salvación de la humanidad. Ya no podía decir nada a Jesús, se transformaba en Él, le amaba. Por la mañana, y aun media hora antes había declarado:

«¡Ah, con qué fervor he suplicado a María! Pero es la agonía pura sin mezcla alguna de consuelo...; Madre mía, el cáliz está lleno hasta el borde! No, jamás hubiera creído que fuera posible padecer tanto... Sólo puedo explicármelo por mi extremado deseo de salvar almas...» (1).

Y pensar que la crítica incrédula y parcial pudo escribir: «Después de varios meses de agonía sonriente y resignada, exhaló su último suspiro suave, tan suave!» Mas dejemos en este momento supremo y divino toda segunda intención de polémica. Hacia las cuatro de la tarde, la Priora, la Madre María de Gonzaga le rindió este testimonio, uno de los más preciosos que un alma en el momento de su muerte puede escuchar:

«Hija mía: V. C. está preparada a comparecer ante Dios, porque ha comprendido siempre la virtud de la humildad.» Sor Teresita reflexionó un instante y dijo: «Sí, tengo la convicción de que mi alma no ha buscado nunca sino la verdad... Sí, he comprendido la humildad de corazón» (2).

La agonía duró aún tres horas. La muerte tardaba en venir. Sor Teresita decía con voz apenas perceptible y entrecortada por los estertores: «Pues... vaya... vaya... ¡Ah! no

(1) *Historia de un Alma*, cap. XII, p. 256.

(2) *Historia de un Alma*, cap. XII, p. 257.

quisiera padecer menos de lo que padezco» (1). Hacia las siete de la tarde, mirando su crucifijo pronunció estas supremas palabras: «¡Oh!... ¡le amo!... ¡¡¡Dios mío, os amo!!!» Se dejó caer de repente, la cabeza inclinada hacia la derecha, de pronto se incorporó de nuevo fijando en dirección a la imagen de María una larga mirada de éxtasis y de amor.

Era el 30 de septiembre de 1897, la Santa contaba veinticuatro años y nueve meses.

(1) *Historia de un Alma*, cap. XII, p. 258.

CONCLUSIÓN

La muerte, decíamos, es ordinariamente significativa de las virtudes más características de un santo. En esta agonía de Sor Teresita hemos, de una manera especial, observado su humildad, su abandono, su confianza en Dios, su heroica paciencia en los sufrimientos; por último, y por encima de todo, su amor a Dios y a las almas, esta Caridad de la cual decía san Pablo que era el nudo de la perfección y la reina de todas las virtudes. Al estudiar la espiritualidad y la misión de Sor Teresita del Niño Jesús, nos sentimos acometidos de una especie de vértigo intelectual al llegar a sus últimos días y querer seguir con la mirada sus sublimes ascensiones. Nos hemos preguntado: «¿No sería un ángel a quien Nuestro Señor hubiera permitido encarnarse para renovar su Pasión, continuar su Redención, recordar sus principales enseñanzas?» Recordemos; estimaba ella poco decente el comer en público, y no hubiera comprendido esta costumbre si Jesús y María no le hubieran dado ejemplo. Decía: «Siempre me ha estorbado mi cuerpo, muy pequeña me sentía avergonzada, no estaba a gusto en él.» ¿No sería un ángel, el ángel de la agonía que Jesús hubiera enviado para continuar su pasión y recordarnos nuestra pequeñez? Pero no; Sor Teresita sólo fué ángel por metáfora o analogía. Y la realidad es más sencilla y más hermosa que todos los sueños teológicos.

Tememos que el cuadro de sus martirios y de su muerte,

que hemos debido trazar a grandes rasgos, vaya a oscurecer, en la mente del lector, la fisonomía tan dulce de Santa Teresita del Niño Jesús. Es verdad que sufrió de un modo excepcional y que jamás habrá santos que logren alcanzar la meta de sus ascensiones espirituales por otro camino que el de la Cruz. Mas todas las almas pequeñas, de las cuales formamos parte y que son una legión, no serán llamadas a pruebas análogas a las de Sor Teresita. Podemos muy bien trabajar nuestra salvación, llegar a ser santos e incluso grandes santos, soportando cada día, hasta la muerte, nuestras pequeñas pruebas. El todo está en aceptarlas y ofrecerlas a Dios por amor. El cielo no pide otra cosa de nosotros. No conservemos de una manera exclusiva y principal el recuerdo de Sor Teresita probada por el martirio físico y moral. No comprenderíamos, incluso invocando el amor divino, que pudiera ella aceptarlos con una serena alegría. Grabemos más bien en nuestra memoria otra imagen más justamente simbólica de su camino todo de abandono y de amor.

En el patio del claustro de Lisieux, Sor Teresita del Niño Jesús gustaba de arrojar pétalos de rosa al gran Cristo del Calvario, y no era para obtener tal o cual gracia, decía ella, sino por complacer a Jesús, únicamente por amor. ¡Qué magnífico simbolismo el de esta joven carmelita de veinte años inclinándose, enderezándose para arrojar muy alto las flores, hasta los pies, hasta las llagas, hasta la corona de espinas del divino Maestro! Mas no olvidemos el significado espiritual de estas rosas: figuran ellas los sacrificios, las mortificaciones de nuestra naturaleza y de nuestro corazón. Cuando, enferma e incapaz de arrojar flores al Calvario, Sor Teresita enjugaba con pétalos la Faz del Señor, era un gesto digno de la Verónica. «Recoged estos pétalos, decía la Santa en su lecho de muerte.

no perdáis ninguno...» (1). Sí, todos los pequeños sacrificios ofrecidos a Dios por amor a Jesús, son en extremo preciosos. Nuestra vida, a nosotros que no hemos sido predestinados a una misión especial, probablemente estará constituida de pequeños sacrificios cotidianos, los grandes dolores son menos frecuentes. Aceptémoslos con paciencia, humildad y, sobre todo, con amor; ellos nos serán evaluados a un precio infinito en la eternidad. Arrojar a Jesús las flores de los pequeños sacrificios, es seguir el camino de la confianza y del total abandono, es esforzarnos en imitar, según nuestras débiles fuerzas, a Santa Teresita del Niño Jesús; es, en fin, obedecer a la recomendación del Soberano Pontífice Pío XI, que en la Bula de Canonización exclamó:

«Fieles de Cristo, la Iglesia os presenta hoy un nuevo y admirable modelo de virtudes al que todos debéis constantemente contemplar.»

(1) *Historia de un Alma*, cap. XII, p. 249.

ÍNDICE

	<u>Fóginas</u>
PREFACIO	5

PRIMERA PARTE

VIDA ASCÉTICA Y MÍSTICA

LOS CUATRO CARACTERES NEGATIVOS

CAPÍTULO PRIMERO. — *Primer carácter negativo de la espiritualidad de Santa Teresita de Lisieux: ausencia de mortificaciones violentas y fuera de regla.*

I. El ascetismo antiguo o ascetismo de grandeza.	21
II. El ascetismo de Sor Teresita o ascetismo de pequeñez.....	26
III. Cómo el ascetismo de pequeñez corrige las tendencias defectuosas de Teresita niña y adolescente	33
IV. El ascetismo de pequeñez practicado por Sor Teresita en el Carmen de Lisieux	41
V. El ascetismo de pequeñez no debe ser llevado hasta la preocupación, ni excluir las mortificaciones regulares	47

CAPÍTULO SEGUNDO. — *Segundo carácter negativo de la espiritualidad de Sor Teresita: ausencia de método riguroso de meditación. Su vida de unión a Jesús Sacramentado.*

I. Los métodos de oración de san Ignacio, de san Francisco de Sales	51
II. La vida de oración de Sor Teresita	57
III. Los libros espirituales de Sor Teresita	64
IV. Vida de comunión a Jesús Sacramentado	72
V. La oración de Sor Teresita y la tradición.....	76

CAPÍTULO TERCERO. — *Tercer carácter negativo de la espiritualidad de Sor Teresita: ausencia de favores extraordinarios y frecuentes.*

I. Diferencia entre Santa Teresita de Lisieux y los Santos de la antigüedad	83
II. Visión profética de su padre afligido	93
III. Visión de la Virgen de la sonrisa y curación milagrosa	99
IV. Gracias insignes de oración.....	106
V. Predicciones concernientes a su misión póstuma.	110

CAPÍTULO CUARTO. — *Cuarto carácter negativo de la espiritualidad de Sor Teresita del Niño Jesús: ausencia de obras múltiples. Su autobiografía.*

I. La contemplación deliberadamente preferida por la Santa a la acción	117
--	-----

	<u>Páginas</u>
II. Cómo fué preparada y compuesta la autobiografía de Sor Teresita	124
III. Primordial necesidad de la oración	130

SEGUNDA PARTE

LAS TRES ANTINOMIAS POSITIVAS

HEROÍSMO Y SANTIDAD

PRÓLOGO. — Importancia de las antinomias positivas.	147
---	-----

CAPÍTULO PRIMERO. — *Primera antinomia positiva: simplicidad y prudencia. El don de Sabiduría,*

I. Niñez y madurez	151
II. Reglas elementales del método analógico	156
III. Simplicidad ingenua y prudencia consumada	160
IV. Los Dones del Espíritu, el Don de Sabiduría	166
V. Ni quietismo ni iluminismo	174

CAPÍTULO SEGUNDO. — *Segunda antinomia positiva: pequeñez y grandeza. El Don de Fortaleza.*

I. Humildad de Sor Teresita, amor al olvido	183
II. Magnanimidad de Sor Teresita en sus deseos	194
III. Magnanimidad de Santa Teresita del Niño Jesús en su conducta	201
IV. El Don sobrenatural de Fortaleza	211

Capitulo III: La intima alegría en el sufimiento. El don del amor. 217.

Epilogo. 251.





www.traditio-op.org

TRADITIO SPIRITUALIS SACRI ORDINIS PRÆDICATORUM